

HISTORIA

TODO ES

registra la memoria nacional

Nº 311 Junio de 1993 - \$6.-



Escandalosa
vida
íntima
de la actriz
Trinidad Guevara



REVOLUCION RADICAL DE 1933

JOSE GONZALEZ
CASTILLO

y el
Boedo
literario





TECNOLOGIA INTEGRAL MEDICA

La única con historia

TIM posee una Historia Clínica Unica de cada asociado en la cual, mediante un sistema de memoria computarizada, quedan registrados todos sus informes médicos: análisis de laboratorio, estudios de diagnóstico, internaciones, etc.

La existencia de esta Historia Clínica es exclusiva de TIM.

Porque tener Historia es importante.

**Administración Central
Arenales 1473 - Capital Federal
814-2277 y 812-4677**

AÑO XXVII
Junio de 1993

«Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir...»

CERVANTES, *Quijote*, LIX

EDITOR
EMILIO PERINA

DIRECTOR
FELIX LUNA

SUBDIRECTORA
MARIA SAENZ QUESADA

SECRETARIO DE REDACCION
GREGORIO CARO FIGUEROA

COORDINACION EDITORIAL
CORRECCION
SERGIO RICARDO FA

ARTE Y DIAGRAMACION
LUCY VIOLINI

COLABORAN EN ESTA EDICION

MIGUEL A. VILLALBA
JUAN MENDOZA AVELLANEDA
MIGUEL DE MARCO (H)
ABEL ALEXANDER
ALBERTO BLASI BRAMBILLA
DIEGO A. DEL PINO

DIRECTORA ADMINISTRATIVA
MARTHA DE GRAZIA

DIRECTORA COMERCIAL
MARTHA S. EGGERS

ARCHIVO
FELICITAS LUNA

HISTORIA TODO ES

TODO ES HISTORIA, número 311 Junio de 1993.
Director: Félix Luna. Redacción y Administración:
Viamonte 773, 3° piso. Teléfonos: 322-4703/4803/
4903. Inscripción en la Dirección Nacional de
Derechos de Autor con el número 331.987. Miembro
de la Asociación Argentina de Editores de Revistas.
Distribuidor en Capital Federal: Antonio Rubbo,
Garay 4228, Buenos Aires; distribuidor en el interior
y exterior: SADYE S.A.C.I., Belgrano 335, Buenos
Aires. Impresión y encuadernación: Sociedad
Impresora Americana S.A.I.C., Lavardén 153/57
(1437) Capital Federal.

EDITORIAL

«Nada envejece tanto como un libro de historia», reza la mentada frase de un erudito español. Ese envejecimiento prematuro no afecta sólo a los textos especializados. Los manuales de estudio son aún más vulnerables a la acción corrosiva del tiempo. Quedan desactualizados con creciente rapidez. Junto a ellos encanecen los criterios pedagógicos sobre los que se sustentan. El reciente hallazgo de errores de información en un manual de séptimo grado puso sobre el tapete sólo una pequeña parte de los problemas que aquejan a la enseñanza de la historia en nuestro país. Mostraron lo superficial con peligro de que, al hacerlo con aires de escándalo, dejaran invisible e intacto el fondo de la cuestión.

Nuestros textos y programas de enseñanza de la historia quedaron desactualizados y adolecen de graves defectos. En virtud de ambos factores, la historia se ha convertido en una asignatura tediosa, en el mejor de los casos, y odiosa, en la peor hipótesis. Nuestro pasado arranca bostezos por estar presentado como un incomprensible desfile de fechas, apellidos y batallas.

Esos textos son lo más parecido a anticuados catecismos laicos que el alumno debe memorizar sin aprender para luego recitar sin convicción. Aunque comenzaron a aparecer algunas saludables excepciones, por lo escasas todavía son insuficientes. Nuestra historia se parece más a una galería de vidas de santos que a una trama urdida por seres humanos actuando sobre ese escenario revulsivo enmarcado por condicionamientos sociales, económicos e internacionales.

«El problema en la Argentina no es que los libros de texto sean de mala calidad, sino que las orientaciones de política educativa hegemónica en los últimos años generaron y luego consintieron que la calidad de la educación argentina fuera mala en un todo», explica Cecilia Bravlavsky en un trabajo realizado para el Instituto Georg-Eckert, único centro en el mundo dedicado a la investigación de libros de texto.

Más allá de estos errores, muchos textos son catálogos de informaciones deshilvanadas que terminan por hacer incomprensible el pasado. La historia debe ayudar a pensar, antes que convertirse en instrumento ideológico bloqueador de tal capacidad. Todo «control de calidad» del Estado sobre esos libros no debería abrir rendijas para que se cuele otro tipo de controles y manipulaciones.

Es necesario que nuestros mejores profesionales aporten ideas, y que ellas sean tomadas en cuenta. Hace cuarenta años, anticipándose a nuestra época, José Luis Romero produjo un excelente manual para nuestros colegios. No hay que inventar nada: hay que bucear en nuestras capacidades olvidadas y desdeñadas para hacer una historia veraz, inteligente, comprensiva y atrayente.

EL EDITOR

SUMARIO



Gregorio Pomar, uno de los jefes de la rebelión radical en Paso de los Libres, aparece en el centro de la foto con uniforme. En el momento de la foto (1920), era capitán. En el retrato oval, la actriz Trinidad Guevara, eje de un escándalo amoroso que conmovió a la sociedad porteña entre 1820 y 1830. La esquina de San Juan y Boedo, y la vidriera del bar en donde se inspiró Manzi y escribió su tango Sur.

LA REVOLUCION RADICAL DE 1933 EN PASO DE LOS LIBRES

El golpe de Estado de 1930 quebró la continuidad institucional y socavó las bases de la legitimidad republicana alcanzada a partir de la ley Saenz Peña. Ese golpe militar devolvió a algunos radicales a la situación previa a 1912. Desandando caminos decidieron retomar el camino de las rebeliones militares para recuperar la legalidad conculcada. La de Paso de los Libres en 1933 fue la última «patriada» de esas sublevaciones. MIGUEL ANGEL VILLALBA repasa ese episodio del que se cumplen ahora sesenta años.

página
8

LA VIDA PRIVADA DE TRINIDAD GUEVARA

Levantados los velos que en su tiempo ocultaban la relevancia de la mujer, Trinidad Guevara mereció ser reconocida como una de las actrices más importantes del siglo diecinueve. Si su condición de mujer produjo automáticamente una disminución en esa consideración frente a sus colegas varones, la de mujer no sujeta a los cánones morales de su época terminó de expulsarla de toda consideración profesional y personal. Amante de un hombre casado, madre prolífica, se la comparó con Ana Bolena y con el demonio mismo. JUAN MÉNDEZ AVELLANEDA ilumina la vida privada de Trinidad con aportes documentales de primera mano.

página
26

PELLEGRINI CONTRA LAS LANGOSTAS

Después de la crisis de 1890 las buenas cosechas de granos ahuyentaron los malos espíritus y devolvieron la confianza en el crecimiento argentino. No sólo eso, pronto la confianza se hizo euforia. La mano de obra de los colonos inmigrantes no daba abasto; la capacidad de almacenaje y de las bodegas tampoco. Cuando nadie esperaba nubarrones sobre esa opulencia, un indeseable protagonista se abatió sobre los cultivos santafesinos. Escuadrillas formadas por miles de hambrientas langostas devoraron en pocas semanas el esfuerzo de años. MIGUEL DE MARCO (H) nos cuenta esa invasión, los combates entablados para repelerla y la personal intervención del presidente Carlos Pellegrini en esa lucha.

página
62

HISTORIA

TODO ES

LA MAGIA DEL DAGUERROTIPO

El daguerrotipo es el padre legítimo del cine, abuelo de la televisión y bisabuelo del video, dice ABEL ALEXANDER, un especialista y amante de la historia de la fotografía. El 19 de agosto de 1839 los integrantes de las Academias de Ciencias y Bellas Artes de Francia escucharon entre deslumbrados e incrédulos las explicaciones del astrónomo y diputado Francois Arago revelando los secretos del procedimiento llamado «daguerreotype». El esbozo de 1839 constituía la culminación de anteriores aportes de Niépce y de Daguerre. En 1843 el norteamericano John Elliot desembarcaba en Buenos Aires cargando sus aparatos destinados a hechizar a los porteños con esos retratos llamados «espejos con memoria».

página
74

EZEIZA, VEINTE AÑOS DESPUES

Hace veinte años el retorno definitivo de Perón al país se deseó e imaginó como una fiesta de sus seguidores y como un suceso positivo por buena parte de sus antiguos adversarios. Sin embargo, las minorías armadas, ferozmente enfrentadas dentro del peronismo, tenían una percepción muy distinta de ese acto. Controlar el palco desde donde hablaría Perón en los bosques de Ezeiza era un objetivo importante para quienes apuntaban luego al objetivo mayor: rodear a Perón, inclinando así la pugna a su favor. El resultado fue una de las matanzas más graves de nuestro pasado reciente. Un periodista e historiador afectado entonces a la cobertura de ese acto recuerda aquel día.

página
79

JOSE GONZALEZ CASTILLO Y EL MUNDO LITERARIO DE BOEDO

Desde su conformación como barrio, Boedo adquirió ciertos rasgos que lo singularizan dentro de la geografía porteña. De sus quintas y carros, que conducían las frutas y verduras allí cosechadas a las casas levantadas ladrillo a ladrillo por los nuevos obreros que lo poblaron, Boedo se hizo con ese dinamismo de los recién llegados. Inmigrantes europeos y, en menor medida, emigrantes del interior, pusieron su sello en una barriada donde brotaron decenas de iniciativas culturales, comerciales, artísticas y deportivas. Fue en Boedo donde transcurrió casi toda la vida de José González Castillo, poeta, dramaturgo y periodista, de quien DIEGO DEL PINO nos brinda una semblanza de una calidez que no reniega de la objetividad.

página
84

JUNIO 1993
Número **311**

Y ADEMAS:

«El desván de Clío»

por LEÓN BENARÓS

página 42

«Entonces la mujer»

por LILY SOSA DE NEWTON

página 46

«Los Pioneros»

por RODRIGO ALCORTA

página 50

«La fotohistoria del mes»

página 55

«Libros»

página 56

«Notistoria»

página 94

«Efemérides»

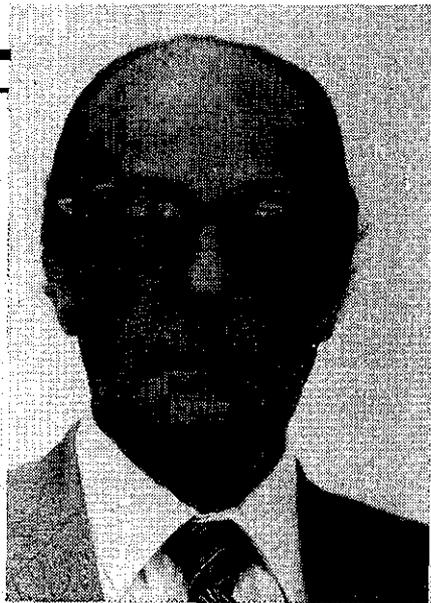
por ANA ZIGÓN

página 96

«Lectores amigos»

página 98

Todo el material gráfico que se reproduce en la revista pertenece al Archivo General de la Nación. En el caso de que la procedencia del material gráfico sea de otra institución, se aclarará debidamente.



Felix Luna

SABER DECIR «NO»

Ultimamente me encuentro con mucha gente que me dice que hice mal en no aceptar la candidatura a diputado que me fue ofrecida en los primeros días de abril. Personas que me son desconocidas en su mayoría, suelen pararme en la calle y me espetan: «¿Por qué no aceptó ser diputado? El Congreso y el país necesitan gente decente y capaz. Usted es capaz y decente, pero si se niega a mejorar los órganos de la democracia, ¿dónde vamos a parar?».

Lo dicen con buena fe, con cariño, con cierto dolor, y, desde luego, estas expresiones me tocan y hasta me conmueven. He llegado a dudar de la decisión que tomé. Me dolí por esta gente sencilla que me aborda y que sin duda se hubiera sentido representada por mi persona en las instancias legislativas.

Es oportuno entonces, y conveniente, explicar por qué lo hice. Ha pasado un tiempo prudencial, y al reflexionar sobre mi conducta me afirmo en el primer pensamiento, es decir, creo que hice bien.

Pero antes de decir mis razones, quiero aclarar que no estoy convencido de que la dirigencia política argentina esté tan desprestigiada como se afirma ni que necesite echar mano de gente ajena al oficio político: mucho menos de los que vienen del deporte o la farándula. Esto dicho, deseo subrayar la enorme

influencia que puede tener sobre la comunidad el historiador cuyo mensaje tiene llegada a sectores amplios de la misma. Tal vez no haya una disciplina humanista que disponga, como la historia, de un poder tan grande para modelar el espíritu público. Su mensaje da ideas sobre el país, y no sólo sobre su pasado sino sobre su realidad actual y su porvenir. Otto Bauer decía que toda comunidad es «historia solidificada», y en la medida en que el historiador va marcando los territorios, las capas, las napas donde la comunidad se apoya y transita, se va convirtiendo en un guía casi indispensable.

Sin embargo, para que esto ocurra, el historiador debe ser creíble, es decir, debe suscitar la impresión de que lo que dice es veraz y honrado. Que no está buscando un interés personal, que en su discurso histórico no hay una carga ideológica o política de contrabando. Cuando el público cree advertir que detrás del relato o el juicio del historiador existe un elemento interesado, entonces su credibilidad se cancela. Aunque el público no tenga los conocimientos especializados necesarios para decidir si el discurso histórico que le llega es falso o verídico, cuenta en cambio con una cierta intuición que lo asiste en este sentido. Olfatea, intuye, si la crónica que le están haciendo, el relato

que le enderezan, el retrato de un personaje, la descripción de una situación está desnuda de parcialidad o de cargas políticas. Hasta tiene en cuenta, para creer o no al historiador, las conductas de éste.

Ser un historiador creíble es un privilegio fabuloso. Impone, a quien llena esta condición, una gran responsabilidad, pues serán sus juicios, opiniones y afirmaciones las que lleven al espíritu de su comunidad los contenidos básicos sobre los que se articula la vida colectiva. Es un formador de opinión, una especie de comunicador al que se cree sin mayor discusión. Puede enardecer una polémica o pacificar un enfrentamiento. Y esto ocurre en grado superlativo cuando el tema del historiador en cuestión es la etapa contemporánea de nuestro acontecer. Ya se sabe: no se puede entender a fondo la formación de la Argentina si omitimos a Hernández o a Belgrano, pero todo cobra una realidad mucho más operativa cuando nos referimos a Yrigoyen o a Perón, porque la trascendencia de estas figuras nos llega a todos, influye en nuestra propia vida.

Entonces, ¿cómo hacer para que un historiador conserve su credibilidad? Hay una sola manera: ser riguroso y honrado en su trabajo, y rechazar cualquier tentación de salir de su oficio. Sobre todo cuando salirse de su oficio implica recibir un privilegio, una posición envidiable. Y mucho más cuando esta posición está ligada a un interés partidario, por respetable que sea. Porque en último análisis, un historiador puede equivocarse, y de hecho todos los historiadores nos equivocamos mucho. Pero cuando el público tiene la certeza de que aun en el error somos desinteresados, no buscamos el medro personal y defendemos a todo costo la independencia de criterio que es la base de nuestro juicio, entonces la credibilidad y el respeto se mantienen.

Yo pensé en todo esto cuando el dirigente que podía hacerlo me ofreció encabezar la lista de candidatos del radicalismo en la Capital Federal. No soy afiliado a ningún partido, pero mantengo una vieja simpatía por el radicalismo, de modo que no hubiera forzado mi espíritu si aceptaba: por otra parte, ocupé un cargo importante en el área cultural durante la gestión radical que concluyó en 1989. No hubiera sido incoherente o incomprensible que aceptara la postulación

que me ofreció, con gran generosidad, el senador De la Rúa. Pero después de pensarlo mucho, me pareció que, si lo hacía, abdicaba mi independencia de criterio en aras de una solidaridad partidaria inevitable, perfectamente justificada cuando se trata de militantes, pero que en mi caso me hubiera trabado, limitado, condicionado en mi necesidad de expresarme con total libertad.

Buenos diputados hay, y puede haber muchos más. Buenos historiadores, en el sentido de que su mensaje tenga receptividad popular, estos no son tantos. Me pareció que las instituciones republicanas no perderían nada con mi ausencia, en tanto todavía tengo algunas tareas pendientes en mi campo intelectual. Si hubiera aceptado la postulación, mucha gente buena se hubiera alegrado, pero yo mismo me hubiera sentido mal porque lo percibiría como una renuncia a lo que es mi vocación, mi oficio y mi gusto personal. Y no se diga que podría haber sido diputado e historiador al mismo tiempo, porque no se puede tocar y andar en la procesión... Por lo menos, no es ésta mi modalidad.

Finalmente, hay un dicho que en su vulgaridad recoge una experiencia vieja de siglos: «Zapatero, a tus zapatos...». Este amado país nuestro es un país donde nadie quiere seguir con los zapatos que el destino le asignó: en cuanto pueden, aspiran a cualquier otra cosa. No está mal que así sea, porque esta vocación por asomarse a otras posibilidades da plasticidad, frescura y competencia a la sociedad. Pero lo malo es cuando el perito en tacos y suelas quiere manejar los destinos comunes, convertirse en estadista. La Argentina, que tantas veces vio interrumpida su vida institucional y, en consecuencia, cortados sus procesos de formación de dirigentes de la cosa pública, debe cuidar un poco más a sus gobernantes. Cuidarlos es exigirles más, controlarlos más. Si lo único que saben hacer es componer zapatos, debe quedarse en este oficio, que es útil y honorable.

Mis zapatos son la historia y su infinita trama de sugerencias. Déjenme en eso, que es lo que sé. Desde este oficio seguiré tratando de mostrar a mis compatriotas cómo se hizo este país y qué sugerencias ofrece nuestra historia para mejorarlo en todo lo posible.

LA REVOLUCION RADICAL DE 1933 EN PASO DE LOS LIBRES



EL GOLPE DE ESTADO DE 1930 QUEBRANTO EL SISTEMA REPUBLICANO Y DEVOLVIO A

LOS RADICALES A LAS CATACUMBAS. CERRADAS LAS PUERTAS DE LOS COMICIOS LIBRES, SE REABRIAN LAS DE LAS CONSPIRACIONES Y REVUELTAS. EN VISPERAS DEL AÑO NUEVO DE 1934, LOS SUBLEVADOS DE PASO DE LOS LIBRES INTENTARON RESCATAR LA TRADICION

INAUGURADA EN EL PARQUE CUARENTA Y TRES AÑOS ANTES. UN PUNADO DE MILITARES Y CI-

VILES, ALGUNOS VIEJOS MAUSER Y BOMBAS DE FABRICACION CASERA ERAN LOS PRECARIOS PERTRECHOS DE ESE MOVIMIENTO. AQUELLA PATRIADA ULTIMA APELABA A LAS ARMAS COMO RECURSO EXTREMO Y ROMANTICO PARA RESTITUIR LA LEGALIDAD AL PAIS.

MIGUEL ANGEL VILLALBA

El golpe de estado del 6 de septiembre de 1930 significó para la Nación Argentina el ingreso franco al militarismo en la vida política del país, inaugurando el triste período del golpismo.

Durante la etapa de concientización de la necesidad del golpe como único medio para revertir el estado de cosas existente, se manifiestan en los militares implicados dos maneras de entender su intervención y, sobre todo, el papel que jugarían en el proceso consecuente, toda vez que ello conllevaría una ruptura del orden constitucional y aun la suspensión de la norma fundamental misma.

Ambas líneas descienden de un tronco común: la rígida formación en la disciplina germana de nuestros militares, que los imbuía de profundas convicciones moralistas y profesionales acerca de la misión que les competía tanto como organismo de la defensa del país (había «deberes primordiales para con la Patria y la Constitución muy superiores a todos los reglamentos oficiales», palabras del yrigoyenismo); cuanto como células integrantes de la sociedad nacional, esto es, la población y —principalmente— tenían clara conciencia de ello.

En primer lugar encontramos los que entrevieron la posibilidad de realizar una verdadera revolución al socaire del golpe, reemplazando la forma de gobierno vigente por un corporativismo a la italiana, es decir, provocar la reforma constitucional en la materia. En ello anduvieron junto a los uniformados no pocos nacionalistas y conservadores; «de ese modo se eliminaría el reino de la demagogia —dicen— y se aseguraría el control de la sociedad por los elementos más calificados».¹ Estos serían los «reformistas», como el Uriburu de la primera época.

En segundo lugar hallamos aquéllos que sostenían la necesidad de «tomar con las armas el camino de la Constitución y desde esta base, volver a la normalidad»,² apoyados en los partidos políticos —excepto el que pretendían derrocar, claro— y en la opinión pública, que le otorgaría —de paso— prestigio al movimiento. Estos constituían el grupo que llamaré de «constitucionalistas», tales como Sarobe, Descalzo, entre otros. Al final se impuso esta idea y estalló el golpe ya conocido que derrocó a Yrigoyen.

Ahora bien, hubo otro grupo numeroso dentro del ejército que optó por mantenerse al margen. No olvidemos que el golpe del 6 de septiembre triunfó más por influencia psicológica sobre la población y completa pasividad del resto de las fuerzas que por la acción efectiva.³

Para esa importante fracción, el golpe ni siquiera constituía alternativa remota, tal era la subordinación a la Constitución y sus leyes, producto de la más profunda concepción legalista de la función.

Algunos integraron seguramente la Logia San Martín, instaurada ya en 1921, cuyo lema «Patria y honradez profesional» buscaba un ejército eficiente que fuera instrumento de la Constitución y no subalterno de las

veleidades políticas y ambiciones de poder que por aquel entonces comenzaban a manifestarse.

Elocuente es el juramento por el que se comprometía al iniciado en el respeto a la ley, personificada en el presidente de la nación: «(...) Juramos: Por nuestra fe de soldados y caballeros, 1º (...) a) Mantener la debida subordinación y lealtad hacia el Excelentísimo señor Presidente de la Nación, observando una absoluta prescindencia política y dentro del más puro concepto de honor militar».⁴

La medida de este espíritu legalista la encontramos en una frase debida al entonces coronel Roberto Bosch, integrante de la Logia, que en los días previos a la revolución, decía: «No nos interesa la persona del Presidente. Si el Presidente es malo, lo único que se puede hacer en el país es un juicio político para destituirlo pero los hombres de armas no podemos permitir crimen contra la constitución y un crimen contra la ley».⁵

Creo que es en este marco de legalismo extremo, de respeto espartano por el orden jurídico del Estado y por las autoridades constituidas que debemos pensar y analizar las llamadas «revoluciones radicales», acometidas entre 1931 y 1933, porque solamente bajo esta luz es posible entender e interpretar aquellas quijotescas patriadas.

Se ha dicho que las revoluciones radicales son siempre derrotas militares y victorias morales. El axioma, aunque efectista, no les cabe. Es que no pueden menos que serlo.

Año 1932. El intento de Concordia

Después del fallido golpe de Corrientes, en julio de 1931, donde intentara sublevar el 9º de Caballería y de su corto exilio en Paraguay, el ex teniente coronel Gregorio Pomar aparece en la República Oriental del Uruguay, con otros emigrados políticos en las ciudades de Salto y Paysandú. Preparan un nuevo intento revolucionario.

Las autoridades de Concordia (Entre Ríos) algo intuían, a pesar de los viajes de Toranzo y Pomar a Montevideo, junto a la dispersión de sediciosos por el interior uruguayo con el propósito de desviar la atención. «Tentativas infantiles», según la crónica de la época.⁶

Parece ser que la fecha elegida para llevar a cabo el golpe fue el 8 de noviembre de 1931, día de elecciones presidenciales. El movimiento sería apoyado por aviones piloteados por civiles y/o militares. Ignoramos las razones por las que no ocurrió, pero se convino «dejar para más adelante».⁷

El 2 de enero de 1932 cincuenta hombres comandados por Pomar, Bosch y Toranzo desembarcaron en Salto, cercanías de Concordia.

En tanto, continuaban adiestrándose en un establecimiento de campo en las afueras de Salto, y reclutando prosélitos en esa ciudad y Concordia en forma tan indiscreta y desembozada que dirigentes yrigoyenistas dudan de la seriedad de los trabajos sediciosos de la otra orilla.

La hora llegó con el año nuevo. Exactamente el día 2 de enero de 1932 por la tarde se inició el cruce del río Uruguay a la altura del arroyo Gualaguaycito, desde la estancia de los Dondé en el Salto, hasta El Espinillar de Soler, conspicuo radical, en las cercanías de Concordia.

Al frente de unos cincuenta hombres, entre los cuales se contaban uruguayos, venían el ex general Severo Toranzo, como jefe de los ex tenientes coroneles Gregorio Pomar y Roberto Bosch,⁸ secundados por los tenientes De los Ríos, Franco, Aguirre y Valotta. También se divisa entre ellos al ex ministro José Benjamín Abalos. Un tal Lope comanda la columna de uruguayos.

En la costa argentina los aguardaba un grupito de cinco o seis automóviles. Acondicionaron las armas y se dirigieron a la casa particular de Soler, donde se hallaban otros civiles implicados. Entre éstos, Eduardo Kennedy, uno de los cabecillas de La Paz, a quien Pomar dio instrucciones y dos cajas de bombas de mano.

Las patrullas de 25 hombres cada una, efectivos del 6° de Caballería como se esperaba, se plegaron al bando invasor. Pero un sargento huyó, originando —quizá impensadamente— el fracaso de la intentona. En efecto, tan pronto se enteró Toranzo de la fuga producida, presintió el final. El prófugo daría la voz de alarma y eliminaría el factor sorpresa, única ventaja rebelde. Concluyó en que debía darse la orden de «retirada, sálvese quien pueda».

Fue la primera desinteligencia. Pomar y Abalos no aceptan lo ordenado. Hubo discusión. Se quedó a resultas de los aviones que deberían venir de Santa Fe. Se consigue —De los Ríos y un dirigente local anduvieron en eso— enviar mediante telégrafo por el correo un llamado apremiante. No hubo respuesta. La ausencia del apoyo aéreo precipitó el fracaso.

En un clima deliberativo y nervioso, deciden repasar el río, discutiéndose el destino a dar a las armas (fusiles «máuser» 1894, dinamita, bombas de mano, etc.). Se resuelve salomónicamente: una parte se esconde entre los árboles; otra se lleva al Salto (para la futura acción de Paso de los Libres) y la dinamita y las bombas, en canastas de mimbre, se arrojan a las aguas. Antes de las 3 de la mañana del domingo se empezó a trasponer el río, rumbo a la estancia de los hermanos Dondé. Un pequeño grupo se dispersa en la misma Concordia. La policía detiene algunos. A la tardecita, una columna de humo que se eleva tras el monte costero denuncia el incendio por las autoridades, de las armas y efectos abandonados. Melancólico fin para la incursión.



El ex teniente coronel Gregorio Pomar intenta sublevar el Regimiento 9 de Corrientes en julio de 1931. Baterías y municiones son abandonadas tras el fracaso de la rebelión.

... y del teniente coronel Cattáneo

Los grupos radicales personalistas de estratos medios del partido y no pocos militares de graduación (tenientes coroneles, coroneles, etc.) continúan conspirando. Digamos que se vive conspirando.

A mediados de 1932 un oscuro acontecimiento que tiene lugar en la ciudad correntina de Curuzú Cuatiá, fue la punta del hilo que desovilló otra madeja revolucionaria.

En un hotel de esa ciudad —el 28 de junio— es baleado y muerto a mansalva el teniente coronel Regino P. Lascano, amigo personal de Yrigoyen y ex revolucionario de 1905. El comunicado oficial del gobierno dirá que el teniente coronel «preparaba un movimiento subversivo». Una lista de oficiales y suboficiales del 9° de Caballería con asiento en la capital de Corrientes y sus preferencias políticas; el borrador de un «Manifiesto» dirigido a ellos, en

Luego de una serie de allanamientos la policía pudo secuestrar algunas armas destinadas a la sublevación. También capturó bombas y tornillos, parte del precario arsenal.



principio así lo probaba. Era verdad, pero a medias. En rigor, el oficial radical no era más que un subalterno del cerebro del plan —el teniente coronel Atilio Cattáneo—, en misión de reclutamiento de adeptos por el Litoral.⁹

El «Manifiesto» es una pieza revolucionaria de notable factura. Habla, entre otras cosas, de la «necesidad de una reforma constitucional, inspirada en la Justicia Social —así con mayúsculas—», palabras que por primera vez se emplean en un escrito de este tipo. Asimismo, «se ordena el requisamiento de todo aquello necesario para alimentar, vestir, cobijar al pueblo, sin hablarse de indemnizaciones correspondientes» (punto 1). «Se acuerda una moratoria por el espacio de dos años y para todos los deudores del país, cualquiera sea el origen de la deuda» (punto 7). «El petróleo queda como explotación exclusiva a cargo del Estado» (punto 12). «Las Fuerzas Armadas son reformadas totalmente en sus efectivos, jerarquías y disciplina. Se suprimen cargos superiores innecesarios. Los ascensos son propuestos por el personal de navas, cuarteles y comisarías» (punto 18). Este artículo pretendería despertar simpatías en los oficiales y suboficiales a quienes está dirigido el manifiesto. «Se persigue la usura y la especulación, fijándose un precio máximo a los artículos de consumo» (punto 20), etc.¹⁰

Es la base programática de la revolución. En su consecución se forman «Juntas Civiles» munidas de un manual —las *Instrucciones para la organización de la fuerza revolucionaria cívica radical*— en el que no sólo se prevén los más mínimos objetivos, sino también se señalan datos y experiencias sobre armas y explosivos, el modo de cuidar aquéllos y preparar estos últimos. Se añaden formas de lucha y dispersión, un perfecto auxiliar del guerrillero, dice Schillizzi Moreno.

El tipo de gobierno a instalarse en caso de triunfar el movimiento, divide a militares y civiles. La aplicación de la ley de acefalía o entregar el mando a la Corte Suprema de Justicia —sugerencias militares— son resistidas. Los sucesores previstos por la ley son legisladores pertenecientes a los partidos de la Concordancia, lo que equivaldría a un *gatopardismo* manifiesto; en tanto que los magistrados, de la Corte para abajo, no simpatizan —en general— con los radicales.

Alvear introduce un distingo conciliatorio: el gobierno lo ejercerá una junta integrada por un militar, un marino y un civil, solución ésta que, por elevación y con elegancia, desplaza a Yrigoyen de cualquier secreto abrigo de retorno al poder.

Con el tiempo estas divergencias se profundizan, abriendo grietas en el edificio no del todo sólido en sus partes. Quizá fuerte en Capital Federal y en Santa Fe, es de dudosa adhesión en el resto del país. Esta situación, unida a la demora en la verificación del estallido, aceleran su desarticulación. Pues a pesar de

contar con medios precarios de comunicación e información, la policía y los servicios de seguridad del estado están al tanto de los planes. Esperan.

En las filas sediciosas, la rama uniformada, organizada en «Juntas Militares», logran imponer su jerarquía y deciden comandar el operativo, que se fija para el día 21 de diciembre a las 4.30 de la madrugada.

Empero, una terrible explosión se deja oír, conmoviendo la Capital, el día 15. Proviene de la residencia de un tal Luzuriaga, encargado de fabricar las bombas y repartirlas entre los complotados. En el desbande consecuente olvidan la lista de reparto, que cae en manos de la policía. En 48 horas se había detenido a los principales implicados.

En poder de Cattáneo se encontraba el «Plan de acción definitivo», el curso de las órdenes, claves y demás elementos para el alzamiento, documentos que —según aquél— tuvo tiempo de destruir antes de ser preso.¹¹ Otro fracaso.

Antes de morir el año, el futuro conductor de la intentona de Paso de los Libres —Roberto Bosch— suscribe un documento conocido como «juramento patriótico» por el que se compromete con otros camaradas a «abatir los usurpadores del poder y reivindicar las instituciones armadas comprometidas». ¹² El legalismo teje la trama. La urdimbre, el yrigoyenismo.

El «Paso de los Libres».

Corre el año 1933, a esa altura jalonado de sucesos. En enero, incipientes actos revoltosos en Concordia (Entre Ríos) y en San Isidro y Concepción (Misiones), movimientos sin expresión, son inmediata y absolutamente sofocados.

En abril, en Londres, se ha celebrado el pacto Roca-Runciman que genera abierta disconformidad en grandes círculos de la opinión pública. El 3 de julio muere Hipólito Yrigoyen, cuyas exequias adquieren una imponente sin precedentes, con el pueblo derramado en las calles llevando a pulso el féretro del caudillo.

Por esos meses, la jefatura del movimiento revolucionario en marcha, podemos decir, desde 1930, pasa a manos del ex teniente coronel Roberto Bosch. Militar de probada valentía y ejemplo de ética cívico-castrense. Firme, austero y humilde. Casi un espartano. Foja de servicios brillante. Como oficial realizó estudios de su especialidad en Alemania, donde lo sorprendió la guerra mundial. Fue uno de los primeros oficiales que alcanzó la Roseta Roja de Oficial de Estado Mayor. Enseñó historia militar en la Escuela Superior de Guerra. El 14 de septiembre

HAY ESTADO DE SITIO

Fué Decretado Anoche por el Gobierno Nacional



de 1932, en vista de los acontecimientos, pidió la baja del servicio activo. No se la conceden, para darse el gusto de hacerlo de oficio el 11 de enero de 1933. Roberto cuenta con pocos elementos para el intento, pero —a su juicio— los momentos críticos que atraviesa el gobierno constituyen el caldo de cultivo apropiado para el estallido. En ese orden de razonamiento, descuenta que encendida la antorcha revolucionaria en un punto del interior, se extenderá como reguero de pólvora a la Capital.

Además, está convencido de que tomando un punto cualquiera del país y manteniéndolo por un tiempo suficiente, recreará una neutralidad benévola del grueso de las Fuerzas Armadas que propiciará el derrumbe del oficialismo, que no tendría fuerzas —en esas condiciones— para esbozar la defensa.

Los revolucionarios —elucubra— «deberán, mediante audaces golpes de mano, tratar de dominar el Litoral, en especial las provincias de Santa Fe y Corrientes».

¿A qué obedece esta elección? El autor que seguimos¹³ lo refiere a «razones estratégicas predominantes en la época; el Litoral, como frontera con el Brasil, es la zona de mayor potencialidad bélica del país. Ganarla significa contar con la mayor fuerza ofensiva que es dable disponer en los años treinta. Un triunfo, si se quiere».

Tal vez. Pensamos que la elección se atribuye a la posibilidad cierta de contar con amigos en la orilla

A fines de diciembre de 1933 sesiona la Convención Radical en Santa Fe que se dispone a ratificar la «abstención intransigente». Producida la rebelión, la policía detiene a varios radicales.

brasileña que consentirán la instalación de campamentos; el traslado de hombres y provisiones y —para el caso de fracasar en las acciones— la frontera facilita la retirada rápida a través del río. Además, si la cuestión era ganarse una «neutralidad benévola» y hasta simpatía del Ejército, atacar puntos de mayor concentración castrense sería temerario desafío. Salvo que se contara, o esperase contar, con levantamientos efectivos, lo que es improbable.

Schillizzi Moreno ve dos puntos oscuros en este panorama. Primero: la dificultad para lograr el concurso de uniformados exige la intervención de civiles en gran escala. La asepsia del Ejército lo aleja de violencias, sectarismos y conatos, a tal punto que producido el alzamiento ninguna unidad se pronuncia a favor de los sublevados. «La Patria para el ejército, la política para los políticos», dirá Carlos Smith. Segundo: lanzarse contra la zona de mayor concentración de fuerzas del país, lleva consigo el riesgo de exponerse a la represión por la mayor fuerza disponible en el país. La opción sería pretender ganar todo, a riesgo de perder todo.

Siguiendo básicamente las líneas que comentamos, Roberto Bosch comienza pausadamente a enhebrar el plan revolucionario: montará campamento en algún punto del interior de Río Grande del Sur para desde allí descolgarse sobre Paso de los Libres, por Uruguayana, en tanto su amigo Gregorio Pomar, ya legendario combatiente, hará lo propio sobre Santo Tomé (Corrientes) por Sao Borja. Francisco Bosch levantará los regimientos de caballería de Ciudadela y marchará sobre la ciudad de Buenos Aires; Dionisio Parravicini se apoderará de la base aérea de Verónica, en tanto conjuntamente estallarán golpes civiles en Buenos Aires, Rosario, Santa Fe y otros puntos.¹⁴

Las delaciones llueven sobre el Ministerio de Guerra, a propósito del plan radical. Las autoridades deciden jugar al gato y al ratón, dejando que las cosas sigan su curso, seguros del aplastamiento final. Para vigilar los sucesos, destacan inspectores de civil en operaciones sobre Paso de los Libres y otros puntos.

Por su parte, las autoridades partidarias se esmeran en proclamar su repudio a cualquier aventura armada y retacean su apoyo tanto personal como financiero a los conjurados; don Marcelo de Alvear, por lo menos,

tiene sus motivos: «Cómo quiere que fomenta la violencia —se queja ante un correligionario— si el primero que van a fusilar, en caso de que triunfen, va a ser a mí».¹⁵

Precauciones vanas. Roberto Bosch manejará las cosas de manera que las autoridades del partido se integren al movimiento o les resulte hartito difícil explicar que no forman parte de él. Elige como fecha del estallido alguno de los días previstos para la reunión de la Convención Nacional partidaria en la ciudad de Santa Fe. Tan luego.

Paso de los Libres (Corrientes)

Esta aldea fronteriza de Corrientes, recostada sobre el río Uruguay, fue fundada por Joaquín de Madariaga el 12 de septiembre de 1843 sobre lo que fue un oratorio jesuita, el Rincón de San Jorge, dependiente de la reducción de Yapeyú —cuna del Libertador José de San Martín.

Debe su nombre de «Paso de los Libres» al cruce que por aquí efectuó un grupo de valientes al mando del fundador, en uno de los tantos levantamientos correntinos contra Rosas, procedentes de la ciudad brasileña de Uruguayana, con carta de nacimiento en la misma época y con destinos unidos por los acontecimientos y la geografía desde siempre.

Típica población provinciana, alejada de los centros de poder, fue elevada a categoría de «villa» en 1862, título que conservará hasta 1938. Exhibe pocos hitos históricos relevantes hasta la época que estudiamos. En 1865 fue escenario —el 17 de agosto— de la batalla de Yatay, en la que fuerzas de la Triple Alianza borraron del mapa a los paraguayos invaso-

El matutino El Orden de Santa Fe abre su edición del sábado 30 de diciembre de 1933 con la noticia de la declaración del Estado de Sitio por los sucesos en Paso de los Libres.

Volante arrojado en Santa Fe por la Casa Radical de Rosario instando a apoyar el movimiento de Paso de los Libres al que considera justificado por que busca «devolver al país la libertad».

res, hecho que marcó el principio del fin de la Guerra del Paraguay. En 1895, en respuesta a sucesos devenidos del unicato, un contingente autonomista toma la ciudad, procedente de Uruguayana (Brasil), estrategia que ya es tradicional, al mando del coronel José Núñez. Siguiendo un itinerario similar, el caudillo radical Angel Blanco, cuyo partido estaba en el poder provincial, escapa a la ciudad brasileña y desde allí a Santa Rosa del Cuareim (actual Bella Unión) del Uruguay. Numerosos grupos radicales y liberales se le unen para, desde Monte Caseros (ciudad argentina río por medio), desplazarse mediante el flamante ferrocarril —inaugurado el año anterior— hasta Paso de los Libres. Con el apoyo de jinetes de pueblos vecinos, logran retomar la villa luego de encarnizados combates. El episodio promueve una entrada triunfal de las fuerzas al pueblo comandadas por el coronel Angel Blanco, trayendo como segundo al ya notorio caudillo local Mariano Madariaga.¹⁶

En la década de 1930 el departamento de Paso de los Libres redondea los 20.000 habitantes, de los cuales aproximadamente 5 o 6 mil se agrupan en los 3,8 km² que ocupa la villa.

La actividad económica y por ende, social y política, gira en función del puerto, aún activo sitio de comercio fronterizo y de contrabando, crónico en todas las épocas.¹⁷

La ampliación del ramal ferroviario, la construcción de depósitos y playa de maniobras, habilitadas en 1899, otorga al puerto franquicias en el comercio exterior como cualquier otro puerto del Uruguay, además del servicio de cabotaje que desarrolla habitualmente.

El comercio de maderas es «(...) de mucha importancia en cedro y pino de procedencia nacional y extranjera. Hay varios aserraderos que trabajan todo el año, dando con su movimiento vida a cientos de obreros que se ocupan en las tareas diarias de las distintas firmas que tienen establecidos sus grandes aserraderos con millares de maderas en bruto que más tarde son divididas por las poderosas sierras dando a ellas el tamaño necesario en largo y espesor de acuerdo a la demanda que hubiera, remitiéndose a los mercados de Buenos Aires y Rosario».¹⁸

Entonces, como ahora, se destaca la ganadería que proporciona rubros a la exportación.

Los alimentos llegan diariamente a la población procedentes de las quintas y granjas que rodean el pueblo, transportados por carros y en ocasiones —el caso de la leche— por «gurises» de a caballo, las botellas acomodadas debajo del pelego de montar. Los productos pagan en concepto de impuesto el «derecho de piso», en cabinas de madera instaladas en los dos puntos de acceso con que cuenta la villa. El sosiego de las tardes, discurridas a la sombra de los parrales, junto al aljibe, o matando las horas acodados a la barra de locales como el bar de Santía, sobre la calle principal, sólo era sacudido por las adverten-

42

Convención Nacional del Radicalismo:

No defraudéis la esperanza nacional depositada en vosotros. El estampido revolucionario no debe cesar hasta tanto no abduquen del poder los usurpadores creados por la dictadura.

Votad por la abstención intransigente hoy más justificada que nunca y no olvidéis que ABALOS conspira para devolver al país la libertad que nos dieron nuestros padres y nuestros abuelos.

La Casa Radical del Rosario

cias que un tal Olivera, sospechado de trabajar para los servicios de inteligencia, formulaba sobre la inminencia de un golpe revolucionario, pero pocos le creían.

El medio rural

Grandes extensiones de tierra, verdaderos latifundios, constituyen las estancias de la zona en la época --y aún hoy-- casi totalmente dedicados a la ganadería.

Siguiendo un orden decididamente feudal, el núcleo vital se ubica en el casco, una construcción robusta casi fortaleza que sirve de vivienda a los patrones. En las cercanías se distribuyen la casa del capataz y las ranchadas de peones. En torno se disponen la huerta y el gallinero, que las torna verdaderas unidades de producción y consumo. También de poder.

Las grandes distancias y los precarios medios de transporte hacen de las estancias de la época verdaderas islas sociales que se caracterizan por una compleja trama de relaciones que los peones tejen entre ellos y con los capataces y patrones, donde se aprecia una estratigrafía rudimentaria pero jerarquizada, de forma triangular. La peonada en la base. El patrón en la cúspide.

Los estratos medios, un «criado», especie de adoptado por el patrón, tiene prerrogativas sobre el peón común --así como la «querida» del capataz o del dueño --o de sus hijos--, ostenta indudable ascendencia sobre el resto de las mujeres.

El concubinato y el matrimonio revisten la misma importancia, anudando familias y sobre todo, produciéndolas. Los hijos se van quedando «en las casas», engrosando el personal de las estancias. Las mujeres sirven de domésticas en la casa que los patrones invariablemente tienen en la calle principal del pueblo y los varones van aprendiendo los trabajos de campo. El «padrinazgo» es una institución y los «ahijados» abundan, con las prebendas consecuentes. Tampoco las relaciones obedecen a los cánones de patrón-empleado, más bien son de familia en los niveles superiores (patrón-capataz) y de prestigio con las inferiores (patrón-peón).

La casi totalidad de los revolucionarios civiles provienen de este medio rural. Son los peones y capataces que siguen como rebaños a sus caudillos, casi siempre sus patrones, con fe ciega en la persona del líder más que en la ideología que pregonan, de la que poco entienden, enlazados en una extraña relación de amo/esclavo; prestigio/temor reverencial, también riqueza/pobreza, manifestaciones que tratan de explicar el misterioso poder de éstos sobre aquéllos. La frase habitual «soy gente de Fulano» es índice elocuente de orgullosa pertenencia. La misión de los

caudillos era proporcionar elementos a la revolución, carne de cañón, se diría; organizar el aprovisionamiento de las tropas, mantener informados a los cabecillas y pulsar la opinión de la población.

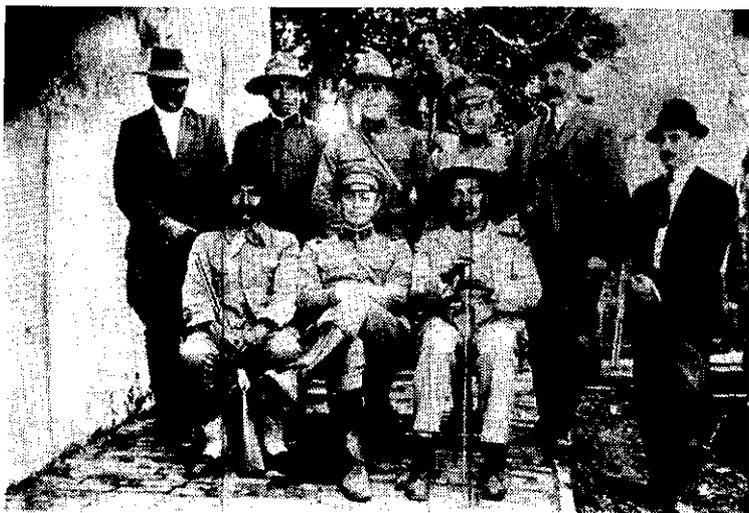
Hubo caudillos radicales en Libres y de abolengo que participaron en el movimiento del 33. Don Mariano Madariaga, perteneciente a la familia del fundador de la ciudad, hijo de un hermano de éste, nació en Mercedes (Corrientes) en 1863.

Estanciero y político, fue --de lejos-- el principal caudillo de la Unión Cívica Radical en la zona. Integró junto al coronel Angel Blanco --además de las fuerzas que retomaron Libres en 1895-- la fórmula como candidato a vicegobernador y luego él mismo como gobernador. Los ideales de justicia social (palabras que empezaban a usarse) y su espíritu caballeresco se confundían en este hombre dotado de las virtudes del líder conductor y carismático. Durante años fue director del Banco Hipotecario Nacional. Murió el 5 de diciembre de 1945.

Caudillos fueron asimismo los hermanos Hernández, todos de Bonpland (Corrientes). Don Vicente, hombre de la confianza de Bosch, será uno de los encargados de reclutar gente y ganar adeptos para la causa. Ramón y Félix --también Vicente-- serán combatientes. De los más aguerridos. El primero caerá al cruzar nomás el río, ya en tierra argentina. La primera víctima morirá «jugando a risa su herida --canta Jauretche-- cuando es grande la ocasión lo de menos es la vida».

Arnulfo Tito Bonpland, nieto de Aimée Bonpland, sabio francés que luego de andar por el Paraguay del doctor Francia, se afincó en la zona, usufructuando terrenos que le donara el gobernador Ferré --el Rincón de Santa Ana, donde levantó un establecimiento experimental y jardín botánico--, dejó por aquí tres hijos --Amado, Carmen y Anastasio-- a los cuales legó sus tierras. Don Arnulfo era hijo de Amado, quien hizo del Rincón de Santa Ana, andando el

Gregorio Pomar (sentado al centro de la foto) cuando era capitán y estaba destinado en Corrientes, en febrero de 1920. Aparece acompañado de un cacique indígena y otros militares.



tiempo, el renombrado establecimiento El Recreo. Será Arnulfo oficial del ejército de Bosch. Su amistad personal con el fuerte estanciero brasileño José María Rodríguez le procurará un sitio para estancia de los sediciosos en la otra margen.

Preparativos

Los rebeldes instalan a principios de noviembre de 1933 un campamento de adiestramiento en el interior de Río Grande del Sur (Brasil). Está situado en la confluencia del Ibirapuitán con el Ibicuy, unos 70 kilómetros antes de que éste desemboque en el río Uruguay, por la margen izquierda. Es un punto equidistante, tanto de Santo Tomé-San Borja en el norte, como de Uruguayana-Libres, al sur. En la primera etapa lo integra un contingente de ocho hombres, según recuerda uno de ellos, don Abalos, que cuenta: «Hacíamos vida de campamento militar. A la mañana tomábamos mate, café o caña, según la preferencia. Casi todos los días—entre las 4 o 5 de la tarde— venía don Goyo (Gregorio Pomar) a darnos instrucción en lo que nos ocupábamos hasta la caída del sol. Los víveres no faltaban. Se carneaban vacunos de la estancia y los “vicios” (yerba mate, cigarrillos, etc.), lo traían en camiones desde Uruguayana (Brasil). Contábamos con un régimen de salidas franco (...)».¹⁹

Como jefes visibles aparecen los protagonistas del incidente de Concordia. Los ex tenientes coroneles Gregorio Pomar y Roberto Bosch, entre otros. Es llamado desde Buenos Aires don Luis Dellepiane para unirse al grupo. Oscar López Serrot recuerda que los despidieron «desde Montevideo y Corrientes, desde el viejo café “de los Inmortales”, entre gritos y cantos reafirmatorios de nuestra fe en la democracia».²⁰ Esta plana mayor se hospeda en la estancia La Beleza, propiedad del caudillo Flores d’ Cunha, ubicada en el interior del municipio riograndense.²¹

El hecho revela que los conjurados contaban con la simpatía o por lo menos la aquiescencia de relevantes personajes «gaúchos». En el sumario instruido por el gobierno brasileño a raíz de los sucesos, se conoce, entre las severas directivas dadas por Getulio Vargas, la siguiente: «También deberá ser plenamente notificado (el responsable) el motivo por el cual no fueron ejecutadas las órdenes de vigilancia en torno a la frontera, para que tales acontecimientos se verifiquen».²²

En tanto en la ciudad de Paso de los Libres se conspira. En reuniones que se realizan al abrigo de la noche se discuten los pasos a seguir, se ultiman detalles y se cambian informaciones con los de la otra orilla a través de correos, para acomodar la marcha de los acontecimientos al plan trazado, que tiene ya

El ex teniente Gregorio Pomar actuó como jefe de la rebelión de Paso de los Libres junto a otros militares legalistas. En esos enfrentamientos perdió la vida su sobrino Adolfo Pomar.



El general Severo Toranzo, cuando se desempeñaba como inspector general del Ejército en agosto de 1929 con uniforme de gala y condecoraciones. Exiliado en Uruguay, preparó desde allí la rebelión.

fecha y hora de estallido: será el 29 de diciembre a las 2.00. El sitio es la residencia de la familia Cressery, ubicada en la esquina sur de las actuales calles Madariaga y Rivadavia, y los habitués: don Mariano Madariaga y su hijo Marianito; Antonio Allem y Ciro Cabrera, Juan Carlos Cambiaso, Canuto Acebedo Miño, Pedro Después, Luis Pérezgo, los hermanos Gómez y otros.

«El apoyo logístico lo proporcionan algunos vecinos, todos radicales, como Faustino Vignolles, Carlos Issler, el escribano don Adolfo Montaña, notorio ciudadano libreño que tiene en la actualidad una calle con su nombre, Cabrera Machado, Albino Sánchez y su señora Sara, cuyas actuaciones en favor de la causa merecen recordarse.»^{23 bis}

La vida en el campamento a orillas del Ibirapuitán y el adiestramiento se desarrollan normalmente. Sin embargo, cuando se echaba a andar el 21 de diciembre—a las 0.30 o 1.00 de la mañana, aproximadamente— una patrulla del ejército brasileño de frontera, comandada por el 2º teniente en comisión José Pedro Cordeiro de Melo, rodea el lugar: «¡Ningún se mexe, quem se mexe morre!» («¡Nadie se mueve, quien se mueve muere!»).

Lo avanzado de la hora, el juego nervioso de los haces de luces de las linternas, la oscuridad y la sorpresa, provoca la primera baja rebelde. Arturo Vizcaíno viene a fallecer a causa de un ataque cardíaco.

El grupo tomado prisionero, es «encostado» (detenido en averiguación de antecedentes) durante tres días en el 8º Regimiento de Caballería Mecanizada «Conde de Porto Alegre», de Uruguayana (Brasil), ciudad donde aún tiene asiento.²⁴

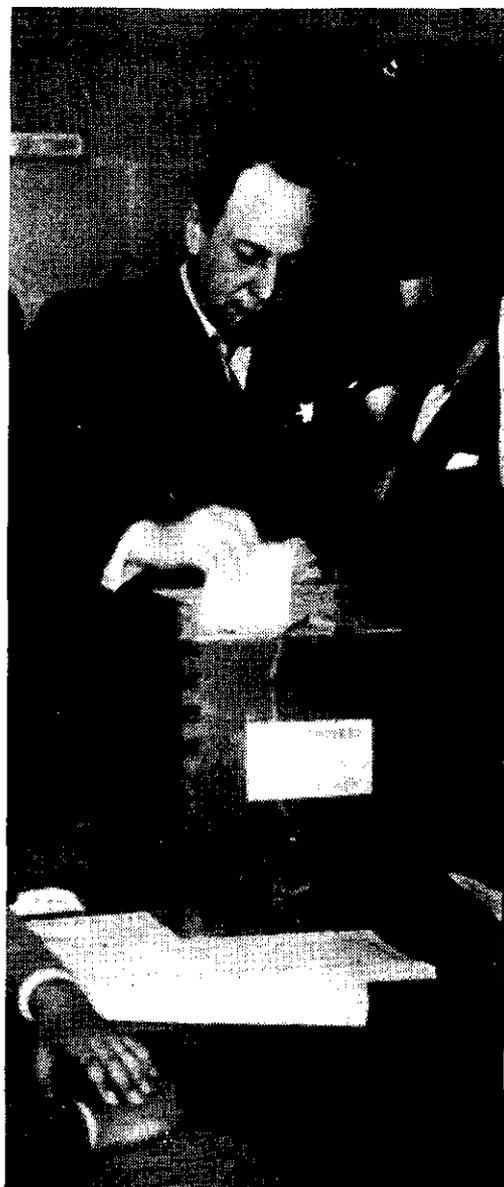
Al día siguiente, con la ayuda del «auto-camión» (sic) del Regimiento —que apoyó el operativo— se trajeron al cuartel, desde la desembocadura del Ibirapuitán y «por orden superior» 140 «emigrados políticos argentinos», que así se los llama, «siendo un oficial» que suponemos Gregorio Pomar.²⁵ Se incautan de las armas²⁶ y —conforme se ordenaba— disuelven el grupo, «desencostándolo» del Regimiento.²⁷

Los liberados el 23 de diciembre, en número de 152 como se asienta en el Boletín del Regimiento de ese día, son trasladados a un nuevo campamento —conseguido mediante febriles gestiones— en el establecimiento de Pacheco Pratti (El Progreso), a orillas del río Curaeim, 100 kilómetros municipio adentro, sobre la frontera brasileño-uruguayo. Vivaquearán allí hasta el día 28, cuando se les unirá Roberto Bosch.

El ex teniente coronel se había salvado de las batidas del 8º de Caballería porque —creemos— había permanecido oculto en la estancia La Beza, asiento, como vimos, de la plana mayor revolucionaria. Eso le permitirá comandar la invasión a Paso de los Libres al día siguiente. Suerte muy distinta corrió en cambio Gregorio Pomar, y por tal razón no pudo encabezar el asalto a Santo Tomé (Corrientes) en la misma fecha. La orden expresa del jefe de gobierno brasileño, dada en Rio de Janeiro, era «internar lejos de puerto y poblaciones de frontera los jefes oficiales comprometidos, especialmente los cabecillas Pomar y Boich» (Bosch en la errónea mecanografía del cuartel), y agregaba: «Se recomienda providenciar además para que el señor Pomar sea enviado para el Río de Janeiro».²⁸

En su cumplimiento, el 28 de diciembre «siguieron para Porto Alegre el coronel Gregorio Pomar y el Dr. Gastón Bernard, que se hallaban detenidos acompañados por el capitán José Tóvías Xavier de Brito y el cabo Otacilio Bassoaldo Krugg».²⁹ No hemos logrado identificar a este doctor Renard. Presumimos conspirador brasileño o bien «compañero

El ex ministro de Obras Públicas de la Nación, José Benjamín Abalos, emitiendo su voto en Rosario en marzo de 1930. Luego se levantará en armas reclamando volver al sufragio limpio.



circunstancial» de infortunio. La provincia de Corrientes, bajo intervención federal en aquella época, era gobernada por el comisionado federal —senador— Pedro Días Colodrero. El intento abortado de rebelión en julio de 1931 y los sucesos del 32 habían colocado en alerta a las autoridades.

El Concejo Municipal de Paso de los Libres ha recibido en sesión del 23/2/1933 nota del Distrito Militar 28 con asiento en Curuzú Cuatiá, en la que solicita nómina de locales que pueden ser ocupados por tropas en caso de movilización, «especificándose locales para alojamiento de personal, galpones, potreros, abrevaderos, corrales, etc.».³⁰

Asimismo, con fecha 6/3/1933, reiterada el 27 de ese mes, requiere planilla del personal superior y subalterno de la Municipalidad, con datos personales y del servicio militar, «específicamente si ha sido instruido, exceptuado, jerarquía, arma y especialidades», tema que es tratado en la sesión del 27 de abril.³¹ Son

apenas dos ejemplos de la preocupación oficial ante la posibilidad del golpe.

Interludio nacional

En esos días (27 de diciembre) se reúne en el Teatro Municipal de Santa Fe la Convención Radical. «La UCR sólo anhela y pide que se normalice la vida cívica argentina» y «reclama tan sólo las garantías y el respeto a que tiene derecho un gran partido mayoritario», declama Alvear, entendiendo que con el restablecimiento de las condiciones democráticas, deterioradas desde el fatídico 6 de septiembre del 30, quedarán asegurados el progreso y el desarrollo.

Al día siguiente la comisión *ad hoc* aconseja en dictamen mantener «la abstención intransigente en toda la República». La votación favorable (119 a 9), se ve precedida por un rumor alarmante: «¡Estalló la revolución radical!»³²

Las noticias se agolpan. Dan cuenta del asalto a comisarias en Rosario y del intento de toma de la Subprefectura. «Entre los marineros no hubo bajas, las cuales se registraron entre los atacantes».³³ Cañada de Gómez había caído en poder de los revolucionarios. Se estaría por invadir Paso de los Libres.³⁴

En marcha

Los versos de don Arturo Jauretche resultan inevitable portada: *Hoy quiero contarles cómo / metidos en lucha larga / a los libres se les carga / con cárceles y con plomo / sin que mezquinen el lomo / Y atención les pido mucha / que en lo que viene se escucha / lo que les pasó a los amigos / cuando en Libres hubo lucha.*³⁵

Viernes 29 de diciembre. Desde las últimas horas de la víspera, procedentes de las costas de Cuareim, en la frontera brasileño-uruguaya, se arriman en camiones a las zonas de El Vado y Santana, sobre el río Uruguay, unos 40 kilómetros al sur de Paso de los Libres, los componentes del denominado «Comando del Litoral». Lo constituyen alrededor de 300 hombres, divididos en: Caballería, formada por 40 o 50 jinetes sin instrucción militar, según un testigo, e Infantería, integrada por el resto, que había recibido alguna. Durante la noche del 28 al 29 cruzan el río por dos pasos. La caballería por el Vado o «Vado Nuevo», mientras que la infantería lo hace por Santana, frente a la estancia de un caudillo radical, don Arnulfo Tito Bonpland,³⁶ en lanchas propiedad de Guillermo Méndez.

También esa noche había zarpado desde la Subprefectura de Paso de los Libres la lancha oficial con una comisión a las órdenes del contramaestre Pedro Perico Segovia, con destino al Destacamento

Santa Ana, sobre el kilómetro 535, río abajo, en misión de rutina.

A las 2.30 de la madrugada tropiezan con los rebeldes. Intiman rendición, que no es acatada. La refriega consecuente dura alrededor de una hora. Tres heridos, uno grave (el marinero Leiva) y dos leves (Miño y Vera) entre los leales. Un herido grave, Ramón Hernández, es la única baja rebelde.³⁷ Se teme por el contramaestre, que ha desaparecido.³⁸

Uno de los marineros heridos y el maquinista, dada la notoria desventaja, logran huir con la lancha, abandonando el campo al invasor. Esta maniobra sella la suerte revolucionaria. Los marineros darán aviso al ejército, el 11 de Caballería de línea, y anulará el factor sorpresa.

También han desaparecido los marineros al cuidado del Destacamento Capy Quicé, sobre el kilómetro 565, «ignorándose si fueron presos o huyeron pero no hay noticias de ellos».³⁹

Ya en tierra argentina, la heterogénea tropa (la integran varios brasileños) forma en escuadrones que desfilan marciales ante su jefe, el ex teniente coronel Roberto Bosch. Enseguida proceden a la jura de la bandera (que es la argentina, con una leyenda bordada en arco: «Por la soberanía popular que es la libertad de la Patria») y de lealtad a la causa, expresando su decisión de acometer la empresa hasta sus últimas consecuencias.⁴¹

En la calurosa mañana del 29 se inicia la marcha sobre Paso de los Libres, bordeando la costa al amparo de la espesura de los montes en galería, típicos de la región. La caballería parte en primer término, seguida más tarde por la infantería. Van armados de fusiles «mauser» del ejército brasileño («mosquetones» de caño largo, que dirá don Abalos), fusiles ametralladoras, bombas de mano, etc. En un carrito se acomodan las municiones y la ametralladora pesada, a cargo de Adolfo Pomar (sobrino del ex teniente coronel y estudiante de ingeniería), mozo de unos 23 años. *Paso sereno, mirada altiva... / fusil al hombro, por tierras esclavas, van los valientes del gran Pomar.*⁴²

Han recorrido un buen trecho. En la imaginación de los jefes, la República es, en esos momentos, un hervidero de levantamientos e intentonas. Si hubo acuerdo al respecto, la mayoría —empero— no se ha movido. Se verifican algunos estallidos, Santa Fe, Rosario, Cañada de Gómez, Santo Tomé (Corrientes), tal vez San Luis, pero no más. Todas, si no han sido sofocadas, están a horas. Ellos no lo saben, ni podrían saberlo.

Avanzan confiados. Esperan el levantamiento del 11 de Caballería,⁴³ pero éste no piensa hacerlo.

Alertados por los marineros sobrevivientes a la escaramuza del Santana, a las 8 de la mañana del 29 parten de Paso de los Libres tres camiones con tropas del regimiento 11, bajo el mando del teniente primero Vidal My, para enfrentar a los invasores, que según

versiones antojadizas se alejan hacia el sur, a Monte Caseros. En realidad, se acercan.

El San Joaquín es un arroyuelo que serpentea moroso entre las pequeñas anfractuosidades que ofrece el relieve de la zona, poblado de palmeras y espinillos, antes de languidecer en el Uruguay. En este escenario los milicos preparan la emboscada y esperan. El sol a plomo, casi en el cenit. El calor es agobiante.⁴⁴ *De pronto surge entre las sombras / el enemigo de la verdad / suenan metrallas, los hombres caen / ¡¡ Viva la patria y la libertad!!*.⁴⁵

La caballería que iba a la vanguardia es sorprendida por la descarga. Responde. El combate es tan reñido y feroz como desigual. El factor sorpresa causa estragos entre los rebeldes, que no se amilanan. Pero tienen que ceder, dada la notoria desventaja, dejando en la retirada unos veinte hombres caídos en el campo. «Doce bajas, entre muertos y heridos», dirá el comunicado oficial.

Uno de los conjurados, Arnulfo Bonpland, logró escapar junto a Félix Abalos, arrastrándose unos kilómetros por un zanjón, para posteriormente -- río por medio -- refugiarse en el Brasil.

Larraura, sujeto de oscuros antecedentes, que cumple el servicio militar, se ocupa de dar el tiro de gracia a los heridos y de arrancar algunas orejas a cuchilladas, hecho que envuelve la contienda en un ambiente sádico y macabro.⁴⁶ Gesto bárbaro e incalificable por cierto, que alguna literatura -- creemos con excesiva vehemencia -- adjudicará a «oficiales del ejército justista, que mostrarán orejas revolucionarias -- orejas de peludo -- como blasones de su lealtad al régimen».⁴⁷

Arturo Jauretche aparece entreverado en la balacera «con un fusil y vistiendo un mameluco de mecánico», dicen.⁴⁸ Cantará estas acciones en versos compuestos en la cárcel de Corrientes (capital), donde fue confinado con otros complotados, en un libro que ha quedado clásico: *El Paso de los Libres*. En él relata la intenciona a través de un gaucho de ficción -- Julián Barrientos -- visualizado como hombre de trabajo y «muy tranquilo en la paz», que estima el deber más que a la paz «por lo que a una causa justa no ha faltado jamás».

Solamente una baja se produce en el 11. El cabo Filártiga. Lo encontraron sentado bajo un árbol, los anteojos colocados casi con fruición de una rama. Más que muerto, parecía un viajero descansando su fatiga.

La tarde se oscurece de aleteos. Los caranchos que descienden en círculos son mudo testigo de la masacre. Mientras tanto desde Curuzú Cuatiá habrían salido en refuerzo dos escuadrones del regimiento 9 de caballería. Por otra parte, la crónica menciona que se aguardaba para la madrugada del 30 un tren procedente de Goya, conduciendo tropas y elementos para poner fin a la situación creada.⁴⁹ Si fue así, no llegarían a tiempo, pero tampoco harían falta.



Un sector de la pequeña localidad fronteriza correntina de Paso de los Libres sobre el río Uruguay. En el momento de la rebelión radical tenía veinte mil habitantes.

En la «villa» se organizan, si bien precariamente, los servicios sanitarios. Esa noche nadie duerme. El calor y las vísperas del año nuevo se mezclan con los rumores terribles que se difunden. Que los invasores vienen con el designio de pasar a degüello un número de adversarios políticos, cuyos nombres se hallarían en listas negras. El pánico y la incertidumbre se esparcen en la población, ante esta simple estrategia de algunos o producto de la imaginación popular, exaltada en estos casos, pero que contribuye a crear un clima de tensión.

Las huestes que componen la infantería sediciosa, ignorantes de lo acaecido en el San Joaquín, hacen un alto después del mediodía del 29 en La Quemada, sitio cercano al lugar del combate.

El sol se pone rojo sobre el horizonte cuando comienzan a llegar los que consiguieron escapar de la emboscada del San Joaquín. El ex teniente coronel Bosch trae a grupas al caudillo Vicente Hernández. Nadie habla, ni precisa hacerlo. En los semblantes adustos se adivina la derrota. Además, debe mantenerse alta la moral de la tropa y el silencio es, en estos casos, el camino natural.

Una vez acampados, don Pedro Cesarés se sincera con su amigo Abalos: «*Peicujápa, omanó ñandé, irú*», le confiesa en guaraní («Sabe, pa, muchos demás compañeros murieron»)⁵⁰

Los jefes del movimiento deliberan. Preparan allí el asalto al pueblo. Saben que militarmente tienen pocas chances y el intento, mucho de último recurso. Ya entrada la noche, emprenden la marcha.

La columna se desplaza con lo que quedó de la caballería, al frente, arrastrando el carrito con la ametralladora y las municiones, seguido por la infantería. Un piquete de avanzada para prevenir encuentros y otro similar a retaguardia por lo mismo. Durante el trayecto se suscitan dos episodios confusos. El primero con la retaguardia y unos policías que desde Bonpland bajaban a cobrar el sueldo, sin victi-

mas. El segundo ocurre con los hombres de avanzada que, en la oscuridad, intercambian disparos con individuos... del mismo bando. El saldo: dos muertos, uno de ellos, Juan Acosta, joven oriundo de Curuzú Cuatía.⁵¹

Hacen un alto en la chacra de los Barrientos, para organizar la tropa y planear el asalto al pueblo.

Al amanecer del sábado 30 de diciembre, antes de las 6, «fraccionados en grupos, atacan la localidad» de Paso de los Libres, por el suroeste.

En las instalaciones de la Sociedad Rural (predio ferial), ubicada en la periferia de la ciudad, tienen lugar las primeras acciones, que se prolongan por hora y media y arrojan un número indeterminado de víctimas.⁵² El grupo invasor es reducido. Uno consigue huir (Gerónimo Piris) pero cae luego prisionero, con los otros. Son reclusos en la prisión de la policía provincial, en el centro de la villa.

Otro grupo, el más numeroso, se desplaza sobre la estación de ferrocarril —distante unos 400 metros del predio— tomándola sin hallar resistencia. Prosiguen en su avance sin tropiezos ganando una casa en

construcción ubicada a dos cuadras del edificio de Correos y Telégrafos.⁵³

El hecho de contar con el telégrafo, único medio de comunicación —a cargo del jefe, De Paula Ferreyra— convertía al local en el principal objetivo estratégico de los revolucionarios, esencial para establecer contactos con los otros movimientos.⁵⁴ Por ese motivo, había recibido también guardia reforzada.

Ese día, amén de los empleados habituales, se encontraban: el inspector Moritán Colman, arribado un tiempo antes desde Buenos Aires que, indudablemente, estaba al tanto de los planes subversivos;⁵⁵ la guardia enviada por el 11, compuesta de 4 elementos: González Meza y un tal Funes, llegado a último momento de refuerzo, quienes se apostaron en la azotea, y Ledezma, que se colocó abajo, a la izquierda del edificio, sobre un garaje precario que allí existía.

La oficina de Correos ocupaba entonces un local sobre la calle Colón (calle principal, antes denominada Real) al 1600. Al frente, poquisima edificación y algunos árboles clareaban la manzana dejando ver la calle opuesta (Coronel López), a pesar de que el edificio se levanta a unos cuarenta metros de la esquina. Los centinelas se agazapan. El sol del verano ya quema. Son las 8 de la mañana.

Roberto Bosch ordena el ataque. Los rebeldes convergen por la calle Brasil sobre Coronel López, gritando consignas y vivas y abriendo fuego para cubrir el intento de instalación de la ametralladora pesada que hacía Adolfo Pomar sobre la esquina, en posición diagonal al enemigo.

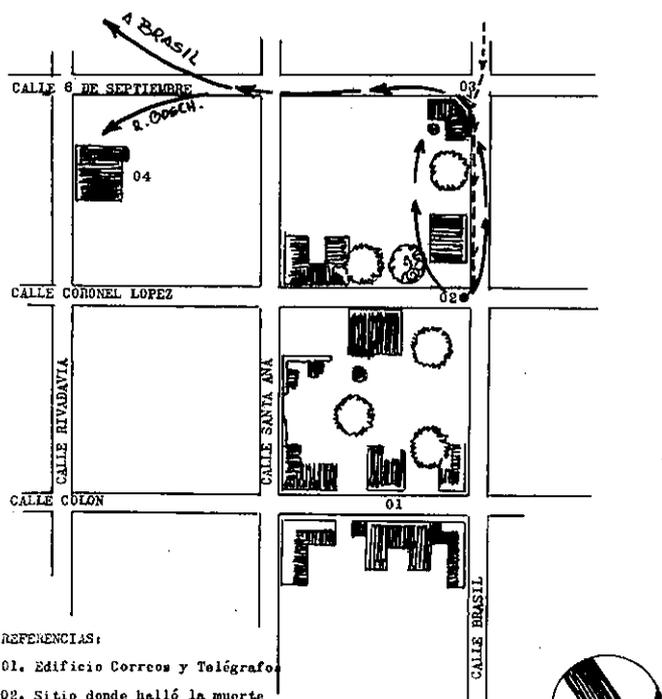
Desde lo alto responden los oficialistas. Todos buenos tiradores. Las balas silban sobre las cabezas de los sediciosos, cuenta un testigo. Una ráfaga disparada presumiblemente por González⁵⁶ alcanza de lleno a Adolfo, que ve el cielo limpio oscurecerse de repente. El sobrino de Gregorio Pomar alcanza a dar unos pasos balbuceantes antes de caer sobre la acera. Manos solícitas lo arrastran, por los fondos, a la casa del doctor Ojeda, ubicada frente al Correo. No resiste. La vida se le escapa por las heridas. Qué pena morir con tanto sol por salir.

Este hecho marca también el fin de la patriada. Suenan cómico y trágico, pero no había otro que manejara la ametralladora, el arma de mayor calibre de los revolucionarios. La refriega duró exactamente 20 minutos. El jefe ordena la retirada. En un nervioso alto, expresa: «Muchachos, esto fracasó, así que cada uno se arregle como pueda. Ahí tienen las lanchas para el que quiera ir al Brasil».⁵⁷

Lo que se produce es una fuga desordenada. Y depredadora. Pero la desesperación produce también gestos heroicos, como el de Nicolás Sena, que —solo— mantuvo a raya una patrulla del 11 durante buen tiempo.

«Los asaltantes —se lee en *La Nación*— se retiraron en lanchas y embarcaciones por la isla Pacú, casi

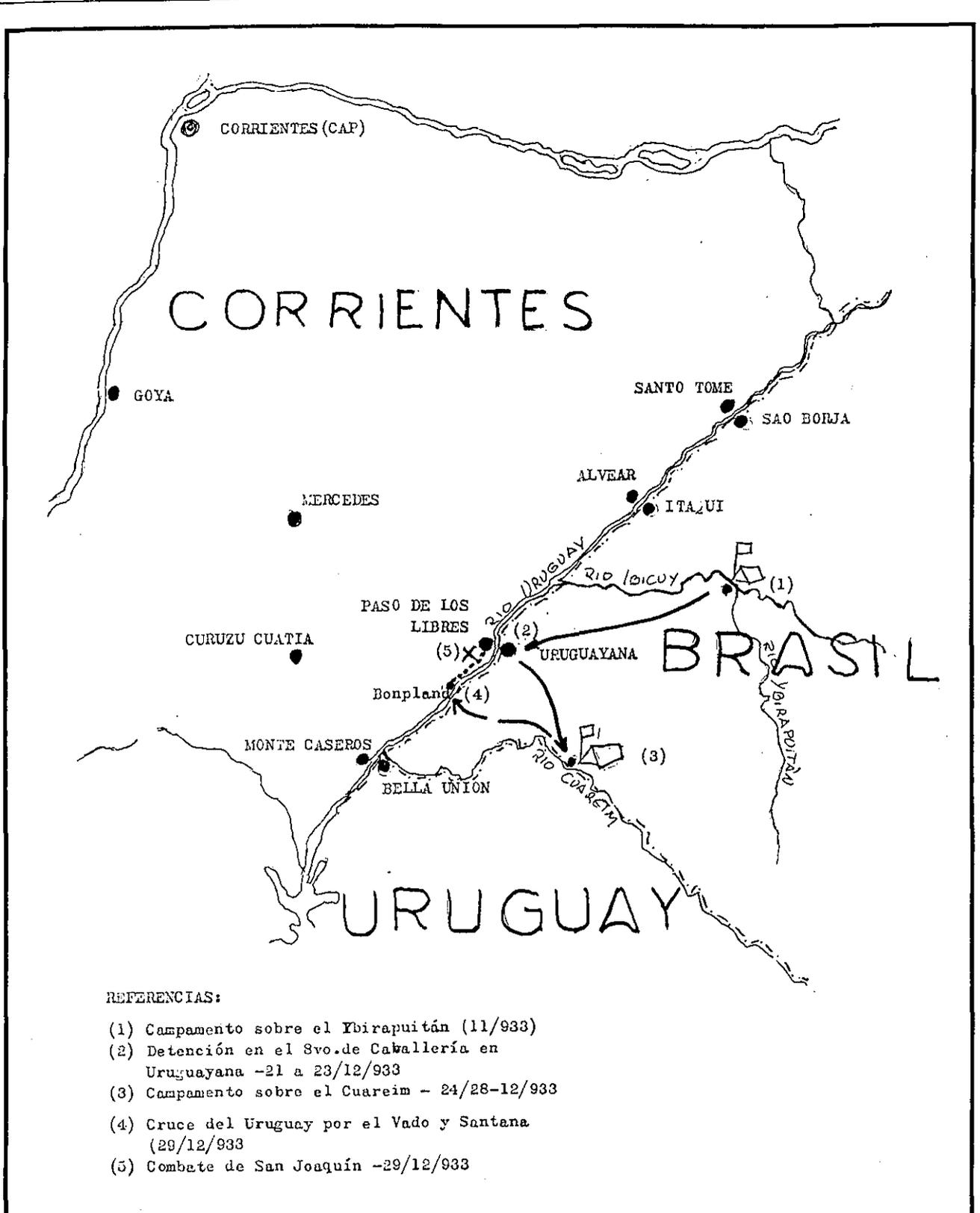
PASO DE LOS LIBRES CROQUIS DEL ASALTO AL EDIFICIO DE CORREOS Y TELEGRAFOS



REFERENCIAS:

- 01. Edificio Correos y Telégrafo.
- 02. Sitio donde halló la muerte Adolfo Pomar. Inicio del desbande revolucionario.
- 03. Casa en construcción. Desde aquí se inició el asalto.
- 04. Casa donde se refugió el Ex-Tte Cnel. Roberto Bosch.

AVANCE
FUGA



frente a Uruguaya». ⁵⁸ No todos. Hubo quienes volvieron sobre sus pasos, a la estancia de algún caudillo, que, a la par de otorgarle protección, les daba empleo. Muchos de los que alcanzaron la otra orilla, serán apresados por el ejército o la policía brasileña. ⁵⁹

Para contribuir en la urgencia aparece un avión husmeador (testigo memorioso dice fueron dos, «el 13 y el 14»), que deja caer la bomba cuyo estruendo se deja sentir en el pueblo. Se hacía falta un punto final, allí estaba. Bosch se refugió en una casa cercana al teatro de las acciones, perteneciente a un amigo radical, Albino Sánchez. Por la noche, don Luis Pérego —de la causa— y otros, los suben en un automóvil que los traslada a las afueras, en las inmediaciones del arroyo — ¡vaya coincidencia! — Despedida. A campo traviesa alcanzan una estancia ubicada aproximadamente a diez kilómetros, en cuyo casco pernocta. Al día siguiente, en canoa trasponen el río Uruguay rumbo al Brasil. ⁶⁰ Comenzará para el abanderado del legalismo una etapa prolífica en el periodismo político, primero en el exilio brasileño, que se extenderá luego al Uruguay. ⁶¹

La prensa señala que «los sediciosos dejaron 40 muertos y un número de 30 heridos, así como municiones, armas y documentos». ⁶²

Varios ciudadanos libreños son demorados en la policía local (conspicuos radicales todos ellos), Carlos Issler, Tomás Bravo, los hermanos Antonio y Ciro Cabrera (dueños de remolcadores y barcos de pasajeros) y otros. El peligro ha sido conjurado. La villa de Paso de los Libres recobra la calma. Otro tanto ocurre en Santa Fe, Cañada de Gómez, San Luis, Santo Tomé (Corrientes), etc.

El día siguiente (31 de diciembre) se realiza en el Petit Hotel el tradicional baile de despedida de los jóvenes conscriptos que partirán al día siguiente para cumplir con el servicio militar. Retorna la tranquilidad de las siestas provincianas. Como si no hubiera pasado nada.

No obstante, se mantiene una rigurosa vigilancia con guardias reforzadas en los principales edificios públicos. Esto origina episodios trágicos que son el termómetro y la evidencia de los momentos que aún se viven. El 10 de enero de 1934, a las 2.30 de la madrugada (a la semana de los sucesos) el lancharo brasileño Artur Alves, de 44 años, se dirige al puerto por la calle opuesta al edificio de Correos y Telégrafos, cuando es disparado por un centinela, desplomándose herido de muerte. El titular del periódico que da cuenta de la noticia, reza: «Guarda escrupuloso. Víctima inocente». Y lo era. Su sordera le impidió atender la voz de alto que profirió el soldado. ⁶³

Precisamente a esa hora, 42 kilómetros al sur, Pedro Abalos, ex revolucionario, al paso lento de su tordillo y con unos pocos avíos, se ladea para la otra banda. La luna curiosa sobre el río ilumina su figura hasta que se pierde en la otra orilla.

El teniente coronel Atilio Cattáneo fue el hombre que aportó las ideas a la rebelión radical de 1933. En el manifiesto se pedía reforma constitucional, justicia social, castigo a la especulación y petróleo en manos del Estado.



¿Causas de la derrota, si cabe el término? ¿Mejor sería, tal vez, aplastamiento de la sedición? Shillizzi Moreno dice que «la toma de los locales policiales y de Correos y Telégrafos agota el impulso revolucionario, quedando los tomadores a la espera de los acontecimientos en el resto del país. En realidad la espera se reduce a aguardar la intervención del Ejército favorable a sus propósitos». ⁶⁴

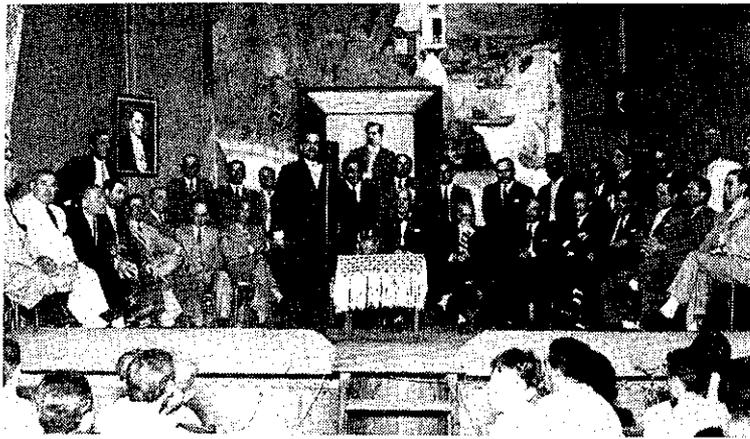
La acción de Paso de los Libres no pasó al fin de cuentas del intento, sangriento y heroico, pero intento al fin. El ejército no se ha plegado, conducta que repitió en todas las unidades del país, como además se temía, con lo que el movimiento anduvo orillando la utopía.

Sin embargo, podemos apuntar, entre otras causas, el fracaso del factor sorpresa y la desorganización. En cuanto a lo primero lo relatado exime de mayores comentarios. Lo segundo es conclusión coincidente de todos los entrevistados, que de algún modo participaron en los acontecimientos.

Abalos observa sagazmente: «Fíjese que no teníamos "santo y seña"». ⁶⁵ De allí las bajas hechas entre los mismos rebeldes, por lamentable confusión. Todo, sin mencionar la falta de preparación en el manejo de la ametralladora pesada, que les costó prácticamente la revolución».

Algunos levantan como otra de las causas —y no menos importante— el hambre que minó la moral de la tropa. «Andaban depredando», o «pedían pan y agua en las casas», recuerdan.

Son éstas las razones que acortan la ambigua distancia que va de la gesta a la chirinada, que diría Borges y que arrima abono a la tesis que afirma fue «la última montonera». En rigor mucho de ella tenía, como mucho de las gloriosas correrías europeas de fin de siglo.



Corolario

Fundado en los sucesos «que son de dominio público», el 29 de diciembre, el presidente Justo declara el estado de sitio en todo el país. «El gobierno no puede —dice— dejar de señalar dónde están los responsables», es la UCR, si bien «la rebelión no aparece ostensiblemente encabezada por los jefes virtuales del grupo político rebelde (...) este hecho solo evidencia lo indefinible de la causa».⁶⁶

El ministro del Interior elabora un comunicado que expresa: «La iniciación de estos movimientos subversivos se produjo como obediencia a un plan preestablecido de antemano, no bien fue difundida la noticia de haberse votado la abstención llamada activa, por la Convención Nacional del radicalismo personalista reunida en el Teatro Municipal de Santa Fe».⁶⁷

Tal cual lo planeado por Bosch. Alvear, junto con otros altos dirigentes, reunidos el mismo día 29 en el Hotel Ritz de esa ciudad santafesina, apresuran un comunicado donde reconocen «fueron sorprendidos por acontecimientos que sólo conocieron una vez producidos los hechos, absolutamente extraños a las autoridades partidarias».⁶⁸

Es posible que así fuera. En estos movimientos el legalismo avanzó sobre lo político y, en su realización efectiva, ambos se fueron nutriendo recíprocamente.

Lo instintivo y lo temperamental navegan siempre en la superficie de los individuos, en tanto que lo racional reside siempre en lo hondo. A menudo éste estalla mediante aquél.

En este orden de ideas, nos preguntamos, desde la perspectiva que contemplamos el hecho histórico, qué razones, motivaciones profundas, impulsaron a estos hombres para emprender actos de rebelión armada que estaban inevitablemente condenados al fracaso. Lo que sigue tal vez ayude a responder.

Los que pergeñan los levantamientos son militares de principios que no vacilan en pedir la baja del ejército

Acto de homenaje y recordación a los revolucionarios de Paso de los Libres en el teatro de esa localidad. Al fondo está el coronel Roberto Bosch.

antes que continuar apoyando un régimen caracterizado por la ilegitimidad en el origen y el fraude en el ejercicio.

«Juran levantarse en armas y derrocar a los gobiernos surgidos del fraude posrevolucionario, para entregar el gobierno a la Corte Suprema, como manda la Ley de Acefalía.»⁶⁹

Son aquéllos que rechazan la amnistía ofrecida en 1936 con —palabras de Bosch— «lo que he tenido que abandonar por amor a la legalidad, no me lo puede devolver la ilegalidad».⁷⁰ Son palabras del militar de 1900. Se saben —y lo creen a pie juntillas— «los portaestandartes de la civilización», como dice el teniente coronel Carlos Smith en conocido libro.

La reflexión de Jacinto Hernández es pertinente: «El oficial argentino es un hombre que, como el fraile con vocación, se ha entregado a servir un ideal, el más puro ideal, consubstanciado con Dios (...) ajenos estos militares a las pasiones que engegocen (...) son algo así como el agua regia que disuelve las impurezas de los medios en que actúan, no dejando al retirarse (...) sino ejemplos de funcionarios de austera corrección».⁷¹ Son aquellos militares «que constituyen el único elemento que permanece incontaminado en medio de la vorágine del (...) vértigo social», como escribió Juan Ramón Beltrán.⁷²

Esta concepción casi romántica de la función castrense no es de 1933. Había declinado con la prosperidad.

¿Lo percibieron nuestros revolucionarios?

¿Y qué decir de los revolucionarios civiles? Los caudillos radicales eran hombres moldeados en dos fraguas igualmente hirvientes: la política mística de Leandro N. Alem y la ética y moral categóricas de Hipólito Yrigoyen. Esta manera casi apostólica de entender la política demandaba de los seguidores más que la tibia afición, la militancia activa, la entrega generosa y sin límites, incluida la vida.

En la extraña parábola que se dibuja desde el «que se rompa pero que no se doble» hasta la «abstención activa», pero cuesta imaginar la lucha armada como una respuesta política válida. Porque armarse en la defensa de la moral y la ética era, en definitiva, armarse en defensa de la Patria, cuando se concibe a ésta como un objeto sagrado, «rayo de luz espiritual que el Creador ha impreso sobre nuestras frentes», diría Alem; y sobre todo cuando el régimen que la agobia impone por las armas la corrupción y el fraude. Un hilo sutil que une el Parque al Comando del Litoral. Y —cual hilo de Ariadna— también explica la quijotada.

Patriotas con ideas utópicas o utópicos que concebían la Patria y las leyes como una entelequia. Posiblemente las dos cosas y gracias al Creador que aún los había. Solo que, *condottieri* a la manera de los caballeros del *káiser*, entraron siglo adentro en locas y gloriosas patriadas, tan heroicas y hermosas como estériles, que no podían menos que fracasar. El tiempo ya se había encargado de derrotarlas.

Agradecimiento:

Mi especial agradecimiento a los entrevistados con motivo de la preparación de este trabajo, sin cuyo aporte —huelga decirlo— hubiera sido imposible. O poco menos. Sobre todo agradezco el entusiasmo y el desinterés con que lo han hecho, saludable muestra que, afortunadamente, aún no todo es materialismo y dinero y quedan espacios del espíritu sin contaminar en esta bendita sociedad de consumo. Ellos son: Pedro Abalos (Bonpland), Francisco Asis Guadalupe, Alejandro Bonpland, Pantaleón Vignolles, Angel Valenzuela y Ramón Collinet, todos de Paso de los Libres. Mi agradecimiento también a Isabel Cressery por el aporte documental, a la Biblioteca del Congreso de la Nación y al Archivo de Redacción del diario La Nación.

NOTAS

1. ROBERT POTASH, *El Ejército y la política en la Argentina*, tomo I 1928-1945, tercera edición 1981, Sudamericana, p. 73.
2. *Idem, ibidem*,
3. *Idem, ibidem*, p. 71 (600 cadetes y 900 soldados formaban la fuerza que marchó sobre el gobierno).
4. *Reincorporación del Ejército del coronel Roberto Bosch*, opúsculo sin pie de imprenta, con debates de la ley 14858 (año 1959), p. 8.
5. *Ibidem*.
6. *Semanario La Provincia de Paso de los Libres*, del 13/1/1932, p. 2.
7. *Ibidem*.
8. *Ibidem*, p. 8.
9. ROUQUIE, ALAIN, *Poder militar y sociedad política en Argentina*, tomo I, Editorial Emecé, p. 266.
10. SCHILLIZZI MORENO, HORACIO, *Argentina contemporánea - Fraude y entrega*, Editorial Plus Ultra, 1973, pp. 153/54.
11. *Idem, ibidem*, p. 158.
12. *Reincorporación...*, op. cit., p. 9.
13. SCHILLIZZI MORENO, HORACIO, op. cit.
14. ROSA, JOSÉ MARÍA, *Historia argentina*, tomo IX, pp. 55/56.
15. GOLDAR, ERNESTO, «Jauretche», en *Cuadernos de Crisis* número 17, p. 16.
16. PELLEGRINI, ENRIQUE, *P. Libres - Crónicas y ensayos*, López Libreros Editores, 1974, pp. 119/120.
17. El puente internacional, que anularía el puerto, fue liberado al tránsito en 1947.
18. SERRANO, A., *Guía geográfica, económica y política de la provincia de Corrientes*, 1937, citado por SAVIONI, JUAN L... en *P. Libres, discontinuidad y organización del espacio*.
19. Don Pedro Abalos, de 81 años, vive en la localidad de Bonpland (Corrientes), donde lo entrevistamos el 12/7/92. Hizo el servicio militar en Concordia (Entre Ríos), «incorporado el 5 de enero de 1932» — como dice con orgullo —, fue uno de los primeros convocados para la patriada de Paso de los Libres.
20. *Reincorporación*, op. cit., p. 25. Don Luis Dellepiane no participará del enfrentamiento. El día 29/12/1933 a la noche (se había producido el San Joaquín y los rebeldes invadirían en horas Paso de los Libres) la

- policía lo detendrá con otros sospechosos de conspiración, en un hotel (el Buenos Aires) de la ciudad. Cf. diario *La Prensa*, Buenos Aires, 20/12/1933, p. 10.
21. Don Flores d' Cunha, hombre de prestigio en Río Grande del Sur, fue gobernador del estado e intendente de Uruguayana, en 1920. Una calle lleva su nombre en aquella ciudad. Cf. LAGO VILELLA, URBANO, *Uruguiana, Atalaia da patria*, p. 255.
 22. *Semanario A Nacao*, Uruguayana (Brasil), del 5/1/1934.
 23. ROSA, JOSÉ MARÍA, op. cit. p. 55/56.
 - 23 bis. Impreso partidario con motivo del 50 aniversario del combate San Joaquín, diciembre de 1983, sin firma.
 24. El *Boletín* número 306 del cuartel de la ciudad de Uruguayana, 21/12/1933, trimestre octubre/diciembre 1933, p. 879, cita a los apresados: Juan Manuel Ramírez, Juan de Dios Medina, Ernesto Gómez, Francisco Medina, Félix «Afaló» (Abalos), Marcelino Ruis, Nelson Maia (brasileño), Jacinto Etchoró (?), Juan Mena, Juan Miño, Isabelino Romero, Ilario Carbonel, Virgilio Arrieta y Salvador Villalba.
 25. El *Boletín* número 308 cuartel de Uruguayana, 23/12/1933, p. 883., señala que queda archivada en Secretaría la nómina de emigrados políticos.
 26. *Boletín* número 306, citado.
 27. *Boletín* número 309 del Cuartel de Uruguayana.
 28. *Boletín* número 309. En su punto v figura el «Telegrama recibido de Porto Alegre», firmado por el coronel Negreiros, con las órdenes expresas de Rio de Janeiro, transcriptas.
 29. *Boletín* número 309 del Cuartel de Uruguayana, 28/12/1933, p. 892.
 30. Concejo Municipal de Paso de los Libres, Acta de la sesión del 6/2/1933.
 31. *Idem*, Acta de la sesión del 27/4/1933. El Concejo Municipal lo integran: Juan Antonio Di Tomazo (presidente), J. Cendoya y H. Degrasia. Es una pena que no se encuentren en el Archivo Municipal las actas de diciembre de 1933 y enero de 1934. Serían fuente de primer orden para los sucesos que aquí relatamos.
 32. LUNA, FÉLIX, *Alvear*, Editorial Hyspamérica, 1986, p. 125.
 33. *Semanario A Nacao* de Uruguayana (Brasil), 3/1/34, número 301.
 34. LUNA FÉLIX, op. cit.
 35. JAURETCHÉ, ARTURO, *El Paso de los Libres*, citado por GOLDAR, E., en «Jauretche», *Cuadernos de Crisis* número 17, capítulo III, p. 19.
 36. Bonpland es una localidad perteneciente a la cuarta sección del departamento de Paso de los Libres. Se llama así en homenaje al sabio Aimée Bonpland y se levanta donde antiguamente era la reducción aborigen de Santa Ana, en el lugar llamado «algarrobal». El terreno donde se erigió el pueblo integró el extremo oriental del campo que el gobierno de la provincia de Corrientes donara al sabio francés. Actualmente cuenta con unos 500 habitantes.
 37. Trasladado Ramón Hernández a Uruguayana (Brasil) fallecerá en esa ciudad. Cf. testimonio Alejandro Bonpland (descendiente del sabio, 79 años, entrevistado en febrero de 1992).
 38. El contra maestre Pedro Perico Segovia se arrojó al

agua y oculto por los camalotes logró burlar el rastreo efectuado por los rebeldes. Permanecerá allí hasta el día subsiguiente, cuando lo encontrarán los leales, al final de los sucesos. Cf. testimonio de Angel Valenzuela.

39. Diario *La Nación* de Buenos Aires, 30/12/1933.

40. Llamado a último momento, debido a la detención y posterior internación de Gregorio Pomar por los brasileños, José Benjamín Abalos estaba, en principio, encargado —según el plan— del movimiento en el sur de Rosario. Prestigioso hombre de ciencia, se destacó en círculos políticos y universitarios. Unía a sus dotes intelectuales, quilatados valores humanos. Cf. revista *Todo es Historia* número 103, p. 88, en artículo «La revolución radical de 1933» de JOSÉ RAFAEL LÓPEZ ROSAS.

41. Testimonio de Pedro Abalos.

42. Versos de Jauretche, según recuerdan los entrevistados.

43. Lo dice José María Rosa en la obra que citamos. Serían apenas dos los «pasados» a la revolución, el cabo Bordón y el sargento Maidana, conforme lo testimonia don Angel Valenzuela.

44. El lugar ocupaba parte de la estancia de los Bonpland, llamada la «Luján». Allí se emplazó después un monolito que recuerda la tragedia. Durante mucho tiempo fue —y aún convoca— sitio de peregrinación —todos los 29 de diciembre— de los sobrevivientes, sus familiares y correligionarios radicales. Aún existe. Sería una justa reivindicación que allí se consignen, además de los 12 nombres de revolucionarios que están grabados, todos los combatientes alistados.

45. Versos de Jauretche, *idem* acápite 42.

46. El tal Larraura era hombre de avería, con frondoso prontuario. Perseguido en cierta ocasión por una patrulla policial de tres elementos, conseguirá matar a dos —el tercero huyó—. Contaba con la protección de algunos caudillos. Al final fue preso en Bonpland. Trasladado a Paso de los Libres, será degollado en el trayecto y su cuerpo paseado en un carro-jaula por el pueblo, para el asombro de los vecinos, como una fiera, tal como —según parece— vivió. Cf. Testimonio de Ramón Collinet.

47. GOLDAR, ERNESTO, «Jauretche», *Cuadernos de Crisis* número 17, citado.

48. *Idem, ibidem*.

49. Diario *La Nación* de Buenos Aires, 30/12/1933.

50. Cf. Testimonio de Pedro Abalos.

51. *Idem*.

52. Algunos de los entrevistados hablan de tres o cuatro muertos, otros, de apenas un herido, en la pierna (el cabo primero Vega).

53. Ubicada en la esquina norte de las actuales calles Brasil y Coronel Reguera (6 de Septiembre en la época), la construcción pertenecía al... ¡inspector Lezcano!

54. Luego del fracaso de la intentona, y exiliados en la estancia brasileña de Pacheco Pratti, el Cuareim (que fue segundo campamento rebelde), el mayor Aguirre confiará a nuestro entrevistado Pedro Abalos que el 30 de diciembre del 33 se cansó de llamar mediante telégrafo a Paso de los Libres sin éxito, desde Santo Tomé (Corrientes) que acababa de tomar, conforme lo planeado. Cf. Testimonio de Pedro Abalos.

55. Según Asís Guadalupe que contaba 17 años y se desempeñaba como mensajero de Correos, Moritán Colman logró infiltrarse entre los conspiradores locales, incluso viajando con ellos en ocasiones.

56. Una generalizada opinión atribuye este acto a Ledezma, hecho imposible si se tiene en cuenta la posición donde éste se ubicó, como testimonia —y lo escribimos— don Asís Guadalupe.

57. Cf. Testimonio de Pedro Abalos.

58. Diario *La Nación* de Buenos Aires, domingo 31/12/1933.

59. Semanario *A Nacao* de Uruguayana (Brasil), del 3/1/1934.

60. Así me relató un hijo de Luis Pérego, don Carlos Estanislao.

61. *Reincorporación...*, *op. cit.*

62. Diario *La Nación* de Buenos Aires del 31/12/1933.

63. Semanario *A Nacao* de Uruguayana (Brasil) del 10/1/1934.

64. SCHILLIZZI MORENO, HORACIO, *op. cit.*, p. 192.

65. Cf. Testimonio de Pedro Abalos.

66. Diario *La Nación* de Buenos Aires del 30/12/1933.

67. *Ibidem*.

68. *Ibidem*.

69. *Reincorporación...*, *op. cit.*

70. *Ibidem*.

71. ROUQUIE, ALAIN, *op. cit.*, p. 280.

72. «Misión del Oficial frente a los problemas sociales contemporáneos», *Revista Militar* setiembre de 1936, p. 499/513, citado por ROUQUIE, ALAIN en *op. cit.* Juan Ramón Beltrán enseñaba psicología en el Colegio Militar de la Nación.

Gymnase L'Equipe®

Cuerpo y mente en movimiento

ELEGANTEMENTE EUROPEO

Grupos Reducidos

Clases mixtas

GYM COMPLEMENTOS

ENTRENAMIENTO FISICO

PADDLE

YOGA DINAMICO

TAI-CHI-CHUAN

TRATAMIENTOS ESTETICOS

FLORES DE BACH

MASOTERAPIA

BIOTERAPIA

SHIATZU

SAUNA
SOLARIUM



Paraguay 1589 esq. Montevideo - Buenos Aires - Tel. 914-2285



REUNION CUMBRE

*Qualitas, Visa y Banco Shaw
se reúnen para brindarle un
servicio único y exclusivo.*

*Una sola tarjeta con los
servicios de Qualitas, los
beneficios de Visa y el sólido
respaldo de Banco Shaw.*

*Sea parte de esta
reunión que cambiará
la historia de la
medicina privada.*



Av. del Libertador 498 6º - 1001 Bs. As. - Tel.: 394-6498/6553/6558.

TODO ES HISTORIA • 25

La vida privada de

Trinidad Guevara

«Nosotras leemos en efecto que los romanos, los griegos, y aun las naciones más salvajes arrojaban de su sociedad a las mujeres que intentaban llevar por los lugares públicos al vicio en manera de triunfo; ó que se esforzaban a excitar con sus adornos femeniles deseos que no tenían, placeres en que su embrutecimiento no obtenía la menor parte. La Trinidad Guevara es una mujer, que por su criminal conducta en esta materia ha excitado contra sí el odio de todas las matronas, la execración de todos sus semejantes. Su impavidez la arroja hasta presentarse en las tablas con el retrato al cuello de uno de sus aturdidos amasios, que desatendiendo los sagrados deberes de su legítima esposa, y familia, vive con esta cómica de una manera harto humillante.»

El Despertador Teofilantrópico
(ejemplar del 20 de junio de 1821)



JUAN M. MENDEZ AVELLANEDA

En el año 1951 la editorial Kraft publicó *La Trinidad Guevara y su tiempo*, de Arturo Capdevila. El conocido literato e historiador dedicó su libro a la Asociación Argentina de Actores, pues consideraba a su biografiada como la fundadora del arte interpretativo nacional. La obra, escrita en el estilo propio de Capdevila, describe el ambiente teatral porteño en los primeros años de la revolución y tiene el mérito de destruir una serie de versiones novelescas sobre la muerte de Trinidad difundidas por varios autores en *El Hogar* y otras revistas de su género. En uno de los primeros capítulos del libro se relata el conocido episodio protagonizado en 1821 por el cura Castañeda, polémico personaje de la época, director de media docena de periódicos, que calificó a la actriz de mujer prostituida porque se presentaba en escena llevando un medallón en el cuello con el retrato de su amante, un hombre casado. La historia despertó mi interés por saber quién era ese personaje que Capdevila no identificó, y en busca de mayor información, revisando viejos ejemplares de *TODO ES HISTORIA* encontré un artículo de J.A. de Diego titulado «Los amores de tres actrices argentinas» que aporta nuevos datos de la Guevara y da el nombre de su amante. De Diego sostiene que el personaje en cuestión era un conocido abogado, periodista y político que formaba parte del círculo de Rivadavia llamado Manuel Bonifacio Gallardo.

Capdevila, al dar a conocer la partida de defunción de la actriz, trae a colación ese apellido, pues ella figura como «viuda de D. Gallardo», y uno de los testigos de la muerte se llama Caupolicán Gallardo. Sin embargo, el escritor sostiene que Gallardo no era el hombre del medallón.

Capdevila y De Diego no son los únicos que se han ocupado del tema. Basta ojear las obras que versan sobre nuestro teatro y se verá que prácticamente todas hacen referencia al episodio. Por lo pintoresco sí, pero también porque Trinidad Guevara haya sido considerada una de las actrices más importantes del siglo pasado, tan importante como Casacuberta —padre del arte escénico nacional—, sólo que por su condición de mujer nuestros cultores patrios no la endiosaron como lo hicieron con aquél. Pero esto no pretende ser una historia de nuestro teatro, sino la *petite historie* de una *cómica*, como se denominaba entonces a las actrices.

Al hablar de los amores de Trinidad Guevara, el resto de los escritores no menciona a Gallardo. Casacuberta, Cáceres y La Puerta son aludidos en diferentes episodios donde las rivalidades por razones artísticas se entremezclan con asuntos de alcoba.

Contamos con muy poca documentación para desenrañar el episodio del amante del medallón. No hay —o no se conoce— ninguna fuente de información directa que lo trate, salvo la periodística. Ningún testigo lo volcó al papel, Trinidad no dejó un diario,

papeles o un epistolario donde se trasluzcan su pensamiento y opiniones. La correspondencia privada de la época no registra el suceso, ni se hace referencia a la vida o familia de Trinidad y sólo se conserva una actuación policial por el intento de envenenamiento de la actriz a que nos referiremos más adelante.

En cuanto al otro protagonista, el cura Castañeda, tenemos abundantes descripciones de su excéntrica personalidad como periodista y como sacerdote, y transcribiremos *in extenso* el violento libelo publicado en el *Despertador Teofilantrópico* que originó el incidente, uno de los muchísimos que provocó su filosa pluma. Pero Castañeda tampoco dejó papeles o correspondencia que nos haga ver algo sobre su vida privada, de la que muy poco se conoce y mucho se aventura.

J. de Diego afirma que Manuel B. Gallardo era el amante aludido por el cura Castañeda, y basa su tesis en un libro escrito por el periodista Carlos Urien en donde se recogen diversos relatos de personajes de la época, entre ellos de Justa Cané de Somellera, la madre de los Varela. Esta señora, al recordar la figura del doctor Gallardo, dice que tuvo amores con Trinidad Guevara.

En base a lo publicado por Capdevila y De Diego orienté mi búsqueda en el Archivo General de la Nación y, pese a la debacle de ese organismo, encontré documentos no publicados sobre el doctor Gallardo y su familia —y su familia paralela— que en parte coinciden y en parte contradicen las conclusiones de De Diego. Datos tomados de los libros parroquiales de la época, para otro trabajo que algún día publicaré, esclarecen ciertos puntos oscuros sobre la biografiada; otros permanecen en la penumbra, algo bastante usual en las tramas de alcoba.

Los tiempos del Coliseo

El teatro, punto de reunión de todas las clases, asume un rol de suma importancia después de la Revolución de Mayo, pues allí se empiezan a expresar los primeros signos de cambio de la sociedad colonial. Desde sus inicios los cómicos son uno de los gremios que más entusiasmo ponen en apoyo de la nueva causa, encabezados por Ambrosio Morante, un hijo de mulato e india cuyos rasgos mestizos han sido descriptos por J.A. Wilde.¹ El «ciudadano» Morante, como lo calificaban sus colegas, era el líder y primer actor del grupo teatral del que formaba parte Trinidad Guevara, y, según Castagnino, tradujo del francés varias obras de tintes revolucionarios que sirvieron de aliciente al partido patriota. En 1821, cuando se produce el episodio que vamos a tratar, Buenos Aires contaba



con un solo teatro, el Coliseo, que se encontraba frente a la iglesia de la Merced, actuales calles Perón y Reconquista, en la esquina donde funciona la sede central del Banco de Galicia. Según un contemporáneo, el edificio «por fuera semeja un establo». La única competencia que soportaba el coliseo era el llamado «Circo Olímpico», ubicado a una cuadra sobre la calle Cuyo (Sarmiento), regentado por dos ingleses, donde se exhibían pruebas de equitación y acrobacia de inferior calidad.² En Montevideo funcionaba la Comedia, que por ser más pequeño no era menos importantes que el Coliseo. Trinidad Guevara, que nació en la Banda Oriental, se inició allí y desarrolló su talento hasta ser considerada una de las primeras damas del conjunto.

Quien se ocupó por primera vez de nuestro teatro y de sus intérpretes fue un extranjero, el inglés Tomas George Love. Love editó un libro en Londres en el año 1825 titulado *Cinco años en Buenos Aires vistos por un inglés*. Uno de sus capítulos, luego de describir el Coliseo, se ocupa de los actores que él ha visto representar. Menciona en primer término a Trinidad Guevara que «es la más admirada; tiene buena figura, un rostro más o menos expresivo y una voz dulce y plañidera.

«En los papeles de Leticia Hardy y de María de *El Ciudadano* está notable. También se luce en los papeles sentimentales». Nombra luego a los actores (Rosquellas en especial), y cuenta a continuación el episodio del medallón. «Cierta fraile llamado Castañeda comprometió su reputación al señalar en una publicación que ésta llevaba en escena el retrato de un hombre casado. La dama no representó durante varias noches. Su reaparición fue acompañada por una salva de aplausos: el público - como el público inglés en el caso de Mr. Johnstone y Braham - ha juzgado que la vida privada y la vida pública son dos cosas distintas».

Vista de Montevideo y la rada. Trinidad Guevara nació en la Banda Oriental. Allí se inició y desarrolló su talento. (acuarela de William Gore)

En 1826 Love funda el *British Packett*, primer periódico escrito en idioma inglés que circuló en Buenos Aires durante más de treinta años. Semana a semana, en una extensa columna, Love hacía una crónica circunstanciada de la representación teatral presentada en el Coliseo, la calidad de los cómicos y del espectáculo en general, las personalidades presentes en el palco del gobernador --Dorrego, Lavalle y la hija de Rosas, sucesivamente-- y el resto del público, en especial el bello sexo que se ubicaba en la cazuela. Las «diosas» de la cazuela, como Love las llamaba, eran elogiadas por su belleza, su elegancia o su peineta. Como buen inglés tenía su *hobby*, que eran las portefías.

Wilde y Bosch recogen el episodio del medallón narrado por Love y dan otros datos del asunto. Refiere Bosch, que es el que aporta más información sobre el tema, que Trinidad «entró al teatro a fines del año 16, muy joven aún pero muy estudiosa e inteligente: haciendo papelitos de criada se reveló. Un año después los protectores del teatro la tomaban bajo su amparo, dándole ocasión de progresar en un arte para el que la naturaleza tan bien la había dotado. Trabajó ya con éxito en los años 19 y 20 llegando a hacerse la favorita del público. Es un hecho que anduvo enredada en una intriga de amores con uno de los hombres más conocidos de la época, el cual sostenía furiosas discusiones en los diarios con cuantos se permitían hablar de ella. El clérigo Castañera (*sic*) por más apasionado que fuera en su propaganda estaba en lo cierto al asegurar que usaba el medallón colgado al cuello con el retrato de aquél, pero el público quería tanto a la artista que la reclamaba a pesar de todo». En realidad Bosch, como veremos más adelante cuando transcribamos el episodio a través de los periódicos, desdobra el caso del artículo de Castañeda y el de la rivalidad con otra de las actrices, como si no estuvieran relacionados. Dice a continuación: «Era

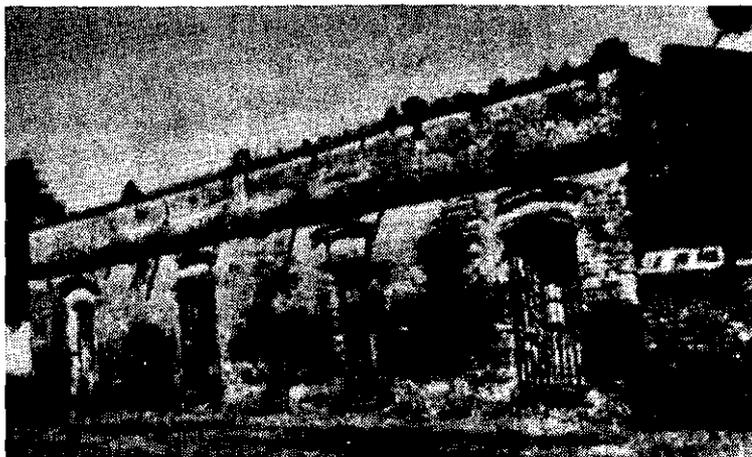
tan grande el cariño (*del público*) por ella que cuando fue reemplazada por la Ugier hostilizaron a ésta de tal modo con risas y siseos insolentes que hubo de retirarse del teatro. Cierta noche que se daba *Los hijos de Edipo* y que la Guevara presenciaba la representación desde un palco, las manifestaciones llegaron al colmo; el público en masa, en cualquier pasaje en que había sobresalido, clavaba en ella los ojos, no tanto para leer sus impresiones o cerciorarse si aprobaba o desaprobaba la interpretación que la otra artista daba a dicho pasaje, sino para significarle con ese ademán que estaban todos de acuerdo en que no aceptaban aquella interpretación y sólo la suya era la de su gusto». El incidente concluyó con el retiro de la Ugier, «sin embargo más bella que la Guevara», y su definitivo alejamiento de las tablas.

Sostiene Bosch que Trinidad triunfó porque era una artista excepcional. «Poseía una dicción correctísima, palabra clara y fácil, esbelta figura y, sobre todo, un don especial con que la naturaleza la había dotado, el más espléndido metal de voz que pudiera poseer criatura humana».

Esta semblanza que da de la Guevara, a quien no conoció, sin duda le fue transmitida por su padre, el famoso médico Ventura Bosch. El escritor canta loas a la actriz a todo lo largo de su obra como si no pudiera contener sentimientos recogidos tal vez por tradición familiar. Bosch habla de intriga de amores «con uno de los hombres más conocido de la época», y hace referencia a las publicaciones en los distintos diarios pero no menciona a Gallardo.

En cambio Wilde, que afirma haber visto a Trinidad en el presente, no demuestra tanto entusiasmo por ella. Dice que era una mujer interesante sin ser bella, «de esbelta figura, finos modales y dulcísima voz; pisaba con *gallardía* las tablas y tenía lo que se llama posesión del teatro; había llegado a ser, y con razón, la favorita del público». Aclara que si bien en ocasiones hacía el papel masculino —cosa frecuente en aquella época— y muy bien, pertenecía al sexo débil. La observación venía a cuento porque uno de los primeros escritores que se ocupó en hacer una crónica de la actriz la confundió de sexo.

Frente de la casa de los Mafertan, en Santo Domingo Soriano, donde nació Trinidad Guevara.



Wilde también refiere el episodio del medallón copiándolo literalmente de la versión dada por Love, pero no da otros detalles, lo que resulta extraño si se tiene en cuenta que en esa época su padre, Santiago Spencer Wilde —en sociedad con Juan B. Seguismundo y Juan B. Zelaya—, era propietario de las acciones del teatro y su administrador.³

Dos actrices rivales

Fue *El Argos* —periódico dirigido por el padre de Wilde— el que publicó la primera noticia del entredicho entre los espectadores, la Ugier y la Guevara. *El Argos* vivía un momento político muy agitado; Rivadavia estaba empeñado en imponer una serie de reformas institucionales que eran fuertemente resistentes por distintos sectores, en especial por ciertos miembros del clero. Uno de los cabecillas era el padre Castañeda, que se lanzó a combatir al gobierno editando media docena de periódicos con nombres estrambóticos, uno de ellos el *Despertador Teofilantrópico*. Castañeda utilizaba un lenguaje procaz y sus adversarios, Florencio Varela y Manuel B. Gallardo, entre otros, no le iban en zaga. En sus artículos, que más parecían proclamas, el fraile hacía constantes referencias al teatro asociándolo a los discípulos de Voltaire, como si lo fueran del demonio.

Así las cosas, el 26 de mayo de 1821 *El Argos* publica una extensa nota titulada «Coliseo», donde critica la representación de una obra y en uno de sus párrafos dice que «en el papel de princesa se descubrió una señora que solía antes ocupar un palco y en otro palco de abajo se advirtió a la Trinidad (así era conocida la actriz: la Trinidad) que antes desempeñaba ese papel», y aconseja a ambas trocar de roles. El sábado siguiente, en una extensa columna dedicada a la representación teatral de esa semana, *El Argos* se ocupa de defender a la Ugier, o Ugier. Expresa la nota que cierto sector del público, en especial el ubicado en el «patio» —llamado también «degolladero»— desaprobó la mediocre actuación de la Ugier, que suplantaba a la Guevara en su rol y «hasta se intentó impedir que siguiese en su papel de criada»: la artista, en lugar de disimular la interrupción, «mostró su enfado dirigiéndose al patio» con señas y palabras fáciles de imaginar. El cronista no encuentra nada mejor que retar a los espectadores por sus muestras de desaprobación y los amenaza, en caso de reincidencia, con dar a conocer sus nombres.

Esta versión de *El Argos* difiere un tanto de la de Bosch que hemos transcrita antes, pero en lo sustancial coincide en señalar la rivalidad entre las dos cómicas, algo común en el ambiente artístico de

todas las épocas. Lo extraño del caso es que la Ujier, de acuerdo con un documento suscripto en esos días por todos los actores y al cual nos referiremos más adelante, no integraba el grupo teatral, así que debemos suponer que para lograr suplantar a una actriz como la Guevara, que era la mujer mejor paga del conjunto, debió valerse de algún influyente personaje.

El combativo periódico *Despertador Teofilantrópico*, que ya había dirigido algunos dardos contra el semanario de Wilde tres números antes, decidió entrar en la polémica y en su ejemplar del 13 de junio publicó una carta dirigida al editor de *El Argos*. Esta primera carta, firmada por *Una porteña*, era favorable a la Guevara.

Expresaba *la porteña* que en la función del 26 de mayo «representó el papel de criada la señora Ugier, y algunos caballeros (no mozos escapados del mostrador como Ud. asevera con insolencia) pero que no tenían el paladar tan encallecido que prefieran los abrojos a los caramelos, no gustando de su locución ni de su acción hicieron esfuerzos para que cesara en su rol; dicho esfuerzo, burla o como quiera Ud. llamarle, se esparció simultáneamente por todo el patio y se propagó con más efervescencia aún en la cazuela hasta el extremo que la actriz,

cesando en su representación se dirigió al público, no para darle una satisfacción como ella quiso figurar, sino para insultarlo; pues el público que paga su dinero para ser bien servido puede rechazar al actor o actriz que no desempeñe bien su papel». *La porteña* a continuación explica cómo en Europa la gente aprueba o desaprueba la interpretación del cómico y concluye criticando el desempeño de la Ugier. «Señor editor del *Argos*: ¿es posible que sea Ud. tan tuerto que asegure representó regularmente su papel de criada una mujer cuya voz es buena solamente para mandar mil granaderos y su acción únicamente excelente para enseñar a jugar al espadón?».

Esta primera carta, publicada en el *Despertador* del 13 de junio de 1821, constituye toda una defensa a la Guevara. Es más: una llamada al pie da cuenta de otro incidente que el público provoca el día 7 cuando Joaquín Culebras, el cómico que al final de la función se ocupaba de anunciar la próxima representación, no



Manuel Oribe era «un picaflor», dice el general Iriarte. Los atractivos de Trinidad no le fueron indiferentes. Con ella tuvo una hija llamada Carolina. (óleo Museo Histórico de Montevideo)

mencionó a Trinidad como una de las actrices participantes. Asegura la autora de la carta que su resultado fue la considerable reducción de la venta de las entradas. Pero en el número siguiente el periódico da un vuelco total, y de defensor pasa a ser acusador de Trinidad. Sin duda algún malévolo suscriptor le hizo saber al cura Castañeda que estaba defendiendo a una adúltera, a una prostituta que vivía con un hombre casado, y el fraile, en un gesto clásico de su conflictiva personalidad, redacta una carta llena de injurias contra la actriz.

Entre los imaginarios personajes que el cura hace aparecer en su diario se encuentra la *Sala de las Quinientas*, una especie de cóncave femenino que reparte palos a diestra y siniestra contra los seguidores de Voltaire y Rousseau —de «Juan Santiago», como lo denomina— y que periódicamente se reunía para tratar de política, gobierno y religión. Castañeda en este caso se vale de la nota de *la Secretaria* de la *Sala de las Quinientas* que envía una carta al periódico rebatiendo la publicada en el número anterior que hemos comentado.

En primer término descalifica a «la porteña» diciendo que en realidad la Ugier no es tan mala actriz, y que la rechifla no partió del público como aquella afirma, sino que de un pequeño sector de inadaptados —mozalbetes los califica— concentrados en el «patio». Agrega: «No ha sido, no, Sr. Misticopolítico, la poca aptitud de la Ugier para cómica, quien promovió la monotonía que se ventila. El grande partido, que en calidad de mujer tiene la Sra. Trinidad Guevara entre los sectarios del materialismo, ha sido quien la ha elevado segunda vez a las tablas con depresión del decoro debido a la Sra. Ugier, para perpetuar desde allí la ilusión de los encantos femeniles con que esta fantasmagórica deslumbra y aturde a sus devotos sensuales». Añade luego que la asamblea de las 500 no desea que se apliquen las leyes draconianas, pues «la asamblea sabe compadecer las flaquezas de los míseros mortales, y sus desvarios la inclinan más a la compasión que al castigo. Mas ¿habrá por esto de desentenderse de los grandes males que padece este público a consecuencia de la desenvoltura de la cómica Trinidad Guevara?»

«Todas las naciones, aún las más civilizadas han tenido mujeres prostituidas, y sabemos que este infame comercio en algunas de ellas llegó a elevarse hasta hacer un precepto de religión. Las sacerdotisas de Venus ofrecían diariamente a esta diosa un sacrificio análogo a su culto. La sagrada Biblia nos enseña que los judíos tenían sus meretrices; y la historia de los romanos nos pone por delante los lupanares, o casas donde se extinguía la sed rabiosa de la sensualidad. Mas si registramos los códigos de estas mismas naciones, encontraremos que no se miraba con indiferencia la liviandad mujeril cuando ella se atrevía a perturbar la paz de las familias o a manchar en un momento de flaqueza el santuario del tálamo nup-

cial.» Y aquí viene el quid de la cuestión, la permisividad de la vida privada no le da derecho a hacerlo público.

«Nosotras leemos en efecto que los romanos, los griegos, y aun las naciones más salvajes arrojaban de su sociedad a las mugeres que intentaban llevar por los lugares públicos al vicio en manera de triunfo; o que se esforzaban a excitar con sus adornos femeniles deseos que no tenían, placeres en los que su embrutecimiento no obtenía la menor parte. La Trinidad Guevara es una mujer, que por su criminal conducta en esta materia ha excitado contra sí el odio de todas las matronas, la execración de todos sus semejantes. Su impavidez la arroja hasta presentarse en las tablas con el retrato al cuello de uno de sus aturridos amasios (*sic*), que desatendiendo los sagrados deberes de su legítima esposa, y familia, vive con esta cómica de una manera harto humillante.»

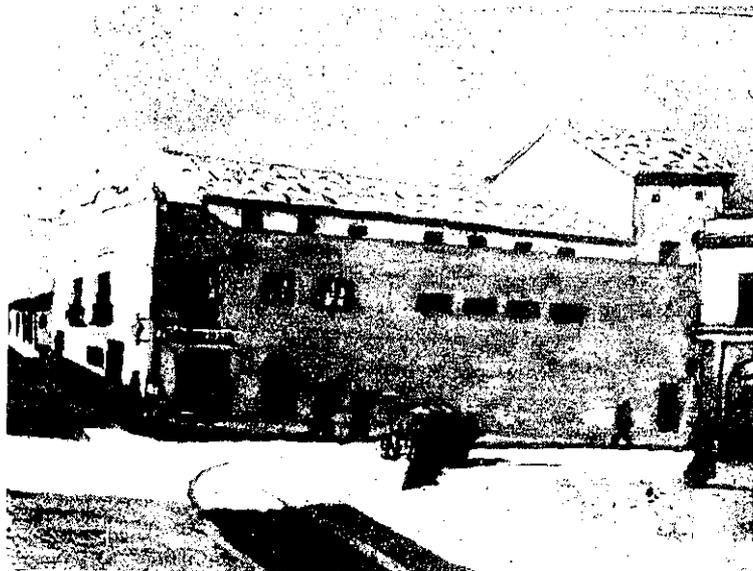
No termina allí la diatriba. «Ojalá, Sr. Teofilantrópico, los desórdenes de la cómica Guevara no se hubieran hecho tan trascendentales, y perjudiciales a muchas de las familias que componen este noble vecindario. Pero nosotras sabemos que existen no pocas casas llorando unas el extravío de sus hijos; otras las ruinas de sus caudales; otras ocupadas continuamente en la extinción de la pestilencial y mortífera lue venérea que les ha introducido para azibarar sus más inocentes y apetecidos placeres.» Finalmente arremete con un último párrafo: «Contra esta Ana Bolena montevideana⁴ desea la honorable asamblea de las quinientas, que Ud. ejercite los rasgos misticopolíticos de su pluma, para que esta amable sociedad se vea libre de una cloaca de vicios e inmundicias. Nosotras tenemos un derecho para exigirlo de V. y V. lo tiene para reclamarlo del gobierno, cuya primera obligación es la conservación de este pueblo. “*Salus populi suprema lex est*”».

Basta ojear algunos números del *Despertador* para llegar a la obvia conclusión de que era un pasquín, y los periódicos adversarios no le iban en zaga. Pero calificar a una mujer de cloaca de vicios e inmundicias dando a conocer su nombre era una actitud imperdonable. Máxime que esos términos de la más baja estofa provenían de un miembro de la Iglesia, lo que da pie a sospechar que tan incalificable conducta fue engendrada por móviles producto de su «hábito». El padre Castañeda se extralimitó, y él mismo se dio cuenta de su exceso pues al final de la «carta» colocó una llamada dando cuenta implícita de su arrepentimiento. Dice así: «Esta carta es apócrifa, porque soy presidente nato y no he sido convocado para semejante asamblea, ni la asamblea da jamás contra las personas privadas aunque sobre nuestras cabezas hagan el barro que hicieren; por eso soy del parecer que la tal carta se tenga por nula y de ningún valor, hasta que se hagan las pesquisas correspondientes». Nula o no, sin embargo la carta no dejó de ser publicada.

Esta fue la última noticia que el cura Castañeda publicó sobre la actriz; pocos meses después, por otros motivos, el gobernador Martín Rodríguez desterró al «sacerdote periodista» a la frontera. En cuanto a Trinidad, dejó de representar, alejándose por un tiempo del escenario como protesta por haber sido insultada. Pero no se quedó callada y poco después respondió en una hoja suelta titulada «Exposición de la actriz de este Coliseo doña Trinidad Guevara a consecuencia del libelo infamatorio publicado en el n° 60 del Teofilantrópico» que decía: «Público respetable: La agresión tuvo por causa el propósito de defender el decoro de la Sra. Ugier (...) y un periodista sacerdote ha venido a ser el sacrificador. Así se me ha calumniado en un papel que bien podría servir de tumba a la libertad de imprenta en el país más fanático de ella. Según el autor, yo pertenezco a las furias, no a las mujeres. «Pero ¿he dicho cosa alguna contra esa señora Ugier? ¿He obrado yo contra ella o ha sido el mismo público? Y aunque fuere justo vengarse de mí ¿sería preciso que un periodista sacerdote fuera el sacrificador y la gran Buenos Aires el templo donde yo fuera sacrificada?»

Y termina su exposición invocando al pueblo de Buenos Aires que «la reputará como una mujer no criminal sino infeliz a Trinidad L. de Guevara».⁵ El colofón de este episodio fue la vuelta de la Guevara a las tablas con su popularidad acrecentada. Los porteños entendieron, tal como lo expresó Love, que la vida privada de los artistas no debe servir de escollo en su actuación pública. Los espectadores, tal como se refleja en los periódicos de la época, adoraban a Trinidad pese a todas sus falencias y liberalidades que fueron muchas a lo largo de su vida, puesto que, según veremos, fue madre de siete hijos, en su mayoría adúlteros. Sus aventuras amorosas las llevó a cabo sin mayores disimulos, pero pudo más su

En 1821 Buenos Aires contaba con un solo teatro, el Coliseo, situado frente a la iglesia de la Merced. (obra de L. Mathis)



talento y simpatía, y no fue marginada del teatro ni de los círculos intelectuales porteños pese al ataque sufrido. Sin embargo, al margen de disquisiciones historiográficas o pseudohistoriográficas, el interés concreto del observador es descubrir quién era el retratado del medallón, y para identificarlo es necesario buscar en la proge de la artista.

Los hijos de Trinidad

Arturo Capdevila ha sido el único escritor que dedicó un libro en su totalidad sobre la vida de Trinidad Guevara. Basado en una conferencia dada en los años cuarenta que tituló «Las muchas muertes y la verdadera defunción de Trinidad Guevara», aumentó su información sobre la actriz con datos que le alcanzaron sus descendientes pero, como he señalado al comienzo, si bien da a conocer la partida de defunción de su biografiada y se refiere a Caupolicán Gallardo, soslaya pronunciarse sobre la identidad del amante retratado en el medallón.

Es De Diego el que menciona al doctor Manuel B. Gallardo, y funda su afirmación en un libro titulado *Impresiones y recuerdos* del periodista Carlos M. Urien. La obra que está principalmente dedicada a la personalidad del general Mansilla, entre otras anécdotas oídas a Justa Cané de Somellera, madre de los Varela, refiere una sobre Gallardo, íntimo de Florencio Varela y redactor junto con éste de varios periódicos. «Misia» Justa tuvo trato frecuente con Gallardo, y lo describe como distinguido y elegante en el vestir, «hombre de vida agitada, sus tareas de abogado, de periodista y de diputado no le impidieron consagrar a la mujer las breves horas de su ocio y dado a la vida romancesca tuvo amores muy sonados con la distinguida actriz de nuestro tiempo Trinidad Guevara, de la que fue correspondido».

Esta es la única referencia explícita que hace Urien (que estaba casado con una hija de Florencio Varela) y De Diego, luego de transcribirla, llega a la conclusión de que el amante del medallón era Gallardo pero, en realidad, en ninguna parte del libro se alude al incidente con el cura Castañeda.

Trinidad Guevara estuvo sentimentalmente relacionada con varios actores y con ciertos conocidos personajes de la farándula porteña, pero en el año 1821, en que se produce el escándalo, son mencionados: Manuel Oribe, Manuel B. Gallardo y José Olaguer Feliú. Cuando Trinidad llega a Buenos Aires en 1817, viene acompañada por Oribe --el año anterior había nacido en Montevideo una hija de ambos-- y no cabe duda alguna que fueron amantes. Olaguer Feliú, antes de casarse en 1823 con la hija de Azcuénaga, provocó en Buenos Aires un escándalo «por haber

El poeta uruguayo Juan Carlos Gómez, a quien Capdevila menciona como segundo marido de Domitila Gallardo, segunda hija de Trinidad.



regalado a la comediante un relicario perteneciente a su madre, el famoso "relicario de la virreina" lucido sin empacho en las tablas», según frase de Celia de Diego. Tenemos una referencia directa a la alhaja, pero desgraciadamente la autora no especifica la fuente de la información. Pero si resulta veraz la acusación del fraile Castañeda de que el retratado era un hombre casado y con familia, debemos descartar a Oribe y a Olaguer, pues en 1821 ambos se conservaban solteros. Sólo nos queda Gallardo, que tres años antes se había casado con Manuela Cárdenas. Veamos si la documentación que he reunido sobre la descendencia de la actriz confirma la tesis de De Diego.

De acuerdo a la información que aporta Capdevila, sabemos que tuvo seis hijos. Dice Capdevila: «Es el momento de dar lista de los hijos, según las informaciones de sus descendientes. Ellos son: Domitila (que será en breve la señora de Vicuña del Solar y en segundas nupcias esposa del poeta Juan Carlos Gómez); Caupolicán Gallardo, que fue combatiente del general Paz en el sitio de Montevideo y nació en 1819, argentino, a pesar de su nombre tan chileno, que le venía acaso por ser chileno su padre, y ésta la causa principal de su viaje a Chile; Adolfo, Arturo y Laurentina, esposa ésta de don Pedro Lacasa. Casi todos estos hijos se apellidan Guevara, en resuelta declaración de su filiación natural, que acaso para nadie era desmedro en época de tan frecuentes guerras (...).» Un par de páginas más adelante habla de un sexto hijo de Trinidad llamado Dolveo, nacido en Buenos Aires el 13 de mayo de 1840, «hermano solamente por parte materna de Caupolicán».

Pero Capdevila incurrió en algunas omisiones y en afirmaciones erróneas; la primera fue la de su nacionalidad, pues Trinidad era nacida en la Banda Orien-

tal, en la localidad de Santo Domingo Oriano, dato que trae De Diego junto con otros de sumo valor. Muy joven comenzó a trabajar en la Comedia de Montevideo y fue considerada una de las mejores actrices. Manuel Oribe, que era todo un picaflor según lo describe el general Iriarte en sus *Memorias*, tuvo amores con ella, y en el mes de febrero de 1816 fue bautizada en la matriz de Montevideo una hija de ambos llamada Carolina, que fue educada por la familia Oribe. A la lista de Capdevila hay que agregar entonces una séptima hija de Trinidad, la primera, concebida por ella a los 17 años de edad. Un año más tarde Trinidad abandona Montevideo y llega a Buenos Aires en una zumaca portuguesa, pero no viene sola; la acompaña Oribe que decide cambiar también de aires.⁶

Al afirmar que la mayor parte de los hijos de Trinidad se apellidan Guevara, Capdevila se equivoca nuevamente, pues sólo los dos menores llevan el apellido materno, aunque —aparentemente— ninguno de los seis fue reconocido por sus padres. Eran los llamado «hijos de padre no conocido», así calificados en las actas parroquiales cuando eran bautizados, condición que portaba un tercio de la población blanca porteña.

Dos de los hijos de Trinidad siguieron la carrera militar. Caupolicán, el mayor, que llevaba el apellido Gallardo y Dolveo, el menor, apellidado Guevara.

J. Yaban trae datos muy precisos del mayor, aunque omite dar su filiación.⁷ Dice que nació en Buenos Aires el 11 de noviembre de 1818, y su nombre completo era Martín Caupolicán. Cabe señalar que en los libros parroquiales de esa época no se registró ningún bautizado con el nombre de Caupolicán que, obvio es señalarlo, no figura en el santoral. Sin embargo en el censo del año 1827 uno de los alumnos que revista en la escuela de don Rufino Sánchez es *Aupolicán Gallardo*, blanco de 9 años de edad.

Caupolicán sirvió bajo las órdenes del general Paz en la campaña de Corrientes, y volvió a Buenos Aires en los últimos años del gobierno de Rosas, cuando el dictador autorizó a muchos emigrados a regresar a la Argentina. Después de Caseros tomó parte en las luchas entre provincianos y porteños, quedando inválido a raíz de una herida ocasionada durante el sitio de Buenos Aires. El acta matrimonial es otro documento que confirma su filiación ilegítima, pues el cura omite asentar el nombre de los padres, no así los de los padres de su mujer.

Domitila: La segunda hija de Trinidad nació en fecha que no ha sido posible precisar. Sabemos, sin embargo, que en octubre de 1832 contaba con 8 o 9 años de edad, según se desprende de una crónica publicada en el *British Packett* donde se hace un elogioso comentario de sus dotes de pequeña actriz, digna hija de su madre. En varias ocasiones Trinidad viajó a los países vecinos, y trabajó en los teatros de Santiago y Montevideo. En Chile se relacionó con una de las

El abogado Manuel Bonifacio Gallardo fue señalado como el amante de Trinidad. Formaba parte del círculo más próximo a Rivadavia; fue redactor de la Constitución de 1826.

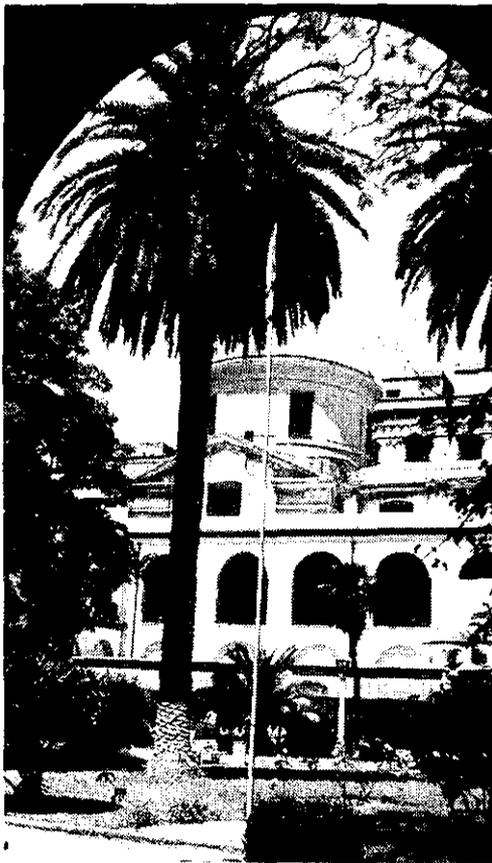
primeras familias, los Vicuña. Francisco Vicuña Solar, hijo del que fuera electo vicepresidente de la república en el año 1829 cuando gobernaban los «pipiolos» (liberales), se casó con Domitila. No es posible afirmar con precisión que ella fuera hija de Gallardo, pero al contraer matrimonio figura con ese apellido. En cuanto a la segunda afirmación de Capdevila —que Domitila se casó en segundas nupcias con el poeta uruguayo Juan C. Gómez— es posible que se haya cometido un error, pues Gómez, que vivió y murió en Buenos Aires, era soltero, aunque tuvo dos hijos naturales.

Adolfo y Arturo: Capdevila sólo da sus nombres pero no aporta otra información. La única referencia que he encontrado es una gira que bajo la dirección de Pascual Ruiz organiza Trinidad Guevara por el interior. Entre los actores de reparto están: Avelino Gallardo, Adolfo Gallardo y Laurentina Guevara. Se reproduce por separado el folleto con el listado de los integrantes de la *troupe*, precursora de la de los hermanos Podestá.



Laurentina: Capdevila dedica cuatro capítulos de su libro para criticar a Pedro Lacasa, y sostiene que este militar, en su madurez, se casó con Laurentina.

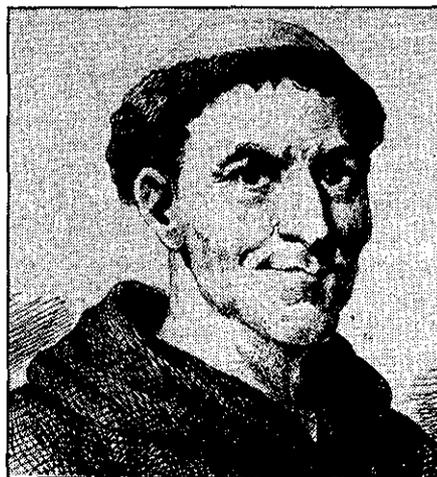
El coronel Pedro Lacasa se desempeñó como edecán de Lavalle en su última campaña contra Rosas en 1840. Muerto su jefe en Jujuy, acompañó sus restos a Bolivia, donde vivió con otros emigrados hasta el año 1849, en que regresó a Buenos Aires y se volvió ferviente rosista componiendo una *Oda a Rosas* que declamó en el teatro de la Victoria meses antes de la batalla de Caseros. Tal como puede apreciarse en el programa que se reproduce por separado al que hemos aludido recién, Laurentina figura como señora (Sta.) y lleva el apellido de su madre; es decir que no fue reconocida por su padre.



En el libro de bautismos de españoles que se conserva en la parroquia de la Merced correspondiente al año 1831 (libro 28, folio 28), he encontrado el de una hija de Trinidad — la única inscripta bajo el apellido Guevara — reconocida por su madre. Se trata de María de la Paz Hermosina, nacida el 15 de enero de ese año y bautizada por el teniente cura Bonifacio López Heredia el 13 de marzo. Capdevila afirma, sin dar la fuente de sus dichos, que Laurentina nació en el año 1831, así que podemos llegar a suponer que la niña pasó a ser llamada por ese nombre, menos estrambótico que el de «Hermosina».

Vicente Cutolo, que ha hecho una valiosa recopilación biográfica de personalidades argentinas, afirma

Patio del convento de los mercedarios. En esa parroquia fue bautizada en 1831 una hija de Trinidad, la única registrada con el apellido Guevara.



El polémico cura Francisco Castañeda, excéntrico y de temible pluma, arremetió contra Trinidad llamándola «mujer prostituida».

que el coronel Pedro Lacasa se casó en primeras nupcias con Lucía Lanza o Lausa, y, en segundas, con Laurentina *Bedriñana* lo que torna dudosa la versión de Capdevila. Y, para que la confusión sea mayor, debemos señalar que en el barrio de la Piedad vivía en los años posteriores a Caseros una señora llamada Laurentina del Valle casada con Pastor Lacasa, así que es posible que haya varias Laurentinas unidas en matrimonio con miembros de la familia Lacasa.^{7bis}

Capdevila afirma que Trinidad Guevara falleció en casa de su hija Laurentina, viuda del coronel Lacasa (Lacasa falleció en 1869), y esta aseveración se ve confirmada por los datos del censo del año 1869, donde la actriz habita en la calle Córdoba 304 esquina Talcahuano con «Laurentina Lacasa, viuda de 37 años» y dos nietos que también llevan el apellido Lacasa. El empadronador omitió consignar el apellido de soltera de Laurentina.

En suma, en el censo citado Laurentina figura como viuda de Lacasa, pero ignoramos si ambos formalizaron su unión, pues, como hemos visto, Cutolo lo da como casado, a Pedro Lacasa, con una Laurentina sí, pero de diferente apellido y lo propio hace Yabeh.

Dolveo: Según Capdevila nace en Buenos Aires el 13 de mayo de 1840 y, como su medio hermano Caupolicán, sigue la carrera militar. Es su hija, Jacinta Guevara, quien le escribe al autor citado facilitándole los datos que recopila en su libro. Ninguna pista da sobre la identidad del padre, aunque al tiempo del nacimiento de Dolveo la actriz trabaja en las tablas con Pascual Ruiz, un joven actor que, al decir del cronista del *British Packett*, tiene condiciones escénicas de cierta envergadura, si bien no es un Casacuberta.

En suma, si consideramos a Laurentina y María de la Paz Hermosina como una misma persona, podemos establecer que nuestra biografiada procreó siete hijos de los cuales sólo Carolina fue reconocida por su padre. Los cuatro mayores que ella engendró luego de su partida de Montevideo llevaron el apellido Gallardo, y los dos últimos el de Guevara. Fue una mujer prolífica. Su condición de madre no entorpeció su labor artística y, si bien tuvo algunos tropiezos — un intento de

envenenamiento...*, por regla general la acompañó el éxito. Aunque Bosch asegura que en el lapso que corre entre los años 1823 y 1826, en que el teatro sufrió un cambio fundamental con la llegada de la música y el canto de ópera, «la eximia actriz llegó a sentirse deprimida en su amor propio y sufrió crisis nerviosas que se agravaban con el trabajo, el estudio

y los ataques groseros de algunos enemigos personales», lo que la decidió a ausentarse del país.

De todas maneras, en 1821, cuando se produce el incidente con la Ujier, Trinidad era considerada —junto con Antonina Montes de Oca— la mejor cómica del conjunto y ambas percibían la remuneración más alta.⁹ De acuerdo a los datos que figuran en el censo de contribuyentes de Galup, en 1825 poseía una casa en el cuartel segundo calle Temple (Viamonte); cuando salía a escena exhibía el mejor vestuario del conjunto teatral. Esa fue la época de su mayor gloria, pero con los años el famoso timbre de su voz y su hermosa estampa fueron consumidos por la vejez; su prolificidad también debió de contribuir en el deterioro de toda su persona. El empadronador que la censa en 1869 no da signos de reconocerla y le asigna el oficio de costurera. Cuatro años más tarde, cuando fallece, nadie la recuerda; ni una breve crónica en los periódicos pese a que uno de sus grandes admiradores gobernaba entonces la república.

La Gallardo

Los avatares amorosos de Trinidad no menoscabaron la estima del público hacia su persona. Era una cómica, y ese gremio se caracterizaba por llevar una vida muy liberal rayana en la heterodoxia; se habían terminado los tiempos en que la Iglesia prohibía que quienes en vida hubieran ejercido ese oficio fueran enterrados en suelo sacro.

Así como la Guevara procreó siete hijos sin tener marido, Manuel Bonifacio Gallardo, en cambio, se casó en dos oportunidades y no tuvo empacho en mantener relaciones ilícitas y engendrar hijos adulterinos, pese a que su familia estaba estrechamente relacionada con el clero. Manuel Bonifacio y José María eran hijos de Félix Gallardo y Paula Planchón. Enrique Udaondo da una biografía no muy completa de don Félix. Afirma que fue oficial de tesorería y se casó en 1792 con la Planchón, falleciendo años más tarde en Buenos Aires, «pero se ignora la fecha de su deceso». En realidad Gallardo en 1797 se vio involucrado en un desfalco y debió alejarse del Río de la Plata; al parecer, murió en la isla de Cuba en 1821, donde se había radicado y formado una nueva familia.

Paula Planchón era de ascendencia holandesa y vivió en Buenos Aires hasta su fallecimiento, ocurrido en 1855. Su hermano, el sacerdote José León Planchón, la auxilió y protegió a sus hijos dejándole a su muerte una valiosa propiedad en la calle Victoria. El cura Planchón fue el confesor de las monjas capuchinas y vicerrector del colegio San Carlos, muy estimado por la clerecía y también por el gobierno de Rivadavia,

Autógrafo del cura Castañeda. Denunció en uno de sus feroces artículos a Trinidad por llevar un medallón al cuello con un retrato de su amante que era, además, un hombre casado.

que lo designó miembro del Senado del Clero, pero sufrió algún grado de persecución por parte de Dorrego. Según Udaondo, desde un comienzo se pronunció a favor de la Revolución de Mayo. Manuel Bonifacio siguió la carrera de abogado. Antes de cumplir los 20 años se recibió de bachiller en leyes en la Universidad de Córdoba, y luego de cumplir los tres años de práctica en el estudio del padre Félix Frías y aprobado los exámenes correspondientes se le otorgó el título de abogado. Se dedicó a la política y al periodismo militando en el partido unitario. Fue legislador, constituyente y partícipe de la redacción de la constitución unitaria de 1826. López, el padre de nuestra historia, dio una semblanza del «niño terrible de la familia», como era calificado en esa época por la oposición. Al describir al personaje consigna que «con la misma pasión con que tomaba los negocios serios, se abandonaba sin el menor miramiento a ruidosas travesuras que lo comprometían, ya con alguna actriz de fama, ya con otras beldades fáciles del tiempo». Los diarios federales lo bautizaron «el congresal Liardoga» y hacían continuas alusiones a sus *affaires*. Su hermano menor,

Trinidad
Muy Ilustre Señor, Sr. D. y Regente

La Solemne-afectosa de la Escuela del Pincón de San José, será el próximo Domingo, y el día siguiente se dará la primera Teña en la nueva capilla: las Campanas de foronda y de los Alunchales están destinadas para el servicio del Pincón; pero el traerlas para esos días es imposible; con esta virtud suplico a V. S. se sirva proveerme de una Campana, que será devuelta inmediatamente que lleguen las papas: espero esta gracia de una Corporación tan interesada en la civilización religiosa de los pueblos, como también en las demás gracias que V. S. tubiere por conferirme.

Dios guarde a V. S. muchos años.
San José Diciembre 19 de 1823

El Pár. Castañeda

José María, también tuvo alguna participación política, siendo elegido legislador en la sala de representantes de la provincia de Buenos Aires. Se casó con la hermana de Juan Pedro Esnaola y dejó ilustre descendencia, León y Angel Gallardo.

Manuel Bonifacio Gallardo ha sido mencionado como uno de los integrantes del círculo que instó a Lavalle a fusilar a Dorrego. Con la llegada de Rosas al poder, emigró a la Banda Oriental, donde siguió ejerciendo como abogado y periodista hasta que Rivera lo expulsó del país vecino y se instaló en Santa Catalina (Florianópolis) pasando luego a Chile para volver a la Argentina después de Caseros. Urquiza lo nombró miembro de la Corte Suprema de Justicia de la Confederación (en realidad, fue designado por decreto suscripto por Del Carril en 1855) y, de acuerdo con una carta inédita que he encontrado en el Archivo General de la Nación, en marzo de 1856 desde Copiapó cruza la cordillera con su familia y se traslada a su Buenos Aires natal. Gallardo, al parecer, nunca viajó a Paraná a asumir el cargo de ministro de la Corte, pues en cuanto llegó a esta capital se vio envuelto en un pleito por la propiedad de la calle Victoria que junto con su hermano había heredado de su madre, finada el año anterior. De ese juicio y de la testamentaría hemos extraído la mayor parte de la información sobre Gallardo y su doble papel de *paterfamiliae*.

Pero volvamos al Gallardo joven, al amante —o supuesto amante— de Trinidad Guevara. Curiosamente, todos sus biógrafos omiten decir que Gallardo era casado con Manuela Cárdenas. El matrimonio se celebró en la Catedral en agosto de 1818, y presidió la ceremonia el cura Planchón. Casi un año más tarde —julio de 1819— nace el primer hijo bautizado con el nombre de Pío Josef, que morirá joven al cumplir 21 años de edad cuando se padre se encontraba exiliado en Chile.



El teatro Coliseo en sus comienzos. Por fuera parecía «un establo». En 1851 fue techado para dar en él un gran baile federal.

Cuando se produce el incidente con el cura Castañeda, el mismo año (1821) en la misma parroquia es bautizada una niña como hija legítima del matrimonio Gallardo-Cárdenas, que muere pocos días más tarde. El 30 de julio de 1824 el padre Planchón bautiza a los mellizos José Ignacio y María Ignacia. En las dos actas se deja asentado que ambos son hijos legítimos del doctor Gallardo y Manuela Cárdenas; sin embargo, muchos años después, según veremos, Gallardo afirmará que sólo tuvo un hijo de su primer matrimonio, muerto en plena juventud.

Según los datos del censo de 1827, Gallardo y su esposa vivían separados; él habitaba con su madre en la casa «de altos» de la calle Victoria, a la vuelta de Cabildo, heredada de su tío el cura Planchón, muerto poco antes. El archivo de la Curia donde se tramitaban los divorcios y nulidades de matrimonio quedó destruido —lamentablemente— en junio de 1955, pero es posible coleccionar por otros documentos que Manuela Cárdenas inició en 1826 gestiones para divorciarse de su esposo. A comienzos de 1851, cuando llega a Chile la noticia de la muerte de Manuela ocurrida el año anterior, Gallardo decide regularizar su situación y se casa en La Serena con Josefa Viqué (o Wiche).

La información que resumiremos a continuación proviene de dos expedientes que se conservan en el Archivo General de la Nación. Uno es un juicio iniciado en 1856 por José Iturriaga contra los hermanos Gallardo por cobro de pesos (testamentaría 6391), y el segundo la sucesión de Manuel B. Gallardo (testamentaría 5972) iniciada en 1862 poco después de fallecer. Por cuerda floja corre agregado un incidente por cobro de alquileres. No he podido ubicar la sucesión de José María Gallardo que murió, al parecer, en el Uruguay. Todo comenzó en realidad con la necesidad de dinero que tenía el menor de los hermanos. En 1825, José M. Iturriaga arrendó la casa de la calle Victoria a los Gallardo. Iturriaga, casado con una Ortiz Basualdo, era uno de los más ricos comerciantes de Buenos Aires. En 1831 le presta a José María 50.000 pesos, obligándose éste a devolver

Algunos datos sobre el patrimonio de Trinidad Guevara

En noviembre de 1823 adquiere una propiedad en la suma de \$ 1.500 a la sucesión del escribano Castañaga, y en julio de 1827 la vende a la esposa del corsario norteamericano Beazley en \$ 12.500. Sólo recibe parte del precio de venta, pues unos meses antes, con el objeto de obtener un préstamo, la había hipotecado. En efecto, ese mismo año constituye una sociedad con el comerciante oriental José Montoro con el objeto de llevar efectos mercantiles a su país, y Trinidad, que es la socia capitalista, aporta la cantidad de \$ 4.000, dinero proveniente de la referida hipoteca. La propiedad se encontraba en el barno de la Merced, calle Parque número 57 (Lavalle y Reconquista). Obsérvese, además, la diferencia entre el precio de compra y el de venta. Eran tiempos de inflación. (Archivo General de la Nación, Registro N° 2 año 1823 f° 424, Registro N° 1 año 1827 f° 206 y 216, Registro N° 2 año 1827 f° 386 vta.)



Los años y los partos consumieron los encantos de Trinidad. En 1869, un empadronador no la reconoce y le asigna el oficio de costurera. Cuando muere, en 1873, ningún diario la recuerda.

dicha suma en un plazo de 18 meses y firmando en garantía una escritura donde hipotecaba la propiedad de la calle Victoria, que en realidad era de su madre; pero es muy común ver en los protocolos de esa época tales irregularidades escriturarias. Una de las cláusulas de la obligación estipulaba que si el dinero no era restituído en término el acreedor estaba facultado a quedarse con la propiedad, previa tasación de su valor por peritos designados al efecto. Gallardo nunca devolvió la suma recibida; al parecer, con ella compró un campo en el Uruguay.

En el año 1856, poco después de regresar a Buenos Aires, Manuel Bonifacio Gallardo es demandado por Iturriaga para que se dé cumplimiento a la obligación y la casa de la calle Victoria le sea entregada. Lo que interesa para el caso son ciertas afirmaciones que al contestar la demanda vuelca Gallardo, afirmaciones que luego de su muerte serán aprovechadas por los abogados de doña Josefa Viqué para desconocerlo a los mellizos Gallardo, bautizados en carácter de tales. Más claro aún: su carácter de hijos de Manuel Bonifacio Gallardo; es decir, serían adulterinos.

En realidad, los profesionales que intervinieron en la testamentaría de Gallardo utilizaban una terminología nada universitaria. Palabras tales como «reptil», «sanguijuela», «coito mal habido», «hijo de mala madre», o «mujer infame» se pueden leer en distintos escritos y, ni el juez — doctor Alejandro Heredia, hijo del que fuera gobernador de Tucumán — ni los camaristas se ruborizaban por tales conceptos ni mandaron testar los párrafos cargados de insultos que los colegas se intercambiaban. Y no se crea que tamaño lenguaje fuera usado por abogados de lance; allí estaban las firmas de lo más granado del foro porteño, comenzando por el futuro redactor de nuestro código civil, el doctor Vélez Sarsfield, hasta un joven legu-

lejo que llegaría a presidente de la república, Manuel Quintana.

Para contestar la demanda de Iturriaga, Gallardo se vale de argumentos no muy jurídicos. Arguye que la cesión que en su momento se hizo de la casa de la calle Victoria a favor de su hermano, y que le permitió a éste hipotecarla, fue «un acto simulado por secretos íntimos de la familia» y lo funda, entre otras cosas, en que en esa época él no tenía descendientes. Dice en su escrito que «el único hijo de mi primer matrimonio lo había perdido y ningún peligro corría en hacer aquella simulación que me iba a costar un inmenso dolor en mi último suspiro, una iniquidad insigne sobre mi tumba». Y añade: «Hoy ya tengo segunda mujer e hijos a quienes no puedo dejar en la indigencia». Estos dichos de Manuel B. Gallardo son del año 1856, cuando los mellizos Gallardo viven y habitan en la misma ciudad que su padre. Recordemos además que Pío José, el hijo mayor, muere en 1849 y la escritura de cesión a favor de su hermano es de 1831.

En agosto de 1862 fallece Gallardo, y su hijo José Ignacio, por sí y por los descendientes de su finada hermana María Ignacia, con el patrocinio del doctor Vélez Sarsfield, inicia la sucesión presentando las respectivas partidas de bautismo que acreditan su carácter de hijos *legítimos* del causante. Pide en primer término que se lo ponga en posesión de los bienes fincados, pero el juzgado, conociendo sin duda la existencia de una familia paralela — Buenos Aires era todavía una aldea — no hace lugar al pedido y en cambio designa albacea dativo a Miguel Azcuénaga. Al pretender hacerse cargo de los bienes de Gallardo, Azcuénaga se encuentra con la resistencia de Josefa Viqué y sus hijos, que habitaban en la casa del muerto. Comienza entonces un duelo verbal que no se detendrá hasta la finalización del juicio.

La parte de los hijos adulterinos

Los letrados de la Viqué, Villafañe y Eguía — que en realidad son quienes desde el primer escrito inician la serie de insultos — hablan de la madre de los mellizos Gallardo como «de una mujer infame» que muere en la más extrema pobreza en 1850, y afirman que su hijo, José Ignacio, se dedicaba en tiempos del Restaurador a denunciar a los vecinos como salvajes unitarios para apropiarse de sus casas «y vivir de valde en ellas como entonces lo hizo el contrario». No trepidan luego en decir que Manuela Cárdenas no hizo testamento, pues si no debía confesar que le dio

al doctor Gallardo «hijos que no eran de su coito». A todo esto recordemos que Gallardo tampoco hizo testamento.

La respuesta que da Vélez Sarsfield es, al menos, más jurídica. Sostiene que los hijos adúlteros —se está refiriendo por supuesto a los tenidos con la señora Viqué— están excluidos de la vocación hereditaria, tesis que confirmó muy poco después al redactar el código civil. Luego de recordar que la legislación española veda la posesión de bienes de sus padres «a los que deban sus lazos y su origen al vergonzoso olvido de las instituciones sociales y religiosas», Vélez afirma que «el más extraño puede tener más derecho que la concubina y adúlteros a la posesión y propiedad de los bienes fincados». Manuel Quintana, que sucederá a Vélez en el patrocinio de José Ignacio Gallardo, es aún más categórico. A firma que Josefa Viqué y sus hijos no se hallan en posesión de los bienes de Gallardo, «pues ni la concubina ni los adúlteros pueden ser sus herederos (y) todo se reduce a una detentación inmorale que debe cesar cuanto antes para escarmiento del vicio y satisfacción de la sociedad». Añade: «Una madre semejante es, por el contrario, castigada con la última pena y semejantes hijos son excluidos para siempre de la herencia de sus padres y hasta privados de los beneficios de la legitimación por subsiguiente matrimonio y aún por simple rescripto» (fs. 76/77).

Como la partida de bautismo es un documento imposible de descalificar, los abogados de Josefa Viqué deciden llamar a absolver posiciones a José Ignacio. Este reconoce que su padre, al regresar de la emigración, no tuvo trato con él, no respondió a su correspondencia y nunca lo visitó, conducta sumamente extraña después de haber estado tanto tiempo en el extranjero. Tampoco rechaza de plano las acusaciones contra su madre, limitándose a señalar una y otra vez que los hijos de la parte contraria fueron engendrados cuando Manuela Cárdenas aún vivía y, por tanto, eran adúlteros.

Finalmente, el juzgado se pronuncia en favor de José Ignacio Gallardo, pero la cámara revoca el fallo y el proceso se prolonga. El expediente recorre varias veces las dos instancias y hasta la Cámara del Crimen interviene. Los abogados de ambas partes intentan un arreglo, donde se toma como base el reconocimiento a la segunda mujer del doctor Gallardo de una cuarta parte de los bienes «excluyendo su librería y papeles», siempre que acompañe al expediente la respectiva partida de casamiento celebrado en la localidad chilena de La Serena. Como el documento que se presenta no está debidamente legalizado (el acta ni siquiera fue asentada en el libro de matrimonios respectivo), doña Dominga del Carril y Domingo de Oro son llamados a declarar como testigos que han presenciado el casamiento, y ellos sí lo afirman. El pleito sigue, pero en suma no se presenta ninguna nueva documentación ni se acompaña otra prueba

Programa de una función realizada el 15 de abril de 1840 con el elenco de Pascual Ruiz, donde aparece Laurentina Guevara.

LA CONFEDERACION ARGENTINA
MUESTRAN LOS SALVAGES UNITARIOS

TEATRO

Granda función Filodramática,
para el Domingo 15 de Abril de 1840.

Se representará el precioso Drama nuevo,
A Actos y en verso, original del distinguido
Español D. Antonio Gil de Zarate
título —
D. Trifon, ó Todo por el Dinero.

Personages.	Actores.
D. Trifon —	Bot. P. Ruiz.
D. Leonor, (su hija) —	S. Laurontina Guevara,
D. Pedro —	Sra. Trinidad Lual Guevara,
D. Lázaro —	M. Manuel Castillo
D. Carlos —	M. Manuel Gallardo.
Un Escribano —	S. Adolfo Gallardo.
Alguacil, Pueblo &c —	Compañes.

Dando fin con la jocosa petipieza denominada
El Amante Prestado.
Dada principio a las ocho y media
Las Señoras que han tenido pánico por temporalmente, sus pretiosos
con ellos mismos, hasta la vigilia de la función.

que tienda a demostrar que José Ignacio y su hermana no sean en realidad hijos legítimos del matrimonio Gallardo-Cárdenas.

A su vez, la viuda e hijos de José María Gallardo se mantienen al margen y no defienden a sus primos, cosa que resulta un tanto extraña. El establecimiento de campo comprado en el Uruguay, aparentemente por los dos hermanos Gallardo, es mencionado, pero nunca se exhibe la respectiva escritura. Esa sería la única pista (la casa de la calle Victoria finalmente queda en poder de los herederos de Iturriaga) que nos permitiría saber cómo se repartieron en realidad los bienes. El pleito se paraliza, sin duda por un acuerdo entre las partes fuera del expediente.

Gallardo había nacido en 1793, es decir que estaba próximo a cumplir 70 años cuando fallece. Sin embargo, no hizo testamento, él, abogado que no puede desconocer que los hijos de su segundo matrimonio en realidad eran adúlteros. En la misma ciudad vivían sus hijos legítimos, o, al menos, estaban registrados como tales. Abogado experimentado, ¿cómo no pudo prever que debía guardar un cierto orden y aclarar la situación en que se encontraban su segunda mujer y sus hijos?

Esta incógnita, imposible de contestar, viene sumada a otra. Caupolicán Gallardo residía también en Buenos Aires con su familia en el barrio de la Piedad, no muy lejos de su casa. Su situación económica no debió de ser muy buena pues, si bien llegó al grado de capitán, según Cutolo revistaba en la clase de inválidos por heridas sufridas defendiendo a Buenos Aires de las fuerzas sitiadoras del general Lagos. ¿Cuáles fueron entonces las razones que inhibieron a

fueron entonces las razones que inhibieron a Caupolicán a presentarse en la sucesión de su padre natural reclamando su parte de la herencia?

En realidad, de acuerdo a la legislación de la época, los hijos adulterinos no tenían vocación hereditaria a menos que, caso Viqué, gozaran de lo que se llama «posesión de estado», es decir, que en vida de sus progenitores hubieran recibido el trato de hijos o los hubieran reconocido. Hemos visto los duros términos que Vélez Sarsfield y Quintana utilizaron para descalificar a los hijos de la pareja Gallardo-Viqué. El derecho romano y las partidas sólo les permitía accionar en caso de alimentos, y Vélez Sarsfield al redactar el código civil (sancionado en 1869) estableció que los hijos adulterinos, incestuosos y sacrílegos carecían de vocación hereditaria prohibiéndoles además que pudieran indagar su paternidad o maternidad (art. 341).¹⁰

El examen de los dos expedientes nos permite sacar algunas conclusiones, favorables en ciertos aspectos a la tesis de De Diego, contradictorias otras. La primera confirma la situación del doctor Gallardo, separado de su esposa e, incluso, negando implícitamente la legitimidad de los hijos habidos en su primer matrimonio. La imagen de un marido separado de su esposa, que nos transmitía el libelo del cura Castañeda, se ha transformado en la de un marido engañado con «hijos que no eran de su coito». Es cierto que son de muy relativo valor estas acusaciones hechas en el calor de la polémica por abogados con escasa o nula ética profesional, pero, repito lo que dije antes: llama la atención el poco entusiasmo de José Ignacio Gallardo para negar tales imputaciones, así como su reconocimiento de que, vuelto su padre del exilio, no tuvo trato con él.

La segunda conclusión se refiere a la conducta de Gallardo que formó una nueva familia y, una vez muerta su primera mujer, procedió a regularizar su situación, con lo cual le hizo obtener no pocas ventajas ya que, pese a quedar demostrado que los hijos con la Viqué eran adulterinos, finalmente tuvieron éxito en el juicio sucesorio de su padre, aunque no éxito total. Por otra parte, las pésimas relaciones entre Gallardo y Manuela Cárdenas alimentan la tesis de que era él el hombre retratado por el medallón y que, años después, emigrado a la Banda Oriental, abandonó —o fue abandonado— por Trinidad Guevara y que se unió a la Viqué, con la cual tuvo tres hijos.

Esta crónica finaliza sin una respuesta concluyente sobre la identidad del personaje retratado en el medallón que provocó las iras del cura Castañeda. Ya he señalado al comienzo que la falta de correspondencia o de un epistolario familiar de los involucrados dificulta el esclarecimiento del caso, pero el hecho de que los hijos de Trinidad lleven el apellido de Gallardo es un indicio de suma importancia. Tal vez el documento de mayor peso y del cual poco me he ocupado sea la partida de defunción de la actriz que

descubre y transcribe Arturo Capdevila en su libro. En la actualidad es imposible volver a examinarlo, porque el original que se conservaba en la iglesia de San Nicolás fue pasto de las llamas en 1955, lo que es una lástima, ya que habría que cotejar una letra: la que antecede al apellido Gallardo. Dice así: «El 24 de julio del año del Señor 1873 el infrascripto cura de esta parroquia de San Nicolás de Bari, dio licencia para sepultar el cadáver de doña Trinidad Guevara de 75 años de edad, nacida en el estado oriental, domiciliada en la calle Córdoba 843, viuda de D. Gallardo, que murió el día de hoy. Según el testimonio de D. Carlos Arauco (30 años) y D. Caupolicán Gallardo (54). El cura de la parroquia Eduardo O'Gorman».

NOTAS

1. Wilde en *Buenos Aires 70 años atrás* lo describe así: «Era grueso, de baja estatura y de tez morena; grave, de voz sentenciosa: tenía posesión del teatro, pero su figura no predisponía a su favor». Tampoco predisponía a su favor ciertas libertades que se tomaba en el escenario con las del sexo opuesto. Hugo Galmarini, al pintar la vida social de Buenos Aires en esa época, transcribe una carta dirigida a los periódicos por «Una compañía de amigos del teatro» donde Morante es reprendido «por tocar pechos de las damas con quienes representa porque esto es una indecencia insoportable y que le valdría, si la repite, un poco más de silbidos» (*Del fracaso unitario al triunfo federal (1824-1830)* Memorial de la Patria). El bautismo de Luis Ambrosio Morante está registrado en el libro respectivo de «gente de color» que se conserva en la Merced correspondiente al año 1780. Según Klein (*Hechos e Ideas*, año XIII, número 42, octubre de 1981) el futuro actor salva la barrera discriminatoria del color y accede a una formación cultural superior gracias a su abuelo, casado con una Rivadavia. Sus colegas del teatro le otorgan al «ciudadano» Morante en 1819 un poder general para que los represente en sus gestiones salariales con los dueños del teatro. Era el cómico mejor pago del conjunto y gozaba además del derecho a un palco en forma gratuita.
2. JUAN M. MENDEZ AVELLANEDA, «Wynn, el Circo Olímpico y otras rarezas», en *Todo es Historia* número 231, agosto de 1986.
3. El 9 de septiembre de 1817 el escribano Gómez Fonseca, Santiago Wilde, Juan Bautista Seguisundo y Juan B. Zelaya «dueños absolutos de la Casa de Comedia establecida en esta Capital», acuerdan las normas que regirá la sociedad. Una de ellas designa a Wilde administrador, comprometiéndose a «surtir el teatro de las piezas de mérito reconocido» (Registro n° 1, f° 151). En noviembre de 1819 los actores de la compañía cómica, con el objeto de reclamar los salarios que les adeuda el asentista del Coliseo, inician una información sumaria para obtener declaratoria de pobreza. El abogado que los patrocina es Manuel B. Gallardo que firma junto a Trinidad Guevara (Archivo Histórico de La Plata, 7-5-2-108).
4. Trinidad Guevara nació el 10 de mayo de 1798 en Santo Domingo Soriano y era hija de don Joaquín (¿Ladrón?) de Guevara y doña Dominga Cuevas («Personalidad y genealogía de Trinidad Guevara, primera gran actriz de la época colonial», por JULIO C. SILVA Y ANTUÑA, en *Revista del Instituto de Estudios Genealógicos del Uruguay* número 9, Montevideo, 1989; atención de Juan Isidro Quesada). El apodo de *Ana Bolena* tenía una intención descalificante —mujer malvada— muy utilizado en la época. Un ejemplo muy gráfico es la llamada estampada por algún cura «rosin» en tiempos de Rosas al margen del acta bautismal de la mujer de Balcarce, Trinidad García Mantilla, donde colocó la siguiente leyenda: «heredera de Ana Bolena en lo malvada e intrigante causa de la ruina de su buen marido» (Merced libro 15 folio 46 vta.).
5. No hemos podido transcribir en su integridad este documento, pues la hoja suelta que estaba agregada a la colección del *El Despertador Teofilantrópico* que se conserva en la Biblioteca Nacional ha desaparecido (n° 14735, antigua denominación).
6. El dato del viaje de Trinidad Guevara con Manuel Oribe, producido el 7 de octubre de 1817 (Registro de Pasajeros del Archivo Nacional de Montevideo zumaca Astrea) me ha sido facilitado por el investigador T. Klein a quien agradezco la información. La aseveración del general Iriarte en sus *Memorias* T^o II p. 242. Manuel Oribe dormía en



7. La afirmación de Capdevila de que hay un solo Pedro Lacasa es errónea. En la parroquia de la Merced se registra el bautismo de una hija de Pedro Lacasa y Mercedes Gana. Este Lacasa está vinculado al teatro, pues el testigo de la ceremonia del bautismo es Eulotio Zemborán, conocido cómico de la época cuya familia facilitó el sepulcro en la Recoleta donde fue enterrada Trinidad. Con relación al nombre Caupolicán, sin duda proviene de que en el año de su nacimiento estaba en auge la saga chilena de caudillos araucanos ya que en el Coliseo se representaron diversas obras tituladas, *El nuevo Caupolicán*, *Lautaro* y otras de similar tenor.

7 bis. Un año después de que se publicara el libro de Capdevila fue reeditada la obra de Jacinto Yaben *Biografías argentinas y sudamericanas* que contiene un gran número de biografías de militares. Uno de ellos —que no estaba incluido en la primera edición— es el capitán Caupolicán Gallardo cuyos datos de nacimiento consigna, no así el de sus padres. En la parroquia de la Concepción se ha registrado el nacimiento y bautismo de un párvulo llamado Martín el día 11 de noviembre de 1818, «hijo de padre no conocido» en el libro correspondiente a las personas de raza «española» (blancos). Los hijos extramatrimoniales —un tercio de la población considerada blanca y más de la mitad en la considerada de color— en especial los adúlteros y sacrilegos, en general no eran reconocidos por sus progenitores. El cura, en ese caso, en el acta los anotaba como «hijos de padre no conocido» o «huérfanos» aunque todos sabían, incluso el sacerdote, quiénes eran sus padres (ver Merced libro 25, acta 18, de noviembre de 1820).

8. El 13 de junio de 1826 el jefe de policía ordena al médico de la repartición que elabore un informe sobre la indisposición que sufrió Trinidad Guevara víctima de una intoxicación por haber ingerido arsénico. Según su descargo se debió a una equivocación de la criada que en lugar de alcanzarle el remedio para la gastritis le dio el veneno «que el Dr. Díaz Velez su compadre le había facilitado para destruir las ratas que se habían apoderado de su casa» (Archivo General de La Nación, sala x 14-1-4).

9. Escritura del 8 de junio de 1821 pasada ante el escribano Agrelo. Doña Antonina, en realidad, cobraba más que Trinidad: 10 partes por actriz y 2 partes por cantaren escena y fuera de ella las zarzuelas, operetas y coros generales. La Ujier no formaba parte de la compañía.

10. Estas disposiciones, que después fueron derogadas con el dictado de la Ley de Matrimonio o Civil durante la presidencia de Juárez Celman eran, al parecer, más severas que la vieja legislación patria. Así al menos lo hace suponer el conflicto judicial entablado por el hijo natural del cura Domingo Belgrano donde le fue reconocido su pretensión a heredarlo. Aunque el mayor mérito provino no del magistrado sino de la familia Belgrano, en especial su hermana, que declaró en su favor (ver «La hija de Belgrano, por JUAN M. MENDEZ AVELLANEDA, en *Todo es Historia*, número 279, septiembre de 1990).

BIBLIOGRAFIA

BISCHOFF, EFRAIN U., *Tres siglos del teatro de Córdoba*, Universidad Nacional de Córdoba, año 1961.

CASTAGNINO, RAÚL A., *El teatro durante la época de Rosas*.

CUTOLO, VICENTE, *Diccionario biográfico argentino*.

DE DIEGO, CELIA, «Cronicón de la chacra de Azcuénaga», *La Prensa*, 30 de abril de 1972.

DE DIEGO, J., «Vidas y amores de tres actrices argentinas», en *Todo es Historia*, número 91, diciembre de 1974.

DE LA CUADRA GARMAZ, GUILLERMO, *Familias chilenas. Origen y desarrollo* (atención de Carlos Jáuregui Rueda).

UDAONDO, ENRIQUE, *Diccionario biográfico colonial argentino*, Institución Mitre.

WILDE, JOSÉ A., *Buenos Aires, setenta años atrás*.

Archivo General de la Nación: Archivo de la Policía. Protocolos de Escribanos. Testamentarías. Censos.

Biblioteca Mitre: Los periódicos de la época.

Biblioteca Nacional: Sala Reservados. Periódicos de la época.

Además se han consultado los libros parroquiales de la Merced, Concepción, San Nicolás, San Telmo, Socorro, Piedad.

En el Archivo Histórico de La Plata se encuentra el trámite efectuado por Manuel B. Gallardo para ejercer la profesión de abogado (7-3-121-56).

*Compromiso
de Vida*



INSTITUTOS MEDICOS

ANTARTIDA

HOSPITAL PRIVADO

- Av. Rivadavia 4978 / 80 • Rosario 437 - Tel. 901-6066 / 6089 / 4791 •
- Suc. Congreso: Bmé Mitre 1735 / 37 - Tel. 45-5491 / 5579 •
- Medrano 70 - 3° "J" - Tel. 982-2562 •
- Suc. Zona Norte: Av. Maipú 2670 - Tel. 790-4890 •
- Suc. Zona Noroeste: San Lorenzo 2111 - San Martín Tel. 753-3618 •
- Suc. Villa Lugano: Cañada de Gomez 4599 - Tel. 602-5619 •

TODO ES HISTORIA • 41



León Benarós

UN
RECUERDO
PARA
ADOLFO R.
AVILES



En nuestra infancia, una letra de tango nos tenía francamente intrigados: era la de *Cicatrices*, con música de Adolfo R. Avilés y letra de Enrique P. Maroni. Al oírlo cantar por radio —el tango adquirió notable popularidad— no hallábamos relación con el hecho —para nosotros absurdo— de que se hablara en el texto, según lo escuchábamos, de la *sopa* y el *asado*. ¿Qué tenían que hacer esos platos del menú con el tango en cuestión? Todo obedecía, sin embargo, a una falla de acentuación en la letra y a un error auditivo. Se hablaba, sí, de «un tormentoso pasado», pero por la forma de acentuar, sonaba como «un *tormento-sopa-asado*», aquél que dejaba «*cicatrices imborrables*».

Conocimos muchos años después al autor de la música. Adolfo Rodolfo Avilés había sido, se sabe, pianista en la Asociación Cristiana de Jóvenes. Gardel —tan exigente en la conservación de su físico, tan propenso a engordar— hizo durante no poco tiempo ejercicios gimnásticos al compás del piano de Avilés. Dicen que, para conservarse en peso, se reducía, además, a pasarse —como lo recordaba Julio de Caro— a puro té y tostadas.

Avilés nació en Buenos Aires, el 11 de mayo de 1898. Egresó del Conservatorio Williams. Formó conjuntos, hizo jazz. También música nativa. Sus dos éxitos mayores fueron el tango *Cicatrices* y la zamba *Los ojazos de mi negra*, dedicada a su mujer, «Matonia». Era Avilés un hombre gentil, culto, respetuoso, de aire un tanto doctoral, medido en sus gestos y en su decir. Últimamente se dedicó casi con exclusividad a la crítica de cine.

Hay que recordar que aun intérpretes de tango como Gardel comenzaron por lo folclórico. El repertorio de lo cuyano, las tonadas, las obras que cantaba Saúl Salinas, las composiciones como *Quien te amaba ya se va* o *Una rosa para mi rosa*, gustaban mucho en Buenos Aires. Lo mismo interesaba particularmente la música pampeana, la que en gran medi-

da nutre toda una forma de tango, como los de Juan de Dios Filiberto.

Avilés nos presentó a «El Tarila», un excelente bailarín de tango, nacido en Italia, pero tan porteño como el que más. Según lo hemos señalado alguna vez, *el Tarila* se quejaba de la interpretación mecánica y sin espíritu del baile, y trataba de meros «calesiteros» a los bailarines que danzaban si la elegancia, el espíritu y la entrega que el tango exige.

¿QUE FUE DE LUCIANO PAYET?

Luciano Payet —creemos que su segundo nombre era León— fue el único «lunfardo» auténtico que pudo mostrar, en su plana mayor, la Academia Porteña del Lunfardo. No porque él mismo fuera un *lunfardo*—en el sentido despectivo del término—, pues era hombre honesto y honorable a carta cabal, sino porque había vivido en el ambiente sin contaminarse, allá por el *barrio de las latas* o *barrio de las ranas*, y conocía a fondo el vivir y el vocabulario de aquella gente. Era también un discreto dibujante, no de gran valor artístico, pero sí fielmente documental; también un poeta lunfardesco, de generosa y documentada musa.

Enrique R. del Valle —académico bibliotecario de la Academia Porteña del Lunfardo— hizo amplias investigaciones para dar con el destino y paradero de Payet cuando éste dejó de concurrir a la Academia. Nunca se supieron las razones. Publicó, como colaborador de José Gobello, un *Breve diccionario lunfardo*. Tal vez aspiraba a publicar una obra mayor, y sintió que todas sus fichas, volcadas en la Academia, no se concretaron en la publicación de la obra soñada.

Payet nos entregó algunos originales de poemas suyos, manuscritos, muy interesantes, relacionados con un preso recluso en la *gayola* o *chirona*, que escribe a su querida, de la que le llegan noticias, tal vez erróneas, de supuestos desvíos. La mujer le contesta protestando cariño y fidelidad. Transcribimos uno de estos curiosos documentos inéditos. Respetamos la ortografía del original: *Querido negrito Andrés./ te escribo dende el conboy./ El juebe sin farta boy/ con todo lo que querés./ Espero no me casqués/ d'ese modo tan injusto./ Te boy a batir el justo./ no seas malo conmigo./ es cosa de un mal amigo/ que fue a darte un disgusto./ Ese fue El Pibe Bustiyo/ qu'e ese grupo te ha yebao./ traite un coso arruinado./ dale morfi y apoliyo./ y después, si se hace el viviyó/ con la mina del amigo.../ No habiendo caso conmigo./ parándole la carro, fula./ fue a meterte esa mula/ pa enchastrarme bien contigo./ No te engrupo. ¡Bueno fuera!./ Porque tu negra querida/ por vos daría su bida./ y todo lo que tubiera/ pa' que en la caye estuviera/*

hoy mimo, su amorcito, / pa darle tanto besito / como cana se ha morfado / y tenerlo abrazao / dentro de su bulincito. // Te garanto, fue una asaña, / la cosa estaba fulera, / tube que irla de taquera / y darme más de una maña / pa qu'e entrara ese cufaña / sin yegar a su bulin... / Porque' el gil... pero en fin, / te lo diré a vos solito / cuando estemo muy juntito / en un mismo berretín. // Estoy rota todavía. / Me ligué cada fajina / pa'sapar la ventolina, / yéndola de infantería, / hasta que al fin, un día / cayó el misto en la trampera / salbando así la chinchera / de quemarla en el Pío, / y en eya, amorcito mío, / la que t'escribe te espera.

A nuestro pedido, Payet realizó varias ilustraciones, que donamos, convenientemente enmarcadas, a la Academia Porteña del Lunfardo. Una de ellas representa a un compadrito en el típico andar por un empedrado desparejo, muy bien documentado en gesto y vestimenta. En otras ilustraciones, se documenta el famoso «funyi a lo Masera» (en realidad, a lo Maxera), apellido de un napolitano que tenía sombrerería en la calle Cuyo (hoy Sarmiento), y cuya casa particular, en el barrio de la Boca, todavía luce, en la puerta, las iniciales en hierro de quien fuera el propietario.

Por lo que se sabe, Payet se jubiló como obrero textil. No hay más noticias sobre él. Era hombre de estatura menor, delgado, de rostro afilado, pañuelo o «lengue» anudado al cuello, y sombrero gris.

NUESTRO PAIS. LA MODA FEMENINA EN 1925. NADA DETALLE. EL IMPERIO DE LA TUNICA. EL SOMBRERITO «CLOCHE».

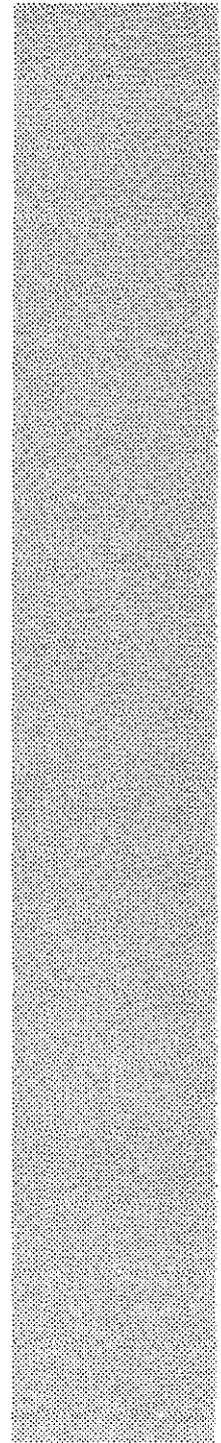
El *Almanaque del Mensajero de Buenos Aires*, en su número correspondiente a 1926, da la siguiente versión de la moda femenina en 1925:

«Durante el año 1925 la silueta femenina se ha conservado fina y la tendencia principal ha sido la de suprimir toda línea que puntualizara el tallo. La parte correspondiente a las faldas se cortó en forma a fin de darles un poco de amplitud, pues eran por lo general angostas y sumamente cortas. El dominio de las túnicas ha sido indiscutible; se usaron comenzando en las caderas y llegando hasta el ruedo del vestido, fueron largas y angostas, anchas en el borde inferior, de punta, o también unidas al escote, empezaban desde los hombros y llevaban una larga hilera de botones en la parte

delantera. Los sacos se hicieron largos, cortos y de tres cuartos. En los trajes de reunión no se llevaron mangas y las de los trajes de calle eran largas y angostas. Los trajes escotados eran más altos adelante que en la espalda, donde terminaban comúnmente en forma de V. Se usaron multitud de colores y de telas, cuyas variantes y denominaciones fueron legión: violeta tirando a rojo en terciopelo y en satén; verde en telas para abrigos y para trajes sastre; marrón rojizo como herrumbre en fulgurante; marrón en todos los tonos; rojo, champán, gris, ciclamen, azul paón y azul marino. Además de las telas generalmente conocidas y los casimires «ingleses» de lana mezclada, la tela más usada fue la «kasha» de lana, que se empleó en la confección de abrigos, vestidos y trajes para deportes. Entre las telas flexibles y suaves una de las más novedosas ha sido el tejido «kasha» de seda, con dibujos adamascados, o con un ojo de perdiz dentro de un damero; la frisia, surah y alpaca muy flexibles y caídas, y entre las telas estampadas los crepes de china escoceses y las telas lisas con guardas de colores vivos entremezclados.

«En los abrigos de noche se usaron tanto los tapados como las capas; se confeccionaron en riquísimas telas: chiffon, terciopelo, lamé o cabritilla dorada y se adornaron con flores, plumas o pieles. Por ejemplo, un amplio tapado de lamé rojo azulado llevaba grandes solapas color oro y ribetes de cordón dorado. Otro de raso marrón se bordaba con angora blanco, terminándolo con un ancho ruedo de piel de nutria. En algunos tapados de sedas fulgurante llevábanse cuello y puños de piel y un borde de pétalos de seda del color de ésta. En los modelos primaverales era frecuente un adorno de satén negro con aspecto de flor o de caracol. Los tapados de colores suaves se usaron con pieles haciendo juego. Los abrigos largos se hicieron de dos a cuatro centímetros más cortos que el traje, de estilo tailleur o de corte recto, en «kasha» de color o alpaca negra con cuello, solapa y forro que hacían juego con el vestido. Otros abrigos sencillos y elegantes se confeccionaron en velours de lana de colores oscuros, con vueltas, cuello y forro de colores vivos, oro, rojo o verde; se completaban con botones metálicos. En algunos modelos la espalda lisa fue sustituida por la de corte más amplio con dos pliegues encontrados, en el centro. Para tapados de viaje o de deportes se emplearon las telas a cuadros de «tweed», escocés, sin forro, con cuello y puños de pieles de pelo corto. Estuvieron en boga las de leopardo y sus imitaciones. Durante el invierno se vieron infinidad de largos tapados de piel.

«Puede decirse, sin temor de exagerar, que ha predominado la forma de sombrero pequeño, estilo «cloche»,



con algunas variaciones. Al finalizar el año y al entrar en el verano se empezaron a usar sombreros con ala ancha en la parte delantera, que disminuyendo en los costados desaparece totalmente en la parte posterior, a esta forma se le dio el nombre de capota. Algunos sombreros pequeños no tenían alas, en cambio otros las llevaban vueltas hacia arriba, atrás o adelante, o muy pequeñas y a veces algo caídas. Se usaron sombreros de todos colores, que se llevaron haciendo juego con el traje o con algún adorno de éste. Se confeccionaron en fieltro y castor; y tuvieron aceptación los de cintas "grosgrain" superpuestas. Se adornaron con plegados de cinta también "grosgrain", cocardas, hebillones, plumas, dijes de fantasía, de strass o de piedras preciosas. Algunos sombreros de tonos oscuros llevaron un borde de botones forrado con tafetán de color vivo, generalmente verde o punzó. Otros tenían como único adorno un pequeño moño de faya colocado en lo alto de la copa. En la primavera abundaron los gorros y sombreros de crin, de paja Bangkok muy flexible, de paja Suiza, paja grille, picot, etc.; los de crin se adornaron con flores o terciopelo. Un sombrerito con borde de paja "picot" tenía copa cubierta con bordados chinoscos. En la copa de un sombrero "calotte" se colocaban flores de terciopelo, planas o formando una especie de cresta. Los adornos de cintas presentaban muchas combinaciones y efectos de colores; las había de gasa de color con bordes de raso negro, otras eran mitad raso y mitad "ciré cotelé"; algunas de paja y tafetán de dos o más colores combinados; y a veces era una banda de muselina. Otros adornos consistían en plumas "glicerinadas" o al "laqué", o también de puntillas de color combinadas con plegados de tafetán negro, todos estos adornos se hicieron en los tonos de los sombreros. Con las guarniciones de piel se emplearon motivos de metal, en materias plásticas y en plata esmaltada.

«Los vestidos para fiestas y bailes se adornaron lujosamente; abundaron los bordados con piedras de color, lentejuelas y "strass", con los que se realizaba el brillo y colorido de las telas. Los trajes de tafetán negro se orlaron y adornaron con tiras, lazos y moños de seda blanca, que a su vez se bordaron con piedras de luna y cuentas de "strass". En los trajes de "chiffón" el bordado se hizo con lentejuelas del mismo color que la tela. Las faldas presentaron a veces amplios "godets" sobre la cual caían tiras bordadas con adornos por el estilo de los que hemos mencionado. En algunos vestidos los bordados fueron multicolores. En los de "georgette" o de crepé de China los adornos consistieron en vainillas, que orlaban los bordes de las faldas, que

en los costados terminaban en grandes puntas. En esta clase de vestidos también se prefirieron los colores vivos. Muchos trajes se hicieron sobre fondos lisos de seda o de terciopelo "chiffón", que se cubrían con túnicas de lamé, "georgette", "perlé" o encajes; en el ruedo del fondo se colocaban franjas de un tono más vivo. Los escotes de forma bote han sido sustituidos por los cuadrados, oblongos, redondos y especialmente por los en forma de V; pero también se llevaron cuadrados o redondos adelante y en pico atrás.

«Los trajes de tres piezas han tenido mucha aceptación. Se confeccionaron en tartán o escocés con blusas lisas del tono del fondo del tartán; el saco largo llevó cuello y puños lisos de "mouton rasé", especie de piel de cordero de pelo cortito y teñida de color. Algunos de estos trajes tenían largos paletós rectos, de "reps marin", adornados con pasamanería, colocados sobre vestidos con faldas plisadas de crepe "georgette" cuyo color vivo contrastaba con el "reps marin". Otros vestidos de "surah" escocés iban con paletós de tejido de lana. En algunos el paletó era de seda negra, orlado con un cordón de seda crema, la falda de seda negra y la blusa de seda blanca o popelín marfil. Otro conjunto estaba compuesto de un paletó en reps u otomán de seda azul, forrado con fular a lunares y el vestido hecho de igual tela que la del forro. Los paletós tenían dos formas principales: absolutamente rectos unos, y otros llevando al costado fracciones de túnica: la mayoría eran largos como las faldas y otros tres cuartos de largo.

«El tailleur en boga ha sido simple y corto con una chaqueta generalmente corta y recta. Si la chaqueta era semilarga se la entallaba ligeramente como una levita. Se confeccionaron en telas de lana suaves y esponjosas como el marrocaín, la duvetina-gamuza, "zebelines", "vignogne", "kasha", también en lanas oscuras mezcladas y a veces con dibujos muy atenuados o unidos en conjunto. Llevaban cuello propiamente dicho o cuello chal, que en el invierno se recubría con un sobre-cuello de piel; en este caso la chaqueta también llevaba un ancho borde de piel. Utilizábanse pieles de pelo largo, o bien tachonadas, como las de leopardo.»

El placer de la buena música

La información importante sin estridencias

Una programación en constante superación

Una publicidad respetuosa y calificada

Esto es



Av. R.S. Peña 615, piso 11 Teléfonos 326-8188/9588/0142/3764 - Fax 326-6284

ENTONCES LA MUJER

**CESAR
DUAYEN,
Una mujer
que se
adelanto
a su
tiempo**

Lily Sosa
de Newton



El nacimiento de un best seller

Algunas escritoras firmaron sus trabajos con un simple nombre de pila y otras recurrieron a un seudónimo masculino, como Emma de la Barra, aun sabiendo que el incógnito duraría poco y que la auténtica personalidad saldría a la luz tarde o temprano. Se ignora la intención de la autora de la novela *Stella* al escudarse bajo un nombre de varón, pero lo cierto es que su gesto tuvo por consecuencia convertirse en un seguro y hábil golpe publicitario, que seguramente no hubiese sido tan efectivo en caso de planearse deliberadamente. En efecto, cuando en la ya populosa Buenos Aires de 1905 apareció el libro firmado por un tal César Duayen, el mundillo literario se lanzó a formular conjeturas sobre la identidad del autor, hasta entonces desconocido.

La librería de Arnaldo Moen, experto editor y librero de origen escandinavo que ha dejado valioso material de autores argentinos, para seguir una modalidad que había adoptado con éxito cada vez que lanzaba un libro llenó su escaparate con ejemplares de *Stella* y el interior del negocio con pilas de la nueva novela, convirtiéndolo en un acontecimiento nunca visto. «El frenesí del público era tal — recuerda Buoncuore — que devoraba, con no igualada rapidez hasta entonces, las pilas nutridas de ejemplares, hasta que un

letrero, adherido al cristal del escaparate del afortunado editor, anunció triunfalmente: *Agotada en tres días la edición de mil ejemplares*».¹

Naturalmente, el libro fue reeditado, esta vez con la firma de César Duayen, pues la primera edición no lució ni siquiera este nombre falso. El éxito se repitió y la obra tuvo después otras ediciones, entre ellas la de la Biblioteca de *La Nación*. La curiosidad de la gente se vio pronto satisfecha y el verdadero nombre de la autora sorprendió a todos los que no estaban en el secreto. Hubo muchos que atribuyeron el libro al periodista Julio Llanos, quien había corrido con los trámites necesarios en la imprenta. La sorpresa

radicaba en dos hechos: que César Duayen fuese una mujer y que esta mujer perteneciese a la clase alta de Buenos Aires. Además, causaba estupefacción que se tratase de una obra primera y que la autora no hubiera hasta entonces publicado ni siquiera en las revistas literarias.

La personalidad de Emma de la Barra

La revelación literaria del momento no carecía de condiciones artísticas. Nacida en Rosario en 1861, estaba incorporada a la vida porteña desde hacía muchos años. Era hija de Federico de la Barra, periodista y político de intensa actuación, que en la época del nacimiento de Emma ocupaba una banca de senador por Santa Fe en el Congreso de Paraná. La madre era Emilia González Funes, con familiares cordobeses. Por el lado paterno la ascendencia se remontaba al virrey Vértiz, pero no era esto lo que daba prestigio al apellido, sino cuanto el padre había realizado en el campo de la asistencia y del periodismo, pues fundó, el mismo año, 1854, la Sociedad de Beneficencia de Rosario y el periódico *La Confederación*, primero de la ciudad.²

De más está decir que la vida de la familia estuvo signada por la situación política derivada del conflicto entre Buenos Aires y la Confederación, y que los cambios de residencia eran marcados por la militancia del padre, porteño desterrado por esas causas. Pero la vida en Rosario fue para la niña y la adolescente Emma un grato período, transcurrido en la casona del centro de la pequeña ciudad, a una cuadra de la plaza y a los fondos de la iglesia matriz, en contacto con el ambiente periodístico e intelectual frecuentado por el padre y en el que se nutrió de vivencias enriquecedoras.³

La asunción de la presidencia de la República por Nicolás Avellaneda marcó el momento del regreso a Buenos Aires de la familia Barra. Aquí Emma penetró en un mundo en rápida transformación, muy distinto del clima provinciano, de las épocas de paz, se entiende, pues también había conocido los tumultos de las luchas políticas. Pero la capital le permitió interiorizarse de modalidades distintas, gracias, también, a que el padre, en la nueva política de conciliación que se vivía, continuó su carrera pública ocupando una banca de diputado nacional. El periodismo, caro a sus inquietudes de hombre preocupado por el progreso, lo tuvo nuevamente en sus filas. Aquí fundó *El Siglo* y escribió en *La Tribuna* y *El Nacional*.⁴

Emma, que había estudiado música y canto, desarrolló entonces sus aptitudes artísticas y se incorporó a los círculos donde se apreciaba el arte y podía dar rienda suelta a su vocación. Precisamente era la casa de Avellaneda, situada en Moreno entre Piedras y Chacabuco, el lugar de reunión preferido. Doña Carmen Nóbrega, la esposa, actuaba como anfitriona en las reuniones semanales, donde la música podía ser oída a través de los mejores cantantes, profesionales y aficionados. Entre los primeros estaban los que venían contratado para el Teatro Colón y los otros — o las otras, porque eran entusiastas muchachas — se lucían en romanzas de óperas y todo tipo de canciones. Los suntuosos salones albergaban a brillantes personalida-

des que Emma, bella, elegante y espiritual, trataba con frecuencia. Era una de las principales animadoras de los conciertos, junto a Georgina Lumb, Eduarda Mansilla de García y muchas otras.⁵ Poseía también condiciones para la pintura, pero lo que más llamaba la atención era su capacidad para tomar y llevar a cabo iniciativas diversas.

Por aquella época Emma de la Barra cumplió con el destino de todas las muchachas: el casamiento. Pero en su caso, no el casamiento con un hombre de edad apropiada para ella, sino con alguien que doblaba sus años.⁶ Era su tío Juan de la Barra, hermano del padre, abogado y miembro de la magistratura. Sus actividades culturales no se interrumpieron, sin embargo, pues participó en numerosas obras benéficas que obtenían fondos por medio de conciertos y otras reuniones.

Emma de la Barra de De la Barra

Residía el nuevo matrimonio en su suntuosa casa de la entonces avenida Alvear, una de las primeras que allí fueron levantadas cuando la euforia económica se traducía en un lujoso tren de vida y el derrumbe de una mala administración aún no se había mostrado en toda su apabullante realidad. Emma sentía la necesidad de realizar emprendimientos de todo tipo. Su capacidad creadora aún no había encontrado el verdadero cauce, pero trataba de manifestarse en obras solidarias y útiles. Ideó la primera escuela profesional; fundó, junto con Elisa Funes de Juárez Celman, su parienta, la Cruz Roja, y organizó la Sociedad Musical Santa Cecilia para nuclear a los aficionados a la música, ella en primer término. La enseñanza de la música gozaba de enorme difusión. Surgían jóvenes y talentosos compositores argentinos, como Alberto Williams y Julián Aguirre.⁷

En 1892 Emma de la Barra tuvo la idea de organizar una misa para lograr recursos que permitieran restaurar el templo del Pilar y la Sociedad Santa Cecilia se encargó de preparar la Misa solemne de Gaunod. El 7 de septiembre fue ejecutada, con las voces de las solistas --una de ellas Emma, con su magnífico registro de soprano-- y el coro de niñas: «Especialmente en el "Kyrie" --escribía Tobal--, su voz llena de matices aterciopelados adquiría singular belleza ante el contraste de las voces bajas de las medio sopranos y las contraltos (...). Más de uno de sus maestros había lamentado que, con dotes sobresalientes y con una inteligencia poco común, no pudiera afrontar las tablas. En aquellas épocas, entre nosotros habría sido un campanazo social el que una gran dama hiciera honesta profesión en el teatro.»⁸

En la misma época se llevó a cabo una exposición de obras de arte, también con fines benéficos. Esta vez se trataba de mostrar cuadros, esculturas, joyas y abanicos de gran valor, y el acontecimiento tuvo lugar en el palacio Hume, en octubre de 1893. La organización, desde luego, fue tarea de Emma de la Barra, junto con Delfina Mitre de Drago. Durante meses, el magnífico conjunto pudo ser admirado por el público de Buenos Aires, y los coleccionistas, que eran muchos, mostraron las riquezas que habían adquirido en sus frecuentes viajes a Europa. Aristóbulo del Valle envió un cuadro titulado «La femme et le taureau», hecho que dio lugar a la graciosa y conocida anécdota referida a una remilgada solterona que, al ver la imagen de una mujer

desnuda junto a un toro, exclamó: «¡Yo no sé cómo Julia Tejedor permite que Aristóbulo tenga ese cuadro en su casa... Y luego traerlo a esta exposición benéfica!» y, ante una pregunta, hecha con toda picardía, sobre a cuál cuadro se refería, respondió: «A esa indecencia de "La loca y el Buey"», título que desde entonces le quedó a la pintura de Roll.

Otra de las empresas en que Emma de la Barra puso su inextinguible entusiasmo, y su dinero, fue la construcción de un barrio obrero en Tolosa, población vecina a La Plata, donde se levantaban los talleres ferroviarios de la muy joven capital de la provincia. Viuda ya de Juan de la Barra, la emprendedora mujer quiso poner su grano de arena en la obra progresista que se estaba realizando, pero eran todos sus capitales los que comprometió en la empresa, que fracasó debido a que los talleres fueron levantados por la venta del ferrocarril y las construcciones ya no tuvieron razón de ser. Conocidas como «las mil casas», en una época eran motivo de curiosidad, que originaba paseos a Tolosa en los tranvías que hacían el recorrido a lo que entonces era campo.⁹

Se trasladó a la casa de sus padres y, desilusionada y deprimida por la soledad, se entregó a la tarea literaria. Durante muchos años había observado a su alrededor el accionar de mujeres y hombres. Sagaz, lúcida y empeñosa, logró construir una historia en la que dio vida a seres ficticios y a la vez reales, porque los había visto a su alrededor con sus pasiones y luchas, con su prejuicios y ambiciones. Así salió *Stella*, como un relámpago repentino, sacudiendo a esa sociedad en transformación y causando la intriga de los lectores, que creían ver en los personajes a la gente que conocían, cuando no a ellos mismos.

El nuevo casamiento

Otro periodista --el anterior era su padre-- entraba en la vida para ayudarlo a definir su vocación literaria, que se afianzó a partir del éxito de *Stella*, apuntalada por los elogios de Manuel Láinez en *El Diario*. En 1908 Edmundo de Amicis prologó la edición en italiano con palabras elogiosas. «Tiene una destreza y una seguridad de tonos admirables en el trazado de las figuras --decía--. Muchas de sus páginas son como ventanas o puertas abiertas de repente, a las cuales se asoma una persona viva, que, con pocos actos y escasas palabras nos revela por entero su ser.»¹⁰ Le siguieron traducciones a otros idiomas que recibieron también excelente acogida. Alentada por la repercusión obtenida por *Stella*, escribió un nuevo libro, *Mecha Iturbe*, también con una bien delineada protagonista pero con la inserción de la problemática social que había generado el desarrollo económico. Hay aquí un utópico proyecto de pueblo para trabajadores y un planteo de justicia que la diferencia de la novela anterior.

No la misma de aquella, aunque en cierto sentido poseía valores ausentes en la primera. Luego se llamó a silencio, salvo por la publicación de un libro de lectura escolar titulado *El manantial*, y alguna colaboración esporádica.

NOTAS

1. BUONCUORE, DOMINGO, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires. Esbozo para una historia del libro argentino*, Buenos Aires, Ed. Bowker, 1974.
2. AUZA, NÉSTOR TOMÁS, *El periodismo de la Confederación. 1852-1861*, Buenos Aires, Eudeba, 1978.
3. TOBAL, GASTÓN FEDERICO, *Evocaciones porteñas*, Buenos Aires, Kraft, 1947.
4. *La Nación*, «Emma de la Barra de Llanos», Buenos Aires, 6/4/1947.
5. DELLEPIANE, ANTONIO, *Dos patricias ilustres: María Sánchez de Mendeveille y Carmen Nóbrega de Avellaneda*, Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora Coni, 1923.
6. GONZÁLEZ ARRILLI, BERNARDO, *Mujeres de nuestra tierra*, Buenos Aires, La Obra, 1950.
7. TOBAL, GASTÓN FEDERICO, *op. cit.*
8. *Idem, ibidem.*
9. PAGÉS LARRAYA, ANTONIO, *Gabriela de Coni y sus ficciones precursoras*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1965.
10. DE AMICIS, EDMUNDO, «Prólogo» a *Stella*, de César Duayen. Madrid, España, Hyspamérica-Anaya, 1985.
11. *La Nación*, *cit.*
12. *El Hogar*, año XXIX, número 1214, p. 22.
13. GONZÁLEZ ARRILLI, BERNARDO, *op. cit.*
14. GARRIDO DE LA PEÑA, CARLOTA, *Mis recuerdos*, Rosario, Imprenta La Cervantina, 1935.
15. *La Nación*, *cit.*
16. PRANDO, ALBERTO, «Dos silencios: homenaje a César Duayen», *La Prensa*, Buenos Aires, 27/5/1973.

Su unión con Llanos sería fructífera. Había encontrado en él un valioso estímulo, que se manifestó desde el mismo momento en que se ocupó de hacer imprimir *Stella*. Cronista de *La Nación*, durante la guerra mundial fue enviado a París como corresponsal y Emma lo acompañó. Dos años intensos, plenos de peligrosas experiencias, fueron los que le tocó vivir al matrimonio formado por Emma y Llanos. El enviaba sus crónicas tituladas «Los días de París» y ella lo acompañaba en sus andanzas por la asediada ciudad. Cuando la ofensiva alemana se hizo peligrosa, la Embajada argentina les ofreció sacarlos de allí, pero no aceptaron. En una oportunidad Llanos debió viajar a Buenos Aires y Emma, que quedó en París, continuó enviando las notas sobre la situación europea. Más tarde, cuando publicó una recopilación de esos trabajos, dedicó el libro a su mujer.¹¹ Regresaron dos años después, terminada la guerra, dejando un mundo viejo y destruido que pronto sería capaz de renacer. También en la Argentina el escenario había cambiado, dejando atrás la Buenos Aires donde la aparición de *Stella* causara singular revuelo.

La última novela

Un hecho triste para Emma de la Barra se produjo el 27 de marzo de 1932: el fallecimiento de Julio Llanos, el hombre que la había apoyado en su nacimiento literario y había contribuido en toda forma al desarrollo de sus capacidades. En la necesidad de llenar el gran vacío que se había instalado en su vida, volvió los ojos hacia los olvidados duendes. Silenciosa desde hacía varios años, quiso volver a sus viejos afanes, trató de recrear algo que ya no tenía cabida en un ámbito donde la tecnología se había abierto camino vertiginosamente, y escribió una nueva novela. Otra vez un personaje femenino reclamaba la simpatía de los lectores y volcaba sus conflictos sentimentales mientras se debatía en medio de desigualdades sociales. Era Eleonora la nueva heroína, y sus tribulaciones iban a emocionar al público de una popular revista, *El Hogar*, que había brindado sus páginas a quien representaba un mito en la historia literaria argentina. Publicada en capítulos, *Eleonora* cautivó a las lectoras y las obligó, con su bien dosificado suspense, a esperar con impaciencia el número siguiente. Puede decirse que pasó sin pena ni gloria este canto del cisne, aunque la autora despertase profunda simpatía. El primer capítulo apareció el 20 de enero de 1933, con la fotografía de la autora e ilustrado por Pintos Rosas, uno de los excelentes dibujantes que tenía la revista.¹² En estas mismas páginas se había asegurado que Emma de la Barra era «casi un símbolo en la literatura argentina». En verdad, el prodigio de *Stella* nunca volvió a darse en nuestro país. Continuaba teniendo presencia, pero era gracias a aquel libro de 1905. *Mecha Iturbe*, por el que la Casa Maucci le pagó por anticipado cinco mil pesos por una edición de 6.000 ejemplares, no modificó lo que había generado el primer libro.¹³ Sus coprovincianos no la olvidaban. En 1935 fue invitada por la Sociedad de Beneficencia de Rosario para asistir a la celebración de su 80º aniversario, dado que la institución había sido fundada por su padre en 1855. Pasó entonces por Coronda, donde residía otra presti-

giosa escritora santafesina, Carlota Garrido de la Peña, quien, en un libro de reminiscencias aludió a la colega que la visitaba. Citó Emma en la charla a personalidades que había tratado en sus viajes por Europa, como las reinas Margarita y Elena, de Italia; la condesa de Aberdeen, vitreina de la India y fundadora del Consejo de Mujeres de su país, y Gabriela Mistral, entre otras. «La señora de Llanos me dejó la mejor impresión de cultura y bondad —escribe—, sin ningún empaque de mujer célebre, de lo que me daba la prueba visitándome.»¹⁴

El Hogar dio cabida a algunas colaboraciones de la escritora, que trataba temas de actualidad en momentos en que provocaban numerosas discusiones el divorcio y los derechos políticos de la mujer y daban lugar a opiniones encontradas en los diarios y revistas de toda clase.

Poco a poco el nombre de Emma de la Barra cayó en el olvido. De su novela *Stella* quedaba la leyenda y algún ejemplar perdido en los anaqueles de las bibliotecas. El 5 de abril de 1947 se conoció la noticia de su muerte y al día siguiente los diarios se ocuparon de la personalidad de la escritora. «Todos los años, al llegar el sábado de gloria —decían en *La Nación*—, César Duayen saludaba a sus amigos más queridos con una emoción especial. El día de la resurrección era para ella el más hermoso de los días. El destino le ha abierto las puertas del tiempo sin murallas en el sábado de gloria de 1947.»¹⁵ Fue enterrada en la Recoleta y la oración fúnebre estuvo a cargo de Alberto Prando, vicepresidente de la Sociedad Argentina de Escritores, quien, en una nota publicada años después, evocó la ceremonia fúnebre y cómo había conocido a la escritora cuando él era niño, en uno de los inolvidables veraneos marplatenses.¹⁶ Queda el recuerdo, y un libro digno de ser leído porque representa una época, un segmento de la vida argentina y, sobre todo, la curiosa y admirable proyección de una mujer que supo conquistar su puesto en la literatura.



**Cuando
los especialistas
hablan de "Fuentes
bien informadas"
es porque antes leyeron
El Economista.**

**Todos los viernes
en su quiosco**

El Economista
alguien en quien confiar

Los
Pioneros

LA EMPRESA DE EDITAR BUENOS LIBROS

Resulta tan extraño como repetido: las dictaduras expulsan aquellas expresiones culturales que se niegan a vestir librea. El poder absoluto y arbitrario tiene miedo a la crítica y siente pavor a que ella vuele en

palabras o circule en letra impresa. Pero, al arrojar a fuera esos peligros, permiten —más no conceden— que palabra y letra se dispersen más allá de sus fronteras.

Las caravanas del exilio suelen marchar encabezadas por escritores e intelectuales. Galopando al costado van otros hombres que quizá no escriben, pero que trabajan para proporcionar cuerpo a las ideas y fantasías de aquéllos. Durante el siglo veinte esa movilidad de escritores y editores, insinuada ya en los primeros tiempos del libro impreso, se acentuó y generalizó.

Las guerras civiles y las dos guerras mundiales produjeron un enorme desplazamiento de hombres e ideas. Los Estados Unidos y la América latina recibieron a miles de exiliados dispuestos a rehacer aquí sus vidas y a reconstruir los fragmentos de sus respectivas



vocaciones y oficios. Palabras y letras lograron evadirse del encierro y, trasplantadas a mundos nuevos, renacer fortalecidas.

Muchos de esos desterrados viajaron en barcos de papel. Llevaban la letra y la tinta en la sangre y, durante la travesía, soñaban con recuperar los libros. Unos escribiendo en el aire nuevas obras. Otros, imaginando levantar desde la nada sus editoriales arrasadas por la guerra. Ambos se necesitaban: escritores y editores.

La guerra, que había destruido tantas cosas, quebró también los vínculos entre autores y editores. Los contratos entre ambos «se convirtieron en meros pedazos de papel». En los Estados Unidos aumentó la demanda de libros en idiomas extranjeros que pronto un grupo de calificados editores, también inmigrantes, comenzó a satisfacer. En América latina, desde México a la Argentina, fueron los «transterrados» españoles de 1939 los que —con la ventaja de la lengua común— no sólo respondieron a una incipiente demanda, sino que fueron capaces de generarla.

López Llausás, peregrino español

La guerra civil española iniciada en 1936 se acercaba a su dramático final a comienzos de 1939. Los primeros días de enero de ese año las fuerzas del bando nacional que respondían a Franco iniciaron su ofensiva sobre Cataluña. No sólo se concentraba el fuego sobre ese importante centro político y militar de la España republicana, sino sobre un símbolo que irritaba al naciente franquismo. Los gestos autonomistas de los catalanes merecerían un castigo proporcional al rechazo que concitaba el separatismo en el llamado «bando nacional».

El 9 de febrero Cataluña estaba en poder de las tropas de Franco. «Entre el 28 de enero y el 10 de febrero casi medio millón de refugiados huyó de Cataluña a Francia.» Añade P.W. Fagen que muchos de los que «aún encontraron la muerte en el camino «por el fuego enemigo o, con más frecuencia, de hambre y frío».

Pero Francia no sería el hogar esperado sino un refugio pasajero, una escala hacia un destierro más

distante en el espacio y más prolongado en el tiempo.

La inminente caída de Cataluña colocaba la guinda en la amarga torta. Antonio López Llausás, hijo nieto de librerías y editores, gasta su última llama de esperanza y se convence de que el único camino abierto es el exilio.

Había cumplido cuarenta y un años aquel enero de 1939 que le heló la piel y el corazón. Cuando repiquetearon los primeros tiros de la guerra comenzaron a tambalear las estanterías de la Librería Española de su padre, y al poco tiempo zozobraron en esas procelosas aguas *La Campana de Gracia* y *L'esquella de la Torratxa*, las publicaciones periódicas que lanzó años atrás su abuelo, don Inocente López Bernagosi, desde su librería de la calle Ancha.

Esas publicaciones de López Bernagosi estaban impregnadas de un fuerte catalanismo, una recia y hasta agresiva oposición al régimen monárquico, y una no menos vehemente adhesión al régimen republicano y a las campañas obreristas. Antonio López Llausás había heredado de su abuelo y de su padre, don Antonio López Benturas, esa pasión inextinguible por los libros.

López Llausás se formó en ese ambiente donde no existían fronteras entre escritores, impresores y libreros. Muchas veces un editor asumía la condición de impresor y de librero, cuando no incursionaba él mismo como autor. Su trayectoria estudiantil lo religó a ese mundo de libros e ideas. Cursó estudios primarios en el Colegio Poliglota y el bachillerato en el Instituto de Barcelona, que por entonces dirigía don Hermenegildo Giner de los Ríos, uno de los hermanos de don Francisco Giner, fundador y rector de la Institución Libre de Enseñanza.

Luego inició estudios de derecho mientras, simultáneamente, trabajaba en la librería de su padre y distribuía los dos semanarios que había fundado su abuelo. En aquellas páginas estamparon sus firmas algunas de las «primeras espadas» de la intelectualidad española de la época, como Santiago Rusiñol, Juan Gris, Eusebio Planas, Manuel Moliné, Tomás Padro, Mariano Toix, Panisa, Nonell, Opisso y muchos más.

Reducto de artistas y escritores *La Campana de Gracia* y *L'esquella de la Torratxa* se consumieron en el fuego de las pasiones que se despeñaron con la guerra civil. Resabios de cantonalismo y de autonomía obrera, resurrección de la derecha

oscurantista se mezclaron para arrinconar la voz de esas revistas.

«La librería todavía existe, se llama *Catalonia* y queda a media cuadra de la Plaza de Cataluña. Durante la guerra, los obreros tomaron el taller donde se imprimían las revistas, lo que, sumado al giro que tomaba la situación militar y política, deciden a mi abuelo a dejar Barcelona y con ella su imprenta, su editorial y su librería», nos dice Gloria López Llausás de Rodriqué, presidenta de la Editorial Sudamericana.

Pioneros editores españoles

López Llausás tenía en su ligero equipaje esa experiencia. Con ella, confiaba, podía reinventar su mundo de libros y negocios. No era un hombre encerrado en los libros: había sido redactor deportivo del periódico de los catalanistas republicanos, *El Pobre Calafa*. Le gustaba frecuentar los teatros, a los que asistía casi a diario.

Se casó con María Teresa Llovet Arnal con la que tuvo tres hijos: Santiago, Gloria y Jorge López Llovet. El único sobreviviente fue el menor, Jorge, padre de Gloria.

Era un hombre de cenáculos y de calle. Podía compartir tertulias con intelectuales y apasionarse con los deportistas. Amaba los libros, pero tenía un especial sentido de los negocios. Mientras trabajaba en la librería, comenzó a contratar anuncios publicitarios en los telones de los teatros y en las empalizadas del Paseo de Gracia.

Luego instaló una imprenta a partir de una máquina que compró en Alemania con los marcos que tenía allí bloqueados por el gobierno. Con este taller comenzó a editar en fascículos la *Historia nacional de Catalunya*, de don Antonio Rovira y Virgili, autor también de una *Historia de los movimientos nacionalistas* que apareció en catalán en 1912. La visión comercial y el fino tacto intelectual de López Llausás le dictaron una excelente idea: encargar un *Diccionario de la lengua catalana* al filósofo Pompeu Fabra, que alcanzó el éxito de muchísimas ediciones.

Todo este esfuerzo se desmoronó con la guerra. «Debemos marcharnos», dijo a María Teresa, su mujer. Y se fueron a París con su hijo Jorge a buscar refugio. Esa estadía duró poco. Intentó hacer pie en Colombia junto con el escritor Gaziol. Pero pronto retornó a Francia y, al poco tiempo, se embarcó para Buenos Aires donde levantará su nueva empresa, la pondrá en el nivel de excelencia que exigía para todas sus obras, y la dejará en las jóvenes manos de su nieta Gloria cuando muere a los 91 años en Buenos Aires el 14 de julio de 1979.

Aunque la Argentina «no había establecido un criterio uniforme sobre la admisión de refugiados», el espíritu abierto suplía y ensanchaba los criterios de la administración. El barco *Massiglia* trajo a Buenos Aires a unos quinientos catalanes republicanos, recuerda Hernández Aguilar. Pronto ese número se duplicará. Los había notables por su protagonismo en el mundo cultural: Joan Coromines, J. Serra Hunter, Pi Calleja, Lluís Santaló, Joan Cuatrecasas, Jaume Pahissa, Margarita Xirgu, Josep Rovira, J. de Camps y Arboix, y muchos otros.

Hacer libros, esparcir ideas

El nuevo hogar no era una tierra virgen, editorialmente hablando. Pero aún sus casas editoras «estaban en mantillas». Faltaba dar el salto de la actividad semiartesanal, donde no se diferenciaban las funciones de librero, editor e impresor. La importante industria editorial española se hizo a la mar. Recaló en México, Caracas y Buenos Aires. Si hasta antes de la guerra los libros llegaban de Madrid, Valencia o Barcelona, ahora no lo hacían. Ese mercado latinoamericano estaba abierto y muchos de los editores peninsulares vinieron aquí a ocuparlo.

Lo que decayó en España, floreció en América. Del caso argentino se puede decir lo mismo que Fagen dice del caso mexicano: «Los transterrados españoles constituyeron la mayoría de los expertos y el personal de la industria editorial mexicana, que al llegar ellos virtualmente fue creada de la nada». Los cimientos del Fondo de Cultura Económica se hicieron un enorme edificio con ese aporte.

En Buenos Aires los planos dibujados en la imaginación de un grupo de intelectuales—Oliverio Gironde, Victoria Ocampo, Carlos Mayer, Antonio Santamarina— en 1938 intentando poner de pie la Editorial Sudamericana, se hicieron cimientos, paredes y techo cuando la mano firme de López Llausás sacó de la quiebra a esa empresa, más sueño que cálculo frío.

«Mi abuelo llegó a Buenos Aires en 1939, contratado por don Rafael Vehils, quien le pidió se hiciera cargo de la gerencia. La empresa estaba hundida. Mi abuelo comenzó a reflotarla. No tenía futuro de la forma en que se manejaba, pues cada uno publicaba al amigo que le gustaba. Al cabo de los meses logró enderezar las cosas, y después de algunos años adquirió la mayoría de las acciones y se dedicó íntegramente a conducirla», refiere Gloria López Llausás de Rodríguez.

Los primeros títulos lanzados en esa nueva etapa estaban destinados a los niños. Textos de Leopoldo Marechal, María Rosa Oliver, versiones resumidas de la vida de San Martín, y cuentos orientales ilustrados por Basaldúa, Butler y Carybé iniciaron esa etapa. Otros españoles emigrados entraron en la misma plaza y levantaron otras no menos importantes editoriales. La de Gonzalo Lozada, que fue antes jefe de ventas de Espasa Calpe, fue una de ellas. «Fue la época de oro de la industria editorial argentina, ya que se empezó a traducir a Simone de Beauvoir, Herman Hesse, Thomas Mann, Truman Capote, Aldous Huxley. Y editar a los argentinos Mujica Láinez, Mallea, Marechal, Gironde, Ernesto Sábato, Julio Cortázar y Silvina Ocampo», recuerda la actual presidenta.

La empresa floreció, se expandió. Diez años después de su salida de Barcelona, López Llausás pudo establecer allí EDHASA, recuperando los lazos con su historia personal y familiar. Luego fue la apertura de Editorial Hermes en México. En 1964 trajo a la Argentina la revista-libro *Planeta*, que se vendía más en nuestro país que en la misma Francia, su cuna. Gloria Rodríguez recuerda aún el entusiasmo de su padre por ese éxito, uno de los mayores de la firma.

Luego vino otro: el 30 de mayo de 1967 salía de imprenta *Cien años de soledad*, de un autor poco conocido que había peregrinado sin suerte con su manuscrito bajo el brazo por varias editoriales. *Sudamericana* lo acompañó en la locura de Macondo. Los ocho mil ejemplares iniciales se convirtieron en cien mil ejemplares reimpresos durante varios años. Gabriel García Márquez resultaba «descubierto» por

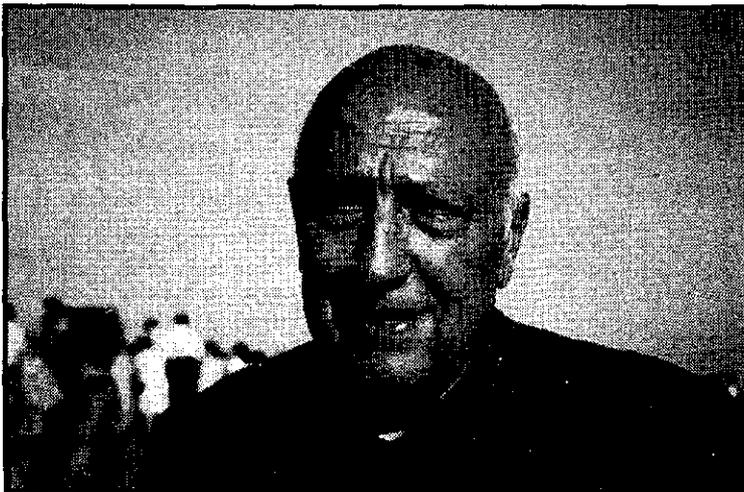
Sudamericana y el semanario porteño *Primera Plana*, donde Tomás Eloy Martínez apostó fuerte al colombiano.

Gloria tomó el manejo de la empresa a la muerte de su padre, Jorge, fallecido prematuramente en 1965 a los 42 años. No pudo ver el éxito del «boom», ni el crecimiento rápido y seguro de la joven Gloria—la mayor de sus seis hijos—. La precaria nave de papel que zarpó en 1939 desde Francia hacia Buenos Aires era ahora un sólido acorazado. Con más de dos mil libros en catálogo y más de seiscientos que se reeditan permanentemente, Sudamericana tiene además su casa en Chile.

Fue la casa de López Llausás la que valoró la ciencia ficción y nos trajo a Bradbury, la que nos hizo detonar el «boom» latinoamericano, la que captó la importancia del ensayo y la historia nacionales, la que miró a los chicos, la que promovió a algunos de nuestros mejores literatos. Julián Urgoiti, Francisco Porrúa y Enrique Pezoni tuvieron mucho que ver con este éxito. Sudamericana es hoy un acorazado que guarda en su interior los sueños, y es por eso también ese «galeón flotando entre árboles y el azul al fondo con tres flores amarillo-oro» que ilustró *Cien años de soledad*.

Es que los libros no se hacen sólo de dureza y cálculo empresario, sino también de sueños; tampoco se hacen sólo de fantasías, sino que necesitan el abrigo editorial que los saque del armario del autor poniéndolos en las manos del lector. López Llausás y sus herederos conjugaron ambas cosas. Sudamericana es, desde hace 53 años, esta importante empresa de editar buenos libros, de vender buenos sueños.

RODRIGO ALCORTA



Elija la nueva Cruz Azul, pionera en medicina personalizada.

- Terapia Intensiva y Unidad Coronaria, sin cargo, los 365 días del año.
 - Internación en habitaciones individuales, sin cargo, los 365 días del año.
 - 100 % de los medicamentos en internación, sin cargo.
 - 100 % del material descartable en internación, sin cargo.
 - 100 % del material descartable en internación, sin cargo.
 - 100 % del material descartable y medicamentos en cirugía cardiovascular y neurocirugía, sin cargo.
- Amplia cartilla con consultorios privados, sanatorios y centros de diagnóstico.

Plan para embarazadas, parto sin cargo.

**Plan para matrimonio con dos hijos
con odontología: \$ 149.-**

Planes especiales para pequeñas y medianas empresas.

**59 AÑOS A LA VANGUARDIA
DE LA MEDICINA PREPAGA.**

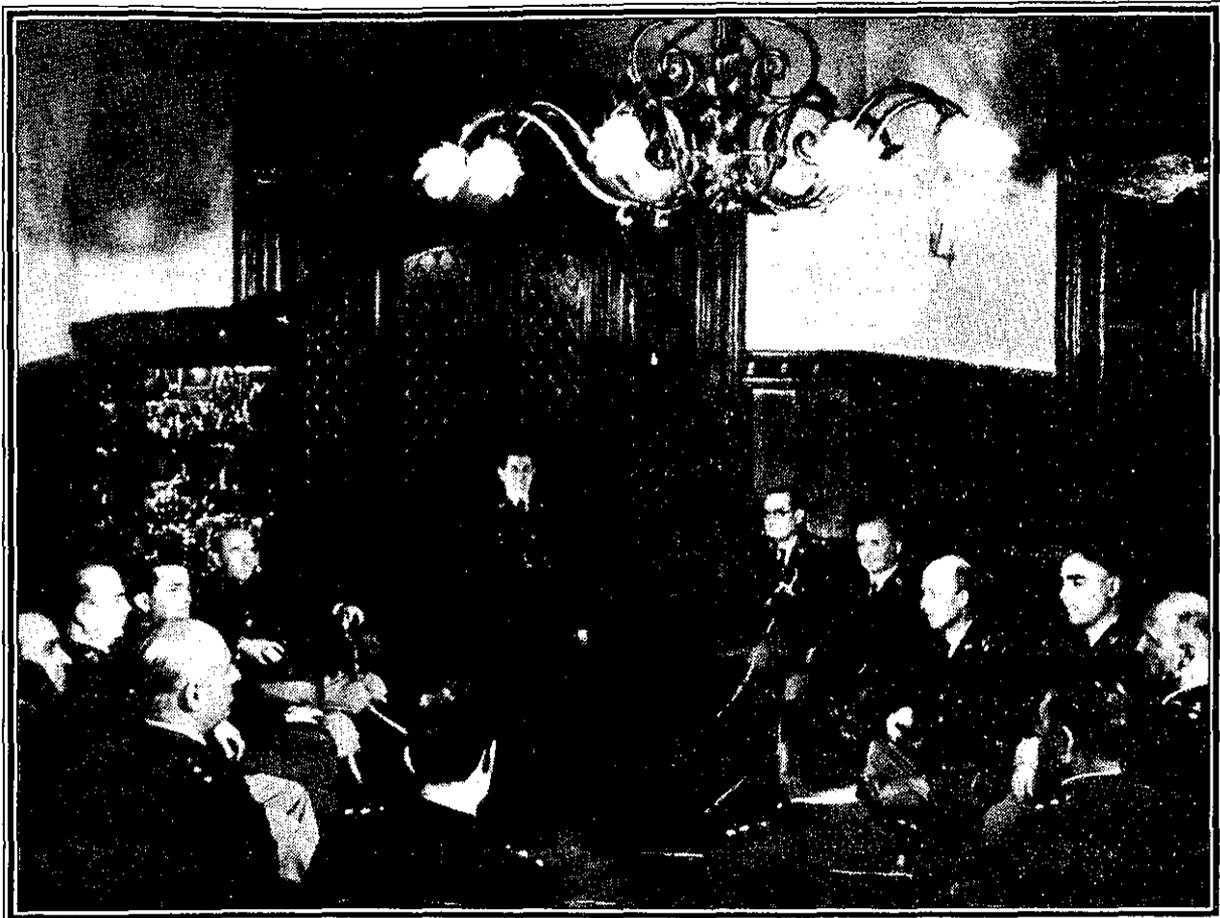
CRUZ AZUL-PREVER, con su Sanatorio Quintana y consultorios propios.



Av. Córdoba 1368 - Tel.: 40-8777/2979/45-7726

La FOTOHISTORIA

del mes



IDEA Y PRODUCCION
FELICITAS LUNA

Escenografía, iluminación y vestuario hablan por sí mismos: se trata de una reunión conspirativa. Es la que, con asistencia de catorce altos jefes militares, se realizó durante la neblinosa noche del 3 de junio de 1943 en la Escuela de Caballería de Campo de Mayo. Faltaban unas horas para que, al día siguiente, estallara el golpe de Estado que daría por tierra con el gobierno de Ramón Castillo. Este y su aspirante a sucederlo en la presidencia de la nación, Robustiano Patrón Costas, resultaron los únicos perjudicados políticos de esta sublevación. En esta foto hay un gran ausente sin aviso: Juan Domingo Perón. Los jefes allí reunidos, y que aparecen en esta foto, son: el general Arturo Rawson; los coroneles Elbio Anaya, Eduardo J. Avalos y Emilio Ramírez; los tenientes coroneles Enrique P. González, Carlos Vélez, Indalecio Sosa, Fernando Terrera, Leopoldo Orstein (director de la escuela donde se produjo la rebelión), Rodolfo Rosas, Anibal Imbert, Antonio G. Carosella, Héctor V. Nogués y Romualdo Aráoz. Al concluir la reunión, la decisión unánime estaba tomada: sacarían las tropas para derrocar a Castillo. Era lo único que los reunía, y lo que más tenían en claro. (Foto gentileza de la señora Françoise Imbert de Miccio.)

Libros

Los libros que plantean análisis globales sobre corrientes de pensamiento, sobre la persistencia de determinada forma de analizar la realidad o sobre la vigencia de esquemas conceptuales a lo largo

de las distintas etapas del pensamiento argentino y sus relaciones con el pensamiento internacional han constituido una sana costumbre que los investigadores vienen cultivando asiduamente durante los últimos años. El profesor Hugo Biagini, en su doble carácter de autor y compilador, tiene en su haber varios títulos inscriptos en esta línea de rescate de la historia de las ideas argentinas e iberoamericanas a través de grandes síntesis (*Filosofía americana e identidad, Cómo fue la generación del ochenta, El movimiento positivista en la Argentina*, etc.). Su nuevo libro, *Historia ideológica y poder social* es un interesante intento de pasar revista a amplios espacios del pensamiento argentino, poniendo especial énfasis en las relaciones entre las ideas y la sociedad, tomada como totalidad. El propio autor explica este criterio con el siguiente fragmento

tomado del prólogo: «Mediante la conjunción de trabajos aquí reunidos se intenta, primordialmente, hacer manifiesto el andamiaje conceptual al que han recurrido, en varias épocas y lugares, los estratos de la sociedad en las confrontaciones para mantener y afianzar su predominio, para compartir de algún modo el ascendiente sobre los demás o para eliminar en definitiva toda suerte de explotación».

Siguiendo este plan de trabajo, se encara, a través de una serie de artículos, una revisión de la trayectoria del liberalismo como corriente política a nivel mundial. A una reflexión sobre las ideas fundamentales de un prócer de aquella corriente como John Locke y las lecturas de su obra hechas desde distintos ángulos ideológicos se continúa con un seguimiento de los debates dentro de esta corriente durante los siglos XVIII y XIX vinculándolos con las relaciones de poder y los conflictos fundamentales de las naciones europeas en tiempo de la formación de los estados modernos. Por último, se acomete la tarea de analizar la vigencia de los principales postulados liberales a la luz de las fuertes y

sólidas impugnaciones que esta corriente ha sufrido a manos de la crítica socialista. Biagini apunta a una síntesis superadora en donde algunos de los principios básicos del liberalismo (igualdad de los hombres ante la ley, libertad de conciencia, tolerancia) pueden ser rescatados como un patrimonio importante para el pensamiento político presente y futuro. Cotejando las fuertes contradicciones entre los deseos e ilusiones exteriorizados por los pensadores liberales y la realidad histórica de las experiencias políticas inspiradas en este modelo, se traza un balance crítico y una enumeración nada indulgente de los mitos de esta escuela que, a decir de un pensador liberal del siglo XIX, levantó altares a los principios y cadalsos a las consecuencias.

Retomando uno de los temas que han constituido una referencia importante a lo largo de toda su obra, nuestro autor nos ofrece un panorama de conjunto de la filosofía latinoamericana tomada a partir de las historias que han trazado distintos pensadores iberoamericanos de este siglo (Risieri Frondizi, Korn, Ingenieros, Roig, Zea, etc.).

En suma, una necesaria relectura crítica de la historiografía del pensamiento en Latinoamérica con la vista puesta en la renovación de esquemas conceptuales y la ampliación de objetivos que sirvan a una respuesta renovada para las investigaciones en este campo. Siempre dentro del tema de lo latinoamericano, el exilio de los intelectuales españoles de este siglo (Jiménez de Asúa, Luzuriaga, Abad de Santillán) junto a una breve nota sobre las repercusiones de la obra del filósofo vasco Xavier Zubiri se unen en un mismo artículo titulado «Tres conterrados y un exiliado interior». Una cuestión cada vez más central en los estudios sobre pensamiento americano, la influencia de los exiliados e inmigrantes que desde una a otra orilla del océano van ayudando a cambiar las imágenes que se fueron forjando las repúblicas hispanoamericanas de su ex metrópoli y viceversa, es el tema de este artículo. La problemática de los «viajes intelectuales», que en el terreno literario fuera trabajada por David Viñas entre nosotros, encuentra un entusiasta cultor en Biagini, que recientemente ha compilado un libro sobre el tema: *La inteligencia española en el París americano*, premiado en el certamen V Centenario del Descubrimiento de América, organizado por la Diputación de Sevilla.

Historia ideológica y poder social/1

Hugo E. Biagini



HUGO E. BIAGINI, *Historia ideológica y poder social*, 3 volúmenes, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.

La historia de la educación en nuestro país, revigorizada con la reciente aparición de interesantes trabajos sobre la evolución del sistema educativo y las propuestas educativas alternativas, es otro de los tópicos de este libro que estamos reseñando. Desde el pasado colonial hasta el reciente congreso pedagógico, se nos brinda un equilibrado recorrido de los planteos en materia educativa de las distintas fuerzas políticas y corrientes ideológicas que conocieron su momento de repercusión en distintos momentos de nuestro desenvolvimiento nacional. Regresando una vez más a la cuestión de las relaciones culturales iberoamericanas, esta sección incluye un artículo dedicado a rescatar el papel de la Universidad Nacional de La Plata en el fortalecimiento de los vínculos culturales con Latinoamérica y España. Este trabajo, que es un acto de justicia para con una institución progresista y abierta a los cambios en coyunturas claves de nuestro siglo, enfoca las relaciones con las naciones hispanoparlantes a la luz de dos procesos:

- El redescubrimiento de España por parte de muchos intelectuales argentinos en los años del Centenario.
- El espíritu americanista en los años de entreguerra al compás de procesos político-ideológicos claves, como la Revolución Mexicana y la Revolución Universitaria de 1918.

El tema historiográfico, al que a juicio de quien esto escribe se le sigue adeudando una mayor preocupación por parte de nuestros investigadores, se hace presente en una serie de trabajos centrados en los intentos por resumir la historiografía nacional realizados los últimos años. En análisis sumamente polémico, el profesor Biagini realiza un balance crítico de algunos de estos intentos (H. Donghi), así como de algunos trabajos publicados durante la dictadura militar que a tono con el oscurantismo de esos años anatematizan a corrientes enteras de pensamiento. Una visión decididamente opuesta a las pretensiones «objetivistas» en materia historiográfica y una defensa del historiador comprometido con las circunstancias de su tiempo, junto a un llamado a la convergencia interdisciplinaria en el contexto de las ciencias sociales, son los ejes de la propuesta que este autor nos presenta para la revitalización de los estudios históricos.

Del rescate del pasado al más riguroso presente nos conduce la sección del libro titulado «Gobernatio

Mundi». A lo largo de varios trabajos que tienen como rasgo unitario la inflexión sobre la política, se van desgajando temas como la lectura hecha por Hegel sobre los estoicos en tanto remoto antecedente de la mentalidad burguesa, o los antecedentes krausistas de la teoría del estado benefactor, para luego avanzar a temas más íntimamente vinculados con los problemas del tiempo actual.

Manteniéndose de lleno en la tarea de opinar, Biagini afronta tres temas claves en el momento actual de la Argentina y el mundo a través de sendos artículos. Así, en «Revalorización del quehacer político» se ocupa de las impugnaciones que a la práctica de la política se le vienen haciendo desde las distintas perspectivas que van desde el *common sense* del hombre de la calle a los ataques más elaborados de célebres pensadores de este siglo (Ortega y Gasset, Wilfredo Pareto, etc.). En «La mentalidad tecnocrática» se pasa revista a los planteos teóricos que han servido como antecedente de las opiniones que, luego de constatar la creciente incidencia de lo tecnológico en la vida de los hombres y los estados, creen inevitable el advenimiento del poder tecnocrático. Finalmente, en «Los modernizadores argentinos», encontramos un agudo desmantelamiento de las inconsistencias y puntos oscuros que presenta el discurso de la «modernidad» que desde la cima del poder se nos exhibe como una síntesis acabada e inapelable de las recetas políticas a aplicar para que las naciones subdesarrolladas alcancen el nivel de vida de las naciones centrales. Discurso que, por otra parte, descalifica como utópico o anacrónico a cualquiera que objete las consecuencias sociales de las políticas que han erigido al mercado como una fuente todopoderosa del progreso y la riqueza.

La propuesta del autor de *Historia ideológica...* sobre los problemas argentinos en el contexto mundial pasa por una revalorización de la política de cara a la sociedad y un llamado a cimentar la necesidad de participación desde ese espacio donde los intelectuales pueden acercar elementos para ayudar al hombre común a elaborar su propia visión crítica de la realidad. Una sana desconfianza sobre las derivaciones políticas, económicas y sociales de los cambios tecnológicos lleva a propugnar el control de toda la comunidad sobre los funcionarios y técnicos (hace falta repetir la

archiconocida frase de Albert Einstein sobre que la ciencia es algo demasiado serio para dejarla en mano de los científicos), y finalmente una posición crítica hacia la pretensión de que las fuerzas del mercado producirán el ingreso de las naciones oprimidas al selecto grupo de naciones pertenecientes al «primer mundo». La crítica de Biagini al modelo neoconservador se apoya en dos cuestiones: el problema social y los derechos humanos. Para concluir, podemos decir que estamos ante un trabajo que se presta a ser leído, criticado, desmenuzado. Un texto con el que cabe coincidir o no, pero ante el cual no se puede quedar indiferente.

DANIEL OMAR DE LUCIA

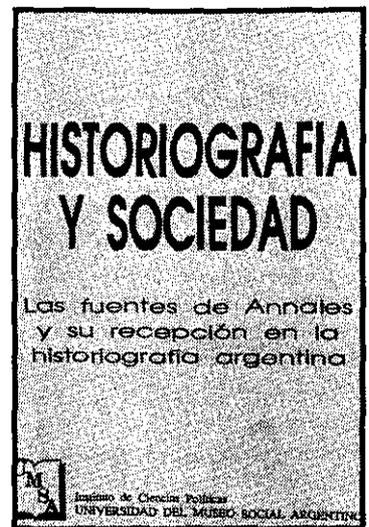
El desplazamiento del interés histórico a zonas «menores» ha provocado, por consiguiente, el surgimiento de nuevos protagonistas. Primero fueron los reyes, los presidentes y los grandes años. Después, los ciclos económicos y los movimientos sociales. Hoy la historia aparece poblada por hombres

y mujeres anónimos, escritores marginales, músicos de varieté, pornógrafos ilustres y desconocidos, esposas y concubinas... y niños. La investigación de Eduardo Ciafardo, del IEHS y del CONICET, resulta reveladora. Hubo un territorio infantil, entre 1890 y 1910, abigarrado y multiforme, hacinado en el centro urbano, estrictamente segmentado por clases sociales y —tema central del libro— apropiador de espacios públicos: plazas, paseos «naturales», puerto, callejuelas, etc. Como dice el epígrafe de Walter Benjamín elegido por el autor, esos niños no eran los niños imaginados sino los niños reales, parte constitutiva y «simbólica» de una sociedad que, como la porteña de los tiempos de la *belle époque*, estaba en acelerado proceso de transformación.

Estudio «escenográfico» —en el sentido que dibuja la presencia espacial y cultural de los niños en el fondo de la ciudad modernizada—, el trabajo de Ciafardo abreva en todo tipo de fuentes: estadísticas municipales, estudios médicos y legales, autobiografías y memorias, investigaciones sobre la vida privada en Europa, textos generales sobre la problemática infantil. El resultado es una interesante radiografía de la niñez de la Argentina conservadora. A diferencia de las miradas por parcela que definen a la mayoría de los trabajos «de base» que se escriben en la Argentina, Ciafardo ha extendido su percepción microscópica —arqueológica, diría Foucault, aunque éste no parece ser un libro

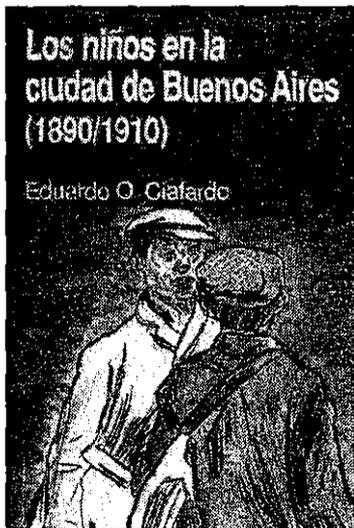
foucaultiano— al conjunto del universo social infantil, con lo cual el texto se convierte en una suerte de historia paralela de la sociedad argentina.

SERGIO A. PUJOL



HEBE CARMEN PELOSI, *Historiografía y sociedad. Las fuentes de Annales y su recepción en la historiografía argentina*, Instituto de Ciencias Políticas, Universidad del Museo Social Argentino, 1991, Buenos Aires, 299 pp.

Para indagar los avances y las modulaciones de la ciencia histórica de procedencia francesa, la autora se remonta a la polémica por la educación en general y la superior en especial, acentuada frente a la derrota de Sadowa sufrida por Napoleón III. Las diversas corrientes reformistas y los avances de las figuras que a su vez presentaban corrientes distintas de entendimiento de ciencia y sociedad, no tienen un perfil claro cuando la postura es seguir atentamente el caudal bibliográfico local y europeo en general, sincrónico de la situación que se estudia e inmediatamente posterior. De hecho, aquel grito de alarma de Renan de 1865, que la fuerza de la instrucción popular en Alemania procede de la fuerza de la enseñanza superior y que es la universidad la que hace la escuela, remataba en aquello de que «quien ha vencido en Sadowa es la ciencia germánica», aparece aquí como desvaído ante la catarsis de opiniones similares o concurrentes sobre la necesidad de arbitrar medidas para el cambio educativo. Por



EDUARDO O. CIAFARDO, *Los niños de la ciudad de Buenos Aires (1890-1910)*, Centro Editor de América Latina (Biblioteca Política Argentina), número 361, 1992.

lo demás, aquí se destaca la cuestión conexas de la enseñanza técnica, la ampliación a provincias a través de institutos de altos estudios, el eventual apoyo de la industria a estas escuelas especializadas, etc., con lo cual se da un amplio testimonio de vocación de cambio y de atención al mejoramiento real y efectivo de la educación, como sentida necesidad social.

En este orden de ideas, 1870 no es más que la reactualización del problema que ha suscitado una aguda conciencia, no ya para emular a Alemania sino para impartir los cambios que permitan acceder a transformaciones técnicas y científicas. En el texto no se aclara el complejo político que acompaña estos momentos, la renovación de la enseñanza y la competencia con la Iglesia católica reafirmada ante el advenimiento político de los republicanos. Los objetivos de alcance más abstracto de la reforma universitaria, las figuras comprometidas en esta gestión, como Berthelot, Monod, Taine, Renan y otros, estimo que hubieran merecido una expansión mayor al caracterizarlos en sus respectivas trayectorias que a su vez daban trascendencia a sus opiniones.

Un largo capítulo describe las diversas reformas que sobreviven al desgarramiento de las diversas facultades de la Universidad de Letras, que tendrá vigencia hasta la Reforma de 1968, al menos en el marco administrativo. Recién en el capítulo IV se entra en materia, ya que al analizar la escuela sociológica francesa, con las figuras y los trabajos de Durkheim y M. Mauss (su sobrino y constante colaborador) aparece el cambio notorio en la percepción de la historia, que se traduce en los famosos aportes teóricos del *Année Sociologique*, que entre 1900 y 1910 fue «uno de nuestros mejores maestros de pensamiento», al decir de Lucien Febvre, no tanto por la influencia positivista — que sin duda aportó— sino por la concentración teórica y metodológica que influirá notoriamente en la historiografía. También F. Simiand es otra gran influencia, que al margen de los ámbitos universitarios desarrolla su enfoque sobre *la historia del trabajo*, o en el *College de France* donde enseña los últimos tres años de su vida. Muere prematuramente en 1935, y su aporte es cuidadosamente discutido y analizado por la autora, en relación con el desentrañamiento de la economía.

Hasta aquí, página 145, daría la impresión de que el enfoque ha sido preparatorio del nudo central del trabajo, que aparece con el aporte de Henri Berr, fundador de la *Revue de Synthèse Historique*, y que durante cuatro décadas hizo enorme contribución a los estudios históricos y a los fundamentos para su soporte como disciplina específica. La *Revue* es casi por origen el antagonista teórico del *L'Année Sociologique* y entrambos se juegan la polémica — aún no dirimida— entre la ciencia histórica y las ciencias sociales. Hasta que en 1926 se convierte en la *Revue de Synthèse*, y pasa a ser órgano

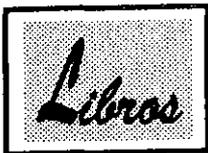
del Centre International de Synthèse, mientras la fundación *Pour la Science* comienza a publicar la colección *L'Evolution de L'Humanité*. Este Centro Internacional fue pensado como complemento en el área científica de la *Ecole Pratique de Hautes Etudes* y al mismo tiempo se programa un Centro de las Ciencias de la Naturaleza, semejante en constitución y objetivo al de la *Synthèse Historique*, que proveerá *interscience*, con debates y generalizaciones científicas. Dicho comité está presidido por H. Berr y colaboran allí L. Febvre, L. Cohen, P. Garon, Ch. Guignebert, A. Jardi, A. Morte, etc. Emilio Ravignani es invitado a colaborar en calidad de miembro titular.

Al abordar la contribución de Vidal de la Blanche, la autora repita la cuidadosa versión de la trayectoria del estudioso francés, hasta alcanzar su novedosa percepción del espacio, que denominará «geografía humana», con lo cual invade por igual el pensamiento sociológico y el historiográfico. El determinismo, clave de interpretación sociohistórica, queda mal trecho en la obra monumental de Vidal, *Principes de Géographie Humaine*, ante la vivida inserción del hombre en la naturaleza hasta convertirla en «forma de civilización», que deja atrás cualquier pretensión de fijeza determinista, y en cambio muestra géneros de vida distintos en un mismo medio, fruto de la genuina creatividad humana.

El protagonismo de Febvre y de Marc Bloch es resaltado a través de un cuidadoso análisis cuantificado de los contenidos de la *Revue de Synthèse*, tarea que cumple también con las recensiones críticas, catalogadas por período (arrancando del siglo XVI, y por áreas — historia intelectual, geográfica, lingüística, política, económica, religiosa, general, etc.). De ello surge el fuerte énfasis en la historia intelectual, entre 1905 y 1914, y en la historia económica y la geografía (20,3; 12,1 y 14,3 por ciento respectivamente), mientras que entre 1920 y 1930 hay fuerte repunte de la geografía, con un 23 por ciento y un repliegue en historia intelectual.

El último capítulo, titulado «Recepción de la problemática histórica social en la historiografía argentina», retoma el tema del positivismo en su especie científicista. En cuanto al *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas* que dirige E. Ravignani, en razón de la participación de su director en el *Centre de Synthèse*, guarda un seguimiento dominante de la cultura francesa, de la cual, como dice el propio Ravignani, «nada se nos escapaba». La misma estrecha conexión muestra la Escuela de Sociología de la Universidad de La Plata, con R. Orgaz, E. Martínez Paz en la Universidad de Córdoba y E. Quesada en la Universidad de Buenos Aires. Otras fuentes, como la revista *Nosotros*, la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, los *Anales*, serán fuente del avance en las cuestiones historiográficas.

HEBE CLEMENTI



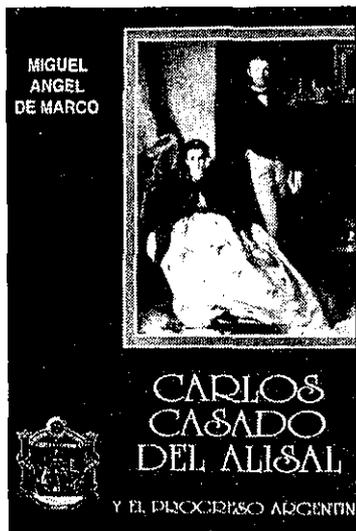
Hacer la biografía de un personaje políticamente notorio es una empresa relativamente fácil porque, en general, su trayectoria está registrada en las publicaciones de la época y en fuentes de fácil acceso. Cuando se trata, en cambio, de alguien que ha tenido relevancia en otros campos, la cosa se hace más ardua. Y si el personaje en cuestión ha estado vinculado a las finanzas, los bancos o los negocios, entonces todo es más complicado, porque los elementos con que trabaja el biógrafo suelen esconderse dentro de una documentación difícil y de trabajosa localización, por ejemplo, libros de comercio, actas de directorios, balances y memorias de sociedades, etc.

Aclaremos esto porque la precisión sirve para valorizar el trabajo de Miguel Angel de Marco sobre el fundador de Casilda, dirigente de ferrocarriles y poseedor de inmensos campos en Santa Fe y en el Paraguay, ese legendario Carlos Casado de Alisal cuya fortuna fue una de las que alimentó la mitología de la Argentina dorada, en las últimas décadas del siglo pasado. Casado, arribado de su España natal a nuestras playas en 1856, fue un paradigma del inmigrante enriquecido. En realidad, este castellano de buena apostura, cuya iniciativa era invariablemente premiada con el éxito, no era el inmigrante clásico salido de la gleba de Galicia o de Sicilia: tenía estudios secundarios y cierta experiencia en la vida comercial, cuando decidió venir a la Argentina. Contar sus éxitos sería redundante, pues De Marco lo hace acabadamente.

Baste decir que fue promotor del Ferrocarril Central Argentino, creador de un banco privado y otro provincial, colonizador, financista, dueño de 3.000 leguas cuadradas en el Paraguay. Murió en 1899 con su fortuna casi intacta.

El libro de De Marco echa luz sobre una interesante personalidad cuyo radio de acción se extendió a Santa Fe, Córdoba, Buenos Aires y el Paraguay, y que es un auténtico modelo de aquellos hombres, argentinos y extranjeros, que pusieron en marcha la Argentina del Progreso.

F.L.



MIGUEL ANGEL DE MARCO, Carlos Casado de Alisal y el progreso argentino, editado por el Instituto Argentino de Cultura Hispana, Rosario, 1993.

Nicolás Ciarnello

JULIO CESAR AVANZA
Un homenaje demorado



DOS TRABAJOS SOBRE EL PERONISMO

NICOLÁS CIARNELLO, Julio César Avanza. Un homenaje demorado, Fundación Senda. HUGO ORLANDO QUEVEDO, El partido peronista en La Rioja, crónica y personajes para la historia, dos tomos, Ed. Lerner.

El peronismo, como movimiento histórico, no está asistido por una bibliografía acorde con su importancia política: en términos generales, los trabajos que se han escrito sobre el peronismo son, cuantitativamente, mucho menos que el conservadurismo o el radicalismo. No se trata de que el movimiento creado por Perón sea más joven que otros protagonistas de la historia política argentina; parecería que hay cierta escasez de cronistas y defensores de la trayectoria de esta fuerza. Por eso hay que saludar la aparición de trabajos, aunque sean puntuales, que aporten datos a una futura historia del peronismo.

Este es el caso del trabajo de Hugo Orlando Quevedo, que en dos pequeños volúmenes acumula una pasmosa cantidad de elementos sobre la historia del peronismo de La Rioja. Nombres, documentos, relatos de asambleas y campañas políticas, nóminas de legisladores y funcionarios, la obra de Quevedo deja muy poco en el aire. Es de lamentar que, al mismo tiempo, no se anime a conceptualizar más la significación del peronismo riojano y que se abstenga de emitir opinión sobre casi ningún hecho importante. Pero el trabajo de recopilación es formidable y la cosecha de los periódicos de la época, muy profunda. El otro trabajo, el de Nicolás Ciarnello, se refiere a uno de los funcionarios más activos del elenco que rodeó al gobernador bonaerense Mercante. El doctor Julio César Avanza provenía de la provincia de Buenos Aires fue importante.

El trabajo de Ciarnello refleja bien las iniciativas de Avanza. Uno de sus capítulos más interesantes es el que transcribe las cartas enviadas por Avanza desde la prisión a la que fue llevado por sus mismos compañeros de partido, después de la caída de Mercante, así como algunos documentos posteriores al derrocamiento de Perón, donde se destaca su espíritu autocrítico.

F.L.

RECENSIONES

«Estudios interdisciplinarios de América latina y el Caribe», volumen 3, número 2, julio/diciembre 1992. Universidad de Tel Aviv. Escuela de Historia.

Incluye una interesante nota de Leonardo Senkman sobre la etnicidad y la inmigración durante el primer peronismo.

«El redescubrimiento del mercado. La Nueva América. la Nueva Europa», Terceras Jornadas Bancarias de la República Argentina. Asociación de Bancos de la República Argentina.

Historiografía Rioplatense, número 4. Instituto Bibliográfico Antonio Zinny, director Jorge Bohdziewicz, Bs. As., 1992.

Incluye un original aporte de Elena Bonura sobre los problemas monetarios de los primeros gobiernos patrios y un catálogo de Antonio Caponetto sobre obras revisionistas.

Revista de Junta Provincial de Historia de Córdoba, Córdoba 1993, número 14, directora: María Cristina Vera de Flachs.

Incluye un artículo de María Inés Albarracín Godoy sobre las elecciones de Córdoba de 1948.

Córdoba Libre, Instituto Bibliográfico Antonio Zinny.

Reproducción facsimilar del periódico unitario publicado en 1829 en Córdoba bajo la dirección de José María Bedoya, con un estudio preliminar de Efraín U. Bischoff.

Crónica de cuatro siglos, por Miguel Bravo Tedín. Editorial Canguro, La Rioja, 1993.

Recopilación de artículos del autor sobre historia de La Rioja.

Como la cigarra/María Elena Walsh. Una biografía, por Sergio Pujol, Beas Ediciones, Bs. As., 1993.

Menem-Cavallo, el poder mediterráneo, por Enrique N'Haux, Corregidor, Bs. As., 1993.

Interesante análisis de la formación del grupo de economistas que, desde la Fundación Mediterránea, accedió al poder acompañando a Domingo Cavallo.

Res Gesta, número 31, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Católica Argentina, enero/diciembre 1992.

Número en conmemoración del Quinto Centenario y, a la vez, de los quince años de esta publicación.

Barrio y memoria, por Liliana Barela de Balbi, Francis La Greca y José Sánchez. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 1992.

Recopilación de los talleres de historia que se hicieron desde 1986 en diversos barrios metropolitanos.

La producción agropecuaria cordobesa, 1880-1930, por Beatriz Inés Moreyra, Centro de Estudios Históricos, Córdoba, 1992.

Historia de los judíos argentinos, por Ricardo Feierstein, Editorial Planeta, Colección Espejo de la Argentina, Bs. As., 1993.

Detallada y muy completa aproximación a la colectividad israelita, sus modalidades, instituciones, personalidades más representativas y significación en el país.

Desarrollo Económico Revista de Ciencias Sociales

Comité Editorial: Alfredo Monza (Director), Ricardo Carciofi, Daniel Chudnovsky, Liliana De Riz, Raúl Fiorentino, José Nun, Luis Alberto Romero, Getulio E. Steinbach (Secretario de Redacción)

ISSN 0046-001X

Vol. 33

Abril-junio 1993

Nº 129

ROBERTO BOUZAS: ¿Más allá de la estabilización y la reforma? Un ensayo sobre la economía argentina a comienzos de los '90.

EDWARD J. AMADEO: Restricciones institucionales a la política económica: negociación salarial y estabilización en el Brasil.

MARTIN PUCHET ANYUL: La economía durante los '80: notas para un debate sobre sus cambios analíticos y profesionales.

ANIBAL ARCONDO: Mortalidad general, mortalidad epidémica y comportamiento de la población de Córdoba durante el siglo XVIII.

MICHELE SNOECK, JUDITH SUTZ y ANDREA VIGORITO: Tecnología de punta en un pequeño país subdesarrollado: la industria electrónica en el Uruguay.

COMUNICACIONES

TORCUATO S. DI TELLA: La Unión Obrera Textil, 1930-1945.

CRITICA DE LIBROS

INFORMACION DE BIBLIOTECA

- Catálogo Permanente de Publicaciones de Centros de Investigación en Ciencias Sociales de la Argentina, Nº 8.

- Reseñas Bibliográficas.

- Publicaciones Recibidas.

- Convocatoria al III Concurso Anual Latinoamericano de Ensayos de Crítica Bibliográfica.

DESARROLLO ECONOMICO - Revista de Ciencias Sociales es una publicación trimestral editada por el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Suscripción anual: R. Argentina, \$ 60,00; Países limítrofes, U\$S 60; Resto de América, U\$S 62; Europa, Asia, África y Oceanía, U\$S 65. Ejemplar simple: U\$S 15 (recargos por envíos vía aérea). Pedidos, correspondencia,



Instituto de Desarrollo Económico y Social
Araoz 2838 ♦ 1425 Buenos Aires ♦ Argentina
Teléfono: 804-4949 ♦ Fax: (541) 804-5856

PELLEGRINI CONTRA LA LANGOSTA 1891-1892

EN OCTUBRE DE 1890, EL CIELO SANTAFESINO SE OSCURECIO. UNA DENSA NUBE DE HAMBRIENTAS LANGOSTAS SE ABATIO SOBRE LOS CULTIVOS ENSOMBRECIENDO EL ANIMO DE LOS COLONOS. QUINCE AÑOS ANTES, LAS INSACIABLES VOLADORAS HABIAN DEVORADO EL SETENTA Y CINCO POR CIENTO DE LAS AREAS SEMBRADAS. ESE RIESGO APARECIA MULTIPLICADO EN ESTA NUEVA PLAGA. LAS LANGOSTAS ALFOMBRABAN LOS RIELES IMPIDIENDO LA MARCHA DE LAS LOCOMOTORAS, CUYOS MAQUINISTAS NO PODIAN VER LA VIA. SE MOVILIZARON LA POLICIA, LA GUARDIA NACIONAL, LOS COLONOS, LOS ESTUDIANTES, Y HASTA EL PRESIDENTE PELLEGRINI, QUIEN VIAJO A LA ZONA. LA LUCHA CONTRA LA LANGOSTA ERA «UNA ACCION PATRIOTICA». EN UN SOLO DIA, MAS DE OCHO MIL HOMBRES LIBRARON ESE COMBATE EN EL QUE SE USARON TODAS LAS ARMAS, INCLUSO LAS ROGATIVAS RELIGIOSAS.

MIGUEL DE MARCO (H)

La invasión más imponente de la langosta saltona en la provincia de Santa Fe, en el siglo *XX*, fue coincidente con el momento de mayor inestabilidad política y financiera local, entre los años 1890 y 1893, es decir, entre dos grandes revoluciones nacionales. El dinamismo de la realidad santafesina permite observar la reacción del gobierno ante la crisis económica, la de la ciudadanía en defensa de sus intereses municipales, la de la población en pro de una mayor presencia estatal en las colonias y la devolución del voto al extranjero, y la de la corriente cívica, organizando la estructura partidaria alemanista o mitrista. Esa vitalidad superadora de la crisis coyuntural, y la idea progresista, imperó en todo. Sólo entendido esto se puede comprender la magnitud de la batalla emprendida en la provincia contra la langosta.

La crisis financiera del 90 no se hizo sentir en el campo santafesino, que se limitó a las urbes de Rosario y Santa Fe, y fue de carácter temporario. En cambio, las crisis «estructurales», propias del crecimiento acelerado de la provincia, acentuaron falencias tradicionales. El estado provincial, quebrado en sus finanzas, no pudo dar soluciones inmediatas, exigiendo en cambio una mayor contribución impositiva por parte de la población: a mediados de 1891 el polémico impuesto a los cereales, que desencadenó reacciones ulteriores.

Nada impidió que Santa Fe continuara su marcha progresista ascendente y se convirtiera, ante el mundo, en la manifestación más grande del progreso argentino. Según testimonios de viajeros, en las colonias se nadaba

en la abundancia, sobre la base del trabajo y no de la especulación. «Fervent Opus», clamaba un corresponsal en las colonias, ya que los colonos existentes no daban abasto en las tareas rurales, y la tierra exigía una mayor mano de obra, que no existía. Al decir de un italiano: «nuestras colonias crecen al ritmo del Himno de Garibaldi». Las tradicionales fiestas patrias superaron en participación a las de los años anteriores, rivalizando con las de las respectivas colectividades extranjeras. Ni hablar de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América.

Las perspectivas no podían ser más halagüeñas: la espléndida cosecha de 1890 sería superada por la de 1891, y luego ésta por la de 1892. En plena crisis, la inmigración no se detenía, y experimentaban adelantos sorprendentes localidades como Esperanza, Rafaela, Cañada de Gómez, etc. El surgimiento de periódicos rurales daba muestra de un crecimiento integral. Predominaban las publicaciones semanales, privilegio de los centros más importantes: *El Sanlorenzino*, *El Liberal*, *La Unión*, *La Voz de las Colonias*, *El Eco*, etc. La línea telefónica llegaba ya desde Santa Fe a Esperanza, y en 1892 el telégrafo unía a los departamentos del centro con la ciudad capital. El ferrocarril llegaba al último confin provincial, superando de por sí, en kilómetros, a varios estados europeos, y a todos los países sudamericanos, con excepción de Brasil. En el año de la gran crisis, se continuaba solicitando (doce en 1891) la aprobación de trazas de pueblos y colonias. Por los puertos de Santa Fe se exportaron en el primer semestre

de 1891 cifras record de trigo, maíz, lino y quebracho. La provincia tenía en aquel entonces por cada kilómetro cuadrado un 50 por ciento más de población que la provincia de Buenos Aires. Otro tanto ocurría con respecto a la cantidad de ganado vacuno y de tierras cultivadas, en proporción al territorio de Santa Fe. En la producción triguera y harinera, ésta última superaba en mayo de 1891 a la de la provincia de Buenos Aires. Santa Fe contaba con la mayor cantidad de población rural en relación con las demás provincias. Por lo tanto disponía de más elemento humano y mejores posibilidades en la lucha contra un siniestro natural como la langosta, en tiempos en que la precaria tecnología centraba las posibilidades del triunfo contra la plaga en la cantidad de brazos para el combate «cuerpo a cuerpo».

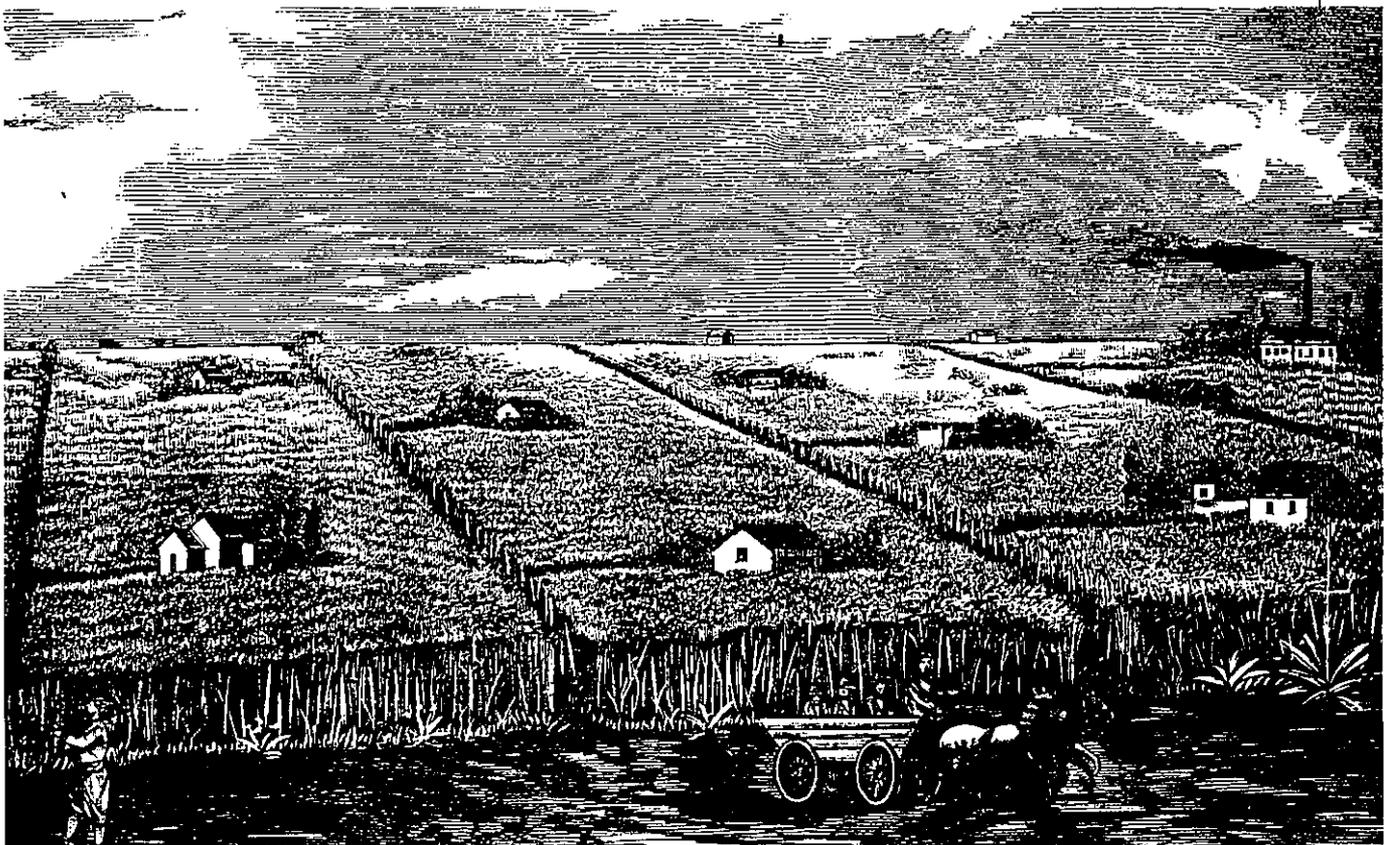
La langosta sorprendió a todos

En los más ancianos aún perduraban los recuerdos de la gran invasión de langosta de 1875, que destruyó el 75 por ciento de las hectáreas sembradas en la provincia. Pero habían pasado muchos años. La provincia era otra. El gobierno del «galvista» Cafferata se encontraba en la situación crítica de conservarse en el poder luego de la caída de Juárez Celman, jaqueado por una oposición intransigente y por las deserciones internas en las filas

En las colonias santafesinas se vivía un clima de euforia a comienzos de la década de 1890. «Nuestras colonias crecen al ritmo del Himno a Garibaldi», decía un italiano. Aquí, un campo de trigo en San Carlos.

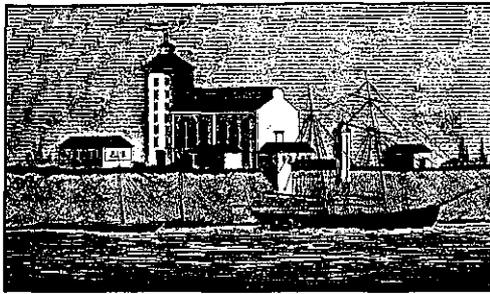
del oficialismo. Sólo la adhesión incondicional, como en 1885, al general Julio A. Roca, logró que el galvismo subsistiera por unos años más. En ese momento, el doctor Cafferata y sus ministros soportaban la misión Pillado al Banco Provincial y las tentativas de desarmar los batallones militares inconstitucionalmente sostenidos. La prensa urbana, por lo tanto, centralizaba sus comentarios en la política y en los malestares ocasionados por la crisis.

Así, la llegada de las primeras «mangas» de langosta, a fines de 1890, pasaron inadvertidas para la opinión pública y el gobierno. El 27 de octubre de 1890 la ciudad capital apareció cubierta por los ortópteros, que no impidieron que Santa Fe continuara con su ritmo habitual. Rápidamente, la legislatura autorizó al gobernador a emprender la lucha contra la langosta. Este declaró por decreto obligatoria la ley provincial de setiembre de 1880, que organizaba las comisiones departamentales de resistencia a la plaga, desde las cabeceras administrativas, a las subdelegaciones, comisiones de fomento y juzgados de paz, para que las autoridades «compelieran» a la extirpación de la langosta, voladora, saltona o de germen, obligando a que cada familia designara la cantidad de sus integrantes que participarían en las actividades conjuntas. Con el pragmatismo propio del gobierno, dejó al arbitrio de dichas autoridades la utilización del medio que cada una creyera conveniente, desde los más conocidos como la trilla, el zanjeo, el incendio o la remoción de tierras, hasta «cualquier otro que se ensayase con éxito». Las comisiones formadas debían ser solidarias entre sí, pudiendo solicitar el auxilio de la policía. Podían emanar sus propias ordenanzas, reglamentacio-



nes, y establecer multas para los infractores. Esta liberalidad (nota característica del modelo galvista) para la mejor funcionalidad en la situación de emergencia, implicaba la prescindencia económica del Estado, el cual, aun queriéndolo, no hubiera podido destinar las partidas necesarias, y que las autoridades locales debían costear los gastos de la lucha. El gobierno sólo requería que se notificase al aún precario Departamento de Agricultura, la composición de las comisiones, reservándose la facultad de que el ministro del área designase inspectores para verificar el cumplimiento de los trabajos.

Pero aún no se había comprendido la magnitud del fenómeno que amenazaba a la provincia. Nuevamente la capital se cubrió de langostas el 26 de enero de 1891. Ya en el mes de febrero, la situación empezó a revestir mayores dimensiones. Muchos puntos del norte, como San José del Rincón, Santa Rosa, Cayastá, Helvecia, vieron sus cultivos arrasados. Y como ha sucedido siempre con este tipo de siniestros, adquirió mayor relevancia frente a la opinión provincial y nacional cuando la plaga golpeó a la ciudad de Rosario. El 7 de febrero esa ciudad amaneció con sus quintas invadidas por la langosta (entiéndase por quintas los extramuros, en lo que hoy es bulevar Oroño y bulevar Pellegrini), arrasando con los plantíos existentes. En verdad este hecho fue una sorpresa que llamó la atención acerca de la falta de previsión en las autoridades, y la prensa comenzó a reclamar las medidas correspondientes. La ciudad, que en esos días había vivido, con el encuentro de los radicales, la primera convención política en la historia argentina, observó una vez más que a pesar de su carácter de metrópoli cosmopolita y de sus anhelos civilizadores, estaba profundamente vinculada con la suerte del campo.



Depósitos de granos en las cercanías de Rosario. Durante el primer semestre de 1891 se alcanzaron cifras record de exportación de trigo, maíz y lino.

De la indiferencia al pánico: medidas del gobierno nacional

La indiferencia se convirtió pronto en pánico. Cuando comenzaron a llegar alarmantes noticias de lo ocurrido en los plantíos de Mendoza, Buenos Aires, Córdoba y Entre Ríos; cuando se comprendió que el pequeño insecto podía ser una calamidad, al decir del intendente Gabriel Carrasco, «se heló en los labios la risa, para ser sustituida por una señal de espanto». Los viajeros que cruzaban a través de la línea férrea territorios de la provincia referían horrorizados en las ciudades de Santa Fe, Rosario y Buenos Aires el espectáculo observado entre el cielo y la tierra santafesina. Las locomotoras no podían arrastrar sus carros por estar las vías cubiertas de una espesa sábana de insectos, que al ser aplastados hacían que las ruedas resbalaran sobre los rieles sin

poder avanzar; un insecto bloqueaba dos pilares del modelo progresista: la producción agrícola y la comunicación férrea. El Congreso Nacional aprobó la ley del 26 de agosto de 1891 por la cual se establecía que el poder ejecutivo, de acuerdo con los gobiernos de provincia, tomara a la brevedad posible las medidas conducentes a combatir y extirpar la langosta en cualquier punto de la República en que hiciera su aparición, declarando obligatoria la participación del colono. Estas

medidas, adoptadas a imitación del gobierno santafesino, fueron un proyecto de José Zapata que se aprobó sin tardanza en ambas cámaras. Pero la reacción del poder central resultó igualmente lenta. La plaga ya había comenzado a ocasionar cuantiosas pérdidas.

El 2 de setiembre el presidente Pellegrini nombró en la comisión general encargada de hacer efectiva la ley del Congreso, juntamente con Julio Victorica, a los santafesinos, don Nicasio Oroño y Estanislao Zeballos, ambos referentes indiscutidos de la provincia, vinculados con su progreso agrícola. El ministro del Interior, anticipándose a los trabajos de la comisión, se dirigió al gobernador Cafferata pidiéndole la adopción de medidas urgentes, en vista de que el decreto del año anterior por el cual se organizaba la lucha en la provincia no había bastado para impulsar una reacción general. Es que el gobierno galvista, preocupado en solucionar su deuda externa y en la adaptación forzosa a la nueva política del «Acuerdo Patriótico», excitado por los constantes rumores de una revolución radical, con dificultades para cubrir los ministerios y carteras, como la de Agricultura, Justicia e Instrucción Pública, vacante desde julio de 1890, no obró tampoco con la energía suficiente como para efectuar un estricto control de la labor de las comisiones vecinales.

La Comisión Central contra la langosta en Santa Fe

Por lo dicho, y ante las sugerencias del gobierno nacional, el doctor Cafferata creyó conveniente formar una «Comisión Central» en la provincia, con residencia en la ciudad de Santa Fe, integrándola con hombres respetables: don Ignacio Crespo (presidente de la flamante Unión Cívica Nacional de Santa Fe), don Rodolfo Bruhl (empresario de la colonización), don Germán Shenck (representante de colectividades extranjeras), don Federico Wagner (director del Departamento de Agricultura), y don Florentino Loza, en calidad de presidente, quien cargó con el peso de la comisión. Revirtiendo entonces la falta de organización anterior, la Comisión Central efectuó el nombramiento de las comisiones departamentales, en su mayoría presididas por los mismos jefes políticos. Estas a su vez nombrarían las subdelegaciones.

La langosta voladora ocupaba una extensión cultivada de 1.500 leguas cuadradas. Como nunca antes había

sucedido, habían llegado tres meses antes en número extraordinario, con la particularidad, al decir del juez de paz, viejo y respetado vecino de Esperanza, Amadeo Aunfranc: «los fundadores de la colonia dicen no haber visto nunca antes esto, y con la particularidad que la langosta parece elegir la tierra para devorar».

Don Nicasio Oroño, encargado de la Dirección de Tierras y Colonias de la Nación, que viajaba en carácter de miembro de la comisión nacional, llegó a Santa Fe en compañía del gobernador Cafferata y de la comisión provincial. Inició una visita de inspección en momentos en que la ciudad capital estaba sitiada por el insecto. Rompiendo el bloqueo, recorrieron localidades aledañas, convenciéndose de la necesidad de hacer una convocatoria general de ciudadanos y de movilizar a la imponente y numerosa Guardia Nacional, para planificar «grupos de combate» en las áreas más comprometidas.

En la localidad de Recreo, a pocos kilómetros de Santa Fe, comprobaron que no era imposible acabar con la plaga, más teniendo en cuenta la temperatura de fines del invierno. Los trabajos debían hacerse por la mañana, aprovechando el amanecer, y por la tarde, desde las 18 en adelante, utilizando también las noches que permitiera la luna.

La acción del gobierno provincial se vio reforzada por un decreto del poder ejecutivo central, que constaba de catorce puntos del gobierno nacional, en el cual se reglamentaba la forma de combatir a la langosta, a la que definía como «peligro nacional», por afectar a la riqueza pública y especialmente a la producción agrícola.

El doctor Cafferata, mejor administrador del progreso político que de la crisis, participó directamente en los operativos, ya que se sentía más coherente luchando en pro del bienestar que en la movidiza arena política del 91, de la que estaba agotado y por la cual había querido varias veces renunciar. Así, inició una serie de giras, visitando Rafaela, Vila, Roca, Castellanos, Susana, etc., todas afectadas por la plaga, siendo las más castigadas Esperanza y Videla, por haber estado las langostas poniendo huevos durante cuatro días. En dicha oportunidad Juan Cafferata escribió a Nicasio Oroño: «Es verdaderamente asombrosa la cantidad de langosta que hay, y aterra ver todo el horizonte, sin solución de continuidad cubierto de una densa y oscura capa de langosta, que no se había asentado a las 15.30 más o menos, y que impedía al maquinista ver a 200 metros adelante del tren».

El gobernador siguió sus viajes por Helvecia, San Javier, Reconquista, Villa Ocampo, Las Toscas, San Antonio de Obligado, Florencia, etc., convenciéndose de que los departamentos del extremo norte serían los más perjudicados por hallarse aquellas grandes extensiones dedicadas a la ganadería, con muy poca cantidad de población. De ahí que pensara en convocar a la Guardia Nacional para enviarla allí. Esto no fue necesario ya que, providencialmente, las mangas de langosta voladora pasaron en dicha zona por el cielo, sin posarse siquiera, hacia los atrayentes cultivos del centro provincial. En la ciudad de Santa Fe, ya había puesto a trabajar el Batallón de Bomberos y a la mayoría de los presos, infaltables y forzados colaboradores en estas ocasiones.

El gobernador Cafferata solicita fondos

El gobierno no disponía de fondos para invertir directamente en la lucha: debía meses de sueldos a los empleados de la justicia, de seguridad y de educación. Por ello Cafferata pidió a Oroño que convenciera al presidente Pellegrini de que sin fondos provenientes de la Nación no se podría efectuar una acción prolongada. El viejo liberal santafesino llevó personalmente la carta de Cafferata al presidente, quien le respondió que no sólo Santa Fe, sino todas las provincias afectadas por la langosta serían auxiliadas económicamente. Estaba en juego el bienestar de la República; no se podía permitir que se perdiera la cosecha de un año, clave para la superación de la gran crisis económica nacional. En setiembre de 1891 la langosta se cernía sobre la provincia, sin que se pudiera determinar la ruta que iba a seguir. Esto sólo ocurría con pocas horas de antelación. En la primera semana, atacó el centro de la provincia; los habitantes habían matado, en ese plazo, 11.000 kilos de langosta voladora, en un triunfo alen-



FLORENTINO LOZA Y LA IMPROVISACIÓN ARGENTINA FRENTE A GRANDES DESAFÍOS

Este solitario e infatigable batallador en la lucha contra la langosta, combinaba su optimismo con el crudo revisionismo que el alma argentina inició luego de la Revolución del Parque. En lo relacionado con la actitud nacional frente a los sucesos imprevistos como la plaga, decía: «Este país cuyas energías están en proporción a sus aspiraciones, no tiene nada preparado, ni siquiera para neutralizar en lo posible, los efectos tan dañinos de la plaga

contra la langosta, confirmándose de esta manera el fenómeno de la debilidad increíble, en un pueblo viril, que en los momentos de solemnes de peligro se presenta con la indiferencia estúpida del ignorante niño. Así siempre comiendo a la carrera, en las postreras horas, por muy nadadores no alcanzamos a alcanzar el río. Quién sabe si alguna vez en nuestras comunes improvisaciones, no tengamos que recurrir a la caballería para tripular nuestros poderosos acotizados; aunque por tales procedimientos americanos, tengamos que ver desaparecer muy luego, las naves y las cabalgaduras.

«Surge el problema, creamos grandes comisiones con derechos ficticios y obligaciones nulas. Por eso, para exigirse sacrificio en nombre del patriotismo; debe haber una organización definida, que garanta los oficios del destino con la compensación de la justicia, a fin de que los esfuerzos del patriotismo, no desciendan a la indiferencia pública, por el juicio apasionado de los que autorizan las frecuentes irregularidades en comisiones gratuitas, sin fuerza moral y material, sostenida por las leyes de su origen.»

Florentino Loza, citando al doctor Juan Bautista Alberdi, expresaba, en cuanto a la experiencia vivida en la lucha contra la langosta: «si la historia es la escuela del gobierno, no debemos malograr sus lecciones porque sea mortificante su lenguaje».



El gobernador de Santa Fe, Juan Manuel Caffarata, quedó descolocado luego de la caída de Juárez Celman. Soportó los embates de la oposición local y, luego, los de la plaga de langostas.

tador. A mediados de mes, la masa sobreviviente se dirigió hacia el sur. Se notificó a las autoridades correspondientes que la esperasen alistados, y en el caso de Rosario, con los bomberos y policía alineados. Un diario oficialista de esa ciudad se lamentaba: «De un hilo pende nuestra salvación, pues como la espada de Damocles tenemos sobre nuestras sementeras la terrible plaga de langosta, verdadera calamidad pública». Tam-

bién fue rechazada en el sur, gracias a la participación comunitaria. Y esto es admirable, teniendo en cuenta la tensa situación política y económica que hacía suponer que predominaría la apatía y el individualismo por sobre la solidaridad. Lo cual sorprendió a la misma Comisión Provincial, vio superadas sus expectativas, ya que hasta la comercial y portuaria ciudad de Rosario había luchado con fe y tesón. Todos los gastos corrieron por cuenta de los voluntarios intervinientes. Las comisiones existentes en el territorio provincial reunían a 2.000 personas. En un mismo día, luchaban en el campo contra la langosta 8.000 hombres.

Un combate heroico

Fue un combate de una magnitud heroica, en que se aprovechó el periodo de incubación del huevo. Ello permitió destruir masas formidables del insecto en germen, impidiendo no sólo la desolación inmediata de los cultivos, sino la multiplicación por cientos de miles. Cada ortóptero se multiplicaba por cien en una generación, diez mil en la segunda y un millón en la tercera. Así comenzaron a acumularse en todas las estaciones del ferrocarril toneladas de bolsas conteniendo larvas destruidas.

En la ciudad de Santa Fe, los efectos de la langosta fueron mucho más notorios que en Rosario, y como no se daba abasto, se pidió a los alumnos de las escuelas públicas que luego de clase rivalizaran en la extracción de huevos. Así, los niños sin dinero ni herramientas,

UNA LUCHA SIN MAQUINARIAS, CUERPO A CUERPO: LA FUERZA Y EL FUEGO

«INSTRUCCIONES PARA LA DESTRUCCION DE LA LANGOSTA

«(Circular de la Comisión Central de la provincia a las Comisiones departamentales y de distritos)

«Contra la langosta

«La langosta voladora fácilmente se destruye en las mañanas y tardes frescas, cuando esté entumecida por el frío. Mientras algunas personas se ocupan de bajarla de los árboles, postes de cerco, etc., por intermedio de cañas largas, otros matan las que caen al suelo.

«Cuando la langosta voladora está en estado de desovar, se pueden matar las hembras mientras están poniendo. Con esto se consigue destruir los huevos en el vientre de la madre, impidiéndoles que cierren los canutos con la materia pegajosa que poseen. Los huevos ya puestos quedan así expuestos al calor y a las lluvias pudriéndose fácilmente.

«Las horas preferidas por la langosta para el desove, son las de más calor, especialmente las de la siesta; entonces se las encuentra como pegadas al suelo moviéndose con suma dificultad.

«Todos los medios para aplastarlas son bueno, como ser: pisoteando-

las con el ganado, pasarles cilindros o rollos, cueros cargados con tierra, etc.

«Las comisiones destructoras de la langosta obligarán a todos los habitantes de la provincia a señalar en sus propiedades y caminos que las cruzan o circundan, los lugares a donde la langosta se fue a efectuar el desove, con una señal, estaca, rama de árbol o banderita, dando cuenta a la Comisión más cercana; con designación del día en que se depositó los huevos.

«Contra los huevos

«Para destruir los huevos depositados en el suelo, se hace una labor de dos a tres pulgadas de profundidad, sea carpiendo simplemente el terreno o arándolo o empleando palas de bueyes, rastras carpidoras o máquinas para hacer caminos.

«Un medio eficaz consiste en arrear caballadas después de una lluvia y hacerlas circular por los sitios infestados; el pisoteo produce su comprensión y rotura y de consiguiente la pérdida de los huevos.

«Oportunamente fijará la Comisión Central el premio que se acordará por cada kilo de huevos, que serán abonadas por las respectivas comisiones, a quienes al efecto se les remitirán los fondos.

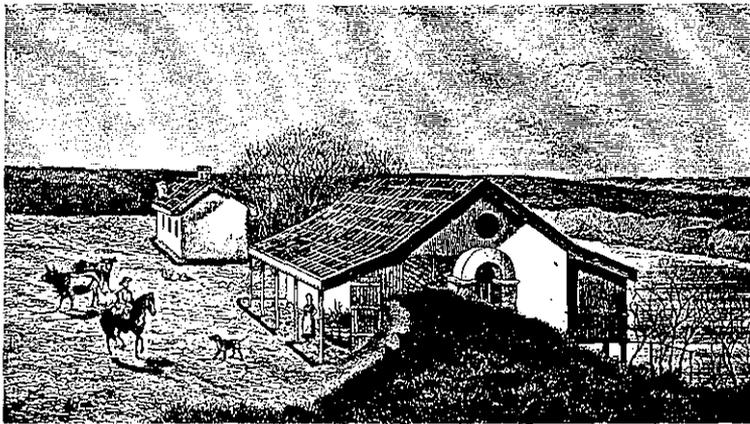
«Contra los langostinos o mosquitos

«Los mosquitos o langostinos nacen muy débiles y cambian de pronto su color blanquizo o por un tinte negruzco. Se reúnen en grupos y luego en manchones o ejembres compactos que ocupan poco lugar, marchando lentamente, pues aún saltan muy poco.

recogieron entre todos 53.700 kilos de huevos. El telégrafo fue un medio indispensable para el éxito, pues notificaba la dirección de las mangas de langosta, y unía a las comisiones entre sí. Los ferrocarriles de la provincia, entregados en concesión a la empresa francesa de Fives Lille, contribuyó en todo lo necesario, brindando transporte gratuito a las cuadrillas móviles y a las autoridades.

Y como no podía ser de otra manera en Santa Fe, la religiosidad se manifestó también, mediante rogativas para que se alejara la plaga. El 27 de septiembre, de 5.000 a 6.000 personas participaron en una procesión por las calles de la capital con la imagen de la Natividad, la cual, al pasar por la plaza 25 de Mayo, fue recibida por la imagen de San Jerónimo. La columna de devotos atravesó la ciudad. El obispo Gelabert y Crespo manifestó su apoyo, y el incansable misionero franciscano Vicente Caloni organizó en sus reducciones cuadrillas

Casa de un colono en el Carcarañá. En el verano de 1891 las langostas cubrieron el cielo santafesino, arrasaron sus cultivos y pusieron en pie de guerra a los agricultores.



que destruyeron 100.000 kilos de langosta, salvando la gran cosecha de sandías que se producía en aquellas tierras del mocoví.

Las mezquindades frente a la plaza

Sin embargo, a la par de estas loables actitudes, desde el comienzo de la lucha se destacó la mezquindad de quienes no se sintieron afectados por el flagelo, entre ellos algunos funcionarios del gobierno y de la municipalidad de Santa Fe. Esta última no se ocupó de enterrar las toneladas de huevo en descomposición que desde la campaña se remitían a la Comisión Central para su estimación y eliminación definitiva. En Rosario, su población urbana continuaba con el movimiento normal y nada criticable propio de su vida de comercio, sus prácticas sociales, conciertos, tertulias, espectáculos teatrales y circenses, certámenes deportivos, asambleas políticas, etc. Entonces el presidente de la Comisión Central, Florentino Loza, creyó conveniente depositar una montaña (varias toneladas) de huevos de langosta en la entrada del Cabildo (casa de gobierno), para que no hubiera ministro, senador, diputado o funcionario que no viera semejante amenaza.

Los sucesos pusieron en evidencia la inutilidad operativa de las comisiones integradas por notables (que por serlo ocupaban otras funciones) y no por personas compenetradas del problema. Esto sucedió tanto con la nacional como con la provincial. Desde setiembre de

«Es este el momento más oportuno para la destrucción fácil y completa de la langosta, porque, además de que se encuentra reunida gran cantidad en poco espacio, no están aún en estado de huir.

«Para matar los mosquitos se empleará cuanta cosa pueda servir para aplastarlos; el pisoteo con ganados, especialmente con ovejas que se hacen circular por encima del enjambre; los rodillos y las rastras o tablones: los cueros de potro o de vaca cargados con tierra y tirados por un caballo; la matanza a mano con lienzos, cueros, etc. «Cualquiera que sea el medio de que se eche mano debe empezarse la persecución por la orilla de los manchones o enjambres y rodeándoles de manera que los insectos huyan siempre hacia el centro, sin cuya precaución se desparraman y escapan muchos. La mejor hora para la operación es la madrugada y mañana porque con el fresco los mosquitos están entorpecidos y apenas se mueven.

«En este mismo periodo, pero particularmente cuando los mosquitos han tenido tiempo de crecer un poco más y empiezan a ponerse más ágiles puede emplearse cualquiera de los procedimientos siguientes:

«1 - Se caban sanjas de una punteada de hondura y situadas en la dirección del viento con respecto a la manga de langosta; se arrea a éstas hacia la zanja por todos los medios conocidos, ruidos de latas, espantándolo con ramas, lienzos, etc. y así que se va reuniendo suficiente número en las zanjias se las va tapando con la tierra extraída.

«2 - Se rodea el enjambre con pasto seco, paja, etc. y se le prende fuego, estrechando el círculo hasta concluirlo.

«Contra la saltona

«Llegada la cría a este estado, su destrucción es mucho más difícil, porque puede saltar a mayor distancia; camina mucho y muestra más marcada tendencia a trepar, especialmente a reposar. Para perseguirla hay que emplear más o menos los mismos medios indicados en el párrafo anterior, con la diferencia de que por regla general habrá que arrearla para reunirla, porque se desparrama bastante para comer y no se reúne en manchones como el mosquito. «Aprovechando su tendencia a descansar en alto, se la puede matar con fuego arreglando paja seca debajo de las plantas o sitios donde se prepara a pernoctar y prendiéndole fuego en la mañana temprano cuando aún están entumecidas con el fresco de la noche.

«Las Comisiones aconsejarán a los agricultores que al efectuar las cosechas del trigo y lino corten tan alto como sea posible, para dejar mucha paja en los rastrojos, que bajo la vigilancia de los mismos vecinos se pueden incendiar, para destruir la saltona que se guarnece en las chacras, aconsejarán igualmente a los ganaderos agricultores que tengan grandes zonas de pastizales de no quemarlos para utilizarlos oportunamente en la destrucción de la langosta.

«COMISION CENTRAL DE LA PROVINCIA, 1891»

1891, en seis meses, la comisión central de la provincia se había reunido cinco veces. Sólo Florentino Loza vivió día y noche en estado de alerta frente a la langosta. El resto se mostraba reticente a participar, porque veían inútil hacerlo sin los fondos necesarios para impulsar y apoyar financieramente las tareas. Es que los recursos prometidos y destinados por la Nación, 20.000 pesos moneda nacional, eran totalmente escasos frente a la magnitud del problema y lo que estaba en juego.

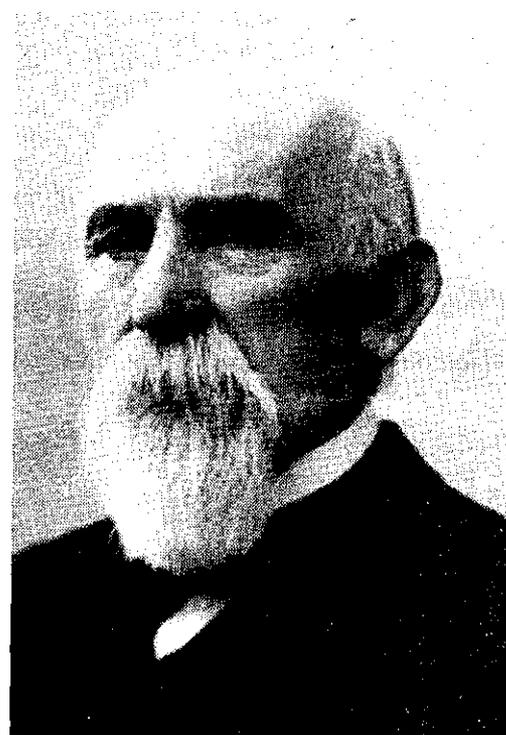
La actitud más reprochable fue la codicia de la empresa del ferrocarril inglés, que sin entender el carácter público y solidario del transporte ante tamaña emergencia que influiría también en sus dividendos futuros, puso obstáculos para prestar su concurso hasta que no se abonaran los fletes en los que se transportaban los huevos de langosta, llegando la queja formal por esta actitud hasta el ministro Zapata.

La visita sorpresiva del presidente Pellegrini

Santa Fe se encontraba en esta lucha cuando recibió la noticia de que el presidente de la Nación, doctor Carlos Pellegrini, vendría en persona a interiorizarse de la lucha. A raíz de la celeridad con que pidió permiso al Congreso para ausentarse por un mes de la Capital Federal, a partir del 3 de octubre, y como consecuencia de no haber explicado los motivos de la licencia solicitada en ninguna de las dos Cámaras, la noticia de su llegada a la provincia originó múltiples especulaciones políticas. Fue un viaje de incógnito, y al decir del primer mandatario, lo resolvió y ejecutó sin la menor planificación protocolar ni pompa presidencial. La prueba estuvo en que no fue acompañado por un solo oficial o jefe militar. Desde su primer telegrama pidió que no se le hiciera ninguna clase de recepción o manifestación, que consideraba inoportunas en la crítica situación del país, ante la plaga que amenazaba su producción. Además añadía que «no se encontraba bien de salud» como para grandes actos públicos.

El diario galvista de Rosario expuso que el sorpresivo viaje del titular del poder ejecutivo respondía a sus deseos de organizar y otorgar unidad de acción a las comisiones nombradas. Su presencia duraría el tiempo necesario para conocer el estado de las sementeras, y las disposiciones tomadas por el gobierno de la provincia, y para aconsejar lo que estimase conveniente. Muy distinta fue la opinión que la oposición tuvo sobre la visita de Pellegrini. *El Municipio*, órgano periodístico cívico intransigente e independiente, que no respondía a partido político alguno, argumentaba que nadie podía tomar en serio que el viaje estuviese originado por la langosta, cuando el país atravesaba lo que el diario consideraba un momento histórico trágico que requería su constante presencia en la Capital Federal. El estado crítico derivaba de la situación política y financiera, y el problema del crédito externo. Según *El Municipio*, el viaje «le había sido impuesto» por su amigo el general Julio Argentino Roca, para disponer con el presidente

Carlos Pellegrini designó al santafesino Nicasio Oroño en la comisión encargada de combatir la langosta. Oroño era encargado de la Dirección de Tierras y Colonias de la Nación.



provisional y titular del Senado, doctor Nougés, de la libertad necesaria para hacer sentir el peso roquista en la maquinaria electoral del Acuerdo; para la rápida sanción del proyecto del Banco de la Nación Argentina; para firmar y cargar con la responsabilidad del decreto estableciendo el curso forzoso, «o quién sabe para qué combinación diabólica». Según otros, la presencia de Pellegrini implicaba la reafirmación del respaldo presidencial a la tambaleante situación galvista.

El «gringo» en Santa Fe

El presidente salió de madrugada desde Buenos Aires. A las siete de la mañana del día 5 de octubre arribó a la ciudad de Rosario, acompañado por su esposa, doña Carolina Lagos; su secretario privado, el doctor Abella, el doctor Eduardo Fernández García, Benjamín Basualdo y don Nicasio Oroño. En la estación del ferrocarril «Buenos Aires y Rosario» lo esperaban el jefe político de Rosario; el después diputado nacional doctor García González, y un centenar de personas, miembros de la magistratura, funcionarios públicos, personalidades del comercio, miembros de la prensa. Rindieron honores una compañía del 8 de Línea, que estaba en la ciudad para guardar el orden con motivo de la inscripción en el Registro Nacional, que se estaba verificando en esos días, y el Batallón de Bomberos, todos notificados recientemente de la visita. El mandatario y su reducida comitiva bajaron del tren solamente para desayunar y siguieron viaje rumbo a Santa Fe.

La primera declaración efectuada al pisar el andén de la capital provincial fue que no llegaba por razones de política local o nacional, y que venía a trabajar contra

la langosta y por la producción. Allí comenzó a sonar la banda y se oyeron algunos vivas a Alem, de ciertos osados partidarios que fueron a dar al calabozo. Los alumnos de las escuelas públicas y sociedades de extranjeros recibieron con algarabía al presidente, mientras éste se trasladaba, acompañado por el gobernador Cafferata, a la casa del senador nacional y gestor del galvismo como grupo político y progresista, doctor José Gálvez. Por la noche, la comisión directiva del club Autonomista (galvista) le tributó demostraciones de fervorosa adhesión. Toda la administración pública y los poderes del Estado paralizaron sus tareas a raíz de su presencia. Dentro de las actividades en la ciudad de Santa Fe, prometió al Colegio de la Inmaculada Concepción de los padres de la Compañía de Jesús devolver la validez nacional a sus estudios, que le había quitado el ministro Wilde durante la presidencia de Roca; visitó la Sociedad de Beneficencia, la de las Vicentinas, la Congregación de las Esclavas del Corazón de Jesús, el Colegio Adoratrices y las Hermanas de la Caridad.

La gira presidencial por las colonias

El presidente inició su visita a las colonias del oeste acompañado por el doctor Cafferata, el ministro Leiva, las señoras de Pellegrini y Leiva, Oroño, Urbano de Iriondo, Eudoro Rosas, Javier Silva, Romualdo Retamar, Vicente Arteaga, Eliseo Videla, etc. Es decir, lo más caracterizado del oficialismo. A seiscientos metros del convoy iba una máquina de exploración, a fin de descubrir cualquier desperfecto en las vías o evitar la detonación de bombas. De trecho en trecho, se hallaban ubicados piquetes de soldados de caballería, escondidos entre los trigales y árboles, y parecidas precauciones se observaron en las estaciones intermedias. En Gálvez, Gessler, San Carlos, Las Tunas, Franck, Pilar, Colastiné, Recreo, etc., Pellegrini estiró sus largas piernas y saludó a los niños de escuelas y al público en general, a la vez que dialogó con los vecinos sobre la plaga. En Esperanza, autoridades, colegios, sociedades de la colectividad italiana y suiza, lo acompañaron desde la estación. Visitó la próspera población en carruaje, y se detuvo en la fundición de elementos de labranza de Schneider Hnos. Entre las demostraciones de agasajo, se destacó la del Centro Político de Extranjeros, cuyos integrantes le pidieron que intercediera ante el gobierno provincial para la devolución del voto en las elecciones comunales, que se les había denegado a partir de la constitución provincial de 1890.

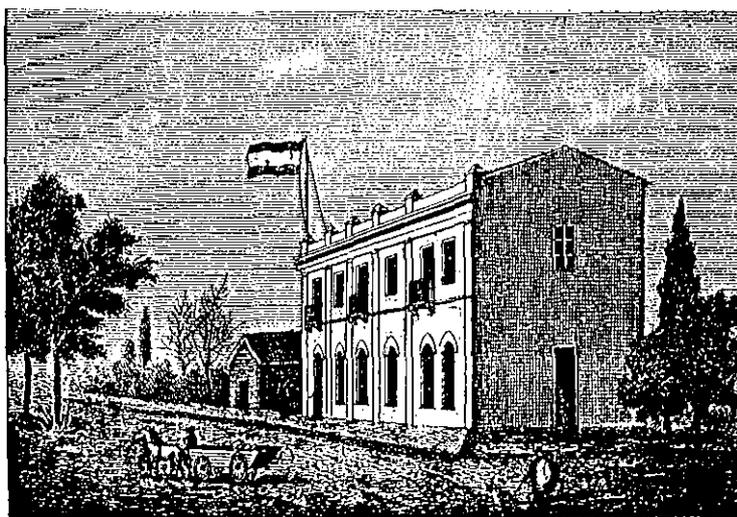
En Pilar, el toque de buen gusto y la nota más amena fue la recepción del mandatario por parte de catorce niñas, que simbolizaban las provincias argentinas y la Capital Federal. Ellas entonaron las estrofas del Himno Nacional, conmoviendo profundamente a los presentes. En Rafaela, la recepción fue imponente. Las colectividades extranjeras habían preparado en poco tiempo una colorida recepción y arcos de triunfo, uno decía «De Rafaela al Presidente de la República», y otro, el más ilustrativo: «Administración, trabajo, prosperidad».

También se le brindó un banquete costado por los vecinos.

Pellegrini, la langosta, la crisis y la política

En dicho viaje, el presidente redactó el conocido telegrama al doctor Nougés que adquirió publicidad y enorme difusión. Una parte del mismo era técnico, y se refería específicamente al problema de la langosta, demostrando la interiorización del mandatario: «la voladora cubriendo extensiones de centenares de leguas cuadradas, empezó por talar muchos trigales, que felizmente han retoñado, debido a lluvias oportunas y hoy están en excelente condición, pero si su perjuicio ha sido nulo, en cambio, ha dejado la tierra inundada de huevos en cantidades incalculables». Al mismo tiempo advertía: «esta saltona, convertida en voladora seguirá al sud y la provincia de Buenos Aires va a ser cubierta si no se preparan a atacarla desde el primer momento». La otra parte fue más polémica, por la repercusión que tuvo en la prensa y por abordar una cuestión de candente actualidad nacional: la superación real de la crisis. Exponía su sincera visión progresista de la siguiente manera: «He visitado las principales colonias de esta provincia, que presentan el espectáculo más consolador y que infunden mayor aliento en estos difíciles momentos. No hace muchos años, cuando viajaba desde Chicago hasta San Luis en un mar de trigo, calculaba cuántos años pasarían para que nuestro país pudiera presentar un espectáculo semejante. Hoy el espectáculo se reproduce aquí de Rosario a Santa Fe, por Gálvez y de Santa Fe a Rafaela; los ferrocarriles se cruzan en todas direcciones; y colonias como Rafaela, que hace pocos años era cruzada por el indio, la cruzan hoy seis líneas que la comunican con todos los extremos de la República, y después de las cosechas se tratan allí negocios por 30 millones de cereales. Las colonias fundadoras como Esperanza entran en una nueva evolución y se convierten en centros industriales. Treinta chimeneas marcan

Los colonos no daban abasto para satisfacer la creciente demanda de granos, aunque la producción triguera de Santa Fe superaba en 1891 a la de la provincia de Buenos Aires.





Molino y baños del Carcarañá. La lucha contra la langosta asumió proporciones de combate. En un solo día, ocho mil hombres le presentaron batalla.

el sitio de grandes fábricas, molinos, destilerías, grandes fábricas de cerveza, grandes curtiembres, fábricas de instrumentos de agricultura fundadas por un argentino. Un par de años de buenas cosechas y los colonos de Santa Fe habrán arado toda esta provincia e invadido las vecinas y territorios nacionales».

La prensa opositora local criticó inmediatamente la postura de Pellegrini, creyendo ver en ella un aval al modelo de gobierno galvista. En este sentido, el mandatario había visto lo que quería, ya que nada mencionaba de las quejas que le habían hecho llegar los extranjeros en lo referente al voto y a la creación del impuesto a los cereales; no había escuchado las quejas del radicalismo en lo concerniente al fraude que se estaba llevando a cabo en la Inscripción del Registro Cívico Nacional, etc. *La Prensa*, de Buenos Aires, inspirada en un ferviente opositor al galvismo, el doctor Estanislao Zeballos, efectuó una crítica demoledora de sus dichos, y *La Nación*, sostenedora del liberalismo mitrista santafesino, asociada aunque en forma más moderada a las censuras, comprensivamente expuso: «Participamos de su entusiasmo, ciframos como él nuestras esperanzas en el gran factor productivo que reemplazará la engañosa perspectiva de la especulación (...) pero la evolución de la riqueza no la hace tan sólo la fertilidad de los campos. Las leyes económicas no se hacen sembrando y recogiendo los productos del suelo. Las cosechas abundantes, en una palabra, no resuelven los problemas de finanzas de una nación».

El 8 de octubre, Pellegrini recibió un telegrama urgente del presidente interino, Nougués, solicitando su presencia en la Capital Federal. Partieron hacia ella la comitiva presidencial y la casi totalidad del gobierno santafesino: el senador Gálvez, el gobernador Cafferata, y el ministro Leiva. Así culminó la visita de tres días del «gringo» a Santa Fe, donde se cumplió lo vaticinado por él mismo: su ausencia de la capital sería mal interpretada por la prensa porteña y por la oposición santafesina. Lo cierto fue que la llegada del más alto dignatario de la Nación constituyó un gesto altamente valorado por los que estaban empeñados realmente en combatir la plaga, mientras que fue utilizado políticamente por quienes no participaban en las tareas contra la langosta o por los que no se veían directamente afectados por ella, tanto en el bando oficialista como en el opositor. ¿A qué colono que hubiese estrechado la mano del presidente se le podría hacer ver en esa presencia razones de conveniencias políticas y económicas? Los verdaderamente agradecidos fueron los sufrientes y laboriosos trabajadores, nacionales o extranjeros, muchos de los cuales días después saludaron a Leandro N. Alem durante su gira a las colonias para organizar su partido.

Pellegrini dejó a la comisión provincial contra la langosta 20.000 pesos. Una cantidad similar había autorizado a invertir el Congreso, para impulsar la vacunación de la viruela en la República. Era poco dinero si se lo compara con la utilización de fondos mayores con fines no sociales, cantidad considerable en cambio si se tiene en cuenta lo que se acostumbraba a otorgar en la época a la salud, seguridad o justicia (cuatro veces más que lo destinado anualmente para los Consejos de Higiene de la provincia de Santa Fe, igual al presupuesto anual de la Policía de la ciudad capital, o al presupuesto anual dedicado a las 102 jueces de paz). Y como ha pasado siempre en este tipo de fenómenos naturales, con la inversión de un peso se salvó la destrucción de una suma mil veces mayor. Las falencias en destinar recursos fue suplida por el compromiso, la solidaridad comunitaria, y la labor casi anónima e incansable de hombres como Florentino Loza.

La batalla ganada

Para fines de octubre de 1891 la batalla había sido ganada. En noviembre comenzaron las cosechas que fueron excelentes, prósperas y abundantes como pocas. El magnífico espectáculo de las estaciones de ferrocarril atestadas de trigo y lino se multiplicó por todos los puntos de la provincia. La producción desbordó toda previsión: hacían falta vagones, depósitos, peones y maquinarias. Los molinos habían llenado sus graneros para trabajar durante el año siguiente.

Políticamente 1892 fue un año tan tenso como el anterior. El proceso electoral para designar diputados al Congreso y para la presidencia de la Nación; las elecciones municipales; las presuntas revoluciones radicales; las oscilaciones del galvismo que, manifestándose acuerdista, seguía siendo roquista pero con simpatías modernistas, el debate por el impuesto a los cereales; el descontento político de los extranjeros del campo; el estado de sitio; los malones de indios y bandoleros en el norte; las revoluciones en provincias vecinas, fueron factores que generaron una constante conmoción. Nuevamente, el tema de la langosta quedó archivado en las preocupaciones del gobierno, para atender las contingencias inmediatas de la política, de la administración, de la crisis y del progreso.

El retorno de la plaga

Don Florentino Loza había advertido: «en 1892 volverá la langosta», y se necesitaba perfeccionar el accionar anterior, organizando a la provincia en tres grandes secciones, a cargo cada una de ellas de un inspector viajero, bien pagado y con la obligación de elevar informes quincenales. Más que dinero, hacía falta previsión. El año transcurrió sin tomar medidas al respecto. En agosto, la plaga amenazaba nuevamente al país. En



La magnitud de la plaga determinó que el propio presidente Carlos Pellegrini se trasladara a Santa Fe para observar sobre el terreno la catástrofe.

esos días se conoció un proyecto que el poder ejecutivo nacional envió al Congreso, en el que se repetían los lineamientos del remitido el año anterior, pero en el que se especificaban responsabilidades y funciones. Se obligaba a los argentinos mayores de 17 años a prestar su concurso, herramientas y animales para combatirla y extinguirla. Todo habitante de pueblos o colonias que no distasen más de tres leguas de los sitios invadidos por la langosta estaría obligado a contribuir a su destrucción. La Comisión Central sería presidida por el director del Departamento de Tierras, Inmigración y Agricultura (don Nicasio Oroño). Resultaba novedosa la creación de comisiones auxiliares y ambulantes que tendrían a su cargo la dirección de los trabajos en la zona rural afectada, y estarían compuestas por «agrónomos, peritos agrícolas o personas que puedan suplirlos». Los artículos 11, 12 y 13 del mencionado proyecto, que fue luego aprobado con leves modificaciones, reflejan la nueva actitud del gobierno nacional frente al flagelo: la Comisión Central estudiaría y propondría al ejecutivo las medidas adecuadas para prevenir el peligro de nuevas invasiones de langosta. Establecería premios para los que ensayaran a su costo procedimientos con resultados prácticos y eficaces contra la misma. Asimismo se autorizaba al poder ejecutivo a movilizar a la Guardia Nacional cuando la gravedad del caso lo requiriese. Esta mayor preocupación evidenciada por el poder central fue coronada por la autorización dada por el Congreso Nacional al ejecutivo, en el sentido de invertir durante el año hasta la suma de 500.000 pesos nacionales en toda la República. El senador José Gálvez propuso la cantidad y sostuvo su discusión en la cámara, al mismo tiempo que defendió el proyecto de autorizar a empresarios particulares la construcción del teléfono y telégrafo a las colonias.

Particularidades de la campaña de 1892

El gobierno provincial, otra vez con la langosta en el territorio santafesino, decretó nuevamente el 14 de setiembre de 1892 la constitución de su Comisión Central, presidida por Loza. A diferencia de lo ocurrido el año anterior, dicho funcionario contó con el máximo apoyo del ministro de Agricultura, Justicia e Instrucción Pública, doctor Gabriel Carrasco, hombre profundamente interiorizado científica y prácticamente acerca de la langosta. Este estadista auguró que la plaga del 92 sería mayor que la del año anterior, batiendo todos los records. Una semana más tarde, los jefes políticos fueron notificados que debían asumir la dirección de la lucha en sus departamentos, a excepción de aquéllos donde las municipalidades disponían de autoridades propias. En ciudades con vitalidad y potencialidad en expansión como Esperanza y Rafaela, el combate de las mangas comenzó a convivir con las prácticas sociales ininterrumpidas, aún en pleno proceso electoral local y con mitines de protesta de extranjeros. Así, el alemán que madrugaba aplastando la langosta, por la mañana participaba de una concentración política, y por la tarde celebraba alguna fiesta de su colectividad, cantaba: «Heuschreckenn und Caffé-rate Zwei plagen...!!!», es decir, «La langosta y Cafferata, he ahí las dos plagas». La lucha contra el insecto encontró en 1892 a una población ya práctica. Comisiones departamentales y seccionales comunicaban partes victoriosos. Por ejemplo, cuando la gran manga llegó a Cañada de Gómez, bajo el lema «la lucha es acción patriótica», las cuadrillas de habitantes, beneficiadas por el viento sur, destruyeron a las langostas asentadas en los cultivos en cuatro horas de trabajo.

El gobernador Cafferata, que se hallaba en noviembre en Buenos Aires gestionando fondos para las obras de defensa del puerto de Santa Fe y tramitando un acuerdo con los acreedores ingleses, se entrevistó, acompañado de Florentino Loza, con el ministro del Interior del ahora presidente don Luis Sáenz Peña, doctor Manuel

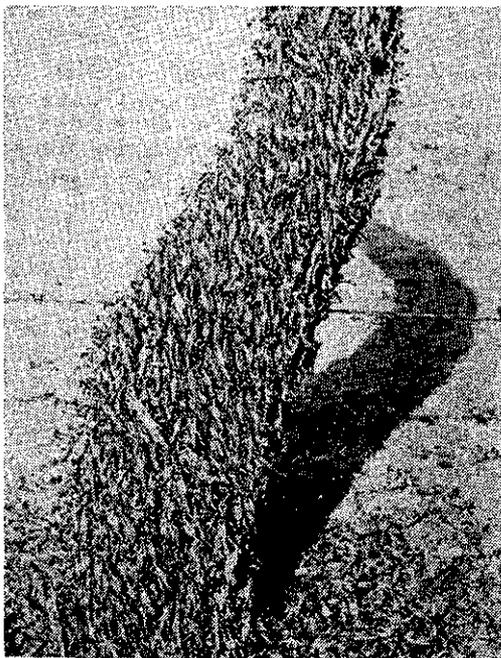
Edificio de la antigua Aduana de Santa Fe, demolido en 1895. Puerto, trenes, telégrafo: todo convergía en un centro dinámico estimulado por las colonias agrícolas.



Quintana, quien le entregó 40.000 pesos para distribuir entre las comisiones departamentales. Pero este incremento de sumas destinadas a Santa Fe no influyó en una vigorización de las autoridades ni aumentó el sentido de compromiso y las energías desplegadas en el campo. El factor humano actuaba ya desde meses antes sin auxilio económico. Paralelamente, en la casi totalidad de los departamentos de la provincia la langosta saltona estaba ya en pleno periodo de germinación. Ante la gravedad de los sucesos, el presidente de la Comisión Central de Santa Fe remitió al ministro Quintana una caja de langostas de nueva generación, para que se cerciorase de la peligrosidad del insecto.

El titular de la cartera del Interior le telegrafió inmediatamente el 16 de noviembre afirmándole que «me he impuesto con pena de los estragos producidos en las colonias de esa progresista provincia», por lo que enviaba con el gobernador Cafferata 10.000 pesos más. Sin embargo, lo que Loza quería no era dinero, sino una mayor atención de los poderes públicos. El departamento Rosario recibió una porción mínima de los recursos otorgados por la Nación, pero los estancieros de la zona ofrecieron sus propios recursos para la acción conjunta. La lucha escapó de las manos de la Comisión con sede en Santa Fe, jugándose cada comunidad su suerte. Es que en tamaña dimensión de tierras cultivadas, cada porción presentaba una realidad distinta. No era, por ejemplo, el mismo efecto de la langosta en Arroyo del Medio Abajo, Arroyo del Medio Centro y Arroyo del Medio Arriba.

Mientras en uno se combatía al insecto en germen, en el otro se lo atacaba vivo y el tercero prácticamente no había sufrido la acción de las mangas. Las comisiones de dichos distritos notificaron su constitución al organismo provincial, quizás después de haber pasado el peligro inminente y vencido a la langosta.



La langosta no se detenía ante nada. Devoraba primero la vegetación más tierna, seguía con la corteza de los árboles y terminaba con los postes de alambrados.

FLORENTINO LOZA, PROMOTOR INCANSABLE DEL PROGRESO INTEGRAL.

El coronel Florentino Loza es uno de los tantos hombres de Santa Fe de trascendencia pública nacional, cuya figura no ha sido estudiada ni esbozada en una mínima biografía. Mencionamos los hitos principales de su trayectoria. Nació en la provincia de Corrientes, donde se distinguió por su actuación política, social y militar. En tiempos de la guerra del Paraguay fue uno de los comandantes de las tropas correntinas hasta la rendición de Uruguayana. Luchó contra López Jordán durante las rebeliones de 1870 y 1873 a las órdenes de los generales Gelly y Obes, Vedia y Gainza. Decidió establecer su residencia en la ciudad de Santa Fe, atraído por la pujanza de la provincia y por las posibilidades que brindaba la capital, entre ellas la posibilidad de que estudiase en el prestigioso Colegio de la Inmaculada Concepción de los padres jesuitas sus hijos Florentino y Leonidas, que luego continuarían sus estudios en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires. Como muchos otros jóvenes, retornarían a mediados de la década de los ochenta a su provincia adoptiva, agrupándose en el círculo juvenil ilustrado del galvismo, del cual Florentino hijo sería legislador provincial.

Por su parte, el coronel Florentino Loza militó en el oficialismo santafesino a través del Partido Autonomista Nacional. En la ciudad de Santa Fe fue presidente del Concejo Deliberante Municipal, inspector de escuelas y diputado provincial irondista en el periodo 1880-1884. Paralelamente se desempeñó como comisario de Inmigración y presidente de la Comisión de Salubridad Pública durante la epidemia del cólera de 1886. Como resultado de su iniciativa y empeño logró la creación del lazareto más importante de la provincia.

A la par de estas tareas comunitarias relacionadas con el progreso administrativo y sanitario, no descuidó la marcha de sus negocios particulares vinculados al surgimiento de la industria aceitera en Santa Fe. En junio de 1886 solicitó al gobernador José Gálvez, y este a su vez remitió con opinión favorable a las cámaras legislativas, la exoneración de impuestos por quince años para establecer una fábrica de aceite en la localidad de Helvecia, que le fue concedida. En 1889 ejerció la presidencia de la comisión de propaganda de la Primera Exposición Ganadera y Agrícola de la provincia de Santa Fe. En 1892 participó del primer Congreso Agrícola, celebrado en la ciudad de Esperanza. Políticamente se asoció a los objetivos del círculo del gobernador Gálvez, que irrumió en aquellos años desplazando al tradicional elemento irondista. Don Florentino Loza fue un galvista «neto», es decir, adherente incondicional a todos los puntos del programa progresista. Estaba impregnado del espíritu y visión galvista de la realidad. Así decía: «los opositores no pueden resistir a la verdad, y negar la obra de Gálvez, cada vez que sienten el silbato de los ferrocarriles que cruzan toda la provincia, desarrollando en paz y libertad, todos los progresos que fecundizan los intereses públicos y privados, ¡hasta el punto que en Santa Fe no hay pobres!».

Al igual que los doctores Cafferata, Carrasco, Blanco, Terrasa, Leiva, Alcacer, etc., futuros gobernadores y ministros de la provincia, el coronel Loza participó de la Convención Constituyente que sancionó la Constitución provincial galvista en 1890. Se encontraba en plena lucha contra la langosta cuando fue «electo» senador provincial en 1892, ocupando dicha banca hasta 1895, mientras su hijo, del mismo nombre, se desempeñaba como diputado. El 30 de julio de 1893 fue nombrado por el gobernador Cafferata miembro de la Junta de Guerra para reprimir el levantamiento radical en Rosario y defender a Santa Fe del sitio. Fue comisario general del Censo Nacional en 1895 en la capital provincial, y miembro de la Junta del Crédito Público. También presidió la Comisión Provincial contra la Langosta en 1891, 1892, 1901, 1902 y 1903. En el año 1905 se le encomendó la presidencia de la comisión del sur provincial para socorrer a los inundados en el temporal de ese año. Su última actuación pública la encontramos entre 1903 y 1906, como diputado provincial. En síntesis, fue un hombre integral, para el progreso general del pueblo y provincia de Santa Fe, ya que no se limitó a la prosperidad de su industria particular, sino que encabezó una docena de comisiones de bien público.

Una cosecha record

La lucha presentada en noviembre y principios de diciembre permitió que se iniciaran con éxito las cosechas que, al igual que la del 91, superaron todas las expectativas. El ministro de Hacienda de la Nación, Romero, otorgó al Banco de la Nación de Santa Fe la suma de 500.000 pesos, para consolidar su posición y para que dicha institución concediera los créditos necesarios a los colonos que vieran excedidos sus recursos en la tarea de levantar cosechas por lo enorme de la producción. El mes de diciembre fue el momento de mayor actividad agraria, ya que comenzaba a recogerse el trigo y lino, y de 8 a 10 mil máquinas de segar se ponían en funcionamiento. En los departamentos del norte, las cosechas de trigo fueron, en promedio, un 50 por ciento mayores que las del año anterior, y las de lino, un 200 por ciento. En las localidades del centro de la provincia, las cosechas serían un 25 por ciento mayores. En Esperanza fueron iguales que en 1891, pero sus trigales alcanzaron mayor calidad. En los departamentos del sur la cosecha fue mayor en un 40 por ciento. Habitantes provenientes de las ciudades y provincias vecinas venían temporariamente a ofrecer sus cotizados brazos. Desgraciadamente, la baja en los precios del cereal hizo que las ganancias fueran las mismas o menores que las del año anterior, y por lo tanto fueron más reducidos los ingresos de la provincia.

Como en el año anterior, nuevamente Santa Fe había vencido la dura prueba, contribuyendo a la superación de la crisis económica nacional. Atrás quedaban los esfuerzos anónimos y los grandes gestos humanos de funcionarios responsables. También las mezquindades, la imprevisión y la lentitud en definir prioridades. Ni la langosta, ni las falencias administrativas del precario y embrionario estado provincial, ni las pasiones políticas descontroladas, opositoras u oficialistas, pudieron frenar la potencialidad productiva de Santa Fe, que era, ni más ni menos, el reflejo del espíritu laborioso, progresista y superador de sus habitantes.



Una plantación de maíz de Rufino luego de una invasión de langostas en 1907.

TALLER DE HISTORIA ARGENTINA

«FRACTURAS Y CONTINUIDADES»

Lic. Florencia Guzmán

Lecturas grupales

Audiovisuales

Análisis de textos

Temáticas consensuadas

HISTORIADORES
INVITADOS:

Dr. FELIX LUNA

Lic. MARIA SAENZ QUESADA

INFORMES.
Tel. 476-2000
(dejar mensaje
en contestador)

SEDE:
Montevideo 595
6° piso "C"
Capital



Actualmente la fotografía forma parte inseparable de nuestra vida cotidiana, sus imágenes se han incorporado de tal manera en la sociedad que nos topamos con ella en cualquier rincón de nuestra existencia.

La fotografía preside todos los acontecimientos, tanto públicos como privados de la humanidad, hasta el punto que ella es sinónimo de autenticidad; se supone que una foto es el procedimiento de reproducción más fiel e imparcial de la vida social.

ABEL ALEXANDER

«El Daguerrotipista», carte-de-visite. Circa 1860. Colección Museo Fotográfico Adolfo Alexander

LA

En el campo de los grandes inventos, la fotografía sólo ha cumplido 154 años de vida, pero en este corto siglo y medio de existencia, su presencia y posterior evolución cambiaron las características del planeta.

Sin embargo, los orígenes de este nuevo arte son poco conocidos por el público en general; hoy en día la misma palabra *daguerrotipo* suena a cosa extraña y pocas personas conocen su significado.

El daguerrotipo, verdadero padre del cine, abuelo de la televisión y bisabuelo del video o las imágenes satelitales, nació oficialmente en la ciudad de París el 19 de agosto de 1839, cuando el diputado y astrónomo François Arago (1786-1853) reveló públicamente los secretos del procedimiento llamado «*daguerreotype*» frente a los miembros de las Academias de Ciencias y Bellas Artes de Francia.

En esta cuna científica y artística --dualidad fascinante--, abrió sus ojos esta nueva maravilla del ingenio humano; el hombre capturaba finalmente las fugitivas imágenes de la cámara oscura y las retenía, celoso, entre los estrechos límites de una misteriosa plancha espejada. Este hito, último eslabón de una larga cadena de sabios e investigadores, era el resultado de los desvelos de los notables franceses, Joseph Nicéphore Niépce (1765-1833) y Louis Jacques Mandé Daguerre (1787-1851). La noticia conmocionó al mundo entero y se esparció a velocidades asombrosas para las comunicaciones de la época: ya en febrero de 1840, una cámara marca «Giroux» fabricada bajo licencia del mismo Daguerre, se encontraba tomando vistas urbanas del centro de la ciudad de Montevideo.

El operador pionero de este equipo en la América del Sur, era un joven y simpático sacerdote, de nombre Louis Compte, y oficiaba como capellán de una curiosa expedición científico-pedagógica que circunnavegaba el globo a bordo de la fragata *L'Orientale*.

Lamentablemente su cámara no pudo cruzar el Río de la Plata rumbo a Buenos Aires, pues la Argentina de Juan Manuel de Rosas se encontraba en estado de beligerancia con Francia. Nuestro país debió en consecuencia esperar tres largos años para conocer esta maravilla europea.

Finalmente, el 22 de junio de 1843, los lectores habituales de *La Gaceta Mercantil* se sorprendieron con un anuncio, que hoy es histórico: «El señor Elliot tiene el honor de anunciar al respetable público de Buenos Aires, que acaba de llegar de los Estados Unidos provisto de todas las máquinas perfeccionadas del Daguerrotipo (...) tengan a bien concurrir a la Recoba Nueva, en

MAGIA DEL DAQUERROTIPO



Daguerrotipo del general Urquiza. Circa 1855. Museo Fotográfico Adolfo Alexander.

los altos N° 56. Plaza de la Victoria». A partir de Gregorio Ibarra (1814-1883), introductor de las primeras cámaras del americano John Elliot (1815-1875), nuevos hombres comenzaron a sumarse a la larga lista de profesionales dedicados a producir estos costosos retratos, llamados posteriormente con justicia, como los «espejos con memoria».

Rescatamos por su pionerismo en el ámbito porteño las actuaciones de John Armstrong Bennet (1818-1880), Robert Leys, Thomas Columbus Helsby (1802-1872), Henry North, Charles de Forest Fredricks (1823-1894) y Antonio Pozzo (1829-1910).

En el interior del país debemos mencionar al alemán Adolfo Alexander (1822-1881), activo en la región de Cuyo; Aristides Stephani, quien recorrió varias provincias del Litoral, y el célebre Cándido López, quien operó hasta 1865 en la campaña bonaerense.

La historia de estos primeros «profesores en el arte del daguerrotipo» como se autodenominaban en forma pomposa, representa un capítulo apasionante de la historia de nuestra fotografía en la que todavía existen serias lagunas de investigación sobre algunas regiones.

La mayoría de estos profesionales eran extranjeros, provenientes de los Estados Unidos y Europa:

Anuncio del daguerrotipista Gregorio Ibarra, en La Gaceta Mercantil el 16 de junio de 1843.

¡Viva la Confederación Argentina!
¡Mueran los salvajes Unitarios!
El Daguerrotipo.
En la librería y litografía Argentina de G. Ibarra, calle de Potosí No. 28.
ESTA maravillosa invención de nuestro día, cuyo agente principal es la luz solar, en el corto espacio de algunos minutos para fijar sobre una lámina de plata la imagen de cualquier objeto, con la exactitud del buril más delicado; aplaudida y generalizada en toda la Europa, ha recibido considerables adelantos. Al alcance de ellos y poseedor de dos máquinas perfeccionadas con todos sus accesorios, para retratos, vistas y planos, el director de este establecimiento tiene la satisfacción de ofrecer al público sus servicios en este nuevo ramo de las bellas artes; debiendo dar principio á sus tareas el Viernes 18 del corriente mes. j18 15s.

algunos tenían formación artística, pero otros eran verdaderos improvisados que se sumaban a una exitosa profesión: a los pintores fracasados y miniaturistas desplazados, se sumaban dentistas, joyeros, plateros y comerciantes en general. Era común ejercer la retratística combinada con otra actividad. Es interesante señalar que muchos de ellos fueron espías al servicio de las grandes potencias.

Todos ellos llegaron a estas tierras en el contexto de largas «giras artísticas», llenas de peligros y peripecias, provenientes de dos «corrientes viajeras», la del Atlántico y la del Pacífico. Algunos, como en el caso de Alexander, formaron una familia y se radicaron definitivamente en la Argentina.

Hoy, en los umbrales del siglo XXI, se nos hace difícil imaginar el impacto que representó para aquella sociedad, casi colonial, el advenimiento de este revolucionario sistema francés.

Frente a la misteriosa cámara de madera, posaron muy tiesas aquellas damas de amplísimas faldas, junto a rígidos caballeros de galera y bastón, todos ellos sujetados por la nuca, gracias al empleo de ganchos metálicos. Los niños, por su naturaleza inquieta, eran la pesadilla de aquellos retratistas gringos.

Apuntados por aquellos enormes objetivos de bronce, enfrentaban inmóviles y por vez primera la posibilidad de obtener sus fidedignas efigies, gracias a teorías físicas y manipulaciones químicas. La subjetividad del

pintor quedaba superada por las espejadas imágenes logradas a partir de «... la fuerza del sol».

Gracias a estos retratos, al daguerrotipo y ambrotipo, hoy podemos contemplar los rostros verdaderos de nuestros grandes próceres, como el general San Martín, el almirante Guillermo Brown, Juan Bautista Alberdi, o figuras femeninas de la talla de Manuelita Rosas, Mariquita Sánchez de Thompson, o la patética figura de Camila O'Gorman.

Las opiniones dispares de aquella época frente a este invento están reflejadas en el mismo Rosas, quien nunca permitió que se le tomara un retrato por este sistema, por considerarlo, despectivamente, como «cosa de gringos». Su oponente político, Justo José de Urquiza, debía de tener, sin embargo, otro concepto, pues sus retratos por el sistema de Mr. Daguerre son numerosos y hoy se conservan en distintos museos nacionales y provinciales. Uno de estos daguerrotipos se exhibe en el Museo Histórico Nacional de Montevideo. Lamentablemente este procedimiento y sus

sucedáneos más económicos, como el ambrotipo y el ferrotipo, tuvieron una corta vida en la preferencia del público, dado que dos décadas después fueron reemplazados por la práctica fotografía o sistema negativo-positivo.

Técnicamente podemos decir que el daguerrotipo consistía en una plancha delgada de cobre bañada en plata. Ésta se pulimentaba hasta dejar su superficie como un espejo, a continuación era sensibilizada con vapores de yodo y luego de bromo.

Acto seguido, y siempre en la oscuridad, se la introducía en la cámara; luego de la toma se revelaba la imagen latente gracias a los vapores de mercurio, por último se fijaba la imagen y se lavaba con abundante agua toda la pieza.



El daguerrotipista y profesor de fotografía Adolfo Alexander (Hamburgo 1822- Buenos Aires 1881) Autorretrato.

El resultado de estas complejas operaciones era una imagen fotográfica positiva sin posibilidad de copias... pero con una calidad y definición extraordinarias. Tan frágil como las alas de una mariposa — se pasa el dedo, desaparece la imagen —, estos primitivos retratos se colocaban para su protección en lujosos estuches, primero de cuero marroquí y luego de material termoplástico.

Para las planchas mayores, era común los finos marcos de madera de caoba: las damas tenían verdadera debilidad por los daguerrotipos miniatura: éstos venían engarzados en finas joyas de oro y plata, como anillos, guardapelos, camafeos y hasta en abanicos o pulseras trenzadas con cabello humano.

Como una concesión hacia la pintura, era muy común el coloreado de las mejillas, y toques de oro sobre las joyas femeninas y las charreteras de los uniformes militares. Aunque el noventa por ciento de estas obras están dedicadas al retrato posado en estudio, todavía se

conserva en el Museo Histórico Nacional una valiosa colección de vistas urbanas sobre Buenos Aires, algunas obtenidas durante la década de 1850 por el norteamericano Charles de Forest Fredricks; varias de estas vistas fueron donadas en 1890 por Carlos Pellegrini.

Como curiosidad de la época, debemos mencionar algunos retratos estereoscópicos, obtenidos gracias a una cámara con dos objetivos que debían observarse con visores especiales para apreciar la sensación tridimensional o de «bulto» como fue bautizado por el pueblo. No faltaron los extremos iconográficos, como la secreta fotografía del desnudo o los estremeedores daguerrotipos mortuorios de niños y adultos.

A diferencia de otros países de la región, la Argentina cuenta con un rico acervo de estas tempranas imágenes fotográficas; por la importancia de sus colecciones, se destacan el Museo Histórico Nacional y el Complejo Museográfico Enrique Udaondo de Luján, ambos repositorios con más de cien piezas cada uno.

Un caso aparte lo representa el Museo Pampeano de Chascomús; allí se exhiben con cariño más de setenta daguerrotipos y ambrotipos de la región, la mayoría donados por el doctor Julio Felipe Riobó, pionero de las investigaciones históricas sobre este tema.

Gracias a la acción del Centro de Investigaciones sobre Fotografía Antigua en la Argentina (CIFAA) Doctor Julio F. Riobó, se ha logrado en los últimos años atenuar

OBSERVACIONES MÍNIMAS DE PRESERVACION Y CONSERVACION

- 1— Guardar las fotografías en el lugar más fresco y seco del edificio. El calor y la humedad excesiva son coadyuvantes para importantes deterioros, como por ejemplo la actividad química residual del hiposulfito de sodio, que amarillenta y desvanece la imagen, o también la contaminación de hongos y microorganismos que corroen y solubilizan la emulsión.
- 2— Preservarlo todo lo posible del polvo, los gases contaminantes de productos químicos para limpieza, pintura fresca, lacas o solventes en general.
- 3— De ser posible, guardar el material en muebles metálicos de buena calidad, manteniéndolos debidamente ventilados.
- 4— Utilizar fundas individuales adecuadas para cada formato de papel no ácido, o en su defecto, plásticos como el Nylon, Poliester, Triacetato de Celulosa o bien Polietileno. Nunca utilice para fundas P.V.C. (Clorato de Polivinílico).
- 5— No amontonar, en lo posible, el material. Es aconsejable guardar las copias en carpetas colgantes. Los negativos de vidrio no deben guardarse apilados unos sobre otros. Deben colocarse parados de canto, excepto en caso de grandes planchas.
- 6— Se debe guardar por separado el material según su respaldo o característica, copias de papel, daguerrotipos, transparencias, negativos de vidrio.
Importante: los negativos de nitrato de celulosa deben guardarse por separado de otros, ya que este material se descompone, generando ácidos dañinos para el resto del material, llegando a veces, a la auto-combustión.
- 7— No escribir sobre las fotografías, ni con bolígrafos, ni con tintas de ninguna especie. Tampoco sobre la emulsión o el reverso de las copias.
- 8— No usar telas adhesivas ni pegamentos modernos, tanto sobre la emulsión, como en el reverso de los negativos y copias. No usar etiquetas autoadhesivas sobre las fotografías, ni tampoco sobre los envoltorios que las contengan.
- 9— No colocar los dedos sobre la emulsión de los negativos o de las copias, tomar siempre el material por sus bordes sin apoyar las manos sobre él. Usar, en lo posible guantes de algodón blancos y limpios.
- 10— Hasta conocer los métodos correctos, limpiar las copias y negativos con

la emigración de estas piezas históricas hacia el exterior, conformando en contraposición un activo núcleo de coleccionistas argentinos. Desde su creación en 1985, esta entidad ha tomado sobre sus hombros la responsabilidad de promover entre la población un sentido conservacionista hacia las antiguas imágenes de familia; su lema de combate es bien claro al respecto, pues afirma: «No destruya sus fotografías antiguas: pertenecen al patrimonio cultural de nuestra nación». Paralelamente, el Centro de Investigaciones ha realizado diversas exposiciones, como la «Tercera Exposición Nacional de Daguerrotipos, Ambrotipos y Melanotipos», organizada en 1986 en varias salas del Museo Pampeano de Chascomús, y la muestra «Daguerrotipos en la Plaza de Mayo», efectuada en 1988 en la galería de arte Alejandro Bustillo del Banco de la Nación Argentina.

Precisamente este año se conmemora el 150° aniversario de la fotografía argentina; esta fecha nos invita a una seria reflexión sobre la importancia de revalorizar estos inigualables documentos visuales del ayer, que representan en su conjunto nada menos que la historia de nuestra patria en imágenes «sensibles».



un pincel de pelo de marta muy suavemente, o en su defecto, utilizar un pincel soplador que se adquiere en los comercios de fotografía.

- 11 - No utilizar ganchitos o clips de metal para mantener juntas las copias o los negativos, cuidado con carpetas o sobres que posean elementos metálicos, su probable oxidación hace estragos en el material fotográfico.
- 12 - Las banditas elásticas de goma, son material prohibido en un archivo fotográfico.
- 13 - Evitar la exposición directa y constante del material fotográfico a la luz natural, los rayos del sol afecta notablemente las copias. Evitar la iluminación con tubos fluorescentes.
- 14 - Prohibido comer y fumar en los archivos fotográficos, el humo del tabaco daña las emulsiones.
- 15 - La fotografía antigua es de enorme valor documental, bajo ningún punto de vista este material debe salir de su repositorio natural, para su préstamo o reproducción.
- 16 - Las reproducciones fotográficas de los originales de época se realizarán siempre y en todos los casos en el museo o archivo y bajo la supervisión de sus autoridades.
- 17 - Para la exhibición de fotografía antigua, se aconseja que se utilicen reproducciones de buena calidad, los originales son muy delicados, y pueden sufrir daños a veces de magnitud.
- 18 - Nunca exhiba o coloque una fotografía de época, apoyada sobre el vidrio directamente, este procedimiento daña la copia por ferrotipos y por humedad.
- 19 - Mantener el archivo fotográfico perfectamente limpio, en sus paredes, techos y pisos. Se desaconseja el uso de cortinas, alfombras y otros adornos que acumulen polvo.
El repositorio debe airearse en forma regular, en días y horas apropiadas, o sea con baja humedad y calor relativo. Las colecciones fotográficas deben revisarse varias veces al año, como una forma de precaución, ante posibles deterioros.
- 20 - Como una forma de divulgar estos conceptos, se puede reproducir esta cartilla museológica, para ser enviada a otras entidades vinculadas al tema o para su reproducción en los medios de difusión local.

Abel Alexander.

Gabinete de Artes Visuales

RESTAURANT

Salsor

**CORDOBA 451
CAPITAL
312-8730**

TODO ES HISTORIA • 77

LA PERSONA INDICADA EN EL LUGAR INDICADO.

SIN DUDA, LA FORMULA DEL EXITO.

Lograr la combinación perfecta depende de la información.

El **con quién** y **en dónde** está en nuestra Publicación. Que cuenta con los componentes más frescos del mercado por su triple actualización: **QUINCENAL** con la renovación del contenido de los Tomos, a cargo de nuestro personal. **SEMANAL** por el Reporte con los cambios y hechos más destacados. Y **DIARIA** por consultas urgentes o ampliatorias, por teléfono o fax.

Ponemos a su alcance -entre otras cosas- **nombres, direcciones y teléfonos**, debidamente chequeados, para que logre la fórmula perfecta del éxito.

Llámenos, queremos poder felicitarlo.

TOMO I

PODER LEGISLATIVO Y PARTIDOS POLITICOS

Cámaras Legislativas, Autoridades y Comisiones, Partidos Políticos Nacionales, Legislaturas Provinciales.

PODER EJECUTIVO NACIONAL- ORGANIGRAMA

Presidencia de la Nación: Ministerios, Secretarías, Sub-Secretarías, Direcciones Nacionales, Fuerzas Armadas y de Seguridad.

PODER JUDICIAL

Dependencias y Funcionarios de la Corte Suprema de Justicia, Tribunales Provinciales.

ORGANISMOS Y EMPRESAS DEL ESTADO

Organismos autárquicos y/o descentralizados y Empresas Mixtas.

MUNICIPALIDAD DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Dependencias y Funcionarios. Concejo Deliberante.

GOBIERNOS PROVINCIALES

Ministerios, Secretarías, Organismos descentralizados, Intendencias Municipales.

TOMO II

INFORMACION ESTADISTICA DE LA ACTIVIDAD ECONOMICA NACIONAL

Indices de precios al consumidor, mayoristas, agropecuarios, de la construcción, datos demográficos, censos.

CUERPO DIPLOMATICO

Representantes de Organismos Internacionales, Consulados y Consejerías Económicas Argentinas acreditadas.

BANCOS Y ENTIDADES FINANCIERAS

Bancos Nacionales, Provinciales, Municipales y Privadas, Tarjetas de Crédito.

SOCIEDADES COMERCIALES

Nómina de Directorios y de Ejecutivos de Sociedades Anónimas, Cooperativas, etc.

ENTIDADES EMPRESARIAS

Asociaciones, Uniones, Centros, Federaciones, Confederaciones y Cámaras del país.

SINDICATOS

Asociaciones Sindicales, Federaciones y Sindicatos. CGT.

TOMO III

MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL

Gráficos, radiales y televisivos, agencias de noticias, entidades relacionadas a los medios de comunicación social, agencias de publicidad.

INFORMACION DE USO DIARIO

Galerías de Arte, Museos, Teatros y Cines. Shoppings, Hoteles. Compañías de Transporte, etc.

ENTIDADES PROFESIONALES, CIENTIFICAS Y FUNDACIONES

Academias, Asociaciones, Centros, Círculos, Colegios, Federaciones, Foros, Institutos, Mutuales, etc.

MERCOSUR - MERCADO COMUN DEL SUR

Argentina - Brasil - Paraguay - Uruguay Autoridades y Estadística.

CULTO

Autoridades de los distintos credos acreditados en el país.

CURRICULUM VITAE

Biografías de personalidades destacadas en la actividad oficial y privada del país.

DISPONIBLE EN DISKETTE.

A Requerimiento: Listados, Balances, Decretos, Discursos, Informes Especiales.

COMUNICACIONES EMPRESARIAS

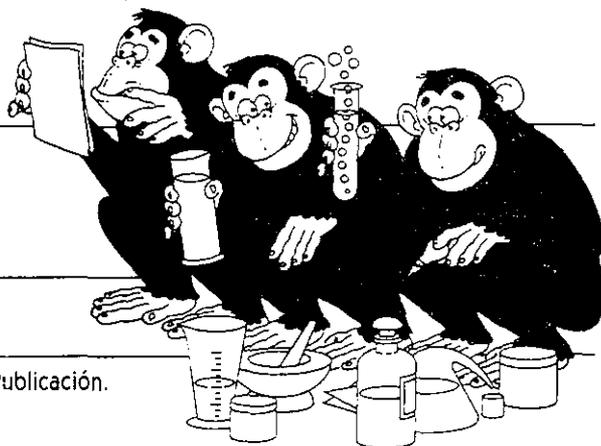
INFORMACION ACTUALIZADA PARA EMPRESAS

SAUL B. NIETO DIAZ DE VIVAR
Director General

Que su secretaria nos llame y ampliaremos información sobre nuestra Publicación.

Teléfono/Fax: 381-7023 / 2068 / 2080 / 5347.

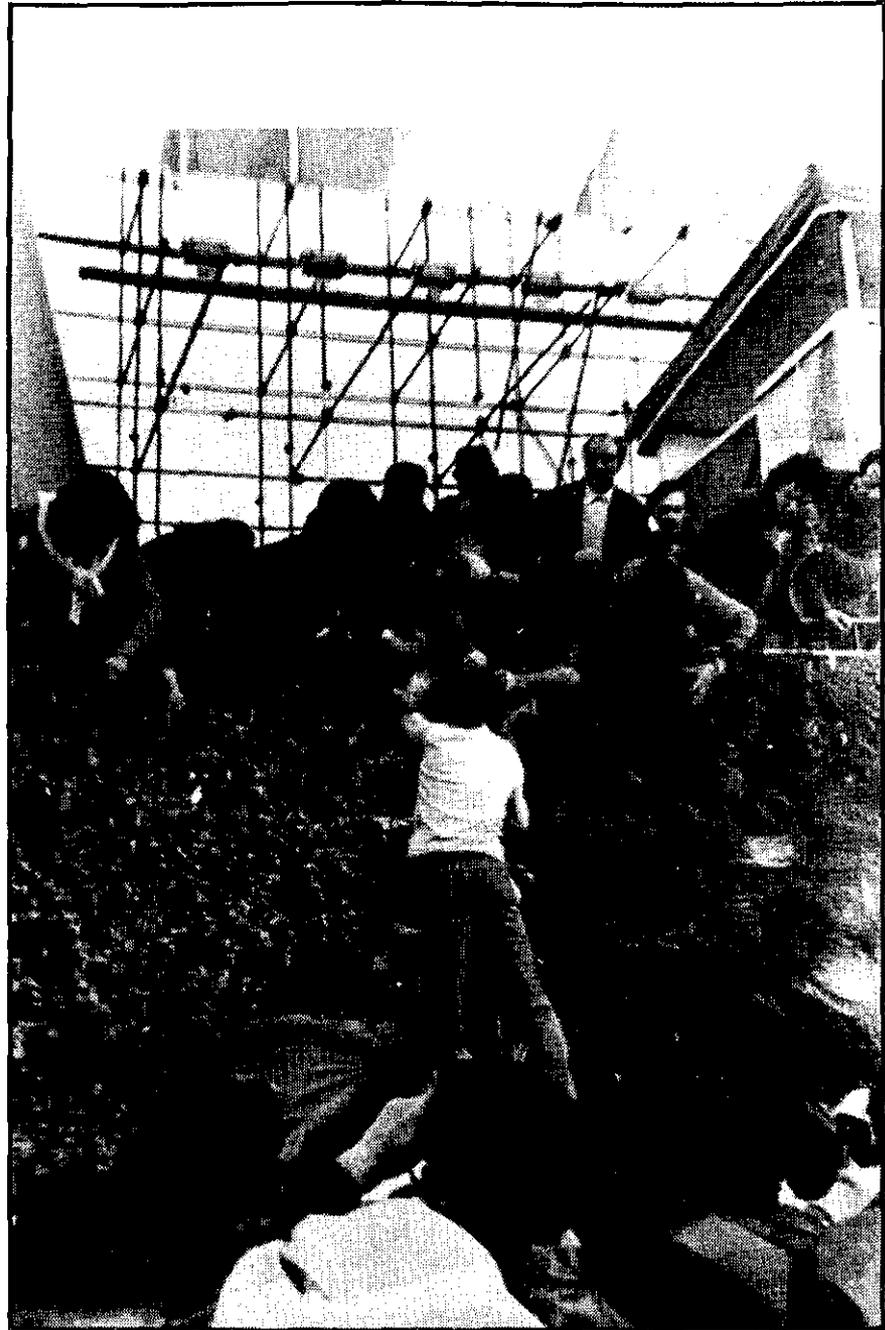
Moreno 1270 3er. piso Of. 312. Capital Federal



El palco oficial se convirtió en epicentro del sangriento ajuste de cuentas entre grupos de la derecha y la izquierda peronistas. Leonardo Favio intentó, antes del drama, entusiasmar a la concurrencia con cánticos y consignas.

TESTIMONIO

EZEIZA, VEINTE AÑOS DESPUES



EL DEFINITIVO RETORNO DE PERON AL PAIS PRODUJO LA MAYOR MOVILIZACION POLITICA DE LA HISTORIA ARGENTINA. TODAS LAS ILUSIONES, Y TAMBIEN TODAS LAS TENSIONES, SE CONCENTRARON EN TORNO A ESTE ACONTECIMIENTO. LOS ESPERANZADOS MARCHARON CON ANIMO FESTIVO A EZEIZA BUSCANDO REENCONTRARSE CON UN PERON QUE SE OFRECIA COMO «PRENDA DE PAZ». QUIENES PRETENDIAN ARRANCAR A PERON UNA DEFINICION DE LA FEROC PUGNA INTERNA

LLEGARON ARMADOS CON EL OBJETIVO DE CONTROLAR EL PALCO, PRIMER PASO PARA CONTROLAR AL LIDER. LA MAS GRANDE CONCENTRACION POLITICA SE CONVIRTIÓ EN MINUTOS EN LA MAYOR BATALLA CAMPAL. NO TODOS IBAN A LO MISMO. LA FESTIVIDAD TERMINO EN TRAGEDIA. NUNCA SE SABRA TODO LO QUE ALLI OCURRIO. AUNQUE NUEVAS Y DIFERENTES MIRADAS AYUDEN A ACHICAR LOS CONOS DE SOMBRAS, Y PROYECTAR MAS LUZ.

ALBERTO BLASI BRAMBILLA

El 20 de junio de 1973 el general Juan Domingo Perón regresó al país desde Madrid, luego de dieciocho años de exilio, en cuyos tiempos finales residiera en la suntuosa mansión de la Puerta de Hierro, y tuviese el raro privilegio de asistir a la inauguración de su propia estatua, mandada erigir por Franco. Que yo sepa, sólo otro hombre paseó en vida a la sombra de su bronce: el caudillo colombiano Juan Vicente Gómez, según un curioso relato de Miguel Cané en su libro *En viaje*.

Ese exilio de Perón fue interrumpido en dos oportunidades: una breve, estando pocos días en noviembre del 72, cuando Lanusse lo desafió a volver «si le daba el cuero», celebrándose la famosa comida en el restaurante Nino de Olivos. También hubo una aproximación en 1964, cuando la diplomacia de Illia logró que el gobierno del Brasil detuviera el vuelo en que volvía el líder carismático y lo enviase de regreso a su punto de partida en territorio hispano.

Pero el 20 de junio de 1973, Perón volvió para quedarse.

Pasaron veinte años desde tal momento, y los hechos registrados en Ezeiza el día de su arribo todavía no se aclararon y, probablemente, quedarán encerrados en el misterio para siempre.

Fui testigo presencial de los mismos. Por ese entonces, trabajaba en la Dirección de Relaciones Públicas y Prensa del Ministerio de Educación de la provincia de Buenos Aires. Era gobernador de la misma Oscar Bidegain; vice, Victorio Calabró, y ministro de Educación, Alberto Baldrich. Una extraña *melange* ideológica, que terminaría desangrándose, luego de convivir en bolsa gatuna.

Bidegain tuvo la inspiración de que todos los empleados públicos provinciales —incluyendo a los docentes— fuesen al lugar de recepción de Perón, un campo abierto con bosque de arboladura trasera, donde se había levantado un palco con vidrios blindados y construido una pequeña pista de aterrizaje para el helicóptero que transportaría al Hombre desde el cercano Aeropuerto Internacional de Ezeiza.

Tamaño disparate —obligar a la gente que vivía en Carmen de Patagones, Bahía Blanca, San Nicolás o Tres Arroyos, por más que dispusiesen de un transporte gratuito— nunca pensó en cumplirse por parte de los afectados. Pero el gobernador «movilizó» al personal de Relaciones Públicas de todos los ministerios, obligándolos a cumplir la misión que una incierta coordinación determinase.

Los de Educación recibimos orden de instalarnos en el Hotel Internacional de Ezeiza, para organizar la recepción inicial del viajero. Nos alegramos: era una tarea sencilla, de carácter social y de fácil concreción. Una vez que Perón abandonase dicho hotel rumbo al lugar de la concentración, quedábamos

liberados y cada cual podía volver tranquilamente a su casa, para seguir lo restante por la televisión.

Nuestro grupo estaba formado por ocho hombres: dos choferes, dos fotógrafos, un encargado de grabaciones y otro de filmaciones y dos redactores. Entre los últimos, me contaba yo.

Cenamos todos juntos —copiosamente— el 19 por la noche, en una fonda de La Plata cercana al Ministerio, comentando las experiencias que viviríamos. Los fantasiosos creían que el General nos brindaría toda su simpatía, ya que teníamos que presentarle a personajes importantes. Alguno, que sólo conocía la historia del peronismo de oídas, estaba emocionado por las credenciales especiales de las que nos habían provistos y juraba conservarla durante toda su vida. Partimos en dos modernos vehículos ministeriales, cercana ya la medianoche. La primera parte del viaje fue normal. Algunos charlaban, otros dormían bajo los efluvios del vino que regara la cena. Nuestro chofer —responsable y sobrio— comentaba lo que leyerá en los diarios del día.

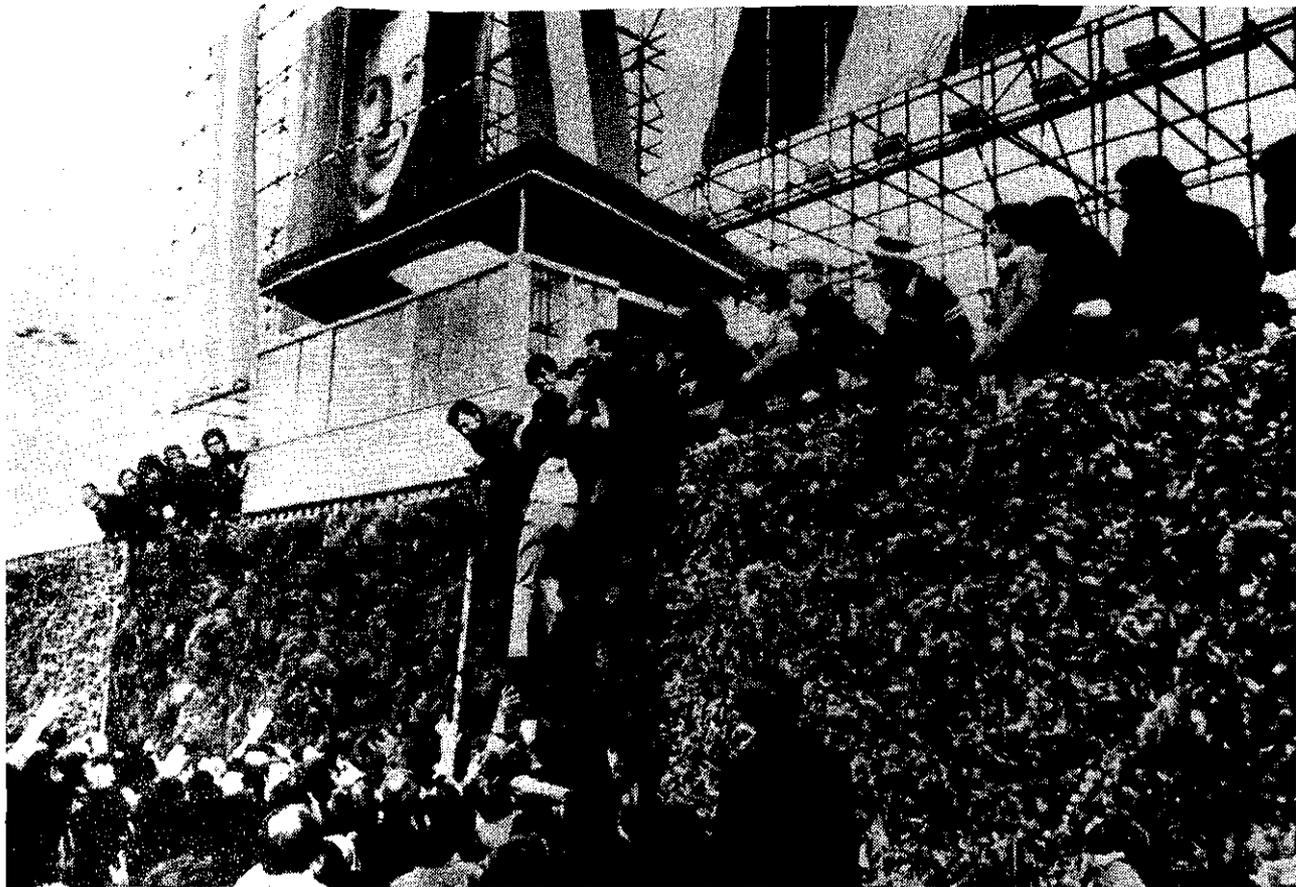
A medida que avanzábamos por la ruta, convergían nuevos vehículos. De toda clase: autos, camiones abiertos y cerrados, ómnibus con leyendas sindicales, motocicletas. El tránsito se tornaba pesado, hasta que en cierta altura, fue insoportable. Se avanzaba a paso de hombre, y largas esperas nos tensionaban. En una de ellas, paramos junto a un grupo de policías de consigna, encarando al jefe: «Somos del Ministerio de Educación y tenemos que llegar al Hotel Internacional de Ezeiza en misión oficial», explicó el chofer, exhibiendo su credencial. «¿No nos podrían abrir paso, aunque más no sea por un rato?»

El «botón» entró en confianza: «¿Estás loco, compañero? ¿Cómo nos metemos? Además te aviso que ya es imposible llegar hasta el Hotel de Ezeiza. Se ha juntado tanta gente y tantos autos y camiones, que no cabe un alfiler.»

Deliberamos. Algunos proponían dar la vuelta, para consignar el parte de la derrota. Triunfó la opinión de la mayoría: cambiar la orden por nuestra cuenta y enfilarse para el campo de concentración.

Mientras lo hacíamos —no sin numerosas dificultades— cambiábamos ideas acerca de nuestra labor, que iba a ser otra.

El dormido se había despabilado. Propusimos reportajes a los concurrentes, en especial a los que venían de provincias lejanas. Filmaciones y grabaciones. Lo cierto es que con bastante buena suerte —habíamos cambiado de ruta— llegamos allí cerca de las cinco de la mañana. El espectáculo era, cuanto menos, folklórico y pintoresco. El frío y la neblina de la madrugada impulsó a numerosos fogones, muchos instalados peligrosamente junto a un árbol. Allí la gente mateaba con fruición e iba consumiendo algo



de los viveres que habían llevado para el mediodía. Cantaban músicas de todos lados, incluyendo de Chile, Paraguay y Bolivia. No faltaban los versos del folklore peronista y a ratos, alguno de ellos prendía de grupo en grupo, hasta convertirse en un griterío general, alternado con los vivas a Perón, a Evita y —bastante menos— a Isabel. «La vida por Perón» se repetía hasta el cansancio; y algunos veteranos memoriosos se desgañitaban con las coplas de entonces, como las que consigna Félix Luna en *El 45*. El ambiente era de festejo. Un muchacho que pasaba, al verme con mi incipiente calvicie y los anteojos casi iguales a los del ex ministro luego asesinado, me saludó: «Chau, Mor Roig».

Un cantautor desconocido desafinaba por los altavoces cosas de su cosecha, algunas de ellas bastante aceptables, como cuando arrancaba con una canción entonada como con carraspera, que concluía: «(...) enamorado del vino / de mi tierra y de la libertad». Nosotros habíamos buscado una ubicación de privilegio, que luego nos sería mortificante: instalamos ambos autos entre la pista de aterrizaje y el palco

Jorge Osinde, jefe del operativo seguridad e identificado con el lopezreguismo, aseguró el control del palco y sus alrededores. Un manifestante en apuros es ascendido al palco por sus ocupantes.

oficial. La falta total de custodia policial nos permitió la infracción, y cuando algún representante de la Juventud Peronista, munido de pomposo brazaletes, nos observaba que el sitio no era habilitado para ello, el ex alcohólico de la cena mostraba su credencial, diciendo que el gobernador —el «compañero»— Bidegain nos había ordenado tomar todos los detalles posibles, aun los más minúsculos, pues deseaba esparcir por las escuelas la imagen y el sonido histórico del regreso. Eso era mentira, pero nos dejaban en paz. Así comenzó a transcurrir la mañana. En una de mis recorridas, me encuentro con el auto de Leonardo Favio: «¿Qué hacés por aquí?». «Soy el maestro de ceremonias y el animador del show que habrá luego que hable el General.»

Le tocaría ser el animador, pero ciertamente de un show muy distinto. Favio enfiló hacia el palco y se introdujo en él. Conectado el equipo de audio, comenzó a transmitir por los altavoces consignas partidarias, párrafos de la historia peronista y de la vida del Líder, algunas observaciones para mejorar la ubicación del público y manifestar ruidosamente su entu-

siasmo. Hacia las diez de la mañana comenzaron a llegar las columnas - largas y nutridas - algunas de las cuales venían caminando desde Berazategui. Las pancartas con agujeros que desplegaban al entrar, aparte de identificar su origen, agregaban a veces una pizca de internismo dentro del movimiento.

Ya no cabía prácticamente lo que se dice un alfiler en el predio y Favio se desgañitaba. La gente afluía en forma inverosímil, llenando todo. Era un continuo llegar de columnas nutridas, vocingleras. Hasta que a eso de las dos de la tarde ingresó un nutrido contingente con pancartas escritas en letras negras y hasta con calaveras. La consigna que gritaban era: «Perón, Evita: la Patria socialista...». Aun cuando anclaran casi frente a nosotros, no alcanzo a imaginar cómo pudieron llegar a tal sitio. Una vez que habían gritado muchas veces la consigna, otros concurrentes, surgidos de varios lados, se organizaron en un grupo numeroso, para comenzar su propia versión: «Perón, Evita: la Patria peronista...».

Allí comenzó la tragedia. Como se encontraban a escasa distancia, estos últimos tomaron nuestros dos automóviles como trinchera y comenzaron a tirarles tupido. Ni lerdos ni perezosos, los adversarios de tan sutil diferenciación respondieron con fuego graneado. Parecían conocerse, porque alguno de los que se abroquelaban tras nuestras carrocerías, decía sin ambages: «Tírale a la de amarillo, que es una hija de p...». Y ambos tiraban. En el caso de la de amarillo, rodó muerta por el suelo, traspasado su cuerpo por decenas de balas.

Nosotros -muertos de miedo- habíamos hecho cuerpo a tierra en el interior de nuestros automóviles que eran amplios. De vez en cuando, escuchábamos el chasquido de cápsulas de balas servidas, chocando con la carrocería externa de los móviles, y ello aumentaba nuestra angustia. Temíamos que en cualquier momento los grupos se trenzasen en una especie de cuerpo a cuerpo de balas en torno nuestro y que fuésemos los patos de la boda. Favio se desgañitaba pidiendo cordura y advirtiéndole que el General Perón no podría descender en medio de esa barahúnda, pero todo era inútil. Pretendí moverme hacia afuera del auto.

Un revólver de no sé que calibre me persuadió de que lo mejor era permanecer quieto y aterrado. No podíamos darnos cuenta de quiénes triunfaron o triunfaban en la singular batalla. Pero lo cierto fue que, en un momento dado, piquetes desprendidos de distintas partes se organizaron y entremezclaron con sus adversarios. Los teníamos a la vista. Muchos de ellos morían en los enfrentamientos y otros arrastraban a sus cautivos/as al bosque vecino. A ratos, se escuchaba un silencio impresionante. Interrumpido por ráfagas de metralleta, que decían bien a las claras que se

estaban celebrando fusilamientos caseros. Uno de mis compañeros - periodista de alma - quiso acercarse con su filmadora. Un cañón apuntándole lo hizo desistir. Después de mucho retumbar de los balazos, fue el silencio completo. No sabíamos qué había pasado con las víctimas. Pero salimos de nuestra guarida, para dar un breve paseo.

A eso de las cinco de la tarde, Favio volvió a sus exhortaciones. La lucha había recrudecido con fiereza mayor y nosotros vuelto a nuestro precario refugio de los autos-camioneta. No podría hacer un cálculo de los caídos, porque lo estaban por todos lados. Ya para ese entonces se sabía, por versión oral, que Perón no descendería en el lugar solemne para dirigir palabras que prometían historia, sino que su avión se encaminaba hacia la base de Morón. La fiesta había concluido en auras de sangre, como no pudieran imaginar quienes llegaron a ella con el ánimo jocundo. En un «alto el fuego», quise irme de allí, a pie, sin saber bien a dónde dirigirme. Repté hacia el suelo, fuera del vehículo, incorporándome repentinamente. Ignorante de que todo lo que en las luchas se mueve, se balea, eché casi a correr por uno de los senderos. Dos revólveres me apuntaron a la espalda. La voz de Carlitos Vigilano, entonces joven y ahora maduro periodista del Ministerio, gritó: «¡A ése no, que es compañero nuestro!», agregando: «¡Tírate al suelo, Alberto!».

Los primeros no le hicieron caso y dispararon. Yo sí, y me vi en un nuevo cuerpo a tierra, casi sobre un lodazal. Las balas pasaron silbando por encima de mí. Inconscientemente, me reincorporé como pude y me eché a correr por el sendero. Esta vez, nadie disparó. Junto a mí, caminaban otros que también huían. Les pregunté dónde estaba la escuela más cercana. Me dieron datos vagos e imprecisos de una localidad que quedaba a veinte o treinta cuadras. Seguí hacia ella, y en la puerta de una casa modesta pero agradable, vi a un numeroso grupo de mujeres rodeando a otra a la que insultaban con palabras muy subidas. La curiosidad del periodista pudo más que el miedo del hombre y me detuve a contemplar. Le recriminaban no ser de su facción, mientras le tiraban del pelo. El asunto fue subiendo de tono a los golpes. Es uno de los recuerdos más horrorosos que conservo: la lincharon delante de mí. Conmocionado por ello, seguí buscando la escuela. La portera no quería abrirme, temerosa de una presencia desconocida. A veces, los sencillos carnés obran milagros: abren puertas. Y así permanecí en el suelo, sentado, hasta que se me unieron algunos desconocidos. Pasó largo rato y en la oscuridad de la noche decidimos caminar hasta la estación ferroviaria. Mientras tanto, llegaban otros refugiados que traían las últimas noticias. Todo era una bailanta de horror y los «fusilamientos» seguían por decenas.

Tras larga espera viajamos —gratis— en un tren donde la gente sencilla se lamentaba de lo ocurrido, sin entender bien sus orígenes y los del enfrentamiento. Por cierto que Perón —como dijimos— no apareció. Esa noche habló por la cadena de radio y de televisión, con voz enérgica, sacada vaya uno a saber de qué lugar, en un hombre «descarnado» y ya enfermo. Dijo saber perfectamente lo que ocurría en el país y algunos analistas lo tomaron como referencia a López Rega, uno de los adalides o mentores intelectuales de la matanza. Lo cierto es que allí comenzó una grave escisión entre las filas que acompañaran al Líder, hasta llegar a la famosa expulsión incruenta de la Plaza de Mayo.

Al día siguiente y los otros, tanto los diarios cuanto la televisión apenas informaron acerca de lo ocurrido. *La Razón* ofreció una cobertura levemente más amplia, pero ello no alcanzó para que el pueblo tuviera la verdadera dimensión de la tragedia y supiese hasta qué punto estaban enfrentados los argentinos, opositores desde morenistas y saavedristas, crudos y cocidos, nacionalistas y liberales, autonomistas y etc.

Pero nunca se había dado el hecho en el campo de la batalla, y mucho menos a manos de chicos, algunos de los cuales, si contaban quince años, resultaría una apreciación excesiva. Algunos, menos. Y ya estaban armados en pos de una lucha de la cual tal vez no tuviesen real conocimiento.

Pasaron los meses, y cuando Perón se instaló en la presidencia, se ordenó un sumario por parte de la policía y el ejército, para aclarar la historia narrada. Nadie supo nunca la cantidad de bajas que se produjeron en la infausta jornada; nadie supo quiénes la habían organizado, o si fue una reacción espontánea. Nadie supo nada. Sólo los muertos, enterrados en silencio y sin pompa alguna; y sus asesinos, abandonando su responsabilidad, ocultaron en el fondo de sí mismos la ardua realidad.

Era —para nosotros— una muestra más de los enfrentamientos que sazonaron nuestra historia. Una muestra de trágicos contornos, que tal vez nunca sea develada para la interpretación de nuestra historia. Los caudillos máximos de los bandos antagónicos —nos referimos al ERP ya Montoneros, sin olvidar a la Triple A— o murieron en otros procedimientos, o por enfermedades comunes. Otros más, prescriptos los tiempos del aherrojo, estudian con ahínco filosofía o ciencias económicas y sociales, en un silencio del que los rodea aquellos que tienen memoria. Ezeiza, 20 de junio de 1973, quedará transcrita para algún historiador al que le será difícil, si no imposible, llegar a las fuentes destruidas o enmudecidas. Por lo que yo colijo, a través de lo que vi, no fue un hecho casual ni espontáneo. Alguien o álguienes prepararon la matanza, como

forma de definir posiciones y aun como advertencia futura, acerca de quienes tendrían la prioridad cercana a Perón. El solo hecho simbólico de querer ser los más cercanos al palco oficial del acto, asume el valor de una revelación.

Que los grupos estaban armados —y desde hacía tiempo— no es un secreto para nadie. Cooke, en su célebre correspondencia con Perón, cuenta cómo entraban armas y explosivos, enviados con escala o sin ella, desde los países limítrofes, con excepción del Uruguay. El antagonismo entre los principales submovimientos que componían al justicialismo joven se revelaba en folletos, en el «trabajo» en las fábricas, en la promoción o no de huelgas. Había un meridiano significativo: el que pasaba por Cuba. La admiración a Fidel Castro y a su revolución «a la cubana», que por esos tiempos lucía en su esplendor, entusiasmaba a algunos hasta el paroxismo, en tanto irritaba a otros. El peronismo histórico solía limitarse a una tarea de carácter intelectual, pero no por ello dejaba de alentar a uno u otro bando, a veces con la esperanza de ser tenidos como caudillos adicionales, cuando llegase el momento. Los más jerarquizados dentro del ERP, cuya acción siguió, intensa y proficua hasta los días del Proceso de Reorganización Nacional, portaban entre sus molares las clásicas pastillas de cianuro para eliminarse, antes de tener que «cantar» si los aprehendían. Pero esa es otra historia. Hoy, Ezeiza está archivada. Nuevas y más actuales preocupaciones se ofrecen al país. Los tiempos son distintos, veinte años después.



Perón e Isabel llegan al aeropuerto en noviembre de 1973 para embarcar a Montevideo para la firma del Tratado de Límites como presidente y vice, respectivamente. Perón había retornado al país y al gobierno.



El café de San Juan y Boedo. En una de sus mesas, Homero Manzi escribió su clásico tango Sur, el que inmortalizó a Boedo y a esa esquina. (foto de la revista Gente)

PRIMERO SITUAMOS A BOEDO COMO BARRIO, UBICANDOLO DENTRO DE LA HISTORIA Y LA GEOGRAFIA PORTEÑAS. AHORA NOS OCUPAMOS DEL DRAMATURGO Y POETA JOSE GONZALEZ CASTILLO, UNO DE SUS VECINOS MAS CARACTERISTICOS Y ARRAIGADOS. AUNQUE NACIDO EN SANTA FE EN 1885, GONZALEZ CASTILLO VIVIO Y MURIO EN BOEDO. SU EXISTENCIA FUE CORTA PERO INTENSA. CUANDO MUERE, A LOS 52 AÑOS, TIENE ACUMULADOS VARIOS OFICIOS, SETENTA Y SIETE OBRAS TEATRALES DESARROLLADAS EN CIENTO CINCUENTA Y CUATRO ACTOS. PERIODISTA, POETA, DRAMATURGO, PROFESOR DE ACTUACION ESCENICA, DIRECTOR, GUIONISTA DE CINE, LETRISTA E IMPULSOR DE LAS MAS IMPORTANTES INICIATIVAS CULTURALES EN ESE BARRIO DE OBREROS QUE BUSCABAN MEJORAR SU SITUACION A TRAVES DE LA CULTURA.

DIEGO DEL PINO

JOSE GONZALEZ CASTILLO

y el mundo literario de Boedo

El profesora y amigo Miguel Angel Caiafa —también vecino de Boedo—, especialista en «payadores», sus obras y su entorno, escribió hace unos años estas «décimas», con las que encabezamos nuestros comentarios sobre el fundador de Pacha-Camac: *Enriqueció el cancionero / su evolucionada veta, / con «Sobre el pucho», «Griseta», / «Silbando» o «El aguacero». / Fue autor teatral certero / y el troquel de su programa, / acuña en su panorama / la «Universidad», la «Peña», / porque Castillo se empeña / en alzar siempre una llama.*¹

La figura más importante del mundo literario del barrio de Boedo, con proyecciones indiscutidas sobre el panorama de las letras argentinas, fue este dramaturgo del que nos ocuparemos. Nació el 25 de enero de 1885 en Santa Fe y vivió en la calle Boedo 1058, entre San Juan y Cochabamba. En el barrio completó los estudios primarios y, curiosamente, la escolaridad secundaria en el Seminario de Salta, sorprendente determinación para un agnóstico reconocido y adherente a las ideas «de avanzada»... Cuando llegó el momento de «ganarse la vida», debió desempeñar múltiples y disímiles trabajos: peluquero, vigilante, oficial de justicia... Más tarde pasó a Chile y allí fue periodista, vendedor de vinos y dos o tres cosas más. Finalmente retornó a su tierra, con su vocación definida: escritor de obras de teatro. Cástulo Castillo, hijo del dramaturgo, dejó estos recuerdos sobre su padre (revista *Breogán*, del Centro Gallego de Avellaneda, 1943): «Nuestra infancia pobre, se nutría con el panorama de una vía de tren, que se alejaba debajo de nuestra casa, allá en el Pasaje Viale, en Rosario. Era una casa quinta, para nuestros ojos maravillados de chiquitos, donde una higuera, una parra y una fuente, ponían una sensación de floresta umbría. Una puer-tita de madera, pintada de verde, daba al paisaje que estaba atalayado por un alambre tejido que nos defendía de aquel «precipicio» por donde corría el tren. Con Hugo y Gema, salíamos por las mañanas tempranito, a asomarnos al escenario melancólico de un tren que llegaba, pasaba y se iba. Mezcla de

Un dibujo de A. Bello capta una escena cotidiana en uno de los cafés del barrio. Un grupo de habituales «sesiona» en un rincón del local. (Revista Aquí Boedo, 1947)

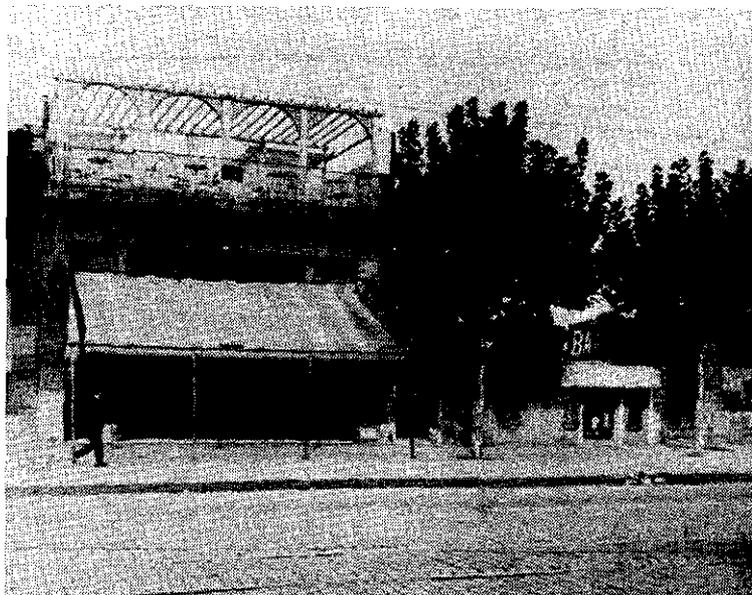
tristeza y de misterio que nos quedó para toda nuestra vida». Y luego: «Papá era casi rubio. Recordaba sus bigotes poblados y la cabellera rizada que se peinaba para atrás. Luego su cabeza se fue despoblando y envejeciendo. Era cariñoso con sus hijos. Nos llevaba junto a él, noche tras noche y nos narraba cuentos que urdía en el momento, llenándonos los ojos de montañas mágicas y ríos de oro, de enanos vagabundos y de gigantes despiadados (...). Todas las mañanas corríamos los tres a su cama y allí, acurrucados entre mamá y él, aprendíamos la medida de la ternura del hogar (...). Un día, lo imprevisto: un coche en una noche de lluvia, maletas apresuradas, otro tren (...). Y más allá de las montañas, un país nuevo: Chile. A la semana de llegar, estaba ubicado como corredor de vinos. Si no teníamos mucho pan, sí abundaba el buen vino chileno (...). Poco tardó nuestro padre en fundar una revista que llamó «Bric a brac». Valparaíso nos tendió su mano amiga y nos llenó el espíritu de cerros coloridos y alegres. Vivíamos en la calle Cumming N° 209. Necesitó aprender inglés porque la empresa de vinos era londinense y le dio clases un maestro negro, grandote, que venía cada noche. Era el primer hombre de color que nosotros veíamos. Estuvimos tres años en Valparaíso, en una casita que era casi un rancho de madera, llena de cuadros. Volvimos a la Argentina y nos instalamos en San Juan y Quintino Bocayuva, en una casa de departamentos, frente a una feria franca. La necesidad de vivir lo condujo al diario «Crítica» y luego a la Casa Max Glucksman, donde trabajó como traductor de películas y redactor de las leyendas en castellano».²

José González Castillo fue un apasionado lector, en especial de obras de teatro, con predominio de las escritas por autores rusos, franceses o italianos, así como de la novela realista, tan en boga en esos momentos. Paralelamente con la intención que sería definitiva, se ocupaba de conocer los problemas que aquejaban a las clases indigentes, con mucho de ensoñaciones irrealizables. De los años en que se



desempeñara como oficial de justicia, ha quedado una anécdota muy explicativa. Cuando obtuvo el trabajo, seguramente pensó que desde él podría hacer algo por los necesitados, pero la tarea tenía momentos diametralmente opuestos. Se le encargó como primera obligación ir a un conventillo para desalojar a una inquilina que adeudaba varios meses del alquiler de la pieza que ocupaba. Como viático, según entonces era costumbre, sus superiores le asignaron cinco pesos. El oficial de justicia llegó entonces a la casa, comprobando que la inculpada era una pobre mujer sola y enferma, cuyo marido trabajaba en el interior del país. Al entrar González del Castillo al conventillo, observó de inmediato la actitud hostil de los moradores, pero debió seguir las acciones, como era su obligación. Interrogó casi suavemente a la persona que debía desalojar de inmediato, escuchando sus explicaciones, que eran ruegos envueltos en llanto. Detrás de él, se escuchaban murmullos de protesta y comentarios poco gratos de parte de los otros vecinos, que pronto salieron en defensa de la mujer. El oficial de justicia, ya entristecido, dijo: «Aquí tengo los cinco pesos que me dieron en el Juzgado. Agreguen ustedes lo que falta para pagar el alquiler y después se verá qué pasa»... Saludó a la asombrada inquilina y se retiró de aquel conventillo para ir a las oficinas donde trabajaría y presentar de inmediato su renuncia. El no estaba para esas cosas... Como fruto de sus lecturas y preocupado por la ignorancia popular, José González Castillo decidió bregar por el mejoramiento cultural de los necesitados, utilizando herramientas que conocía y en las que tenía confianza: el teatro, el que ya comenzaba a destacarse como autor.

El crítico Tulio Carella, en un estudio sobre el teatro argentino, anotaba: «González Castillo fue periodista, poeta y dramaturgo en términos generales, pero dicho con detalle, escribió "de todo"». En distintos momentos de su vida, de su pluma surgieron sainetes, dramas, comedias, tragicomedias, "grotescos", "pochades", zarzuelas, revistas, cuentos escénicos para niños, estampas, diálogos, monólogos, humoradas, adaptaciones, traducciones, letras de tango, artículos periodísticos sobre distintos temas». Y agregamos una pregunta: ¿Cómo pudo hacer todo esto en su corta vida, ya que murió a los 52 años?... A pesar de trabajar sobre tantas formas literarias, algunas de ellas firmadas con el seudónimo de Martín Gla, el mundo del teatro sería su pasión y su meta principal como autor, director y profesor de actuación escénica. Siendo muy joven —sólo tenía 20 años—, ya había escrito varias obras teatrales, indicadoras, por su factura, de su capacidad creadora. En 1907, con sólo 22 años de edad, logró que los hermanos Podestá, esos precursores del teatro argentino, representaran en el Apolo su obra *Del fango*. Así comenzó su enorme producción, que llegó a sumar 77 piezas teatrales, desarrolladas en 154 actos. Los



En el viejo Boedo eran comunes los cafés con «glorietta» en la terraza, la que se colmaba en verano. Al lado, un negocio de ropa usada luce un cartel: «Baratillo».

títulos principales se conocieron en un momento muy especial de la escena nacional. El llamado «teatro de ideas» o «para pensar», había hallado autores como Florencio Sánchez, pero había empalidecido ante el avance de obras «pasatistas», si no intrascendentes. Ese tipo de teatro que luego llamaríamos «de protesta» encontró un buen lugar para implantarse: el barrio de Boedo, un suburbio deseoso de mejorar, con obreros y muchos socialistas o anarquistas románticos. Pronto se formaron grupos escénicos con actores que tenían entre ellos puntos de coincidencia: eran frequentadores de la noche, parroquianos fieles de los numerosos cafés del lugar, literatos en potencia... Y entre ellos descollaba José González Castillo, un hombre al que todos respetaban por su amplia cultura, el prestigio de sus obras de teatro, su casi obsesivo afán por abrir caminos a los que menos medios económicos tenían. En la temática del autor que nos ocupa, había influencias del autor uruguayo, pero entre ellos había asimismo diferencias. González Castillo tenía mayor cultura literaria, contrastando con la gran intuición de Sánchez. El sabor político era el mayor en el escritor oriental y en sus obras, todo nos habla de un ser humano triste, casi desesperanzado. En el autor de Boedo, el regusto es otro: en sus escritos hay un lugar para la esperanza, se manifiesta fe en el ser humano y en sus obras, en la valorización del amor como camino de futuro. Pero ambos negaban trascendencia al hombre, marcando, si no una total negación, sí manifiestas dudas ante la resolución divina de los grandes misterios que lo agobian. He aquí algunos títulos de las obras escénicas de González Castillo, ordenados cronológicamente: *Los rebeldes*, drama en tres actos (1905); *Del fango*, con partes musicales de Antonio Reinoso (1907); *El retrato del pibe*, que fuera interpretada por Florencio Parravicini (1908); *Luigi*, que presentara Enrique

Muño en el Teatro Moderno (1909); *Entre bueyes no hay cornadas*, «sainete en verso» (1909); *La serenata*, que fuera premiada en un certamen para obras teatrales que organizara el empresario don Pascual Carcavallo (1911); *Aires de la sierra*, sainete (1914); *El pillete*, que estrenara Pablo Podestá en el Teatro Nacional (1914); *Los invertidos*, drama que por su temática (la homosexualidad) provocara múltiples discusiones y que llegó a ser prohibido por la municipalidad, «para evitar escándalos»³ (1914); *El hijo de Agar* (1915); *El salto mortal* (1915); *La mujer de Ulises*, presentada en el Teatro Liceo, por la Compañía de Quiroga-Rosich (1918); *La mala reputación*, que debatía el problema del divorcio matrimonial y que también creó divergentes opiniones (1918); *Los dientes del perro* (1919); *El pobre hombre*, drama presentado por la compañía de Rivera y Enrique de Rosas en el Teatro Avenida. (Se encarama un tema entonces novísimo: el psiquismo y sus alteraciones; resultó un éxito y justificó la edición del texto teatral, agotando en poco tiempo 10.000 ejemplares.) (1920); *Hermanos míos* (1925); *La zarza ardiendo* (1933); ya fallecido José González Castillo, se estrenó su última obra; *Derecho de asilo* (1937).

Otras producciones escénicas: *El mayor prejuicio*, *Dios*, *El hombre que se volvió cuerdo*, *Nota gris*, *Diálogos de vanguardia*. El conjunto de teatro vocacional de la peña Pacha-Camac presentó diversas obras del maestro de Boedo nunca llevadas a la escena o poco conocidas. Así sucedió, por ejemplo, con *De visita*, *Cómo se hace un drama*, *Donde hubo fuego*, *La telarafia*, *Tongos y tingos*, *La cuna del Himno*, *Aurora boreal*, *Pacha-Camac*, *Acquaforte*, *La santa madre*, *La serenata*, *Mañana será otro día*. Algunas otras fueron escritas en colaboración con escritores como Enrique García Velloso, Federico Mertens, Pedro E. Pico, Alejandro Berrutti, Alberto Vacarezza y Folco Testena.⁴

Con Vacarezza, hombre de rimas y risas fáciles, González Castillo tuvo una firme amistad. En algún momento, el famoso «sainetero», autor de *El conventillo de la Paloma* y centenares de temas populares, accedió a la invitación del dramaturgo de redactar un soneto para un certamen literario. Y el autor de tantos éxitos presentó éste, lleno de originalidad y gracejo: *Un soneto me manda hacer Castillo / y yo, para zafarme de tal brete, / en lugar de un soneto, haré un sainete / que para mí es trabajo más sencillo. // Una escena representa un conventillo. / Personajes: un grébanco amarrete, / un gallego que en todo se entromete, / dos guapos, una paica y un vivillo. // Se levanta el telón. Una disputa / se entabla entre el gallego y el goruta / de la que saca el vivo su completo. // El guapo que pretende a la garaba, / se arremanga al final. Viene la biaba / y aquí acaba el sainete y el soneto.*

González Castillo produjo numerosos y notables libretos o guiones cinematográficos, con su firma o



Un grupo de jóvenes en la acera del bar Japonés, en San Juan y Boedo antiguo. Corría el año 1925; se usaba gomina, cuellos duros y sombrero.



El dramaturgo José González Castillo cuando tenía treinta y cinco años. Por esas fechas había escrito gran parte de su extensa obra.

en colaboración con otros escritores. En 1908 escribió para el cineasta precursor don Mario Gallo, el tema para la película *Juan Moreira*, aprovechando sus relaciones con Max Glucksman. Hubo luego muchos otros trabajos de tal índole: *Nobleza gaucha*, *La ley que olvidaron*, *¿Hasta cuándo?*, *Juan sin Ropa*. También escribió obras para niños (cuentos y dramatizaciones) y notables letras para tango: *Sobre el pucho*, *Grisetta*, *Silbando*, *El aguacero*, *Organito de la tarde*, *Envidia*, entre otros. Fue un buen poeta y algunas de sus composiciones lo demuestran, como ésta, *Canción cordial*, teñida de connotaciones poli-

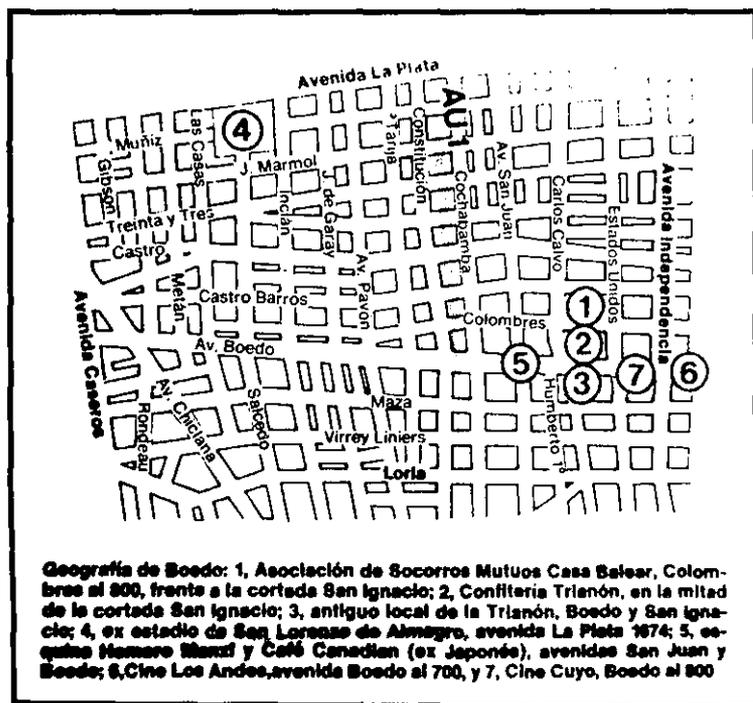
ticas, y que llevaba música de su hijo Cátulo: Cantemos / del nuevo Boedo la feliz natividad / y alcemos / la copa de la fraternal cordialidad. // Como ala / occidental de la ciudad, / señala / su meridiano emocional. // Camina / siempre a la izquierda, como el sol / y va / detrás del corazón. // Hay caudillos, footballers, biabistas, / y bancos y timbas y pizza y fainá... / pero tiene también sus artistas / y tiene su peña: la «Pacha-Camac». // Cantemos / de los artistas de Boedo la unidad; / llevemos / el mismo afán de vida a toda la ciudad. // Probemos / que con pincel, pluma y buril, / podemos / a su chatez darle un perfil. // Marchemos / siempre a la izquierda como el sol / detrás de nuestro corazón. // Con caudillos, footballers, biabistas, / y bancos y timbas y pizza y fainá... / Pero siempre también con artistas, / y toda su peña: la «Pacha-Camac».

Cátulo Castillo—su hijo—rememoró así sus últimos años de vida: «Siempre tuvo mi padre un carácter alegre y dinámico. No estaba nunca quieto y tenía aptitudes para todo: dibujo, carpintería, política, artes gráficas, propaganda, gremialismo... Nos quiso hacer estudiar, pero siempre fuimos rebeldes, seguramente por herencia de él. Cuando murió nuestra madre, compañera de las horas de infortunio y prosperidad, se tornó en un hombre triste, ensombrecido. La calle Boedo fue entonces el refugio de sus últimos años y no hubo bodegón o café que no conociera. Fue un amigo de los humildes, porque amaba a ese «mundo proletario». Entre su casa, el café y la peña «Pacha-Camac» y sus libros escritos, pasó lo que le quedaba de vida. Murió de mañana, mientras tomaba mate, en la casa que levantara en su barrio de Boedo» (Cátulo Castillo, nota en la revista ya citada).

El padre Lorenzo Mazza, sacerdote salesiano que iniciara a los muchachos de Boedo en la práctica del fútbol. Su nombre quedó ligado a San Lorenzo de Almagro.



Plano de Boedo, cuya geografía queda recortada por las avenidas La Plata, Loria, Independencia y Caseros. (tomado del diario La Nación)



El dramaturgo falleció el 22 de octubre de 1937, a los 52 años. En Argentores puede verse su busto en bronce desde el año 1953 y la Academia Porteña del Lunfardo ha dado su nombre a un «sillón académico». El barrio le ha brindado varios homenajes, y en la casa de Boedo 1058 varias placas de bronce recuerdan su paso por ese amado lugar,⁵ agregando el recuerdo de Sadaic, entre otras instituciones.

CÁTULO CASTILLO. Fue otro de los personajes importantes del barrio. El hijo del dramaturgo se interesó permanentemente por la cultura y los temas populares, ubicado ya en posiciones políticas definidas, distintas de las profesadas por su padre. Ovidio Cátulo Castillo fue el hijo primogénito de don José y nació el 6 de agosto de 1900. A los 15 años comenzó a practicar boxeo, con mucho éxito, y luego se consagró a la poesía, la música y el tango, comenzando en 1925 a participar en certámenes como los organizados por el Teatro Grand Splendid, de la calle Santa Fe.⁶ Fueron entonces distinguidos varios de sus tangos.

Más tarde, Cátulo formó orquestas «típicas» y con ellas, en 1927, actuó en Radio Cultura, cuando era profesor en el Conservatorio Nacional de Música. Estos son los títulos de algunos de sus bellos tangos, entre ellos, los con letras escritas por su padre: *El aguacero*, *Viejo ciego*, *Organito de la tarde*, *Anoche*, *Una canción*, *Caminito del valle*, *Evocación del tango*, *La violeta*, *Silbando*, *Acuareleta de arrabal*, *El circo se va*, *Corazón de papel*, *Aquella cantina de la ribera...* De todos ellos creó la música, y de otros, la letra: *Para qué te quiero tanto*, *Tinta roja*, *Café de los*

Angelitos, Caserón de tejas, Anoche, Perdóname, A Homero, María. Fue autor de un espectáculo que llamara «sainete musical»: *El patio de la morocha*, y de otros similares, en colaboración.

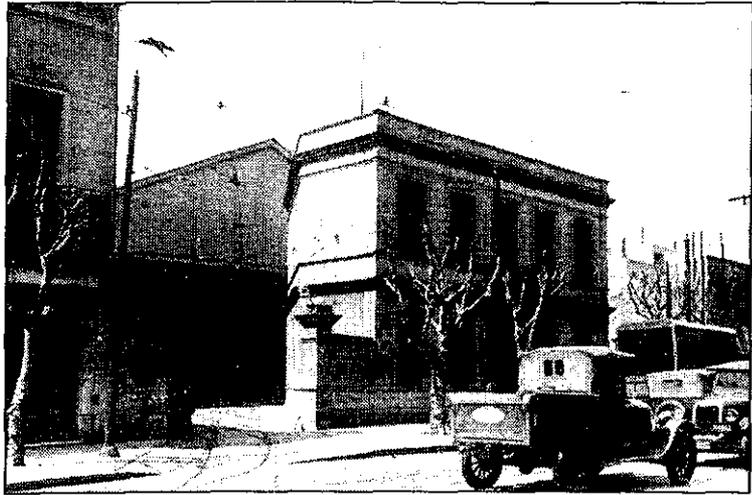
Cátulo Castillo fue presidente de la Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música, y secretario del Conservatorio Nacional. Falleció el 19 de octubre de 1975.

La peña «Pacha-Camac»

Nos referimos a esa notable institución cultural fundada en Boedo por José González Castillo.⁷ Vayamos entonces hacia los años treinta o poco menos. Uno de los cafés más concurridos de la zona era el Biarritz, ya desaparecido, al que le sucedió El Atlántico. Allí había mesas y sillas también en la acera y los asistentes tenían otra opción: subir a la terraza, muy concurrida durante las noches de verano. El periodista Silvestre Otazú⁸ escribió: «Ese café llegó a ser en esos años el símbolo del barrio, un hogar para los artistas y los “hinchas” de los clubes de fútbol, tangueros y quinieleros, cenáculo de poetas y solitarios».

En 1932, cuando hacía ya dos años que el general Félix Uriburu derrocara a don Hipólito Yrigoyen, González Castillo decidió concretar su sueño de crear una entidad cultural para el barrio. En *Noticias Gráficas* del 26 de junio de ese año, podemos leer: «En la terraza del Café Biarritz, en la calle Boedo 868 y gracias al entusiasmo de su propietario, el señor A. Bourgez, se ha comenzado a levantar un lugar de reunión que, de acuerdo con el criterio del arte incaico que conforma su nombre, se constituirá en breve como “Agrupación Pacha-Camac”, genio incaico animador del mundo. Esta “Peña” de Boedo empieza a agrupar a los muchos artistas que viven en ese barrio y que al decir de Joaquín de Vedia, “tienen el patriotismo de la calle”. El nombre elegido tiene para los muchachos de Boedo la simbolización mitológica del arte. Otra curiosidad será la decoración del fondo del salón, que reproducirá la bella y famosa Puerta del Sol, monumento lítico de aquella civilización americana».⁹

En el archivo de la peña, figura el «Acta de Fundación», redactada por José González Castillo y que es casi el certificado de la pobreza inicial de ese grupo de boedenses, empujados por sueños románticos: como no tenían mejor papel, pidieron al dueño del café una hoja en blanco que incluye el membrete del comercio... He aquí ese texto: «En Buenos Aires, a 30 días de julio de 1932, los que suscriben, artistas y amigos de las artes, reunidos en el local de Boedo

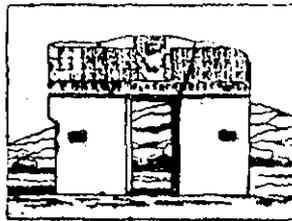


Aspecto de la estación de tranvías de Boedo, entre Independencia y Estados Unidos.



Antiguo equipo de fútbol de San Lorenzo.

PACHA-CAMAC



Peña de Artistas de Boedo

Terraza Del Café Biarritz

:: BOEDO 868 ::

: : : Buenos Aires : : :

Membrete de la peña Pacha-Camac fundada por González Castillo. El atractivo de lo indígena se manifiesta en el nombre de la peña y en la Puerta del Sol de Tiahuanaco, su símbolo. (archivo de Francisco Reyes)

868, resuelven constituir en este acto, una asociación de artistas y amigos cuyas finalidades primordiales serán: fundar un sitio de reunión y de camaradería en el barrio, para los pintores, escultores, músicos, escritores y aficionados en general a las especulaciones intelectuales y artísticas. Propender a la difusión y al culto de las bellas artes en todo lo que se llama el barrio de Boedo, estimulando la obra, la cultura y el progreso moral de la juventud. Realizar exhibiciones y certámenes artísticos, conferencias y espectáculos públicos, de finalidad cultural y propiciar todo movimiento que tienda al progreso de las artes en el barrio y a la independencia moral y económica de sus artistas. En cumplimiento de estas finalidades se designa la Comisión provisional encargada de redactar el estatuto de la agrupación, proponer su nombre y comisiones, la que deberá expedirse dentro de los quince días de la fecha, convocando a la asamblea a aprobarlos. Resultan elegidos los siguientes señores: Ernesto Lío, Domingo Perriello, J. González Castillo, C. Floriani, A. Riganelli, Vicente Rosillú, R. Ramone, Pablo Antonio Biscardi, Rosario Caputto, Rafael Bertugno, E. Aramburio, Juan Tambusetti, M. Petrone, Severo Renis, Juan Dastigue, Julio Giardullo, Gerónimo Caputto, Enrique Montero, Carlos Rhode, Vicente Riccio».

Hasta aquí el «Acta de Fundación». Anotemos que esa primera comisión, fue luego reemplazada (en enero de 1933) por esta otra —ahora definitiva—: presidente, José González Castillo; secretario, Carlos Damián Colalova; tesorero, Carlos Rhode; pintura, Glaiano Belardinelli; escultura, Vicente Roselli; música, Juan Giacobbe; vocales, Andrés L. Caro, C. Gofía y Vicente Riccio. Era entonces cobrador el conocido pintor y escenógrafo Saulo Benavente.

En diciembre de 1956, habiendo transcurrido casi un cuarto de siglo desde su fundación, la peña Pacha-Camac había perdido su local y por tal causa se elevó una nota al intendente municipal, explicando con profusión de detalles la enorme obra cultural realizada. Transcribiremos parte de ese documento, muy explicativo:¹⁰ «La Peña "Pacha-Camac" levantó, con el apoyo económico de los vecinos y comerciantes del barrio y con el trabajo personal de sus fundadores y de los socios, un salón en la terraza del Café "Biarritz", lugar cedido por su dueño. Construcción precaria y modestísima (madera, cinc, cartón y papel), se convirtió, no obstante, en una sala de espectáculos cuyo escenario permitió la creación y actuación de un cuadro escénico, una sala de conciertos, gracias al piano que donara el socio Luis Bellini, un artista pintor,¹¹ lugar de exposiciones para los artistas plásticos, sede para cursos de dibujo, pintura y arte escénico y un local de conferencias que se honró con personalidades de nuestro país. Durante muchos años, "Pacha-Camac" desarrolló en el barrio

Don Francisco Reyes, Paquito, notable maestro escultor de Boedo. Creó La Cofradía de la Orden del Lengue y fomentó la Junta de Estudios Históricos del barrio.

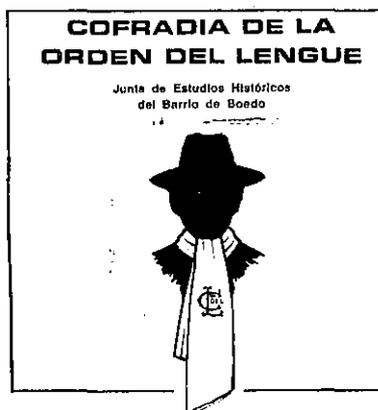


de Boedo una actividad cultural sin precedentes. Hubo representaciones teatrales, muchas de las cuales en base a estrenos absolutos, conciertos y exposiciones que se ofrecían en forma gratuita, no sólo a los vecinos del lugar sino a todos los que, poco a poco fueron llegando y se hicieron asiduos, desde los puntos más lejanos de la Capital. Nunca se cobró entrada y por el contrario, a los alumnos se les facilitaron los elementos de trabajo. Siempre tuvieron a su disposición, para los cursos de dibujo, materiales, y podían realizar ejercicios musicales en el citado piano. "Pacha-Camac" vivía modestamente con la corta suma mensual de 0,50 \$ y de la alcancía que las noches de espectáculos recogía las monedas que, como contribución voluntaria dejaban los espectadores. En los primeros meses del año 1938, la Municipalidad, que había adquirido el local del Café "Biarritz" para ampliar el Banco Municipal, sin aviso previo y sin indemnización o compensación alguna por tanto sacrificio, conminó a "Pacha-Camac" a desalojar el local en el término de 24 horas. Se buscó un refugio en un sótano del barrio, en Loria 1536 y allí, después de otro esfuerzo similar, al demandado en la terraza del Café, se logró poner ese sótano en condiciones y se reiniciaron las actividades

escénicas, plásticas y educativas. En 1949, la Municipalidad, invocando una nueva Ordenanza, se negó a autorizar la entrada directa al sótano y el conjunto de teatro tuvo que suspender sus actuaciones y ya no se pudo conseguir otro local».

La citada nota, procurando la suspensión de la medida municipal, incluía luego una nómina de algunos de los conferencistas que disertaron en su local y también de los artistas plásticos que dieron clases o presentaron sus obras. Damos esas notas para el mejor conocimiento de lo realizado por la peña en el barrio de Boedo:

Logotipo de La Cofradía de la Orden del lengue (pañuelo propio de los porteños). Don Francisco Reyes fue su fundador. La Cofradía sigue trabajando por la cultura del barrio. (archivo Junta de Estudios Históricos de Boedo)





Conferencistas: Roberto Arlt, Leónidas Barletta, Alejandro Berrutti, Juan Ramón Beltrán, Carlos Castagnino, Julio F. Escobar, Enrique García Velloso, José González Castillo, Alfredo Guido, Alicia Moreau de Justo, Vicente Martínez Cuitiño, Eduardo Montagne, Carlos Alberto Olivari, José León Pagano, Alfredo L. Palacios, Sixto Pondal Ríos, José Portogalo, Enrique Romero Brest, José Antonio Saldías, Matías Sánchez Sorondo, Antonio Sassone, Juan José de Soiza Reilly, Roberto Tálice, Folco Testena, Mauricio González Pacheco, Alberto Vacarezza, Ernesto Soto Avendaño, Marcelo T. de Alvear, Enrique Dickmann, Darío Nicodemi, Raúl González Tuñón, Paulo de Magalhaes, Cátulo Castillo, Francisco Madrid, Iris Marga.

Artistas plásticos: Ponciano Aguerri, Rodolfo Dottori, José C. Arcidiácomo, Luis B. Caputo Demarco, Juan Carlos Castagnino, Francisco Reyes, Mario R. Cierico, Remigio del Mestre, Arturo Dresco, Enrique Muiño,¹² Fidel Gugliotto, Fortunato Lacámara, Alfredo Lazzari, Luis Macaya, Domingo Maza, Antonio Parodi, Eduardo Burrumi, Enrique Policastro, Benito Quinquela Martín, Guillermo Roux, Antonio Sassone, Orlando Stagnaro, Sepucio Tidone, Miguel C. Victorica, Saulo Benavente.

Anotaremos algunos otros datos sobre esta institución de Boedo, a modo de resumen: La peña «Pacha-Camac» tuvo estos locales —todos del barrio—: Café «Biarritz»; un sótano en Carlos Calvo 3621 y otro sótano correspondiente a la pizzería de Loria 1536 (donde estuvo diez años, hasta desaparecer como entidad boedense).

Son ilustrativos los recuerdos del escritor Dardo Cúneo (*Mundo Argentino*, 12 de enero de 1938): «Calle Boedo, cuatro de la mañana. Domingo. Los trasnochadores de las esquinas y cafés del barrio advierten que desde el interior de una

El conocido teatro Boedo en la calle del mismo nombre, entre Carlos Calvo y San Juan. También se proyectaban películas como El caballero negro, anunciada en cartelera.

“pizzería”, un conjunto de voces alegres se desparrama por la calle cantando. Esas voces persisten. Se encuentran en la calle con los tranvías que hacen los recorridos fatigados de la madrugada. Pero ya amanece. Los cantores de la madrugada porteña han traído sus voces y sus risotadas a la vereda del Teatro Boedo. Formaban grupos alrededor de un hombre grueso, maduro y calvo, a quien los más jóvenes llamaban “maestro”. Era José González Castillo. A su lado estaba siempre un viejo de blusón largo, barba rusa y una sonrisa extraviada en su cara oriental. Era Stephan Erzia, el artista máximo y se veía también una niña de ojitos negros que recitaba: Soledad Lagar. En el café, un parroquiano que había trasnochado, hablando de fútbol, le pregunta a un vecino: “¿Y esa gente que canta y baila en el medio de la calle?...” “Son de la «Peña» de González Castillo, que así terminan sus reuniones cada domingo...” Y el mismo Cúneo recordaba los momentos previos a tales momentos: «Al terminar la conferencia o el concierto del sábado, los asistentes iban a una “pizzería” de la calle Boedo. El cuadro era casi pintoresco y dirigía la animación Juan Brignardello. Toda la gente tomaba ubicación alrededor de largas mesas. Se comía pizza, buseca y fainá, se bebía vino, se reía y cantaba. González Castillo era un hombre bueno, que improvisaba en verso un saludo para los recién llegados a la



Calle Independencia. En el fondo, un tranvía de dos pisos. Varios mateos circulan en un carril paralelo a la vía y algunos lo hacen sin tener en cuenta la «mano».

“Peña”. Luego algún cantor arremetía con un tango y Erzia explicaba que le habían rechazado un trabajo en un salón de Mercedes. Y González Castillo pedía, como un homenaje al gran viejo, que todos cantaran “¡Volga, Volga!” Y a las cuatro de la madrugada, todos en la calle cantando: ¡Probemos que con pincel, pluma y buril, podemos a nuestra vida darle un perfil!...». No en vano Roberto Arlt escribió alguna vez: «Si a la peña del “Tortoni” concurría la burguesía, a la de Boedo iban los pobres, los inteligentes de ese barrio suburbano. No en vano se vendían allí más libros que en toda la calle Corrientes. La iniciativa de José González Castillo debía ser imitada en todos los barrios. Una peña similar necesitan Flores, Triunvirato, Liniers o Mataderos...».



Vista de la cortada San Ignacio, con el club Balear al fondo.

NOTAS

1. Esta compilación se ha incluido en 1987 en nuestro libro ya citado. Tenemos inédito un libro titulado José González Castillo y la peña Pacha-Camac.
2. Boletín de la Sociedad Argentina de Autores número 16, artículo de ARTURO DRESCO.
3. No es frecuente que se representen obras del dramaturgo que nos ocupa, acaso porque su temática «ya pasó de moda»... Como excepción, anotamos que en 1990 se vio, con ligeras adaptaciones, su drama *Los invertidos*, con puesta en escena de Alberto Ure y la actuación de los actores Alberto Grimau y Lorenzo Quinteros, en el Teatro Lorange.
4. Dejando de lado por unas líneas el tema central, narraremos una anécdota que consideramos graciosa y que tiene como protagonista al literato italiano Comunario Braccialangue, cuyo seudónimo era Folco Testena, frecuentador de tertulias donde no faltaba González Castillo. Una noche, estando en el café Dante, Testena anunció que estaba preparando una traducción al idioma italiano del *Martín Fierro*, de José Hernández. Hubo sonrisas y gestos de duda ante las dificultades de la tarea, casi imposible. Porejemplo, ¿cómo traducirestos versos?: «Al que nace barrigón, es al fiudo que lo fajen». Folco Testena estuvo un momento meditando y recitó (en «cocoliche»): «Al che nasce così grosso, li fa nulla l'ortopedía», es decir: «Al que nace muy gordo, le es inútil la ortopedía». Un aplauso, iniciado por González Castillo, coronó el esfuerzo y siguieron las alabanzas de los «saineteros» Vacarezza y Pacheco. Testena escribió su obra y tradujo notablemente el clásico argentino, pero —como era natural—, los citados versos tomaron otra forma: «A chi e' nato con pancioni, vano e volerlo fasciare». (Nos suministró estas notas el profesor Miguel Ángel Caiafa, escritor, miembro de la Junta de Estudios Históricos de Boedo y amigo.)
5. En tal lugar de Boedo puede verse en la actualidad una placa recordatoria que indica: «José González Castillo - 1885-1937 - La Peña “Pacha-Camac” perpetúa su memoria en esta casa que fue su hogar y en la que realizó su obra - Octubre de 1942». Y otra explica: «Que de Boedo a Montmartre hay un paso nada más - SADAIC».
6. Pueden conocerse más detalles sobre este teatro, ligado antaño al mundo del tango, en nuestro libro *Allá por la Capilla del Carmen. Vecindades de la plaza Rodríguez Peña. Serie Cuadernos de Buenos Aires*, 1981.
7. Las informaciones sobre esta notable institución las obtuvimos a partir de 1985 en el taller del escultor Reyes. Fue secretario de la peña ya fallecido González Castillo y destinatario de la documentación gráfica que pudo rescatarse. Repetidas veces lo visitamos en su lugar de creación, en la boedense calle Castro Barros. Fallecido «Paquito», admirado

- amigo, su familia (esposa, hijo y hermano) prosiguió facilitando con generosidad tal reservorio a los estudiosos del tema. Todavía se cumplen en su acogedora casa las reuniones de los miembros de la «Cofradía de la Orden del Lengue» y de la Junta de Estudios Históricos de Boedo.
8. «Silvestre Otazú» fue el seudónimo del periodista Enrique Pérez Marilú, que escribiera amenas notas sobre el pasado del barrio de Boedo en el periódico *Clarín*, año 1951. Conocimos ese interesante material por deferencia de Miguel A. Caiafa.
 9. Esa pintura, de gran tamaño, la realizó el entonces joven pintor Saulo Benavente, miembro de la peña y luego afamado escenógrafo. A él también se debió el dibujo del sello de la entidad.
 10. Archivo de Francisco Reyes.
 11. Ese piano tenía supequeña historia. Había estado en los cines *Alegría* y *Nilo*, del barrio. Allí el ejecutante tocaba piezas —generalmente tangos— durante los entre actos, en tiempos del cine mudo y, desde ya, en blanco y negro. Posteriormente el citado artista Bellini lo regaló a la Peña y allí sirvió para que se ofrecieran conciertos o para las clases de música. Al cesar la existencia de la institución, fue su guardián Francisco Reyes, que lo retuvo en su taller para entregarlo luego a la Academia Porteña del Lunfardo, cuando era ya detentor de su «sillón académico». Allí se encuentra actualmente (Estados Unidos 1379).
 12. En el citado archivo, hallamos una carta del actor Muñño, que indicaba: «Buenos Aires, septiembre de 1932. Sr. José González Castillo: Mi querido amigo. De acuerdo con lo hablado en mi camarín y en atención a un deseo suyo, que me enorgullece, le adjunto dos trabajos míos (pinturas): El algarrobo y Los abandonados. Su invariable amigo de todos los momentos: Enrique Muñño».

Además de las obras citadas en el texto, se han consultado: *El barrio de Boedo*, ALFREDO L. SONCTINI ALVO, 1984; *El libro del tango*, HORACIO FERRER, 1970; *Cafés*, RAFAEL E. LONGO, 1991; *Boletines de la Asociación Amigos del Tranvía* (Colección); «Boedo también tiene su historia», VICENTE OTAZÚ, *Clarín*, 1951; *La poética de Homero Manzi*, JOSÉ GOBELLO, 1981; *Esquema de la literatura dramática argentina*, RAÚL CASTAGNINO; *Antología de Homero Manzi*, HORACIO SALAS, 1968; *El Grupo de Boedo*, Eudeba; *Revista Aquí Boedo*, colección que generosamente nos facilitara el vecino don Enrique Gallego; *Boletines y publicaciones de la Junta de Estudios Históricos del barrio de Boedo*; obras de JOSÉ GONZÁLEZ CASTILLO, HOMERO MANZI, CÁTULO CASTILLO, JULIÁN CENTEYA, DANTE LINYERA; folleto: *Homenaje al Escultor Francisco Reyes, doctor ENRIQUE ERISALIMSKY*, 1980; «Homero Manzi, poesía y política», LUIS C. ALLEN LASCANO, *Todo es Historia* número 46, febrero de 1971.



¿Se acuerda de aquello de que millones de moscas no pueden estar equivocadas? ¿A que no se imagina cuántas viven en Buenos Aires?

Miles de enfermedades de alto riesgo de contagio se propagan a partir de la basura que se acumula, y penetra en la tierra, y llega al agua y al aire, y de la que, a fin de cuentas, nadie se hace cargo. Nadie, claro, excepto las miles de víctimas que, por año, mueren como moscas. Los desperdicios no se reciclan, ni se procesan. Nadie parece estar dispuesto a invertir en ello, ni la dirigencia en exigiárselo. Y, mientras tanto, la mugre sigue ahí. A lo sumo, se la tapa con tierra. Pero usted sí puede hacer algo. Puede denunciarlo. Puede sumar su indignación a la de mucha gente que siente lo mismo que usted. O puede llamar al 394-2466 Dirección de Auditoría Ambiental, Secretaría de Recursos Naturales y Ambiente Humano. Porque hay muchas personas que desean cambiar las cosas. Y tantas personas no pueden estar equivocadas.

Asociación Argentina de Editores de Revistas.



CENTENARIO DE LA ACADEMIA

En este mes de junio se cumple un siglo de la fundación de la Junta de Historia y Numismática Americana, creada por un grupo de aficionados, entre ellos Enrique Peña, Ángel Justiniano Carranza, Alejandro Rosa y Bartolomé Mitre. Todos ellos se reunían periódicamente en la casa de Mitre, y el 4 de junio de 1893 resolvieron crear formalmente la junta cuyo nombre señalaba los intereses de sus integrantes. La presidencia de Mitre hacía que, de algún modo, la Junta de Historia y Numismática Americana pudiera remontar su origen al Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata creado por el ilustre historiador en 1854.

En la actualidad, la Academia Nacional de la Historia, presidida por el doctor Ricardo Zorraquín Becú, puede ofrecer la suma de una enorme tarea. Además de la *Historia de la Nación Argentina* y de la *Historia Argentina Contemporánea* en 22 volúmenes, ha editado los más importantes periódicos de la época independiente en forma facsimilar, las actas capitulares de varias ciudades argentinas y una cantidad de títulos que no bajan de los 4.000, incluidas sus publicaciones periódicas como el *Boletín e Investigaciones y Ensayos*. Su biblioteca, totalmente computada, ofrece a la consulta un acervo historiográfico argentino y americano muy completo. Ha celebrado cuatro congresos internacionales en 1937, 1960, 1966 y 1980, cuyas conclusiones se publicaron en 28 volúmenes. Nueve congresos sobre temas de orden nacional y regional se han llevado a cabo desde 1971, y los trabajos presentados y aprobados en los mismos están contenidos en 17 volúmenes publicados y 12 en prensa.

La academia ha instituido premios a obras editadas e inéditas, a trabajos de estudiantes universitarios, a egresados de enseñanza media y a graduados. Sus miembros son actualmente cuarenta, con una cifra variable de académicos correspondientes en diversas ciudades del país y del exterior. Su sede es el viejo solar del Congreso Nacional, Balcarce 139, después de haber sesionado muchos años en la Manzana de las Luces y en la casa de Mitre. Es de destacar que entre sus presidentes han figurado Mitre, Antonio Dellepiane, Ramón J. Cárcano, Arturo Capdevila, Carlos A. Pueyrredón y, durante varios periodos, Ricardo Levene. Diversos actos celebrarán este grato aniversario del

cuerpo más importante de historiadores argentinos, en el primer siglo de su fecunda existencia. Y desde estas páginas, *TODO ES HISTORIA* saluda a la Academia Nacional de la Historia y le desea una exitosa permanencia en el panorama cultural de nuestro país.

ASOCIACION DE INVESTIGADORES DE AMERICA COLONIAL

Constituida la Asociación Argentina de Investigadores de América Colonial, con la presencia de los profesores Jorge Juan Cortabarría, Oscar Chamosa, Gastón Gabriel Doucet, Raúl Fradkin, Lucía Gálvez de Tiscomia, Margarita Gentile Lafaille, Marta Goldberg, Carlos Jáuregui Rueda, Antonio Salvatore, Silvia C. Mallo, Gabriela Martínez Dognac, Carlos A. Mayo, Carlos A. Méndez Paz (h), Jaime Peire, Osvaldo Pérez, Eduardo R. Saguier y Ernesto A. Spangenberg, y la adhesión escrita del profesor Dedier Norberto Marquiegui.

Se formó una comisión provisoria para la redacción del estatuto, a la cual se le dio sesenta días para expedirse. Se acordó apoyar públicamente las jornadas de Estado, Sociedad y Economía Colonial, a realizarse en el mes de agosto en el Museo Roca. En el transcurso de dichas jornadas se realizará el plenario que discutirá los estatutos presentados por la comisión provisoria así como se integrarán los delegados de los colegas del interior del país que hayan prestado su adhesión. Se fijó como sede provisoria las oficinas del doctor Ernesto Spangenberg, Viamonte 308, 2° piso, departamento E, 1053 Buenos Aires.

a) Apoyar y organizar la celebración de jornadas y congresos relacionados con la historia colonial americana, desde todas sus perspectivas intelectuales y en el más amplio clima de respeto a la libertad y la tolerancia intelectual, y guardando la excelencia académica; b) promover la investigación y la publicación de los trabajos vinculados a los fines específicos de la entidad, así como la institución de premios de estímulo a la investigación y la publicación; c) proteger y asumir la defensa de las fuentes documentales y bibliográficas de donde emanan las instancias y las acciones imprescindibles a la práctica de la investigación científica; d)

peticionar ante los poderes públicos y las instituciones en todo aquello que sea conducente al mejor desarrollo de los propósitos de la entidad; e) fomentar la concreción de acuerdos o proyectos con asociaciones afines pertenecientes a nuestro país y los países vecinos; f) adherirse a redes de información existentes sobre el particular y divulgar los frutos de la misma entre sus miembros; g) representar a la asociación en actos vinculados con sus objetivos específicos en el país y en el extranjero, y h) realizar todos los trámites inherentes al reconocimiento de esta asociación, de acuerdo con las disposiciones legales vigentes.

El estatuto de la presente entidad deberá guardar las normas más transparentes y democráticas, entre las cuales se consigna específicamente la igualdad de derechos y deberes de sus miembros, la publicidad de sus actos, y la periodicidad, revocabilidad y no reelección de sus autoridades, las cuales serán aprobadas en reunión plenaria de sus asociados, y formará parte, de la presente acta constitutiva, que los firmantes asumen el compromiso de respetar, a favor de la marcha armónica de la asociación, asegurando su proyección en el porvenir. Esta acta se dará a conocer a la opinión pública.

GENEALOGIA DE ROCA

Con motivo de la conclusión y publicación de la genealogía actualizada del general Julio Argentino Roca, el Museo Roca - Instituto de Investigaciones Históricas solicita a toda persona que pudiera hacer algún aporte o referencia para dicha genealogía servirse el comunicarse con la licenciada Diana Mondragón o la profesora Cecilia Mayorga, en el citado museo, Vicente López 2220, 1128 Capital Federal, teléfono 803-2798, de 14 a 18.

SEGUNDAS JORNADAS DE LOS MUSEOS

La comisión «Buenos Aires en los Museos» anuncia que se encuentra abierta la inscripción a sus segundas jornadas dedicadas al tema «Patrimonio, Investigación y Difusión» que se realizarán los días 10 y 11 de junio en el CCGSM, informes e inscripción en Instituto Histórico de la

Ciudad de Buenos Aires, Córdoba 1556, 42-9370/5822 o en el Museo Mitre, San Martín 336, 394-8240/7659.

MITRE HISTORIADOR

Se encuentra abierta la inscripción al concurso para docentes del nivel medio sobre el tema «Los trabajos de Mitre sobre historia». Los premios a otorgarse serán de \$ 1.000 para el primero y de \$ 500 para el segundo trabajo seleccionado. El jurado está compuesto por los profesores Rodolfo Giunta, Cristina González Bordón, Enrique Mayocchi y Jorge Carlos Mitre. Informes e inscripción en el Museo Mitre.

SEGUNDO CONGRESO DE HISTORIA DE LA FOTOGRAFIA EN LA ARGENTINA (1839-1939)

Entre el 9 y el 11 de julio se realizará en la sede del Círculo Médico de Vicente López, Domingo Faustino Sarmiento 1755, Florida.

La convocatoria tiene por objeto promover la investigación, y en este caso se eligió el periodo que abarca los primeros cien años de la fotografía en nuestro país. Los trabajos deberán ser originales y preferentemente inéditos.

Paralelamente se desarrollará un Seminario de identificación, conservación y archivo de fotografías antiguas, y la Segunda Feria del Libro Histórico Fotográfico. Los interesados deben inscribirse antes del 15 de junio en la Federación Argentina de Fotografía, Avda. Paseo Colón 470, 1° A, y pueden efectuar consultas de lunes a viernes de 17 a 21, al 331-9734.

E

F

E

M

E

R

I

D

E

S

JUNIO

HACE CIENTO AÑOS

1893

3

- Se hizo efectivo el arresto del director de *El Diario*, Manuel Láinez, dispuesto por la Cámara de Diputados de la Nación. Esta medida se debió a la publicación de dos versiones referentes a la sesión secreta de interpelación al ministro de Guerra. Luego de haber protestado contra la resolución de la legislativa, Láinez se presentó en el Departamento Central de Policía para cumplir la pena de ocho días de arresto. Al comentar la medida, *El Diario* señaló: «Esta resolución de la Cámara de Diputados, es a todas luces arbitraria, y constituye un abuso de soberanía. Las facultades del Congreso no pueden ir hasta constituirle en Tribunal de Imprenta para condenar al mismo tiempo, sin forma de juicio (...). En la hipótesis de que hubiese falta, es indudable que ella tendría que caer, en un momento de tranquilidad como el presente, en que todas las garantías legales imperan, bajo la jurisdicción de los jueces competentes, a pedido de la Cámara o de quien sea. No puede encararse de otra forma esa peligrosa doctrina del Congreso que, a título de violación de sus privilegios, pone a la prensa a merced de un úkase policial».

- «Debido a la carencia de servidumbre que se ha dejado sentir durante estos últimos tiempos, las defensorías de menores se han visto asediadas por innumerables pedidos, como si éstas fueran las destinadas a proveer de huérfanos a todas aquellas personas que se dan el lujo de tener servicio (...) durante el mes de mayo ppto. no ha recibido menos de setecientas recomendaciones cada uno de los defensores (...). Por el momento existen treinta y tantas menores en el asilo del Buen Pastor, pero todas ellas alistadas a los talleres, que es la base del sostén del establecimiento. Además todas estas menores permanecen allí por voluntad propia, donde (...) reciben mayor instrucción en los deberes inherentes a la mujer que a los que pueden obtener en poder de personas que sólo la destinan al servicio doméstico a cambio de vestimenta.» (*El Diario*)

8

- Se estrenó *Manon Lescaut*, de Puccini, ópera conocida en Buenos Aires antes que en las principales capitales europeas.

20

- Se estrenó la ópera *I Pagliacci*, de Leoncavallo, en un teatro porteño.

21

- Cuenta *El Diario* que «anoche, a las ocho, reinaba una temperatura de dos grados bajo cero. Uno de nuestros reporters pidió permiso para penetrar al interior del Asilo Nocturno de Adultos, que se ha establecido en la calle de Entre Ríos 1462. Se le concedió el permiso (...) y un gallego portero del establecimiento lo acompañó (...). La fachada de la casa es toda una promesa de confort y de comodidad. Es de una sola planta, completamente nueva, de arquitectura moderna y elegante (...). Al lado de la puerta de entrada está la oficina donde se inscriben los que van a pedir asilo por una noche (...). Se han colocado (...) en cinco o seis habitaciones pequeñas y estrechas, aunque nuevas, pero bastante sucias, hasta cuarenta camas, todas ellas de hierro, sin más agregado que unas tablas de media pulgada puestas sobre la rejilla de la misma cama. Las camas están hacinadas en las habitaciones, a tal punto que de una a otra no hay cincuenta centímetros de distancia. En cada una de ellas había un hombre acostado, sin más abrigo que los andrajos con que había llegado cubierto (...). En su mayor parte los asilados eran extranjeros, mandados unos por sus respectivos cónsules, otros por el Ejército de Salvación y varios por la Asistencia Pública. El cuadro era doloroso: los vidrios de las puertas de las habitaciones estaban rotos en su mayor parte y por allí penetraba el frío (...). Los hombres acostados en la cama tiritaban y castañeteaban los dientes (...) en el registro de los asilados consta que casi todos ellos tienen una profesión: figuraban en el de anoche un cocinero, un pintor, un platero, un ebanista, un albañil y varios jornaleros. Supo también (...) que aquella gente, la mayor parte, era seria y fuerte, pero que no encontraba trabajo.»

HACE CINCUENTA AÑOS 1943

3

- Al enterarse el presidente Castillo de que su ministro de Guerra, general Ramírez, había mantenido conversaciones con algunos radicales que deseaban promover su candidatura presidencial, resolvió sustituirlo. Ese mis-

mo día, el general Rawson se reunió con todos los jefes de Campo de Mayo y les hizo conocer la situación, exponiendo además los siguientes postulados: 1º la eliminación de la candidatura presidencial de Robustiano Patrón Costas, preparada y aderezada en la Casa Rosada; 2º el inmediato cumplimiento de los pactos de Río de Janeiro, que Castillo había vulnerado; 3º la disolución o depuración de los partidos políticos, que con sus avejentados elencos y rutinarias plataformas electorales, estancaban el progreso del país; 4º el llamamiento a elecciones oportunamente. Los militares reunidos decidieron derrocar a Castillo.

4

- Golpe de Estado que depona al presidente Castillo, asumiendo la primera magistratura el general Arturo Rawson. El gobierno de facto difundió la siguiente proclama: «Las fuerzas armadas de la Nación, fieles y celosas guardianas del honor y tradiciones de la patria, asimismo del bienestar, los derechos y las libertades del pueblo argentino, han venido observando (...) las actividades y el desempeño de las autoridades superiores de la Nación. Ha sido ingrata y dolorosa la comprobación. Se ha defraudado a los argentinos adoptando como sistema la venalidad, el fraude, el peculado y la corrupción. Se ha llevado al pueblo al escepticismo y a la postración moral, desvinculándolo de la cosa pública, explotándolo (...). Dichas fuerzas (...) deciden cumplir con el deber de esta hora, que impone actuar en defensa de los sagrados intereses de la patria. Propugnamos la honradez administrativa, la unión de todos los argentinos, el castigo de los culpables y la restitución al Estado de todos los bienes mal habidos. Sostenemos nuestras instituciones y nuestras leyes, persuadidos de que no son ellas sino los hombres quienes han delinquido en su aplicación».

7

- El general Pedro Pablo Ramírez asume formalmente la presidencia luego de la renuncia del general Rawson, quien no había llegado a prestar el juramento de estilo.

8

- Navíos de guerra británicos bombardearon la isla de Pantellería, poniendo en práctica los planes fijados en Casablanca para eliminar a Italia de la guerra.

11

- La isla fortificada de Pantellería es ocupada luego de ser sometida por espacio de dieciocho días a intensos bombardeos aéreos.

12

- La isla de Lampedusa se rinde a los aliados, luego de un bombardeo naval y aéreo de veinticuatro horas.

13

- Sobre Kiel y Bremen tiene lugar un encuentro aéreo en el que toman parte muchos bombarderos pesados de los Estados Unidos, frente a la mayor concentración de cazas alemanes habida durante la guerra.

14

- El gobierno de facto disuelve el Congreso Nacional.

16

- El gobierno provisional fijó precios máximos para los artículos de primera necesidad.
- Grandes formaciones de fortalezas volantes prosiguen atacando los aeródromos y los puertos de Sicilia.

18

- Por decreto presidencial se prohíbe el uso de la palabra «provisional» aplicada a las autoridades del gobierno de la Nación, y se resuelve cancelar la voz «provisional» del acta de constitución del actual gobierno y de los documentos oficiales en que haya aparecido. Asimismo se determina que no se empleen en lo sucesivo otras expresiones que las establecidas por la Constitución Nacional, en la que no aparece mencionado el término «provisional» referido al gobierno.

22

- La VIII Fuerza Aérea de los Estados Unidos hace su primera aparición en la región del Ruhr.
- El Comité Francés de Liberación Nacional se compromete a reconocer a Giraud como comandante de los ejércitos en el África del Norte, y a De Gaulle como jefe de todas las fuerzas francesas.
- Nápoles fue bombardeada en pleno día por un centenar de fortalezas volantes de Estados Unidos, culminando la ofensiva de veinticuatro horas emprendida desde tres direcciones: el noroeste de África, el Cercano Oriente y Malta, contra Sicilia y el territorio metropolitano de Italia.

25

- El Congreso norteamericano desestimó el veto del presidente Roosevelt, y aprobó la ley que prohíbe la declaración de huelgas, por el tiempo que dure la guerra, en toda planta industrial o mina ocupada por el gobierno, y confiere facultades a la Junta del Trabajo de Guerra para arrestar a todo agitador o instigador de huelgas.

30

- Continuando la ofensiva sobre Japón, tropas norteamericanas desembarcan en la isla Rendova, del grupo de las Georgias.

ANA ZIGÓN

LECTORES AMIGOS

ROSAS, ARQUETIPO DE UN NACIONALISMO POPULAR

Señor director:

Su revista fue la única que conmemoró los 200 años de vida —vive en el corazón de los buenos argentinos— del Ilustre Restaurador de las Leyes. Me impactó enterarme de aspectos desconocidos de don Juan Manuel, que lo muestran humano, comprensivo, pese a las calumnias de sus enemigos que le inventaron crímenes y lo condenaron al exilio *post mortem*.

Rosas representa en nuestra historia el símbolo paradigmático del nacionalismo popular, cercenado en Caseros; bandera que en este siglo llevó en alto la Alianza Libertadora Nacionalista, que como bien expresa Gerardo Bra, «coloreó su movimiento con el incipiente peronismo, por encontrar en los discursos de Perón y su política social una identificación, y que hacía pensar a sus dirigentes que se había encontrado al Hombre que llevaría adelante las premisas nacionalistas».

La traición de Kelly —el alquilado— trastocó la verdadera Alianza en un apéndice de las fuerzas anti-patria. ¿Saben las nuevas generaciones lo que es en realidad este sujeto, que ingresó a la Alianza con una pistola en la mano diciendo que estaba dispuesto a matar a todos los judíos?... Que no se engañen los jóvenes ante su pose democrática, que repugna a los que lo conocen realmente. Recordemos a la verdadera Alianza, no a la que él «refundió» apoyado por fuerzas policiales adictas, a las cuales pertenecía.

ABEL H. BALZANI

EL MEXICANO AQUILES SERDAN NO FUE «UN DIRIGENTE OBRERO»

Señor director:

En relación al artículo «El porfiriato en México» de Antonio Castello, publicado en el número 307 de febrero de 1993 de *TODO ES HISTORIA*, es que quiero formular la siguiente aclaración, sobre un punto en particular.

En el subtítulo «Comienza la Revolución mexicana», Castello se refiere a la muerte de Aquiles Serdan en los días previos a la revolución maderista, calificándolo como «dirigente obrero». Esta afirmación no se corresponde con la realidad, ya que Serdan fue un destacado ideólogo, cercano al anarquismo, de profesión periodista. Serdan no era obrero, ya que pertenecía a una destacada familia de Puebla. Era sobrino carnal del general Alatríste, y su casa está ubicada en el centro de la ciudad. Vale comentar, como afirmación de lo que sostengo, que la casa de Serdan —que hoy es monumento nacional y se encuentra perfectamente conservada— tiene dos pisos, entre doce y quince habitaciones, dos cocinas, biblioteca, caballeriza y coche para cuatro caballos, una gran sala de recepción decorada con muebles franceses y un sótano (donde se refugia y donde lo matan, al ser descubierto por estornudar). Evidentemente, pertenencias que están lejos de ser las de un obrero del México de principios del siglo xx. Serdan, su hermano y otros militares antiporfiristas, fueron muertos en el primer combate de la Revolución mexicana. Fue el 13 de noviembre de 1910 y estaban reunidos preparando el alzamiento que debía tener lugar el 20 de ese mes. Dos días tardaron en reducirlos, cayendo en la lucha el jefe de policía de Díaz. El espejo francés de la sala hoy es la pieza más conmovedora de su casa, pues se exhibe tal como quedó después del combate, roto por las balas.

Antonio Castello cita como fuente de su trabajo al libro de Martín Quirarte. En la edición que poseo, en ningún momento Quirarte alude a Serdan como un «dirigente obrero». El diccionario Larousse dice que Serdan es un «político mexicano».

Señor director, no lo hubiera molestado por esta minucia en la que reparo un error sobre la biografía de Aquiles Serdan de no haberme enterado que se acaba de demoler la casa del ex presidente Bernardino Rivadavia de la calle Balcarme. Valía la pena escribirle con pretexto de refutar a su colaborador Antonio Castello para rescatar el ejemplo mexicano, donde es monumento nacional y está abierta al público la casa de Serdan, quien fue solamente el primer muerto de la Revolución de 1910. Nosotros destruimos desaprensivamente un edificio, ellos conservan celosamente un espejo.

OSCAR JIMÉNEZ PEÑA



Calidad firmada al pie.

Bata, la empresa de calzados más importante del mundo llegó a la Argentina, con un nuevo concepto en calzado: calidad y servicio. En los Centros Bata. Atendidos por verdaderos profesionales.

Para que cada uno de los miembros de la familia encuentre el calzado ideal. Cómodo, de moderno diseño y alta calidad.

Ahora la familia argentina ya puede poner un pie en Bata.

Centros Bata en la Argentina: Santa Fe y Callao, Capital Federal. Alvear 100, Martínez. Av. Paraná 3745, Local 3182, (Unicenter), Martínez. 9 de Julio 37, Locales 11 y 13, (Paseo de la Oriental), Córdoba. San Martín 915, Rosario. Junín 1372, Corrientes.



Gatic s.a.



Tennis Equipment.

Equipment. The best of adidas.
Todo lo que es esencial. Nada que no lo sea.



Tennis Hard Court



Tennis Clay Court


adidas
EQUIPMENT